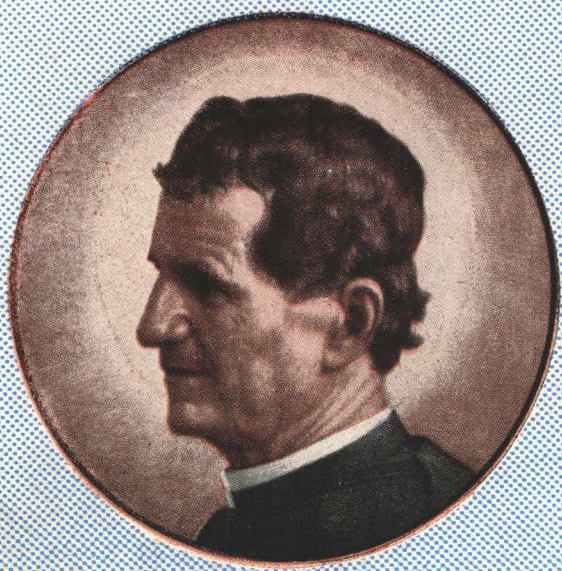




Cincuenta años
de labor
(1903 - 1953)



Aspirantado Salesiano - Mosquera (Cund.) Colombia

Bogotae, die 30 oct. 1953

EX PARTE CENSORIS, NIHIL OBSTAT.

J. Garcia.

Bogotae, die 31 octobris 1953

IMPRIMATUR

Andreas Restrepo Sáenz V. G.

L. S.

Reg. Lib. Resp. Fl. 32 N. 407

PUEDE IMPRIMIRSE.

Pbro. Dr. Angel Bianco, S. D. B.

Censor por la Pia Sociedad Salesian

NIHIL OBSTAT

P. G. Manachino.,

FRANCISCO GONZALEZ PATIÑO
SALESIANO

CINCUENTA AÑOS DE LABOR



ASPIRANTADO SALESIANO

MOSQUERA (CUNDINAMARCA)
COLOMBIA



ESCUELA TIPOGRAFICA DEL ASPIRANTADO SALESIANO
MOSQUERA

GRACIAS, SEÑOR!.....

ESTA LA PRIMERA PALABRA
QUE BROTA DE NUESTROS LABIOS O MEJOR,
DE NUESTRO CORAZON AGRADECIDO,
AL CONTEMPLAR EL CUMULO DE FAVORES
QUE HAN ENTRETEJIDO LA SENCILLA TRAMA
DE NUESTRA VIDA EN CINCUENTA AÑOS
DE VIDA DE ESTA CASA QUE ES
ANTE TODO TUYA.

GRACIAS,
POR LAS HORAS DE ALEGRIA,
QUE HAN SIDO TANTAS!

GRACIAS,
POR LAS HORAS DE DOLOR,
QUE TAMPOCO HAN FALTADO!

GRACIAS
EN FIN, POR LA
FECUNDIDAD MARAVILLOSA QUE HAS
SABIDO PRESTAR A NUESTRO
MEDIO SIGLO DE LABOR!

EN VEZ DE INTRODUCCION

Hacia tanto tiempo estaba sintiendo el paulatino aproximarse de esta fecha cincuentenaria, y tantos y tan diversos sentimientos se han ido amontonando sobre mi corazón durante este tiempo, que debo confesar, seguramente con algún pecadillo de presunción, el vago temor que experimentaba de que este día nos sorprendiera demasiado desprevenidos. No es que yo me creyera el mejor informado de mis hermanos en cuanto a historia salesiana se refiere, sino que mi cariño por esta cuna de mi vocación es tan grande, que me parece que en este punto no he de ceder la palma a nadie. Por esto, cuando más que la confianza, la bondad de mis superiores, me propuso la edición de esta crónica, acepté no solo sin vacilación, sino con indecible placer. Era, sin duda, una estupenda ocasión de rendir un homenaje a todos mis hermanos salesianos: A los que plasmaron con sus sudores de la primera hora los cimientos de esta casa; a cuantos aquí han luchado en pro de la vocación propia y ajena; a cuantos la han mirado y la miran con cariño como al hogar en que se fraguó y cobró vida su ideal de apostolado; a cuantos ahora mismo, como promesas de estío, sienten, al calor de este amable techo, dorarse las espigas de una juventud dada por entero a Dios, y ya se alistan para esparcirse por esos mundos de las almas a regar la simiente que aquí les está madurando; por último, a cuantos han de venir luego; a esos que, tarde o temprano han de encontrarse en una encrucijada de su vida con el divino dueño de las mieses y acudirán aquí ardorosamente con la dulce esperanza de un salario eterno.

También había de ser el momento de la gratitud emocionada hacia tantos y tantos que habi-

tual u ocasionalmente fueron para esta casa los valiosos instrumentos de esa providencia paternal que mira por las aves y los lirios. Los que por largos años fueron su incansable y generoso sostén. Los que, como ángeles enviados por la bondad divina, llegaron «in tempore opportuno». Los que, como la humilde viuda de los libros santos, dejaron su cuadrante sin llegar a saber del fruto de su desprendimiento.

Y sin embargo tiemblo ante la realización de mi cometido. El riesgo de las omisiones odiosas por una parte, y el delicado trabajo de la forzosa selección, por otra, hacen que con dificultad acierte uno con el término medio de la justicia. Aparte de eso, las notorias desigualdades de las diversas épocas en cuanto a densidad de documentación se refiere, constituyen un verdadero tropiezo, pues, al paso que en ciertos años las noticias abundan hasta la nimiedad, yacen otros en el fondo de oscuras lagunas de tan difícil sondeje que ha de optar uno o por la omisión absoluta o por el relato a base de conjeturas, con lo que decae el interés y la garantía de veracidad.

Por el portalón colonial de esta casa, miro pasar un inmenso desfile.... Los hay que ya sellaron sus labios en el silencio de las tumbas.... Los hay que aun trajinan por la causa de Dios! Miren estos con benevolencia mi humilde esfuerzo por rendir tributo de admiración a cuantos a ello son acreedores, aun cuando el viento del olvido haya borrado muchos nombres! Reciban aquellos este trabajo como un recuerdo que florece sobre sus sepulcros aunque muchos de ellos estén cubiertos por las malezas implacables del tiempo. Rueguen unos y otros por su autor ante el Altísimo, en vista de su grande voluntad de justicia!

UNA CHARLA FECUNDA DE DOS HERMANOS DIGNOS DE MEMORIA

Corren los primeros días del siglo. La más terrible y larga de nuestras guerras civiles se desencadena sobre el país, sembrando la desolación y la miseria por todas partes. El fundador de la obra salesiana en Colombia, D. Evásio Rabagliati, se halla profundamente preocupado por la obra en que, con todo el afecto de su grande alma, se halla empeñado: Los leprosos. Estas almas proscritas, que él había colocado dentro de su propio corazón, como gloriosa herencia dejada por aquel héroe que se llamó D. Miguel Unia, padecían inmensamente y era cada vez más difícil allegar recursos para aliviarlos. Las comunicaciones eran enormemente difíciles y la carestía reinaba señora dondequiera. La caridad cristiana, sin embargo, era inagotable. Son de oírse las expresiones llenas de admiración con que el padre Evasio elogia la caridad de los bogotanos quienes, en medio de su penuria, aciertan todavía a quitarse el pan de la boca para que de nada carezcan los hijos de Lázaro. Con todo, el buen padre debe multiplicarse y correr de un lado a otro en demanda de esa caridad. Si es bello y satisfactorio el sacrificio y la privación en nombre de Cristo, da rubor exigir ese sacrificio y privación a los demás y pesa mucho la mano que toca por segunda vez a la puerta de quien ya renunció a lo suyo por amor al prójimo!....

Aquel día la pesca ha sido fructuosa y el padre regresa a casa radiante de alegría. A aquella casa que aun alcanzamos a conocer, inmensa y sombría en la que se mezclaban en el ambiente del recuerdo el suave perfume de virtud de

las monjas carmelitas con las interjecciones y ayes del hospital militar. Esa casona de las alas caídas y las ventanas oscuras contigua a la vieja iglesita del Carmen, ligada a más de una remembranza de los bogotanos de ayer.

La comunidad se ha reunido en el pobre refectorio y, tras una lectura edificante que nunca se dejaba, empieza a departir familiarmente.

-Tengo buenas noticias hoy.

-Y cuáles, padre?....

-Parece difinitivamente asegurada la donación que me hacen a beneficio de los lazaretos.

-Es cuantiosa?

-Se trata de una casa magnífica y grande en la Sabana. En Mosquera, precisamente. Su venta nos dejará un buen margen en efectivo. Un verdadero capital.

-Pero, padre, tercia un sacerdote de aspecto serio, obtenga que la ofrezcan no para los leprosos, sino para el noviciado, que es nuestra necesidad capital.

Una indefinible expresión, medio de duda, medio de sorpresa se trasluce en varios rostros..... No es una extraña manía la de aquel sacerdote, su obsesión por las vocaciones?.... En muchos ánimos se halla metida muy honda la impresión del fracaso. Este sacerdote, aun joven, vive de continuo pensando en la formación de personal nuevo, en su misión, como él cree. Lleva ya casi siete años de sacerdocio y ya desde antes de su ordenación es esta su idea constante, «su chifladura», como piensa alguien. A su salida de Italia para Colombia, recibió del Siervo de Dios Don Miguel Rua, entonces superior general, el encargo preciso: «Al llegar

allá, esmérate por formar vocaciones*..... Y él, casi un niño en aquella época, lo toma muy en serio. El colegio del Carmen es testigo de ello en dos épocas bien distintas: 1892 y 1893, y luego desde 1899; pero en especial la vetusta casita cural de Fontibón, de tan gratos recuerdos para los que por ella pasaron en aquel entonces, sabe de sus fatigas desde 1893 a 1899: en particular desde el 4 de marzo de 1894, fecha de su ordenación sacerdotal en que asume de lleno la tarea. Es verdad que ha logrado formar ya los primeros salesianos colombianos, pero, ay! cuántas desilusiones, ingratitudes y fracasos! Ni el hecho de ser hermano del mismo padre Evasio ha sido parte para ahorrarle descalabros. Ni para qué insistir, si precisamente estos últimos años y en particular desde que estalló la guerra civil, porque el pequeño noviciado ha debido ser trasladado de nuevo a Bogotá y ya no puede llevar vida independiente y porque lo calamitoso de los tiempos ha hecho disminuir el número de alumnos y ha traído muchas incertidumbres que ocasionan defecciones que sorprenden a unos y entristecen a todos..... y porque, para colmo de males, una peligrosa epidemia de tifo ha obligado al diminuto rebaño a cambiar de pastos y tomarse unas vacaciones intempestivas en Bosa, lo que aumenta la irregularidad y disminuye el rendimiento y, en fin, tampoco falta quien insinúe que el meollo del problema está en que la idiosincracia tropical es totalmente refractaria a esa vida de seriedad que supone el estado religioso..... Han sido tantas y tan dolorosas las desilusiones!.....

El desaliento es siempre contagioso. Solo este joven sacerdote, el padre Silvestre Rabagliati, porque siente aun el eco de la voz del superior santo que se lo

impone, y porque es de familia de titanes, no desmaya. De uno y otro lado de la mesa se clavan en él las miradas. Algunas casi con compasión.

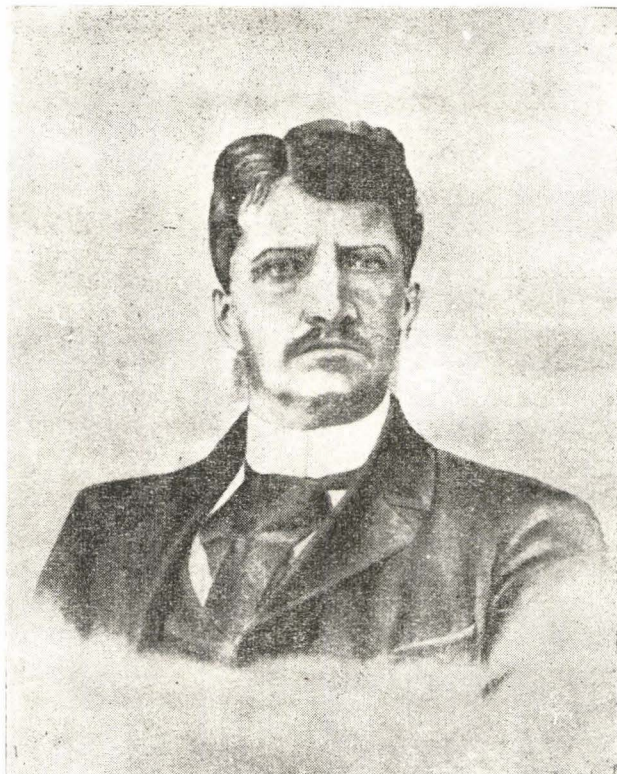
El padre Evasio clava sus ojos en los de su hermano..... En aquellos años se estaba pensando en la erección de un noviciado en la población de Bosa pero el error de un técnico había dado por resultado un nuevo fracaso, lo que contribuía a aumentar el escepticismo de muchos. Pobre, padre Silvestre, decididamente Dios quería probarlo en el yunque de las decepciones que es el más duro..... Pero también aquella vez, los dos hermanos se entendieron!

Y la constancia del padre Silvestre vino a triunfar! Y la donación se rectificó. El donador, cierto señor Lorenzo Fonseca oriundo de Choachí (tierra buena y en frutos rica), la entregaba a los salesianos porque con destino piadoso la había recibido por testamento de su difunta esposa doña Concepción Rico, hija del verdadero fundador de la población don Ciriaco Rico. No hubo dificultades en el cambio de destinación puesto que en la cláusula testamentaria no se especificaba y desde entonces el nombre de Mosquera nos fue sinónimo de tierra de promisión.

Pero, quién era este padre Silvestre?..... La muerte ha segado ya a tantos de los llamados a la hora prima, que son contados los sobrevivientes que lo conocieron personalmente. Pero para aquellos primeros salesianos el nombre del padre Silvestre Rabagliati está indisolublemente ligado a la historia de su vocación y encarna sus más caras aspiraciones y su mismo amor a Don Bosco y a la congregación salesiana..... Cuántos recuerdos despierta en esas cabezas venerables hoy cubiertas de canas y abrumadas de méritos! Con

el amor con que rodeamos a los ancianos para aprender de sus labios viejas historias y gloriosas tradiciones, escuchemos las impresiones directas de dos de estos que, para consuelo y lección nuestra aun sobreviven: El padre Rodolfo Fierro Torres y el padre Emilio Rico O.

ba los juegos y dominaba plenamente los recreos. Era más bien serio, pero tenía sobre todos los alumnos un ascendiente extraordinario. Todos lo respetaban y amaban, especialmente los más inteligentes y los más grandes y robustos. Hablaba mucho de Don Bosco y de la



Don Lorenzo Fonseca

Cuenta el primero: «.....Me llamaron siempre la atención los asistentes D. Jacinto (Bassignana), D. Silvestre y D. (Ernesto) Briata, muy diversos en carácter y aun en método, pero muy eficaces y dinámicos y, como comprendí más tarde, muy buenos asistentes salesianos y buenos maestros..... D. Silvestre, por una enfermedad que le afectaba el corazón, no podía correr, jugar apenas, pero anima-

ba los juegos y dominaba plenamente los recreos. Tan elocuente y persuasivo como D. Evasio. Confió siempre en NOSOTROS, en los colombianos y esperó de nosotros contra toda esperanza y contra toda contradicción. Y así, antes de ordenarse, ya era un director espiritual. Y, una vez ordenado, ejerció dominio absoluto sobre las conciencias de sus jóvenes que se le entregaban espontáneamente, sin reservas, porque él se nos daba antes así. Y

su amor era abnegado, sacrificado y purísimo. Como maestro de novicios, yo, que he conocido tantos, no lo he encontrado mejor. Acaso D. Barberis, de quien él tomaba inspiración. Formaba a sus novicios en el amor intenso e inmenso a la congregación y a Don Bosco. Y aquí, creo está el secreto de la formación salesiana. Los primeros salesianos se hubieran tirado al fuego por Don Bosco. Así los salesianos formados por Don Silvestre hubiéramos hecho cualquier sacrificio por la congregación. De aquí el amor al estudio, amor verdadero, hecho de esfuerzos ingentes y de sacrificios; el afán de aprender a asistir, a enseñar, a educar como él y como D. Evasio y D. Jacinto y D. Briata. Y qué conferencias! Sólidas, profundas, prácticas. Explicaba casos. Los casos que podríamos hallar. Y la base de todo era una piedad profunda y expansiva. Qué preparación a las fiestas! Qué entusiasmo! Qué ardor! Nos enseñaba a meditar. Nos hacía saborear los salmos, gustar el evangelio, prepararnos a la confesión y comunión, examinarnos con examen general y examen particular... Y, salidos del noviciado, nos seguía, nos ayudaba, nos sostenía..... sin inmiscuirse en nada, ni entorpecer la acción de los superiores de las casas.

Siempre batalló porque la inspección tuviera un buen noviciado, casa independiente, dirección propia. Por él fuimos a Fontibón. Lástima que ciertas circunstancias externas hicieran indeseable el sitio! Por él emprendió D. Evasio la construcción de una grande y magnífica mansión en Bosa. Lástima que el error de un técnico hiciera fracasar ese plan! Por él, finalmente, se tuvo la casa de Mosquera, destinada a otro fin en un principio! Sus ideales allí fueron muy grandes. Circuns-

tancias adversas se atravesaron y llenaron su corazón de amargura». (De los apuntes de crónica del P. Fierro).

A lo que hemos de añadir las impresiones personales y valiosísimas del Padre Emilio Rico: «Hermano de ese gigante de la caridad que se llamó Evasio Rabagliati, e hijo de una familia tan cristiana que produjo cuatro salesianos y una Hija de María Auxiliadora, Silvestre ingresó, viviendo aun Don Bosco, como estudiante del Oratorio salesiano de Valdocco en Turín. Allí pudo sobresalir entre ochocientos alumnos merced a su incomparable voz de soprano que embelesaba a los concurrentes del Santuario de María Auxiliadora y aun se hizo admirar en Génova y en Roma, en ocasión de extraordinarias fiestas religiosas; lució también en los funerales del santo de Valdocco en enero de 1888.

Por ese tiempo el gobierno de Colombia, a cuyo conocimiento habían llegado las benemerencias de la obra salesiana, hacía gestiones para obtener una fundación en nuestra tierra; como mediador intervino después el gran León XIII y en febrero de 1890 arribaba a Colombia el primer grupo de hijos de Don Bosco: entre ellos, que eran seis, venía el joven Silvestre Rabagliati, estudiante aun de ciencias eclesiásticas, entre los veinte y veintiún años de edad.

.....

Instalada (ahí) por el gobierno nuestra primera escuela de artes o sea el colegio de León XIII, le tocó al joven Silvestre ser brazo derecho de la nueva casa salesiana como primer asistente (vigilante que dicen en otros colegios), primer profesor de las escuelas nocturnas y primer maestro de canto; y todo eso mien-

tras se dedicaba a sus estudios eclesiásticos y se apoderaba del castellano que, a vuelta de pocos años llegó a poseer a perfección. Recibió la ordenación sacerdotal el 4 de marzo de 1894: cantó la primera misa tres días después en nuestra iglesia del Carmen, ocasión en que desbordó la arrebatadora elocuencia del Rdo. Padre Evasio, su superior y hermano carnal; y, ya sacerdote, entró de lleno el padre Silvestre a desempeñar la misión que había recibido de Don Rua y que había de inmortalizarlo entre nosotros: el conseguimiento y la formación de vocaciones salesianas colombianas.

Recién fundado estaba el colegio con solo alumnos artesanos: la mayor parte de estos constituía el elemento menos a propósito para ser encaminado al altar. El joven salesiano vivía sobrecargado de trabajo y estudio: y sin embargo ya en 1892 tenía un grupito de jóvenes seleccionados, a quienes cultivaba en la piedad y enseñaba rudimentos de lengua latina.

Fruto de esa labor fue la toma de sotana, en nuestra iglesia del Carmen, de cuatro jóvenes alumnos, los primeros novicios colombianos, el 23 de mayo de 1893, y una segunda vestición, esta vez en número de diecisiete, el 15 de agosto de 1894. Al día siguiente, el joven Silvestre, recién ordenado, y de veinticuatro años de edad, se trasladaba a Fontibón a ejercer allí su cargo de maestro de novicios. Y en ese cargo permaneció hasta su salida de Colombia en junio de 1904. Cuatro años y medio en Fontibón, cuatro en Bogotá (donde anejo al colegio estuvo el noviciado de 1899 a fines de 1902) y año y medio en Mosquera,

casa esta última, cuya fundación se debió exclusivamente a los esfuerzos del Padre Silvestre.

Fue pues, maestro de novicios durante diez años: mas con decir esto no se expresa sino una mínima parte de sus benemerencias para esta inspección y esta tierra. Porque su obra, a diferencia de la de cualquier maestro de noviciado, no se limitó a dirigir el espíritu de los que le fueran encomendados, sino que él hubo de buscar y conquistar las vocaciones; presidir la formación intelectual de los conquistados; seguir conduciéndolos hasta sacar los primeros sacerdotes y formar a su vez buscadores y conquistadores de nuevos salesianos. Y todo, en medio de dificultades enormes y de diverso género: Reducido número de candidatos para la escogencia, inopia de recursos materiales, incompreensión de algunos, oposición de otros, desilusiones, desencantos y no pocas ingratitudes.

Pero en cambio, al salir de Colombia, por disposición de los superiores de Turín, pudo llevar la satisfacción de que dejaba una obra sólida, duradera, decisiva para la inspección Colombiana.

Y con lo dicho, nos sentimos autorizados para pasar por alto la cosecha de laureles que, en campos educacionistas y sacerdotales siguió recogiendo durante treinta y más años de trabajo en los Estados Unidos. Imposible sin embargo no hacer mención del cariño acendrado que conservó siempre para con la tierra donde había gastado las energías de sus mejores años. En carta de 27 de febrero de este año (1.940), al que traza estas líneas manifestaba que, «a despecho de su edad (setenta años) y de sus largas

y penosas enfermedades, se sentiría feliz si lograra volver, por pocos días al menos, a esa adorada tierra» es decir, Colombia.

acreedor a gratitud perenne el nombre de Silvestre Rabagliati, gratitud no solo de los sobrevivientes hijos espirituales



Reverendo Padre Silvestre Rabagliati

Tal fue el operario de las primeras cosechas salesianas arrancadas al suelo de Colombia; el que aquí hizo arraigar el árbol trasplantado de Valdocco y le aseguró vida constantemente renovada.

No basta y sobra esto para hacer

suyos, sino de cuantos en esta tierra aprecian y aman la obra salesiana?» (De la nota necrológica escrita a raíz de la muerte del padre Silvestre ocurrida en San Diego, California el 12 de junio de 1940).

PRIMEROS GOLPES DE PALA

Mosquera: el elegante pueblecito sabanero situado en el antiguo cruce llamado cuatro esquinas en pleno corazón de la altiplanicie, está estrechamente vinculado a más de una página de nuestra historia nacional, de esas que se escriben ya con la negra tinta de lo trágico y sombrío, ya con la rosada de lo gracioso y alegre. La antigua estación de postas en los caminos que llevaban a los puertos del Magdalena, desde aquellos tiempos de galantería allá por los primeros años de la colonia cuando el llamado «Camino de Occidente» hecho por el gobernador del Nuevo Reino don Francisco de Anuncibay, inmortalizó la idílica historia de la familia de los Olallas, ha visto pasar y detenerse a mucha gente de pro de allende y aquende el mar. Esta encrucijada vio pasar las cabalgatas de viajeros que entraban al virreinato o salían de él. Aquí reparó su fatiga el virrey Ezpeleta en el viaje intempestivo de Guaduas a Santa Fe a que lo obligó la alarma que provocó en la capital la publicación de los DERECHOS DEL HOMBRE hecha por Don Antonio Nariño. Aquí se detuvo la figura atrabiliaria de Sámano quien con numerosa comitiva huía del ejército libertador a poco de la victoria de Boyacá. Aquí se ostentó la mala planta del mohino alcalde a quien el Libertador frustró los pujos oratorios de su inoportuno saludo, y años más tarde el rostro lloroso de Doña Manuelita Sáenz, «la libertadora del Libertador» cuando salía camino del destierro. Y en nuestras incabables contiendas civiles por aquí resonaron las armas y los pasos de Obando y López, Moreno y Vargas. Y, en es-

pecial, la casa que hoy alberga nuestras vocaciones en flor, fue teatro de una terrible batalla librada entre el caudillo del general Melo, coronel Salvador Camargo, que en ella se había acuartelado, y el coronel José María Ardila quien salió vencedor de tal acción en la que por poco más, queda la casa reducida a cenizas. Tampoco habrán olvidado los que nos preceden, cómo de aquí partió el primer mensaje telegráfico que se expidió en el país, cuando en la administración de Don Manuel Murillo Toro, se tendió la primera línea y, empezó a correr sobre nuestros Andes el pensamiento humano por los hilos misteriosos, cuando aun vivía el inventor del telégrafo, Morse.

El 27 de septiembre de 1861, por decreto del general Justo Briceño, gobernador del estado soberano de Cundinamarca, empezó Mosquera a tener vida propia. Y la casa que dio base para el trazado de la población, y que entonces era de propiedad de don Ciriaco Rico, fue la que, andando los tiempos vino a servir de cuna de nuestras vocaciones. En su crónica leemos: «Cuando los salesianos llegaron, el poblado contaría unos cuatrocientos habitantes y el vecindario todo alcanzaría a unos dosmil. La población estaba unida a la capital por la vía ferrea inaugurada quince años antes, y por la vieja carretera, siempre en mal estado, transitada por jinetes, recuas de carga y pesados carros tirados por caballos o bueyes. En lo civil formaba ya municipio y en lo eclesiástico dependía de la parroquia de Funza».

Delineado así, a grandes brochazos el escenario, demos ya entrada a los ac-

tores del drama vivido bajo nuestro techo, tan lleno de variadas escenas y de episodios fecundos en resultados de bien.

Pita el tren desde la próxima revuelta y el humo de la locomotora se va extendiendo poco a poco sobre los verdes plantíos, cuyas parcelas, planas y monótonas semejan de lejos los cuadros de un gran tablero de ajedrez. Todo trepida al paso, cada vez más lento del pesado convoy, que viene por fin a detenerse resoplando furiosamente al pie de la pequeña estación. Unos pocos pasajeros se apean. Entre ellos un sacerdote, alto, el que dicen los viejos bogotanos que se parece a Bolívar, el que atrae con su fogosa elocuencia la atención de letrados e indoctos desde el púlpito de la iglesia del Carmen, el que, hasta ahora, ha tenido en sus manos el gobierno de la pequeña grey salesiana de Colombia. Es característico su paso largo y rápido, como de quien tiene medido el tiempo disponible para tantas empresas y proyectos como bullen en la mente poderosa. Con ese paso, recorre velozmente las dos cuadras que separan la estación de la plaza. Llega y se detiene ante la puerta de la casona antigua y señorial que enmarca la plaza misma por el norte. Llama, y poco después es introducido en la sala de recibo. Poco después se le ve hablando con el dueño de casa. Ha venido a traerle la propuesta del padre Silvestre, porque el padre Evasio es de los que gustan de golpear el hierro en caliente. El buen don Lorenzo exclama: -Cómo! El Señor cree digna de honor tan grande mi pobre morada? Cuándo podía yo imaginarme tal dignación?....

Sin embargo, la respuesta no es aun definitiva. Hay dudas..... temores..... ni

siquiera han faltado malignas insinuaciones..... En suma, el bueno de don Lorenzo, decide tomarse algunos días para pensarlo. De todos modos, el superior regresa a Bogotá lleno de halagüeñas esperanzas que no tardan en ser realidades.

El 6 de junio de 1902, fiesta del Sagrado Corazón, tiene lugar la decisión final. La casa de don Lorenzo Fonseca, podrá pasar a manos de la comunidad salesiana, quienes podrán emplearla en el establecimiento de su noviciado! La gran base está echada. Las realizaciones no se hacen esperar. Los frutos..... solo Dios podrá contarlos y pesarlos.

Cosa de dos meses habrían pasado, cuando un nuevo acontecimiento acabó de decidir los hechos.

El 28 de agosto de este mismo año 1902), llegaba a Bogotá el visitador extraordinario don Pablo Albera, quien ocho años más tarde había de llegar a ser el tercer sucesor de Don Bosco en el gobierno supremo de la congregación.

A los acordes de la banda, entre cantos, vítores y aplausos, fue recibido en Facatativá por el Padre Evasio, los salesianos de todas las casas de la Sabana, los alumnos del colegio de León XIII, y una lucida representación de amigos y cooperadores. Acompañaban al padre, Don Calógero Gusmano, su secretario, y Don Angel Colombo, uno de los coadjutores de la primera hora, de más grato recuerdo en nuestra patria, ya por su gran espíritu de trabajo y sacrificio, ya, también por su ingenuidad casi infantil, que lo ponía frecuentemente en situaciones risibles, con gran regocijo de cuantos, lo trataban.

Hoy nos resulta difícil imaginar las impresiones que esta visita produjo al pa-

dre Albera: Un país desolado por la guerra, el continuo sobresalto consiguiente a esta situación, el inmenso retraso de aquellos medios de transporte, el temor de guerrilleros y soldados listos a desembarazarse de obstáculos a costa de los desprevenidos viajeros, un odio inveterado de partidos, en contraste con una religiosidad inquebrantable, crueldad y piedad, matanzas y demostraciones de exquisita caridad, en un conjunto poco menos que incomprensible, y, por último, tras la terrible travesía del río Magdalena, azotada por todas las diez plagas de Egipto, y la no menos espantosa ascensión de la cordillera, tanto más aventurada cuanto menos práctica de equitación tenían los caminantes, hallarse en la capital, en un clima suave, rodeados de exquisitas atenciones, entre gentes hospitalarias, tratados amabilísimamente por tirios y troyanos, obsequiados por personajes de tanta alcurnia de sangre y espíritu, como el arzobispo Bernardo Herrera Restrepo, un príncipe en todo el sentido de la palabra y Don José Manuel Marroquín, quien, con su gracia inagotable y su exquisita finura, ni remotamente podría parecer el jefe de una nación devorada por el sectarismo, consumida en el odio de banderías y caudillajes y agotada en la salvaje hoguera de la guerra civil.

En todo caso, esa visita fue inmensamente fructuosa para la inspección co-

lombiana. Su corazón paternal se hizo perfectamente cargo de las enormes necesidades de todos y cada uno de los salesianos en tan aciagas circunstancias y también él comprendió la visión del Padre Silvestre al afanarse tanto por el cultivo de vocaciones nacionales. Visitó la construcción de Bosa y la peligrosa ruina que amenazaba, se informó perfectamente de las condiciones de traspaso de la casa de Mosquera y no solo aprobó plenamente lo hecho, sino que urgió para que al año siguiente se diera comienzo allí al noviciado.

El contrato se cerró con la firma legal de la escritura. Aún estaba vivo y sensible el recuerdo del siglo pasado, de las famosas expropiaciones que, a título de las leyes sobre «manos muertas», habían despojado las propiedades eclesásticas de las comunidades religiosas; todavía estaba sin solucionar satisfactoriamente el título de posesión definitiva del viejo convento del Carmen y los fastidios a causa de esto no eran escasos, las comunidades religiosas no gozaban de personería jurídica y a base de estas experiencias se querían evitar situaciones equívocas para el futuro, en todas las otras casas que se fueron adquiriendo; por eso aquí se quisieron hacer las cosas de otro modo y el documento se encabezó legalmente a dos beneméritos salesianos: El Padre Tomás Tallone y el coadjutor Don Angel Colombo.

CASA NUEVA, ESPERANZAS NUEVAS.

Y así vino a realizarse el sueño del padre Silvestre! Y una buena mañana de enero de 1903, una pequeña caravana partía de Bogotá con los escasos y pobres enseres que habrían de integrar el modestísimo mobiliario de la nueva fundación, tanto más escasos, cuanto que una parte de los mismos no habían sido trasladados a Bogotá cuando se cerró el noviciado en Fontibón, pues esta parroquia había seguido funcionando por algún tiempo bajo los cuidados de los salesianos y, por tanto, ahora precisaba llevar también de allí alguna cosa para Mosquera.

Había un ambiente de alegría y bienestar. La extrema pobreza general, rayana casi en la miseria, se sentía ahora aliviada con las promesas de mejores días que daban las recientes dianas de la paz en el país. Hacía pocos meses se habían firmado los tratados que ponían fin a las hostilidades de la guerra civil y, aunque todavía no se había declarado restablecido el orden público, por todos los horizontes se presentía el amanecer venturoso y tranquilo de la pobre patria colombiana.

Por esto, ya no disonaba el ambiente de fiesta que se respiraba aquel día en la pequeña población sabanera. Los trece fundadores que viajaban en aquel incomodísimo vagón de tercera clase, no pudieron disimular su impresión de sorpresa cuando, al detenerse el tren, observaron, por las ventanillas, el inmenso grupo de gente que los aguardaba y oyeron el estallido incesante de los cohetes que anunciaban su arribo. Al ir descendiendo uno a uno del vagón,

se fueron hallando con el rostro radiante y los brazos abiertos de Don Lorenzo que era quien encabezaba aquella sincera manifestación de simpatía. A su lado estaba una buena señora, algo pariente suya, y que no cedía a este un punto en cuanto a cariño y entusiasmo por la obra salesiana: Doña Dolores Groot de Rico, hija del célebre historiador y apologista católico, Don José Manuel Groot. Acompañados de tan excelentes patronos y seguidos por la multitud que lanzaba entusiastas vivas a la congregación salesiana y a Don Bosco, se encaminaron los nuestros hacia la casa que en adelante había de ser cuna y centro de nuestras esperanzas. Como primera manifestación de hondo reconocimiento hacia el primero y principal benefactor, se llegaron todos a la humilde capillita del pueblo, también de propiedad de Don Lorenzo Fonseca, situada en el costado occidental de la plaza. Más que verdadera capilla, era un modesto saloncito que en algo trataba de suplir la falta de templo apropiado y de sacerdote estable. Tras de breve pero intensa acción de gracias, salieron para ir a tomar posesión del caserón, que a sus ojos se ofrecía. El Padre Silvestre, que encabezaba el grupo, estaba de verdad emocionado. No menos felices, a su lado y rodeando a Don Lorenzo, venían el Padre Jorge Herrán y el Padre Fierro Torres. Al oír las reiteradas expresiones de reconocimiento y cariño que se le dirigían, Don Lorenzo fija su mirada franca en el Padre Fierro y le dice: «Murió mi esposa sin dejarme fruto alguno de nuestro



VENERABLE DON MIGUEL RUA
PRIMER SUCESOR DE DON BOSCO

tierno amor: Qué mejor destino podía yo dar a mi casa? Ya no he menester dinero: siempre he aborrecido el lujo; ahora me basta una pequeña habitación donde vivir recogido el tiempo que aun plazca al Señor concederme. Muchos me ofrecieron cuantiosas sumas por esta casa: para qué quería yo plata? Más vale asegurarse un galardón allá arriba donde nada perece. Ustedes aquí moralizarán la población y rogarán por mí».

Por eso el mismo padre Fierro, en relación publicada en el Boletín Salesiano de Turín poco después, decía: «El señor Fonseca es un verdadero católico, de esos en cuyo pecho hierve la caridad y busca expansión; recientemente ha donado a la sociedad de San Vicente de Paúl un potrero o dehesa de gran valor; aquí la iglesia de la capellanía lo reconoce como uno de sus mejores bienhechores y como sacristán mayor, porque él no cree degradarse prestando servicios humildes en la morada del Señor; los pobres de aquí lo llaman padre. Sea esta una pública manifestación de cariño y gratitud y sirva de ejemplo a los demás católicos».

Y así hicieron su ingreso en esta casa los primeros salesianos. Creían soñar! Y su admiración y gratitud por el eximio bienhechor subió de punto cuando vieron que, no contento con entregarles la casa, les hacía también donación de algunos muebles: Mesas, sillas, camas, que, para la penuria de aquellos comienzos eran una verdadera providencia.

El Padre Rico, describe así la casa: «Para quienes venían del sombrío rincón santafereño del Carmen, y especialmente para los que habían vivido en Fontibón, el entrar en esta casa de

Mosquera, más que proporcionada al número de ocupantes, bien conservada y aun confortable en el piso alto, daba la sensación de entrar a un palacio, Esto y lo cordial de la acogida, explican de sobra la alegría y el entusiasmo de los salesianos a quienes correspondió la fundación».

Y en otro lugar cuenta: «El lote comprendía toda la manzana al norte de la plaza, manzana formada por la casa propiamente dicha, una casita adyacente y un gran solar. La casa presentaba el tipo de las antiguas casas haciendas de la Sabana. Construcción de gruesas paredes de adobe, algo bajas de techo para buscar calor; dos patios, uno claustrado en dos pisos y otro en uno; en el piso alto un corredor amplio otros dos menores hacia dentro y gran balcón corredor hacia los dos frentes externos; en el mismo piso alto una sala muy amplia y seis menores, aunque siempre capaces; cielos rasos con cornisa y florones de estuco; pavimentos de tabla y paredes bien empapeladas, adornadas en los corredores con cuadros bíblicos. En la parte baja, unas piezas habitables cerca de la entrada; el comedor y la cocina en el patio interior y lo demás todo dedicado a graneros. Para el agua había un aljibe con su bomba y el solar, medio huerta, medio corral, poblado de arbustos y de maleza, pues suplía mucho los servicios sanitarios, tan descuidados en las costumbres patriarcales de nuestros antepasados. La casa, tal como estaba podía albergar cómodamente una comunidad de veinte personas o algo más. Debe anotarse que Don Lorenzo se había reservado el uso de tres piezas contiguas a la entrada y la propiedad de la casita adyacente, que más tarde se le compró».

Lástima que las crónicas de estos primeros años anden tan remisas en darnos datos sobre estos comienzos que, como suele acontecer, y más por las circunstancias particulares de la época, hubieron de tener de lo heroico y de lo abnegado.

Los primeros días, como era natural se emplearon en la distribución e instalación de los diversos locales. Las trece personas que integraban la comunidad, se dedicaron de lleno a semejante labor. El Padre Silvestre, alma y vida de la fundación, se hallaba en todo y en todas partes, amén de la atención que le exigían las visitas que, por aquellos días menudeaban, ya que el entusiasmo de los vecinos era grande y, además de los dos grandes bienhechores ya nombrados y de doña Sergia de Olaya, otra de esas almas admirables a quienes nunca se acabarán de pagar los beneficios dispensados, había multitud de personas que iban a porfía en sus atenciones para con la recién fundada comunidad. El Padre Jorge Herrán en la plenitud de sus fuerzas y de su entusiasmo, iba y venía activamente atendiendo a las innumerableidades que le imponía su calidad de prefecto que, en nuestra organización peculiar salesiana, es quien atiende a lo económico y disciplinar, como quien dice, la Marta de la casa. El Padre Fierro como consejero escolástico, anda muy afanado preparando horarios y programas de clase y tratando de suplir la escasez de personal docente con la eficiencia y buena voluntad de cada cual, pues, a más de las clases al personal interno, había que ir pensando en la apertura de un colegio de externos que, por una parte, llenaría los anhelos de muchos padres de familia de la población y, por otra trataría en algo de llenar los vacíos económicos cau-

sados por la separación de la casa de Bogotá de la gerencia del noviciado con lo que quedaba este muy a merced de su suerte.

A más de estos, la crónica anota los siguientes nombres en el personal de la casa. Como profesos perpetuos, un acólito, Marco Antonio Ardila y un coadjutor, Jesús Martín, quien haría el oficio de cocinero; un profeso temporal: el acólito Baldomero Becerra, y, por último los novicios (ADSCRITOS, dice el apunte) Víctor Daniel López, sacerdote, y los acólitos Pablo Oliveros, Roberto Pardo, Rafael Posada y Camilo Silva.

Desde el primer día, tomó la casa un aspecto de colmena que daba gloria. Quién barria, quién lavaba, quién sacudía puertas y ventanas, quién andaba con sillas y mesas a cuestras..... La capillita interna, primer objeto de cuidados, quedó pronto instalada, con el primor posible en aquella evangélica pobreza, en el piso alto, en la sala situada en la esquina occidental que da a la plaza, donde hasta hace poco estaba la sala capitular. También vinieron a quedar en este piso, el dormitorio común, las habitaciones de los superiores y el estudio; la cocina y el comedor continuarían por lo pronto en donde estaban, es decir en el segundo patio. A la entrada, en el piso bajo, a mano derecha, donde actualmente funciona el despacho parroquial, se dispuso la salita de recibo y al otro lado, hasta la esquina en donde todavía se ve, como una reliquia de tiempos idos, el viejo nicho con la imagen del Beato Martín de Porres, se hallaban las habitaciones que Don Lorenzo se reservaba, y a continuación, o sea donde hasta hace muy poco estaba el teatro, se hallaban los graneros del mismo Don Lorenzo.

En esta forma humilde y pobre se dio comienzo a la obra. La crónica doméstica, tan parca en datos de estos primeros años, se limita a anotar: «Enero de 1.903 .-Día 20: Abrese la casa del noviciado bajo los auspicios del Sagrado Corazón de Jesús a cuyo nombre está dedicada»..... En verdad, no siempre la magnitud de los hechos ha de medirse por el boato de las palabras que los narran!

A los pocos días el personal fue aumentado con la llegada de otro acólito: Salvador Romero, «el señor Romerito» como le decían; una bella esperanza tristemente malograda y de quien hablaremos luego. Aunque solo contaba veintitrés años de edad, era toda una personalidad. Y, aunque, pese a su juventud, traía ya clavada la inexorable garra del mal contraído en las misiones de los Llanos y que había de llevarlo prematuramente a la tumba, llegó resuelto a dar de sí todo lo que pudiera: Sus maravillosas dotes de religioso delicado y de escrupuloso artista. Y qué bien supo hacerlo! Pronto comprendieron todos el regalo que con él hacían los superiores a la incipiente casa.

El tres de febrero pudo darse comienzo al colegio de externos. Con algo menos de veinte alumnos; las clases se dictaban en algunas de las piezas sobrantes del piso bajo por los acólitos profesos, a los que ayudaban dos de los aspirantes que habían hecho estudios ya con los Religiosos Maristas.

La vida empezó a deslizarse apacible y laboriosa. Intensamente laboriosa. Los sacerdotes habían de multiplicar su actividad para poder atender a todo. La población empezó a gozar de un culto activo y esplendoroso que no pudo nunca

soñar antes. No era solo el hecho de que hubiera varios sacerdotes residentes en donde antes solo se podía ver de tarde en tarde al sacerdote, sino que realmente aquellos eran hombres de buenas cualidades, las que eran puestas por entero y sin reservas al servicio de todos. El padre Silvestre poseía, como su hermano, el Padre Evasio, magníficas disposiciones oratorias y artísticas. Su amor por la música y su hermosa voz eran ya bien notorios y pronto fueron aquí también la admiración de todos. El padre Fierro era también, a pesar de su juventud, un notable orador. Ya se presagiaba desde entonces, con toda claridad, al que en el término de pocos años habría de ser ameno autor de novelitas juveniles, como LEVY LEVERCOUNTRI, ENRIQUE DEL PALMAR y DE GUERRERO A SACERDOTE; el consagrado pedagogo, autor cariñoso de obras tan valiosas como A LOS UMBRALES DE LA VIDA, LA INSTITUCION SALESIANA, LO QUE ES Y LO QUE HACE, EL SISTEMA EDUCATIVO DE DON BOSCO, etc. el eminente sociólogo, acaso más admirado en Europa que en su propia patria, que, en la clara transparencia de su estilo, había de enfocar temas de enorme alcance social en libros tales como: EL SISTEMA AGRICOLA Y SOCIAL DE ESTANISLAO SOLARI Y LA AGRICULTURA Y SUS ARMONIAS SOCIALES, por nombrar solo sus obras de la primera época; el admirado conferencista y orador que, a vuelta de pocos años había de ser el pasmo de los círculos intelectuales y aun políticos de España e Italia, como cuando en 1911 y en tiempos de agitación política (Recuérdense los terribles sucesos de Barcelona en julio de 1909), pronunció en la información parlamentaria ante la cámara de diputados de Madrid

un célebre discurso del que se dijo: «que tantas simpatías conquistó para su instituto y que, modelo de sencillez, de mesura, de patriotismo, de elocuencia soberana, fue admirado por propios y extraños y cantribuyó, como el que más, a pacificar los espíritus»; o aquella otra serie de conferencias sociales pronunciadas en noviembre del mismo año en la iglesia de los franceses en Madrid sobre las que se emitieron juicios como este: «Llamaron poderosamente la atención, por la claridad de su doctrina y la extensión de su mirada en los horizontes de la historia. Hablando del estado social, dijo claramente que tenía por seguro que en 1915 habría tales trastornos, que sería necesario enseñar la geografía política de diferente manera de como se enseñaba entonces, frase que parecía profetizar la sangrienta guerra de 1914 - 1918». Lástima que nuestra patria hubiera gozado tan poco tiempo de las luces de mente y corazón, de esta gloria salesiana y, aunque al cumplir sus bodas de oro sacerdotales y poder, aunque por pocos días, contemplar de nuevo los horizontes de Colombia, pudo constatar que esta tierra no lo olvida, queremos, sin embargo en estas líneas asegurarle que aquí se le sigue queriendo y deseando y que sabemos muy bien valorar lo mucho que por nosotros hizo como avanzando de primera hora, mientras vivió bajo el techo patrio, y lo mucho que nos honra con su actuación siempre brillante impregnada de acendrado colombianismo, mientras ha debido trabajar en lejanos países.

A estos luchadores de primera talla, vino poco después a agregarse otro sacerdote, también él orador de primera fuerza, que venía de la diócesis de Tunja y que

tras duras bregas que no es del caso explicar ahora, en las que puso bien de manifiesto la firmeza inquebrantable de su vocación salesiana, lograba ahora finalmente ver colmado su inmenso deseo de ingresar al noviciado salesiano para empezar, lleno ya de méritos sacerdotales, a recorrer el apartado sendero de la vida religiosa bajo las insignias de Don Bosco. Era ya por entonces maestro graduado, si bien, indudablemente las más valiosas armas con que contaba eran sus cualidades personales de inteligencia y bondad, las que ya tendremos ocasión de apreciar mejor más adelante.

Ante todo este cúmulo de circunstancias favorables, la población vibraba de entusiasmo, a lo que debe agregarse la inagotable generosidad de don Lorenzo Fonseca para costear las fiestas religiosas. Todas ellas se iban sucediendo con renovado esplendor. Fue por entonces cuando se consiguió la imagen de Cristo resucitado y muchos ornamentos sagrados. Los vecinos fueron viendo en los salesianos los redentores de la población y con esto empezaron a bullir los proyectos: Una gran construcción para un colegio en forma, una iglesia apropiada a las circunstancias, y de aquí se pasó a otros planes: y así ya desde entonces se creyó cercana la solución del eterno problema de la localidad: el acueducto. En cuanto al oratorio festivo, no sería exacto hablar de inauguración pues ya años atrás, cuando los novicios residían en Fontibón, ellos venían semanalmente a Mosquera, lo mismo que a otros pueblos cercanos, para hacer el catecismo a los niños. Lo que había habido pues, era una simple interrupción y ahora, al reanudarse, la concurrencia oscilaba entre los treinta y cuarenta niños.

Sin embargo, no se crea que todo eran mariposas doradas. La vida se presentaba dura y trabajosa y había que ganarla con valentía. La pobreza se hacía sentir con harta frecuencia como una molesta inquilina y era preciso andar muy vivos para atender a las múltiples necesidades de la incipiente comunidad: visitas, cartas, correrías por parte de los sacerdotes, nada se escatimaba para poner medianamente al día la contabilidad. Con todo, la mano bondadosa de la Providencia se hizo notar bien a las claras y algunas mejoras, aunque pequeñas, lograron introducirse en el edificio. Se formó un patio de recreo suficiente por lo pronto hacia donde en la actualidad queda la pequeña huerta; se hizo alguna mejora en la cocina y se arreglaron un poco algunas de las piezas del piso bajo; igualmente se trató de dar solución provisional al problema sanitario de la casa abriendo algunos pozos sépticos mientras se veía la posibilidad de atender en forma más adecuada a tan grave problema.

En cuanto a la vida interna del no-

viciado, mejor será atenernos a la pluma cuidadosa del Padre Rico: «A diferencia de Fontibón, donde la formación del personal era el todo de la casa mientras la parroquia con su párroco vivían como aparte, aquí las actividades de los superiores vinieron, por fuerza de las cosas, a quedar en su mayor parte a servicio del público y del colegio. Con ello la vida del noviciado y aspirantado hubo de pasar como a segundo término; es cierto que quedaron eliminados los inconvenientes de la estancia en Bogotá y que, a los poquitos novicios no faltaron sus clases, conferencias y cuentas de conciencia (1); pero tampoco se respiró ese ambiente de Fontibón, ambiente exclusivo de recogimiento, formación y vocaciones; cosa, por otra parte, explicable si se tienen en cuenta las circunstancias de la fundación, la necesidad de buscar recursos y las enormes penalidades por que había debido pasar el Padre Silvestre en su carácter de formador de personal».

(1) Así se denomina entre nosotros la cuenta de la vida exterior o «cuenta de conducta» que periódicamente han de dar todos los religiosos a su superior.

RETOQUES AL CUADRO: DOS GRANDES FIGURAS

Muchos detalles de la vida de entonces en Mosquera, han de escapar forzosamente debido a la falta de una crónica completa. Por eso reuniremos en este capítulo algunas noticias logradas aquí y allá y que ayudarán a perfeccionar el panorama y a tener una idea más completa de lo que desde entonces significó la fundación de esta casa. Así, el Padre Fierro describe el estado general de los estudios eclesiásticos entre los nuestros en aquel entonces: «Estudiantado teológico ni filosófico propiamente, no los teníamos ni podíamos tenerlos. Para suplirlos, reunió (el Padre Evasio) el mayor número posible de estudiantes en Bogotá y les dio horario y maestros. Eran estos los padres Caroglio y Cattaneo. Para los exámenes, que tenían lugar cada semestre, iban Monseñor Sibiglia, auditor de la nunciatura y algún otro sacerdote de la arquidiócesis. Los finales, para las licencias de confesión, los dimos ante el señor arzobispo y su cabildo y hasta hubo algunos públicos, con grande solemnidad.

Pero el Padre quería el prestigio de su congregación y especialmente que el elemento del país pudiera presentarse con honor, lograda una formación perfecta. Para ello, nada mejor que mandarlos a Roma, a cursar en la universidad gregoriana. Así lo hizo. Cuando fue a Italia para el capítulo general, llevó consigo a cuatro estudiantes colombianos. Y más tarde mandó otros y otros y estableció la tradición de mandarlos. De este modo, también en el campo de los altos estudios la inspec-

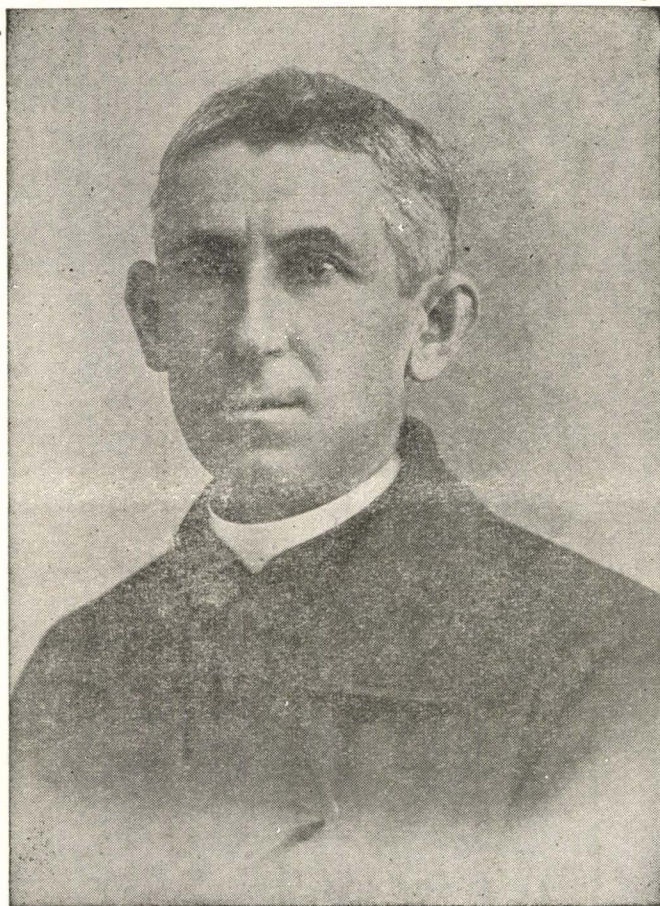
ría colombiana se hacía digna de la patria y se puede presentar con noble orgullo entre las mejores. Cuando más tarde se pudo formar en el territorio el estudiantado científico, filosófico y teológico, la inspectoria contaba con personal preparado. El padre Evasio miraba en esto, como en todo, alto y lejos. Por eso también supo dedicarles a los coadjutores atención especialísima».

Esta tradición anotada por el padre Fierro de enviar estudiantes nuestros a Italia se realizó este año de 1903, con el viaje de dos acólitos que, andando el tiempo, habrían de llegar a ser auténticas notabilidades: Julio Caicedo y Medardo Charry, quienes iban a cursar estudios a la Universidad Gregoriana de Roma. Dicha tradición, como veremos luego, alcanzó a mantenerse por algunos años, y ha venido a ser felizmente reanudada bajo el gobierno del actual inspector Padre Gaudencio Manachino.

Necesario nos parece también consignar dos sucesos públicos que, por su importancia, tuvieron forzosa influencia en nuestra historia. El primero fue la muerte del Papa León XIII, el gran benefactor de la obra salesiana en el mundo y en especial en nuestra patria, ya que por su intervención llegó a Colombia la primera expedición de salesianos enviados por Don Rua: muerte ocurrida el 20 de julio de este año (1903) y que llenó de luto a la cristiandad. El segundo, la separación de Panamá del territorio colombiano con la intervención del gobierno de los Estados Unidos, hecho luctuoso consumado el 3 de noviembre de

este mismo año. Y lo consignamos, porque en alguna forma contribuye a dar más cabal idea del carácter del Padre Evasio Rabagliati. Como es sa-

al país al famoso sabio leprólogo noruego Gerardo Armauer Hansen, descubridor del terrible bacilo de la lepra. En todas estas diligencias, la no-



Reverendo Padre Evasio Rabagliati

bido, el padre se había consagrado con alma y vida a la obra de los lazaretos, al cuidado de los leprosos, a su misión, como él la llamaba. Esto lo obligó a hacer viaje a Europa en septiembre de dicho año, pues llevaba la intención de hablar más detenidamente sobre esto con los superiores de Turín, y de traer

ticia del levantamiento de Panamá sorprendió al padre en Turín y le produjo enorme impresión. Quiso salir inmediatamente para Génova y embarcarse cuanto antes para Colombia. El Padre Luis Novarino, testigo de esto, añade: «Había en su apostura la decisión y solemnidad de un general que siente

que su presencia es necesaria en tan grandes momentos para su patria adoptiva. Su paso, la gallardía, el gesto, nos impresionaron a todos: había en ello algo de hermosamente sublime».

El padre Ortega, en su historia de la obra salesiana en Colombia, comenta: «El temía que se preparara una nueva revolución y quería estar con los suyos en el momento del peligro, pues «el buen pastor da la vida por sus ovejas». Cuando regresó a Colombia ya el despojo estaba consumado y Panamá independiente».

Y este viaje del padre Evasio a Europa, es el último que hace como inspector de Colombia. Ya desde la visita del Padre Albera el año anterior, se había puesto de manifiesto la conveniencia de encomendar a otras manos el gobierno de la inspección, para que el padre Rabagliati pudiera dedicarse por entero al trabajo en pro de los lazaretos. Esta era su obsesión, la idea fija de su actividad, y por otra parte, el gobierno le encomendaba misiones oficiales en este mismo sentido, primero con la idea del gran lazareto nacional y más tarde para ver de lograr la fundación de lazaretos departamentales, lo que habría por fuerza de obligarlo a hacer inmensas correrías por todo el país. Había ya por entonces dictado multitud de conferencias en los puntos más distantes y era una tarea que había que continuar a toda costa. De aquí que los superiores se decidieran finalmente a relevarlo de la dura brega de la dirección de toda la obra salesiana en nuestra patria y a nombrarle un sustituto. Por esto, creemos que sea este el sitio para dar algunas noticias más sobre la personalidad del padre Evasio, especialmente en lo que mira a

sus relaciones con el personal en formación.

Extractamos de los escritos del Padre Fierro: «En el noviciado, su preocupación especial era la formación salesiana. Conversaciones, conferencias, buenas noches (1), tenían marcada esta solicitud. De apuntes tomados entonces, vayan estas muestras:

«Demos gracias a Dios por habernos llamado a obras tan grandes como las misiones y los lazaretos. El se vale de nosotros para afirmar sus misericordias. Mirad: en seis años que llevamos en Agua de Dios, ni un solo suicidio, cuando antes los había por docenas. Están, como en los colegios o en las mejores parroquias, las asociaciones de san Luis, san José, Santísimo Sacramento: está floreciente la adoración perpetua. Y se ven prodigios como este: «padre, soy el hombre más feliz de la tierra», decíame uno después de confesarse. Y quien lo decía era un mutilado, que no podía valerse y estaba tendido en una estera. Y como me viera sorprendido: «Sí, padre, créame soy el ser más feliz de la tierra. Si Dios no me hubiera hecho el regalo de esta enfermedad, hoy sería un pecador, más tarde un réprobo. Ahora, no: siento que Dios me quiere, que soy su hijo, que lo seré eternamente. Por eso, todos los días de mi vida le daré gracias por esta enfermedad». Veis cómo, debido a la religión llevada por los nuestros, la terrible cruz de la enfermedad más cruel, se hace llevadera y hasta amable»? Qué novicio, qué alma medianamente noble, no se sentiría inflamado en celo y orgulloso de una vocación que tales bienes producía?

Mirando al próximo porvenir que en los colegios les aguardaba, y que era el fin

(1) Plátiquita tradicional en las casas salesianas, antes de enviar a los alumnos a dormir.

próximo de su vocación, deseaba que fueran buenos maestros y asistentes. Avaloraba con su autoridad las enseñanzas del director maestro».

«En la enseñanza, la máxima sencillez, aun con los grandes. La erudición está bien en el maestro si la sabe digerir y asimilar; pero en la enseñanza es indigesta siempre; marea la abundancia de citas y teorías, engendra confusión e impide la comprensión de las verdades y principios fundamentales».

«Repetir, repetir y hacer repetir, con variación de formas y palabras. Es el medio de que comprendan y se graben las cosas».

«Entre la ciencia y la fe no hay, no puede haber oposición real; la puede haber aparente y esto depende del imperfecto conocimiento de una y otra. Por esto hay que estudiar a fondo el catecismo. El sabio católico está garantizado y como tiene las plantas bien aseguradas en terreno firme, puede proceder adelante con más riguroso método científico: está seguro de que la verdad que conocerá por método científico no está en contradicción con lo que dice la fe: y que si hay contradicción aparente, un más atento estudio la hará desaparecer».

«En las almas modernas tiene más eficacia una vida santa que las mejores exhortaciones: VERBA MOVENT; EXEMPLA TRAHUNT. El mayor y mejor ejemplo es el de Don Bosco: si es verdad que sabía muchísimo, no lo es menos que lo que le ganaba la admiración y los corazones era su vida santa».

«Alegria! Alegria! Es el mandato de Don Bosco. Sed alegres; no solo: sed maestros de alegría, apóstoles de la alegría».

«Un optimismo sano hace bien al espíritu: aumenta nuestras energías, alivia

los dolores inevitables de la existencia y hace florecer la vida. Hoy, más que nunca, la humanidad necesita alegría. Por eso el santo del siglo, Don Bosco, Dios lo ha querido alegre y apóstol de la alegría».

«Demos expansión al niño: hagámosle amar el campo. También la flor encerrada, se mustia y descolora y pronto muere, estéril, infecunda».

«Oh, qué grande y hermosa misión la del asistente! Angel guardián, precursor, guía. Pero por eso es razonable que quien asume el delicado, angélico deber de asistir y educar, tenga algo como un cuadro o prospecto de las responsabilidades (así en plural) que el angélico oficio trae consigo: responsabilidades que rebasan y trascienden las normas disciplinarias. En esto, más puede el sentido común, es decir el buen sentido, que cualquier reglamentación y la gracia divina todavía más, porque es un nuevo sentido, una inspiración y una energía sobrehumana añadida a lo anterior. De aquí la necesidad que tenemos de la oración, de la ORACION ACTIVA, de conservarnos en la presencia de Dios, de procurar la unión permanente de nuestra alma con él».

«Ante todo, hay que mantener el orden: hacer que todo proceda con orden y con..... orden. Orden exterior, orden interior».

«Es indispensable que el niño aprenda cuanto antes a conocerse y respetarse. Para ello, nada tan a propósito como recordarle su puesto en la creación, y sobre todo, su elevación a la vida sobrenatural y su incorporación a Cristo por el bautismo y la gracia».

«La disciplina es la primera condición

del orden, del progreso, de la alegría y de la libertad».

«La vida de un colegio se desarrolla en un ritmo armónico: es una sucesión de ocupaciones y de descanso. No se improvisa, no va a capricho: se desarrolla según las exigencias religiosas, culturales, psicológicas y ambientales de los niños». (Y explicaba todos estos términos y conceptos).

«Ante todo, el horario. Respetar el horario: hacer de la puntualidad un deber, casi diría un culto. El horario se ha establecido después de mucha meditación, de mucha experiencia. Y lo está, para asegurar el orden, para ventaja de los niños y no precisamente para comodidad nuestra - aunque también nos asegura la regularidad de trabajo. Es algo general, no individual. Por eso, aunque a veces nos pese o nos grave individualmente debemos observarlo y hacerlo observar».

«Digo EXIGENCIAS SICOLOGICAS y aquí de las iniciativas del maestro, del asistente! Cuántos recursos a su disposición! Campo inmenso de actividad a que debe concienzudamente prepararse. El asistente debe..... ASISTIR, es decir, VIGILAR y AYUDAR. El reglamento lo dice claro: debe estar como la presencia de Dios, en todas partes, sin hacerse pesado, sin hacerse sentir. El niño debe presentir por todas partes la presencia del asistente, presencia activa, pero con la sensación de libertad».

«No seamos pesimistas: no veamos el mal en todas partes y en todo: aun en aquello que parece mal, muchas veces hay solo ignorancia o inadvertencia..... Pero no nos descuidemos tampoco: estemos siempre alerta para evitar desórdenes e inconvenientes. Vigilemos espe-

cialmente ciertos elementos que, ya por un motivo, ya por otro, deben preocuparnos. El contagio del mal es rápido. La inocencia se pierde en un instante..... Pero sed muy cautos. Para ciertas cosas, acudid muy pronto al director».

«Mas todo esto, con ser tan importante, es algo negativo. Hay algo más profundo y más hermoso, que corresponde propiamente a la asistencia en el SISTEMA PREVENTIVO: La parte positiva. No solo evitar: hacer, mover, suscitar..... indicar y ayudar a realizar.....»

«Ante todo, los niños nuevos, recién entrados. Pensemos que, obligados a venir a un ambiente para ellos extraño, separados de sus padres, carentes de sus caricias, sufren nostalgia. Basta pensar en lo que a nosotros nos pasó..... Un poco de comprensión nos hará encontrar la palabra que conforta, la sonrisa que anima, el auxilio oportuno. Cuánta necesidad de COMPRENSION! Espiritu de comprensión..... Pidámoselo a María Auxiliadora, que tan a manos llenas se lo dio a Don Bosco. Un corazón se hiere tan fácilmente! Y son heridas que pueden sangrar toda la vida. Pero también una muestra de benevolencia, una prueba de que sabemos comprender, puede iluminar toda una vida. Las primeras impresiones del colegio son decisivas».

«Qué dice el reglamento sobre la inadvertencia y la vivacidad de los niños? (Y lo hacía responder) Pongámonos en el caso de ellos.....»

«Además, a cada paso se nos presentará una ocasión. Campo inmenso de observación y de bien es la vida: riñas, enemistades, dolores, indisposiciones..... las CONVERSACIONES!..... Por eso, mezclarse con ellos!..... Evocaciones y recuerdos!.....»

«Qué amplia y hermosa es nuestra vida y nuestra obra! Qué rica en responsabilidades! Hay que saberlo y hay que sentirlo y hay que vivirlo en toda su belleza, en toda su delicadeza. Todo se compendia en una idea: Educador cristiano y salesiano».

«Y se proponía muy seriamente que todos adquirieran un gran sentido de RESPONSABILIDAD PERSONAL y de SOLIDARIDAD SALESIANA. Decía que esto es tanto más necesario, cuanto que nuestra congregación no cuenta con los medios coercitivos que tienen otras ya que hasta en esto Don Bosco quiso que fuera el amor el grande guía y la grande fuerza inspiradora y propulsora. Ninguna congregación respeta más la libertad individual, pero tampoco ninguna pide más abnegación y consagración al deber.»

«También inculcaba mucho la devoción al Espíritu Santo, vida de la vida».

Como se ve, las enseñanzas del Padre Rabagliati, recogidas con respetuoso cariño por quienes las pudieron beber de sus labios, no solo sirven para delinear más y más su fisonomía espiritual, sino que, ricas como son en valiosas enseñanzas, tienen aun hoy día viva actualidad como claros aforismos de nuestra pedagogía.

Más adelante añade el mismo Padre Fierro: «Lo que hemos dicho.....basta para conocer el cariño y la solicitud especiales que dedicaba a estas plantecitas prometedoras, que crecen y florecen en los jardines salesianos. Por ellos se desvivía; a ellos consagraba las mejores palpitaciones de su corazón.

Cuidaba mucho de su salud. Al mismo tiempo que los quería fuertes y valientes, despreciadores de esos males ordinarios que parecen inherentes al humano

vivir, les proporcionaba, llegado el caso, los más grandes recursos, en médicos, medicinas y comodidades.

Pero sobre todo, atendía a su cultura intelectual y a su formación religiosa y salesiana. Les inició una buena biblioteca, que alimentaba sin cesar. Los visitaba con frecuencia, pasando con ellos el tiempo de que podía disponer; les daba conferencias y buenas noches; les abría el corazón; les comunicaba sus proyectos y lo que el celo salesiano podría hacer en Colombia; sobre todo, les hablaba de Don Bosco, mucho y bien, hasta enamorarlos de él, hasta convencerlos de que era el hombre-cumbre de su siglo. el santo-tipo providencial - de los tiempos modernos, el que tenía para cada problema una solución, para cada mal un remedio, y, por consiguiente, hasta persuadirlos de la grandeza y belleza de la vocación salesiana, y de lo obligados que por ella quedábamos ante Dios, ante la Iglesia, ante la humana sociedad.

Algunas de esas fiebres periódicas que desde 1895 lo acometían, pasábalas en el noviciado. Y entonces se nos revelaba otra faceta de su rica personalidad. La paciencia en el sufrir, la docilidad a los enfermeros, la piedad espontánea y, diríamos, fisiológica y psicológicamente refleja, pues en los delirios de la fiebre repetía sus jaculatorias favoritas: «Bendito sea Dios!.....Maria Auxiliadora ruega por nosotros!..... Viva papá Don Bosco!.....» y hablaba de las empresas que entre manos traía, como el lazareto, las misiones, el edificio del Carmen.....

Admirábamos su gran talento y su infantil sencillez, la misma que pondera el Padre Bursotti: «La estructura de un alma fuerte, empapada del verdadero espíritu salesiano y llena de santas alti-



Salesianos en Mosquera en 1905

veces para la dicha del bien y de la virtud. Su vida era la de un verdadero misionero salesiano: vida de sacrificio permanente; vida de unión estrecha y vital con Cristo». Sobre esto mismo ya nos había llamado la atención el padre Olivazzo: «.....un alma dedicada a tantas obras exteriores, sin desmentir nunca su gran celo y piedad, debe estar bien unida con Dios Nuestro Señor, fuente inagotable de toda energía.....Solo así me lo explico: hombre de mucho trabajo, es porque lo es de mucha piedad, de mucha fe y de mucha unión con Dios.

Bastaba verle celebrar la santa misa para convencerse de ello. Se preparaba bien; en el altar se le notaba concentrado en la grande acción, aunque con absoluta naturalidad. Después de la misa se arrodillaba en un banco y, con el rostro entre las manos, daba gracias y departía con el Amado por unos veinte minutos.

Los novicios, que son muy observadores, en medio de su modestia, notaban esta y muchas otras cosas.

Imposible hacer un diseño completo de la magnífica semblanza de este coloso del apostolado en tierras de América. Por eso, para quien desee conocer más a fondo esta figura admirable de salesiano, nos remitimos por entero a la biografía trazada con mano maestra por el Padre Fierro y que contiene datos y anécdotas admirables. Nuestro objeto por lo pronto es, aparte del tributo de justicia a quien tanto hizo por esta casa de Mosquera, tratar de explicar la perplejidad de los superiores de Turín, cuando se trató de buscarle reemplazo. No era, tarea fácil continuar las múltiples obras puestas en marcha por esta mente organizadora y de eminente sentido prác-

tico. El trabajo era mucho, los brazos escasos y no siempre experimentados, los tropiezos y obstáculos de muy diversas índoles. No faltaban ni aún las gratuitas enemistades que surgen siempre contra todo lo bueno y que en este caso menudeaban sus ataques en diversas formas y con diversos pretextos..... Por otra parte, las esperanzas puestas en la obra salesiana, eran muchas y muy obligantes, cosa que, forzosamente había de aumentar las preocupaciones. Afortunadamente los superiores pudieron dar pronto con el hombre a la altura de las circunstancias. Sus ojos se fijaron en quien por entonces era inspector de la provincia tarraconense en España, el Padre Antonio Aime. Como de él aun no existe biografía completa, no será mal que demos algunos datos acerca de este admirable superior cuya figura llena casi veinte años de historia salesiana en Colombia, datos que nos suministran, por una parte las mismas memorias biográficas de Don Bosco, en cuyas páginas figura con honor, y por otra, la corona fúnebre editada a raíz de su muerte.

«El Reverendo Padre Antonio Aime nació el 4 de julio de 1861 en Cereseto Monferrato, importante población del Piemonte (Italia), tierra fecunda en nobles y fuertes caracteres, patria de Don Bosco, cuna de la congregación salesiana.

Fueron sus padres don Miguel Aime y doña María Ghibaudi, excelentes cristianos que cifraban su mayor dicha en la educación esmerada de sus hijos. En tierna edad tuvo la desgracia de perder las caricias de su madre, de la cual guardaba vagos recuerdos. Así lo dispuso la divina Providencia para que él, que debía ser padre y consolador de muchos huérfanos, experimentara en sí mismo y compren-

diera la desolación y la tristeza de los que en tierna edad han sido privados de las ternuras maternas.

Pasó la infancia bajo los cuidados de su padre y de su hermana mayor, a quien amó y respetó siempre como a madre. Ella, en efecto, supo cultivar con delicadeza exquisita la mente y el corazón de su amado Antonio.

Frente a la población de Cereseto se levanta una colina en cuya cumbre campea el antiguo y renombrado santuario de Crea, donde se venera una milagrosa imagen de la Santísima Virgen, tallada por san Lucas, según piadosa tradición, y traída de Oriente por San Eusebio, obispo de Vercelas (340-370). Allá acuden en continuas y fervorosas romerías los fieles del Piamonte. A aquel centro de piedad el joven Aime dirigía sus primeros pasos, y delante de aquella imagen veneranda brotarían los gérmenes de su vocación sacerdotal y aquel ardiente y filial amor a la Santísima Virgen que debía ser la nota característica de su vida.

A los doce años de edad ya había terminado sus estudios elementales, y, fortalecido en el santuario de la familia por una educación sinceramente cristiana, meditaba en su corazón el modo de llevar a efecto el secreto deseo de ser un día sacerdote. Pero muy distintos eran los ideales de su padre, quien, entusiasta por la vida del mar se proponía hacer de Antonio un hábil marino. El mismo padre Aime con frecuencia, en la confianza doméstica, solía contarnos cómo él debía su vocación a su hermana, quien, de un modo ingenioso supo desbaratar los proyectos de su padre. Un día don Miguel llamó a su hijo y sin más le manifestó su resolución de lle-

varlo a Génova para que se preparara a su futura profesión. El joven no tuvo valor para revelar a su padre la secreta aspiración de ser ministro de Dios, pero sí abrió su corazón a la buena hermana, quien, después de haberse asegurado de la seriedad de su propósito, le dijo: «No te afanes; deja la cosa a mi cuidado; yo sabré convencer a papá». Llegado el día fijado para el viaje, despierta a Antonio muy temprano, le entrega el alimento para todo el día y le aconseja que salga de la casa y vaya a esconderse en los alrededores de la población. El jovencito así lo hace. Permanece oculto en distintos lugares hasta que, llegada la noche, se acerca receloso a su casa. Mientras tanto la hermana había cumplido su compromiso. Al padre, que en vano buscaba a Antonio para emprender el viaje, manifiesta cómo había salido de casa porque no quería ser marinero sino sacerdote, y aduce tales razones, que logra persuadirlo a que secunde los nobles deseos del hijo. De este modo, a su regreso, Antonio es recibido con cariño por su padre, quien le perdona la falta y le promete que lo llevará pronto a estudiar.

Don Bosco, en los primeros años de su institución, durante el otoño, época de la vendimia, solía llevar a los alumnos que se quedaban en el colegio durante las vacaciones, a un grandioso paseo de varias semanas por distintas poblaciones de Monferrato, distribuyendo el itinerario de modo que las excursiones terminaran en el caserío de Becchi, cerca de Castelnuovo, su patria, donde celebraba con gran solemnidad la fiesta del Santo Rosario. El gran apóstol de la juventud, siempre genial en sus nuevos métodos, a la vez con tales excursiones

se proponía el solaz de sus amados alumnos, propagaba su obra y ganaba no pocas vocaciones. Al frente de la banda de música y de la compañía dramática, compuesta por sus mismos niños, iba de pueblo en pueblo, acogido con cariño por los párrocos y bienhechores distinguidos, quienes se creían honrados en dar amable y generosa hospitalidad a Don Bosco y a sus alumnos. La llegada a una población era motivo de gran fiesta para todos. En la plaza, o en lugar apropiado, la compañía dramática improvisaba el escenario y daba alegres funciones, amenizadas por la banda. En la iglesia, Don Bosco electrificaba al pueblo con sus amenos y conmovedores sermones, mientras sus hijos lo edificaban con la frecuencia de los sacramentos y la sincera piedad. Es increíble el bien que hacía con tales visitas a los pueblos y el entusiasmo que despertaba, especialmente en los niños que, numerosos, lo acompañaban hasta Turín para estudiar en el Oratorio salesiano. Así se explica cómo el Monferrato haya dado tantas vocaciones sacerdotales a la Congregación salesiana y a los seminarios, y cómo, el joven Aime, deseando hacerse sacerdote, dirigiese naturalmente la mirada a Don Bosco.

A fines del año 1873, el jovencito Antonio Aime ingresaba en el Oratorio de Valdocco, en Turín, y se ponía bajo la dirección de Don Bosco para iniciar los estudios literarios. El gran apóstol de la juventud, ya conocido en toda Italia por sus obras maravillosas y por su fama de santidad, ejercía un atractivo irresistible sobre sus alumnos que mientras vivían como en un ambiente sobrenatural, hacían rápidos progresos en la virtud y en los estudios. El buen padre

conoció muy pronto las raras dotes de mente y corazón del joven Aime, las cultivó con mano experta y supo comunicar a su dócil alma el noble ideal del apostolado de la juventud, de modo que, al concluir la literatura, pidió el discípulo ser admitido entre los continuadores de la misión del gran apóstol.

Concluido el noviciado, el 10 de septiembre de 1879 hizo su profesión religiosa, realizando así sus ardientes anhelos de ser miembro de la incipiente congregación salesiana. Fijos los ojos en los admirables ejemplos del gran padre y deseoso de habilitarse para su futura misión, se entregó con ardor juvenil a los estudios filosóficos en los que sobresalía entre sus talentosos condiscípulos. Pero su constitución física, algo débil, pronto se vio amenazada, y los médicos, temerosos de graves consecuencias le mandaron suspender todo trabajo intelectual. Obligado a la inacción, a menudo se apoderaba de él el temor de no poder coronar, por falta de salud, sus deseos, hasta que un día se presentó a Don Bosco y le manifestó, llorando, la tristeza que embargaba su alma. El buen padre, mirándolo con ternura, le respondió en son de chanza: - Comes?..... duermes?..... Y como le contestara que sí, concluyó: - Si ello es así, pierde cuidado y prepárate a trabajar con denuedo para salvar muchas almas.

Pocos días después, Don Bosco, para manifestar su cariño, e infundir ánimo a tan buen hijo, lo llamó y le dió el encargo de ayudar a su secretario en el despacho de la correspondencia y en el arreglo de su cuarto. Con afecto filial aceptó el nuevo oficio, con que Dios disponía que pudiese estar al lado de ese santo varón y estudiar todas sus virtudes.

Fue en aquella intimidad de vida con el santo apóstol, donde el joven Aime supo copiar los rasgos de virtud y el dulce espíritu de Don Bosco, hasta llegar a ser uno de sus más genuinos imitadores.

Por este tiempo, según lo afirma persona que lo oyó de boca del mismo

les Dios le manifestaba el porvenir de su obra y de sus hijos. Un día, en que muchos jóvenes y salesianos se acercaban al buen padre para saber algo sobre su porvenir, también el joven Aime le preguntó: -Y yo, cuándo moriré? Don Bosco, con la sencillez y espontaneidad que usa-



Reverendo Padre Antonio Aime

Padre Aime, Don Bosco le reveló la época de su muerte. Los que conocen la vida del santo, saben que él con frecuencia tenía revelaciones misteriosas en las cua-

ba en tales momentos, lo miró sonriente y le dijo: -Te contentas con sesenta años? Al buen hijo, que entonces estaba muy delicado de salud, le pareció mucho y

contestó que le sobraban. -Pues bien, repuso el padre, vive alegre; cuando vayas a cumplir los sesenta, está preparado; veremos si es el caso de pedir una prórroga.

Sin duda el padre Aime recordaba estas palabras unos meses antes de su muerte, cuando repetía con tanta insistencia que ya le quedaba poco tiempo de vida.

La fama de gran pedagogo que San Juan Bosco había adquirido en toda Italia, le mereció la distinción de que se confiara a sus hijos la dirección del colegio de nobles de Valsálce, cerca de Turín. Para formar parte del personal directivo de ese colegio, don Bosco escogió al clérigo Aime, que ya se había restablecido notablemente en la salud. En aquel colegio se educaba la flor de la nobleza del Piamonte, y en tan difícil campo dio las primeras pruebas de sabio educador y hábil maestro, dejando imborrables recuerdos entre sus agradecidos alumnos, algunos de los cuales conservaron amigable relación con él hasta sus últimos días.

Mientras trabajaba en el colegio de Valsálce atendía también a los estudios teológicos, de modo que recibió sucesivamente las órdenes menores y el subdiaconado de manos de su señoría ilustrísima monseñor Juan B. Bertagna, obispo auxiliar de Turín; el diaconado, de su eminencia el cardenal Alimonda, y el 2 de febrero de 1.885 fue ordenado sacerdote por manos de monseñor Juan Cagliero, después cardenal, siendo el primer sacerdote ordenado por el primer obispo salesiano.

Don Bosco, cediendo a las instancias de insignes cooperadores, acababa de fundar en España las casas de Utrera y

Sarriá (Barcelona), y necesitando de auxiliares que dieran fuerte impulso a su obra en aquella noble nación, eligió entre ellos al joven sacerdote Antonio Aime.

Llegado a su nuevo campo de acción en la escuela de artes y oficios de Sarriá, no lo amedrentó la dificultad de la lengua española; antes bien, llegó a dominarla de tal modo, que después de pocos meses pudo arreglar para la lengua castellana una gramática latina según el método salesiano.

Deseoso de conocer al pueblo y de ponerse en íntimo contacto con él aprendió con tanta perfección y gracia el catalán, que pronto llegó a figurar entre los mejores oradores sagrados para sermones e instrucciones populares.

El prefecto de una casa salesiana ocupa el primer lugar después del director y tiene a su cargo toda la administración material y disciplinar del instituto. Los superiores, conocedores de las excelentes cualidades del joven sacerdote, no vacilaron en ponerle tal cargo, que en una casa de trescientos alumnos artesanos, como la de Sarriá, presentaba, especialmente en sus principios, gravísimas dificultades. Pero el celo y la actividad incansables del padre Aime, unidos a la dulzura y firmeza de su carácter, le ganaron muy pronto el respeto de los alumnos y la estimación de todas las personas que lo trataban. Muy difícil es compendiar en pocas palabras la actividad desplegada en esos cinco años de 1.885 a 1.890, en que estuvo al frente de la prefectura de Sarriá; baste decir que sus directores, don Juan Branda y don Felipe Rinaldi, más tarde superior general de la congregación, lo amaban tiernamente y no acababan de celebrar las virtudes que adornaban a este celoso salesiano, que hacía

concebir tan halagüeñas esperanzas desde los albores de su apostolado sacerdotal.

Llegados a este punto, con respetuosa reverencia cedemos la pluma a nuestro amadisimo rector mayor, el reverendo padre don Pablo Albera, quien pocos meses antes de morir, al anunciar a los salesianos la gran pérdida sufrida por la congregación con la muerte del padre Aime, así pintaba su apostolado en España:

Con la exquisita bondad de su corazón y sus caritativos modales, se adueñaba de los corazones; era trabajador incansable y modelo de abnegación, que no rehuía jamás el peso de sus responsabilidades.

En este tiempo su amor entrañable a nuestro fundador y a la congregación inundó su alma de goces inefables, por haber sido testigo presencial de la triunfal acogida que en abril de 1.886 tuvo don Bosco en Barcelona, donde fue recibido como un héroe y venerado como un santo. Complaciase en platicar a menudo de aquellos días memorables, poniendo en sus palabras todo el fuego de su corazón.

Muy pronto se le ofrecieron ocasiones de ejercitar y desenvolver sus muchas dotes, que más adelante habían de hacer de él un apóstol incomparable. Entró en campaña cuando fue enviado a enseñar la doctrina en un centro obrero de la populosa barriada de Gracia. Avicinando aquellas agrupaciones obreras, concibió el vivo amor a los hijos del pueblo que fue su afición predilecta y característica.

La insigne cooperadora y distinguida dama doña Dorotea Chopitea de Serra, hizo levantar a sus expensas unas escuelas y un oratorio festivo en uno de los

suburbios de Barcelona más industriales y también más pervertidos por las doctrinas malsanas. Cuando se trató de poner al frente del nuevo instituto un sujeto que a la actividad, abnegación y celo uniese la bondad y arte admirable de conquistar los corazones, como se requería en tal sitio, los superiores no dudaron un punto en elegir a nuestro Don Antonio; y la regeneración saludable que en breve se advirtió en aquel vecindario, demostró que la elección había sido acertadísima.

Aquí fue donde se reveló en la plenitud de su actividad el apóstol salesiano. No fue solo el director del instituto, sino un verdadero padre para aquellas pobres gentes, siempre dispuesto a consolar penas, prodigar consejos y remediar necesidades; el recuerdo del Padre Aime perdura todavía y es bendecido en aquellos barrios. Para poder llegar a más íntimo contacto con el alma de esos trabajadores, se puso a aprender el catalán y logró dominarlo perfectamente. Puédese decir con toda verdad que en su tiempo no había en Barcelona otro sacerdote más popular ni más universalmente conocido y estimado de chicos y grandes, de ricos y pobres.

En las calles, plazas y mercados era saludado con esta afectuosa llaneza y familiaridad que se emplea con las personas más queridas y apreciadas, él cambiaba esos saludos con una palabra, una sonrisa, una gracia, una pregunta, con las que por modo admirable enderezaba siempre esas almas a Dios. Era de verse sobre todo, la insinuante afabilidad con que se acercaba a un trabajador o a un carretero y se ponía a su lado, trababa con él afectuosa conversación y andaban los dos así un buen trecho de calle, y

habiendo comenzado a interesarse por sus asuntos temporales, acababa por traerle a la memoria sus intereses eternos. Sucedió a veces que alguno de esos hombres, llevado de la cólera o del mal hábito, se le escapaba una blasfemia; el buen padre le afeaba dulcemente la falta cometida, y no cejaba hasta lograr que el hombre reparase su pecado con una hermosa jaculatoria, quedando al despedirse más amigos que antes.

El bien que hizo nuestro llorado Don Antonio durante los once años que estuvo en aquel cargo, que fueron los de mayor actividad de su vida salesiana, es imponderable. Contábanse a cientos y a millares los niños y jóvenes que acudían a las escuelas diurnas y nocturnas del Instituto de San José. Añádase a esto el sagrado ministerio de la concurridísima capilla del mismo instituto, y la organización de centros y sociedades católicas pues era preciso oponer a las subversivas, que se multiplicaban prodigiosamente. Era la suya una laboriosidad sin descanso, un sacrificio sin interrupción, un bregar sin tregua, junto con una piedad y observancia ejemplares.

Una gloria del padre Aime durante su apostolado barcelonés, que le habrá merecido las bendiciones de Don Bosco, son las muchas vocaciones que supo suscitar y cultivar entre los jovencitos que frecuentaban las escuelas externas y el oratorio festivo.

Las dotes excepcionales del padre Aime, como no podía ser menos, atrajeron sobre él la mirada de los superiores, que le destinaron a un campo de trabajo más dilatado y de mayores responsabilidades. Cuando el padre Felipe Rinaldi fue llamado a Turín a desempeñar el cargo de prefecto general, las casas

salesianas de España fueron repartidas en tres inspectorías o provincias, y al frente de una de ellas, la tarraconense, fue puesto el padre Aime. Dos años, los más difíciles por ser los de organización, rigió el padre Aime esa inspectoría; al cabo de ellos, cuando menos se lo esperaba, el reverendísimo don Miguel Rua lo eligió para un puesto de mayor importancia, enviándolo de superior de la inspectoría colombiana, para que fuese el continuador de la obra comenzada por los padres Unia y Rabagliati.

Cumplía dos años de estar al frente de la inspectoría de Cataluña y ya principiaba a cosechar los frutos de su celo, actividad y sacrificios, ya acariciaba nuevos ideales, cuando recibió la orden de abandonar ese campo, bañado por sus primeros sudores, para marchar a Colombia. Tan solo el que ha tenido ocasión de probar cuánto cuestan a la naturaleza humana estos desenlaces, sabe medir la pena que experimentaría el corazón sensible del padre Aime al dejar a Barcelona. Abandonar un campo de acción conocido, dejar empezadas obras que costaron años y años de sacrificio, despedirse, talvez para siempre de bienhechores, amigos, beneficiados agradecidos para aventurarse en una tierra nueva y desconocida, donde se ignora el resultado del propio trabajo, es sacrificio heroico que solo un varón como el Padre Aime, dotado de profundo espíritu religioso y elevados ideales de bien, podía hacer con santa alegría*.

El 23 de noviembre de 1903 el reverendo Padre Antonio Aime pisó por primera vez las playas de nuestra amada patria. Su carácter abierto y franco, su dulzura y amabilidad, comparable a las de San Francisco de Sales y Don Bosco,

muy pronto le captaron el cariño y la confianza de sus hijos los salesianos, la amistad de los cooperadores y amigos. Verdadero representante de la congregación, sembró a manos llenas y avivó el espíritu de Don Bosco, y en los dieciséis años que gobernó esta inspectoría ideó y llevó a cabo obras importantes en favor de la juventud y del pueblo.

A estos datos, solo nos resta añadir algunas anécdotas espigadas en las memorias biográficas de Don Bosco y que ayudaran a completar esta semblanza tan interesante:

La primera se halla narrada por el mismo Padre Aime: «Era el año de 1877 y todo el Oratorio celebraba con gran fervor el mes de marzo en honor del patriarca san José. Hacia la mitad de dicho mes recibí una carta de mi hermana, en la que me decía que no podría seguir pagando ni mi pensión ni los demás gastos hechos en el Oratorio y por tanto, que yo tendría que regresar a mi pueblo para ver de emprender otra carrera; tanto más que el prefeto le había escrito que si no pagaba me mandaría a casa. No puedo expresar la angustia que sintió mi corazón aquel día, aquella noche y la mañana siguiente. Lloré, recé para que el Señor me inspirara lo que debía hacer. Al día siguiente sentí la inspiración de recurrir a san José: acudí a él; me postré al pie de su altar, le ofrecí las oraciones de todos mis compañeros que eran tan buenos y fervorosos y permanecí largo rato como esperando una respuesta. Luego me levanté y salí de la iglesia con los ojos hinchados de llorar.

En la puerta de la sacristía di con un sacerdote, Don Joaquín Berto, quien al verme tan triste y desconsolado, me ins-

tó a que le dijera la causa. Como yo no podía hablar por la conmoción, le alargué la carta de mi hermana, la factura y la carta del prefecto. Don Berto después de haberlas leído: - Quédate tranquilo, me dijo, ven conmigo. Don Bosco arreglará todo. Me acompañó a la habitación del querido padre, al que entregó los tales documentos. Don Bosco los leyó atentamente y luego, sonriendo me hizo sentar en el sofá vecino a su mesa y, sacando de una gaveta una cajita de rapé español, quiso que absorbiera un poquito. Al verme estornudar ruidosamente, se echó a reír en forma que yo me vi obligado a reír con él. Entonces el buen Padre me dijo: - Ahora estoy contento porque te veo alegre. Corre donde el señor prefecto y dile que Don Bosco se encarga de pagar todas tus deudas pasadas, presentes y futuras y que, por tanto, de ahora en adelante me pase a mi todas tus cuentas.

Dejo a todos imaginar cómo sería mi consuelo, y la gratitud que desde aquel instante sintió mi corazón hacia el gran patriarca san José y hacia nuestro amado padre Don Bosco.

Desde aquel día me sentí salesiano y, con la gracia de Dios, espero morir en nuestra amada congregación»!

La segunda nos la narra Don Eugenio Ceria, biógrafo de Don Bosco, y deja ver el afecto que el santo profesaba al Padre Aime. Dice así: «Antonio Aime era un chicuelo de once años huérfano, alumno de la segunda de gimnasio, conñado por la Divina Providencia a Don Bosco. Se quedaba en el Oratorio como otros que no tenían quién viera por ellos durante las vacaciones. El santo que había ido a Lanzo para los ejercicios espirituales de los salesianos, pensó en él y es-

cribió al secretario Don Berto para que se lo enviara con algún otro a pasar algunos días. Fue pues con Pedro Furno, de la clase primera. Los dos chicos, una vez en Lanzo, hubieran querido hacer ellos también los ejercicios, pero Don Dalmazzo que era el predicador de las instrucciones, se opuso diciendo que aquellos no eran ejercicios para muchachos. Fueron estos a quejarse al santo, quien sonriendo les dijo: - Está bien: si Don Dalmazzo no os deja hacer los ejercicios espirituales, Don Bosco os los hará hacer corporales. Acudid al prefecto del colegio y decidle de mi parte que os dé todos los días cuatro centavos por cabeza, una buena tajada de pan por la mañana y otra después de almuerzo y así, mientras esteis aquí en Lanzo, os ireis a tomar vuestras meriendas al campo con pan y leche fresca. En seguida él mismo les hizo el horario de vacaciones, que no hubiera podido resultar más agradable, según lo atestiguaba por los dos el mismo Padre Aime».

Este, el nuevo superior que el 23 de noviembre llegaba a Barranquilla, dejando un inmenso vacío en España, tanto que personajes de la talla de don Vicente Blasco Ibáñez, opinaban que la influencia del Padre Aime en Barcelona era tal que, si hubiera estado allí en 1909, no hubiera sobrevenido sobre la ciudad la terrible catástrofe política de la SEMANA TRAGICA. También en Colombia había de dejar honda huella de sí!

Y no venia solo: Traía consigo un grupo de Hijas de María Auxiliadora y acólitos cuyos nombres habrán de ser luego repetidos y bendecidos, como que vendrán a ligarse íntimamente con nuestra historia con vínculos de bondad y de bien. Eran estos, Enrique Heredia, recién graduado en la Universidad Gregoriana de Roma con las más altas calificaciones, en filosofía y teología, Egidio Savio, José Nicolás Melotte y Maximiliano Burger.

AVANCES EN LA BRECHA

1904.- Un año ya en plena labor! Los avances relativos son grandes. Sin embargo, la casa no es aun lo que soñaron sus fundadores. Se precisa mucho cincel y mucho escoplo para delinear los ideales. El 29 de enero vinieron a instalarse los clérigos estudiantes, llegados el año anterior con el Reverendo Padre Aime. Con ellos empezó a adquirir cierta forma el estudiantado filosófico cuyas tareas se abrieron el 4 de febrero. Eran cuatro los estudiantes, pues a los tres venidos de Europa, se agregaba el acólito Roberto Pardo, cuyo noviciado tocaba ya a su fin. Desde entonces, cuántas mentes juveniles, al sondear las reconditeces del pensamiento humano han aprendido aquí a dar sus justas proporciones a la lucha de la vida y al conocimiento del corazón!.....

Unido a esto, continuó todavía por este año el colegio de externos que venia funcionando desde el año anterior. Aspirantes propiamente dichos no hubo, pues no hubo quién reemplazara a los que terminaron o se retiraron. Mientras tanto el colegio se aumentaba, pues a los ocho o diez externos de la población, vinieron a añadirse cosa de treinta y cinco internos procedentes de otras poblaciones vecinas. El trabajo, por consiguiente era grande y había que llenar muchos campos diversos.

En los últimos días de abril se realizó la elección de delegado al capítulo inspectorial, elección que recayó en el Padre Fierro. A su vez, el capítulo inspectorial reunido en Bogotá el 2 de mayo, eligió como delegado inspectorial al Padre Rafael Crippa, de la casa de

Agua de Dios, quien por tanto debería acompañar al Padre Aime al capítulo general en Turin. Hacía cosa de once años que había venido el Padre Crippa de su patria (Italia) para dedicarse al cuidado espiritual de los leprosos.

El 23 del mismo mes se tuvo por primera vez en esta casa la conmovedora ceremonia de las profesiones: Era un paso más y así ellos iniciaban la bella teoría de los que, con el correr de los años conservarían de esta casa el recuerdo indeleble de su total consagración al Señor en la vida religiosa. Eran tres las almas que ese día se entregaban a Dios, y eran a su vez tres diversos caminos trazados en los designios de Dios: El Padre Aguilera, el sacerdote ya encañecido en las buenas lides del ministerio apostólico y que tan hermoso papel habría de desempeñar luego en las casas de Bogotá, Ibagué y esta misma de Mosquera; el joven Roberto Pardo, más tarde columna de la inspección y para quien estaban reservados brillantes laureles como orador sagrado y conferencista de nota, y Oliveros, el joven lleno de esperanzas que luego habrían de troncharse al golpe de la más cruel de las enfermedades que lo conduciría al lazareto de Agua de Dios porque en los planes divinos son parte indispensable las víctimas.

Por esos mismos días el clérigo Enrique Heredia se había trasladado temporalmente a Bogotá para ir recibiendo a cortos intervalos las órdenes sagradas y así el 28 del mismo mes de mayo era ungido con la sagrada orden del presbiterado. Qué larga vida sacerdotal

puesta por entero al servicio de Dios y de las almas! Al siguiente día, 29 cantaba el Padre su primera misa en nuestra capillita pública de Mosquera con toda la concurrencia y solemnidad posible en el reducido local. La fiesta, sin embargo, no resultó tan alegre como hubiera sido de esperarse, pues al júbilo



Reverendo Padre Enrique Heredia

por la inestimable adquisición de un nuevo sacerdote y de tal fibra, se unía la tristeza por la irreparable pérdida que estaba por sufrir la casa: La partida del Padre Silvestre Rabagliati para su patria, Los dos acontecimientos llenaron aquel día. El Padre Fierro, todo corazón y quien habría de quedar entre tanto como reemplazo del Padre Silvestre en la dirección de la casa, puso toda su alma en esta

ocasión. Desde tiempo atrás había ido reuniendo cariñosamente varios objetos de los más indispensables, adquiridos aquí y allá con mil esfuerzos, y con los que pensaba sorprender al Padre en su despedida. Para asegurar mejor tal sorpresa no quiso el padre guardar estas cosas en casa, sino dejarlas en depósito a alguno de los muchos amigos residentes en la población con el resultado de que la prometida sorpresa fue de otra índole pues la víspera por la noche penetraron furtivamente los cacos en la casa en cuestión, y sin hacer distinciones se alzaron con todo dejando a los nuestros con la aflicción que es de suponer!

Con todo, algo se hizo. A medio día se sirvió el almuerzo festivo en la salita de recibo y entre otros invitados de nota, se halló el señor obispo auxiliar Monseñor Moisés Higuera, quien siempre fue inmejorable amigo nuestro. Por la noche, en un saloncito pasablemente adaptado para teatro, se representó el conocido drama «Los tres mártires de Cesarea», con cuyos actos alternaron sentidos números de despedida. En el discurso de ofrecimiento, el Padre Fierro volcó sus veinticinco años impetuosos en el cariño del que consideraba como autor de su gloria de ser salesiano y sacerdote. Difícil resultaría ahora hacernos cargo de la cálida emoción con que las palabras ardorosas de aquel joven sacerdote eran recibidas por un auditorio, quizá no muy numeroso, pero, por eso mismo mejor unido en el sentimiento común, ya que todos los que allí se hallaban, se sentían ligados a la persona del Padre Silvestre sea por los vínculos de la filiación o fraternidad espiritual sea por los de una acendrada amistad y, en uno u otro

caso, por los de una sincera y profunda admiración. Aquel recuento de las benemerencias del Padre, aquella evocación de los años pasados en Colombia, iban aumentando gradualmente la nostálgica impresión. Luego en la parte culminante añadió el orador:

.....«No os diré yo cuánto ha sudado y trabajado el Padre Silvestre por nosotros. Esto, solo Dios lo sabe, como solo él podrá recompensarlo; y, al describirlo yo, no haría sino destruir su celestial encanto, sería describir lo indescriptible y profanar lo sagrado. Medid por los efectos: doce sacerdotes al santuario; muchos que van ascendiendo por el mismo camino; cincuenta educadores salesianos al pueblo colombiano; héroes y mártires a la patria..... Sí..... Ahí teneis a Rafael Forero discípulo suyo, volando en Panamá como Ricaurte en San Mateo, volando en átomos antes que rendir nuestros despojos a un invasor intruso, excelentes padres de familia a nuestra decaída sociedad; innumerables almas a Dios.

Ved si no es acreedor el Padre Silvestre a la gratitud del pueblo colombiano. Ved por qué su nombre despierta simpatía y amor. Sí, su nombre será eternamente bendecido entre nosotros, bendecido y amado como uno de los más grandes benefactores de la patria.

Mosquera, de un modo especial, le debe gratitud y amor, y el Padre Silvestre debe a su vez a Mosquera amor y gratitud, como un esposo lo debe a su consorte y esta a aquel. Yo creo que el nombre de Mosquera y el del Padre Silvestre habrán de vivir siempre unidos con perfecta reciprocidad, porque Mosquera deberá al padre Silvestre en gran parte su progreso portentoso, que lo habrá de tomar necesariamente, y el Padre Silves-

tre deberá a Mosquera la realización de sus ideales. Sí, el padre Silvestre guardará en su corazón de oro el recuerdo de este simpático y generoso pueblo. Y cómo no? En Mosquera halló, paloma amorosísima, nido para los polluelos de Don Bosco que andaban errantes sin hallar donde posar su fatigada planta. Y cómo no? Si aquí existe el alma generosa que nos dio hogar y tranquilidad, si aquí existen tantos amigos generosos que, a manos llenas, nos colman de favores?

Y ya que hablamos de gratitud y que la ocasión se brinda, séame lícito consagrar una palabra siquiera, aunque ofenda su conocida modestia, al benefactor insigne que fijó nuestro errabundo vuelo: a Don Lorenzo Fonseca, gloria y honra de Mosquera, joya y ornamento de la patria, flor de los cooperadores salesianos de Colombia. El, sin quererlo, sin pensarlo siquiera, perpetuará su nombre en este colegio. Su corazón vivirá eternamente en el corazón de todo salesiano.

Pasará la generación presente, pasará la que venga y los sucesores de estas; la débil voz del que os habla se habrá extinguido; nadie recordará mi nombre, mas el de aquel vivirá fresco y entero como la siempreviva, como la conciencia de la humanidad; vivirá para ser bendecido; vivirá porque se pronunciará eternamente en las plegarias que los moradores de este colegio elevarán diariamente al Sagrado Corazón y a Maria Auxiliadora; vivirá, porque se pondrá como inmortal ejemplo a los cooperadores de Colombia. Así recompensa Dios, y así recompensan los salesianos lo que por ellos se hace.....

El Padre Silvestre, está a punto de tender su vuelo a las regiones de ultramar,

en donde lo aguarda, para regalarle la postrera bendición, su veneranda madre; en donde reposan las cenizas de su padre, en donde están los dulcísimos encantos de su infancia; en donde está su patria.

El Padre Silvestre está a punto de dejarnos..... El vacío que deja es inmenso: nadie como yo lo comprende, porque nadie como yo lo siente. Sobre mis débiles hombros ha caído la inmensa mole que en sus espaldas de titán sostenía. Y sin embargo, señores, no veréis en mí, ni en mis hermanos, lamentos ni lágrimas, si ya no son lágrimas caldeadísimas de amor y de ternura. No es que seamos insensibles, no; jamás el frío indiferentismo halló cabida en el corazón del religioso consagrado a Dios por triple voto. Es que, en primer lugar, nos alienta la esperanza de su pronto retorno; en segundo lugar, contamos siempre con la adhesión y cooperación de todos vosotros, nuestros amigos, y bienhechores, ahora más que nunca, porque mayor es la necesidad, y sobre todo, con nosotros queda su espíritu fecundo. Si y yo lo siento: su genio tutelar como que desciende sobre mi cabeza; paréceme que palpita sobre mi corazón su corazón. Ah! Si atendiera a mis fuerzas, quedaría oprimido y aplastado. A veces pienso en la enorme diferencia y me horripilo. Qué será de este colegio, me digo, sin el Padre Silvestre? Pero desecho tan tétricas ideas y me dejo reanimar de la esperanza; mi fantasía adorna de mágico esplendor los horizontes del colegio; el porvenir se me presenta ornado de fulgores. Es que confío en Dios, confío en vosotros, entusiastas admiradores de Don Bosco, que amais más que al individuo, a la corporación de que este hace parte, a la

corporación que, aunque el individuo desaparezca, subsiste. Confío en vosotros, ardorosos amantes del Padre Silvestre, que vereis en su suplente, si el infimo de todos en talento, al hijo más amante, porque a nadie le cedo en el amor; al hijo a quien ayudareis tanto y más que al Padre, porque necesita más de vuestro apoyo y porque con él vuestra caridad será más perfecta. Ayudando al reverendo Padre Silvestre, no haceis gracia ninguna, porque sus altas cualidades y excelentes dotes os cautivan, os ganan, os obligan; mientras que conmigo, vuestra caridad será inspirada únicamente por el amor de Dios y por la natural compasión al desvalido, y sé que el corazón del padre queda con nosotros.

Todo en estos claustros hablará de él: La melodía de la música, ascendiendo suave y serena como dulce plegaria, al infinito; la voz del maestro instruyendo y educando a los niños, porque ha sido formada por él; el canto de las aves saludando al sol naciente o despidiéndose de él cuando recoge su dorado manto, porque esas horas de suavísima poesía son de un encanto indecible para él, como que invitan a la meditación, a la abstracción de lo sensible, a la absorción en Dios.

El Padre Silvestre se va porque el deber lo llama: se va, para volver pronto con nuevas fuerzas, robustecido con la bendición materna, con la de Don Bosco, con la del Vicario de Cristo.

Adiós, amado padre!..... Lleva grabado en tu corazón el dulce recuerdo de Colombia, con su fertilidad pasmosa, con su cielo encantador, su primavera perpetua, sus dolores inmortales, si, sus dolores hondos y supremos, porque el dolor da más derecho al amor; llévalo con el

amor que Colombia te profesa: lleva cincelado en tu corazón el recuerdo de tus hijos, y cuando estés, lleno de gozo y satisfacción entre los brazos de tu ma-

tantos hijos al santuario, tantos benefactores a la humanidad!

«Cuando estés, amado Padre, a los pies de María Auxiliadora en su inmor-



Reverendísimo Padre Pablo Albera

dre, dale de parte nuestra un caluroso saludo! Oh madre afortunada, que diste

tal santuario ante el sarcófago que guarda los restos preciosísimos de nuestro

padre Don Bosco, o a las plantas del sucesor de Pedro, no te olvides de pedir una especial bendición para tus hijos de Mosquera, en donde está tu nido, caliente todavía, esperándote por momentos.....»

A pesar de estos deseos, en el fondo de los corazones existía el presentimiento, casi la persuasión, de que la separación habría de ser definitiva; por eso la tristeza de todos. Por eso el hondo sentimiento que invade las dos composiciones escritas para esta ocasión por el ya recordado Padre Salvador Romero

y que, todavía aquel año, a pesar del terrible mal que seguía avanzando, continuaba siendo el alma de los estudios en el colegito mosqueruno. Estas dos poesías se recitaron en los entreactos y dejaron en todos, a más de la penosa impresión de la despedida, el convencimiento de que su autor era un poeta de verdad. Cuán cierto es que el dolor afina el sentimiento y temple las cuerdas de la lira humana.

Vayan enteras las dos, como recuerdo del Padre que se iba y del vate que pronto llegaría a un prematuro ocaso:

HOMENAJE

De amor y gratitud de los niños de Mosquera al muy reverendo padre

SILVESTRE RABAGLIA.††.

Bella es la tarde. El astro fulgurante
majestuoso camina hacia el ocaso,
matizando las nubes a su paso
de su luz con el mágico color:
ondas de luz purísima derrama
que se extienden por todo el horizonte
bañando el prado, y matizando el monte,
y del bosque rasgando el espesor.

El lago azul que entre el follaje duerme
al arrullo del aura bullidora,
la fuente virginal que oculta llora
copian del cielo el brillo y nitidez;
cual vasta mole de bruñida plata
la excelsa cumbre del nevado brilla,
y las arenas de la ardiente orilla
como el oro fulguran a su vez.

Abre la flor sus pétalos, y al cielo
perfume ofrece en cáliz pudibundo;
y en tanto el aura, en vuelo vagabundo,
rauda lo roba y vierte en profusión:
entona el ave el himno vespertino

y en torno al nido con placer se agita;
la creación de júbilo palpita,
el hombre calla en muda admiración.

Ante el bello espectáculo se para
el fuerte viento, y apacible sopla
dejando oír la campesina copla
y los rugidos del lejano mar;
y, cual si huyese el fausto y la grandeza,
murmura melancólico en las cañas,
y en el seno de lóbregas montañas
vase callado y tímido a ocultar.

Huye la luz: del último celaje
brilló al poniente rayo macilento;
murió el día: su trémulo lamento
hizo de asombro al mundo estremecer.
La triste sombra de la noche umbra
enluta el cerro y la llanura verde;
sus bellos tintes la colina pierde
y las nubes su hermoso rosicler.

Tal hoy contemplo acongojado y mustio,
de una era dulce, plácida y serena
de alegres horas y de dicha llena,
el triste ocaso, el lánguido morir;
y como turba de apiñadas nubes
que al astro sigue en fúnebre cortejo,
recuerdos mil a su último reflejo
hoy un tributo vienen a rendir.

Surgió esplendente, sonrosada aurora
del más sereno y delicioso día,
y en multiforme, plácida armonía
su curso suave y regular siguió:
pasó tranquila, casi sin sentirse,
como la brisa que en el prado juega;
y ya cual rayo, en su carrera ciega
del pasado al misterio se lanzó.

Mas su recuerdo no será cual nube
que al primer soplo en lluvia se desata
ni cual hoja que el céfiro arrebató

y del campo se pierde en el confin.
Fresca, lozana, en nuestras tiernas mentes
vivirá siempre su inmortal memoria,
no será lauro de mundana gloria
que se marchita y que perece al fin.

Cómo olvidar los plácidos instantes
de la gentil mañana en los albores,
cuando refresca el céfiro las flores
y se ostenta feliz la creación?
De nuestro labio entonces se exhalaba
para subir a la mansión celeste,
-cantar de aves en la selva agreste,-
nuestra sencilla y cándida oración.

Cómo olvidar las horas de combate
tras del saber por la anhelada palma,
combate, sí, pero que inunda el alma
de bienhadada célica quietud?
Y cómo las benditas enseñanzas
que en nuestras tiernas mentes se infiltraban
y a cuyo influjo, vírgenes brotaban
la ciencia, el bien, la púdica virtud?

Cómo olvidar los ratos de contento,
de libertad y de expansión honesta,
que, cual aroma en tropical floresta
se esfumaron en vuelo tan fugaz?
Cómo olvidar los tiernos compañeros
que de la vida en la primer mañana,
de nuestra edad dulcísima y temprana
compartieron fatigas y solaz?

Quizá olvidar podremos algún día
lo que hoy nos es tan dulce y tan amado:
que el corazón es mar tan agitado,
y del amor tan rápido el vaivén:
mas nunca, nunca huirán de nuestras mentes
aunque los años rígidos los ajen,
ni el dulce nombre ni la tierna imagen
del que, cual padre, anhela nuestro bien.

Cómo olvidarlo? Es padre que nos ama,
ángel bajado de celeste altura

a quien prestó la madre su ternura
y la palma su esbelta majestad;
su blanca frente se levanta al cielo,
o ya se inclina al niño, al ignorante,
y al par, de su mirada fulgurante
irradia luz, ilustración, bondad.

Padre benigno, dulce, cariñoso,
la era tan dulcísima y fecunda
que hemos pasado, llega moribunda
de su carrera al necesario fin.
Ya va a morir y nuestras tiernas almas
lamentarán su rápida partida.....
La ingratitud vilísima, no anida
sino entre piedras y en el fango ruin.

Oh! Pero antes que tristes nuestros pechos
bajo esa pena, sin vigor palpiten,
y nuestros goces puros se marchiten
de honda tristeza al hálito glacial,
queremos, Padre, gratos tributarte
de nuestro amor simbólico homenaje,
prenda sencilla y obsequioso gaje
de lo que puede nuestro amor filial.

Cómo podrá mostrarse grato un niño?
El niño es ángel que comprende y ama,
pero es criatura que impotente clama
y solo expresa en lágrimas su amor;
mas ese amor en lágrimas destila
porque es ardiente, virginal y puro,
que no desdora con borrón impuro
de su semblante el cándido fulgor.

Perlas da el mar: esencias la azucena,
seda el gusano, néctar las palmeras:
el niño solo en lágrimas sinceras
puede expresar su tierno amor filial.
Tras de las nubes diáfanas se ocultan
los tesoros riquísimos del cielo
que el firmamento con su denso velo
a los ojos ocultan del mortal.

Pero ese velo impenetrable rasga
la voz del niño que de hinojos ora,
y sus dones en lluvia bienhechora
pródigo cielo deja descender.
Por tanto, padre, de tu amor tan tierno
a las muestras solícitas y diarias,
solo podemos cálidas plegarias
cual tributo gratísimo ofrecer.

Siempre por ti nuestras fervientes preces
con la queja del aura que suspira
y a los destellos de la luz que expira
se elevarán en torno del altar;
y en medio aun de críticos azares,
siempre por ti se elevarán devotas,
cual se eleva la voz de las gaviotas
entre el estruendo de revuelto mar.

De tu bondad los grandes beneficios
no tienen premio en la mansión terrestre,
y tu nombre dulcísimo, Silvestre,
con el nuestro tan solo morirá.....
Eleva en tanto por tus tiernos hijos
ruego constante, férvida plegaria:
ay! que es el niño flor que, solitaria
del mal al soplo se marchita ya!

Ave es el niño que aflijida llora
bajo un cielo extranjero extraviada;
ángel proscrito de su patria amada
que vaga triste por desierto erial;
nauta que, ansioso sobre frágil tabla,
entre montes de túmidas espumas
cruza la mar, perdido entre las brumas.....
A donde irá sin ruta y sin fanal?

Ruega por esa flor, por esa ave,
por ese ángel que su patria anhela,
por ese nauta que sin luz ni vela,
próximo a hundirse mira su bajel.....
Y cuando ya tu espíritu triunfante
ciña feliz inmarcesible gloria,
coronará por siempre tu memoria
de nuestro amor el místico laurel.

Es notable la afinación de sentimientos que logra para el espíritu el dolor físico y cómo, aunque muchas veces la expresión externa no sea enteramente feliz, el fondo de la idea sea siempre inmensamente delicado. De aquí las finas relaciones que halla entre la naturaleza exterior y el mundo interior del alma con sus ocasos, sus flores en trance de

marchitarse, sus mares de rutas perdidas... Parece que el que siente ya en sí la garrra inexorable de la muerte, al querer hablar de cualquier dolor humano no hiciera sino trazar su propia imagen declinante y efímera. Así se ve también en esta otra poesía declamada ese mismo día:

DESPEDIDA

AL REVERENDO PADRE SILVESTRE RABAGLIATI

Trémula y triste vibra ya mi lira
bajo la pena que mi pecho oprime;
es que no tañe, sino cruel suspira;
es que no canta, mas doliente gime.

Es el gemir del ave cuando llora
la luz que muere en el confin lejano.....
es el clamor del huérfano que implora
bálsamo, alivio a su dolor insano.....

Del siempre azul y luminoso cielo
que a nuestra patria espléndido cobija
te apartas ya, y enlutas nuestro suelo,
astro de luz inextinguible y fija.

Mas al partir irradia más fecunda
la luz gentil que en nimbos te corona.....
Tal como el sol que al ocultarse inunda
en nueva luz los mundos que abandona.

Grande, sublime, marchas al ocaso,
mas no ya a hundirte entre la sombra densa.....
Mas para ir a iluminar, acaso,
otro horizonte con tu luz intensa.....

Muchas vistas en lágrimas preñadas
en tu partida atónitas te siguen.....

Ay, las nubes en lluvia desatadas
al astro acaso detener consiguen?

Mas es preciso que se aleje en tanto
a matizar el éter de otro mundo.....
Cual tributo reguemos nuestro llanto.....
de nuestros pechos al dolor profundo.

Cuando se hunde en el poniente el astro
deja tras si crepúsculo radiante;
huella de luz y de grandeza un rastro
que brilla y luego, apágase al instante.

Mas los reflejos de tu luz ardiente
no morirán, cual chispa transitoria
que en negra noche brilla de repente
y luego pasa efimera, ilusoria.

No; de tu luz los vívidos reflejos
en nuestro cielo quedarán eternos.....
Pues, aunque brilles tan distante y lejos,
quedan aquí tus rayos sempiternos.

Quedan aquí los vivos resplandores
de esa virtud magnífica y sublime,
que no se embriaga entre espiral de honores
ni ante la prueba su valor deprime.

De esa virtud tan noble y tan modesta
de empresas grandes mágica creadora,
que alza su frente incontrastable, enhiesta
ante el furor de la onda bramadora.

De esa virtud que entiende los pesares
que al extraviado marca su camino.....
Faro brillante en tormentosos mares!
Astro que alumbra al pobre peregrino!

De esa virtud que al corazón embriaga
y las penas mitiga de las almas....
Bálsamo suave en ardorosa llaga!
Néctar oculto en gigantescas palmas!

Quedan también los rayos y las luces
de tu instrucción vastísima y preclara,
con que a tus hijos al deber conduces
con tino cierto y con prudencia rara.

Quedan tu amor, tu nombre en la memoria
de un pueblo, sí, que grande te proclama;
quedan, en fin, cual timbres de tu gloria
tus propios hijos, rayos de tu llama.....

Nuestros ojos en llanto se humedecen
y acompañan ansiosos tu partida.....
De nuestro ser las fibras se estremecen
al darte, ay! tan triste despedida.....

Adiós, pues, padre amable y bondadoso!
De nuestro amor recibe este tributo:
queda en angustia nuestro pueblo hermoso
y nuestras almas en profundo luto.

No pretendemos hacer de esta crónica una antología, ni presentar estas composiciones como modelos poéticos. En estas páginas sirven, y eso sí, admirablemente, para hacer traslucir el espíritu de familia que ha animado desde aquella época la vida de nuestra casa y que está todo hecho de intenso y sincero cariño. Si algo en ellas pudiera a alguien parecer hiperbólico, atribúyalo por entero al corazón y póngase por un instante en el lugar de aquellos hijos que se daban tan sencillamente a las efusiones del amor filial y podrá adivinar el delicioso ambiente que se respira en una comunidad donde, sin pretensiones, todos los espíritus se agrupan al calor del alma del que, más que superior, es padre.

Así se aprecia el sentimiento que experimentaban todos aquella noche y cómo, los amigos de casa testigos de la

escena familiar, emocionados y unánimes quisieron obsequiar al padre que se iba con la edición en folleto, de todas las cosas que en tal circunstancia oyeron.

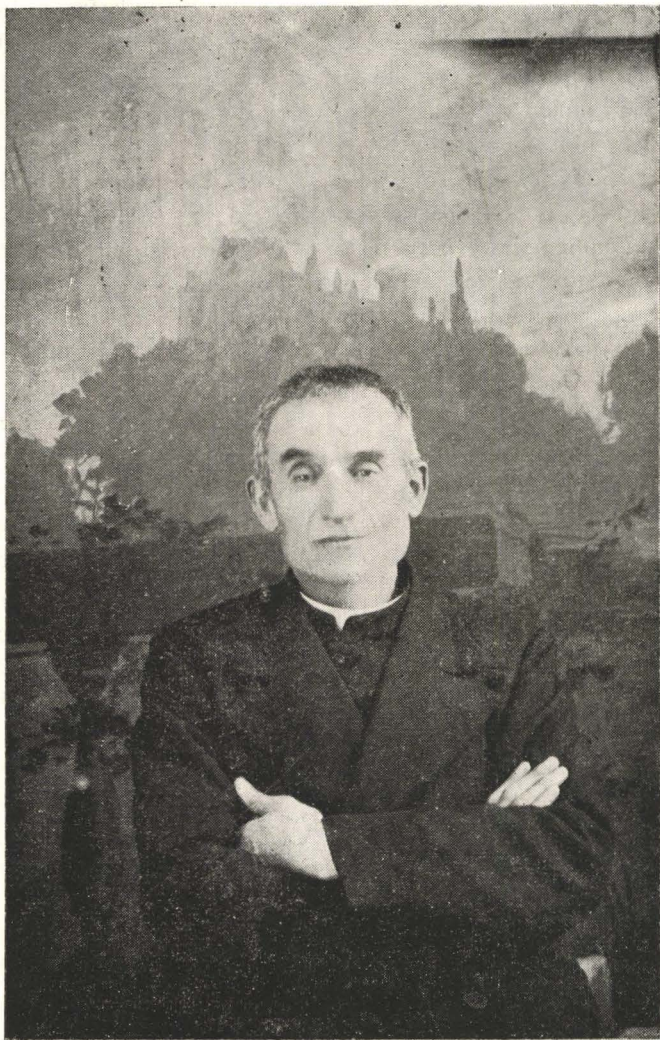
Por estos mismos días partió, destinado al colegio de León XIII, el recién profeso Padre Aguilera. Más tarde tendremos ocasión de volvernos a ocupar de él.

Por su parte, el Padre Silvestre dispuso su viaje para el 13 de junio siguiente, día en que partió para Italia con la convicción de que no volvería a ver esta tierra colombiana en la que con tanto celo había gastado lo mejor de su juventud. Y así fue destinado poco después para el colegio y noviciado de san José en Troy, Estados Unidos. No habría de volver a abandonar este país del norte hasta su muerte ocurrida en san Diego de California el 12 de junio de 1940. De Colombia conservó siem-

pre un recuerdo hondo y gratisimo, como ya en otra parte de esta crónica quedó consignado.

Según se indica en el discurso pronunciado por el Padre Fierro en la oca-

esta casa, y los temores que en sus palabras manifiesta, resultaban perfectamente justificables, si se tiene en cuenta a quién debía reemplazar y en qué circunstancias: A solo dos años de su



Reverendo Padre Mauricio Arato

sión que acabamos de narrar él era el llamado por los superiores para suceder al Padre Silvestre en la dirección de

ordenación, a los veinticinco años de edad, en tiempos de enorme escasez, después de haber ocupado un cargo disciplinar en

la misma casa..... Sin embargo, el nuevo superior puso todos los recursos de su rica y múltiple personalidad al servicio de la obediencia y la obra continuó su marcha ascendente sin resentirse con quiebras ni desorientaciones, lo que no quiere decir que el buen padre no hubiera de pasar sus horas de amargo calvario.

El 20 de agosto, sufrimos la sensible pérdida de un buen amigo y bienhechor, muerto en plena juventud, pues solo contaba 27 años de edad: el señor Valentín Mendoza, vecino de la población, irrestricto amigo de la comunidad y desvelado devoto de María Auxiliadora. Quede su recuerdo estampado en estas páginas como un homenaje a los favores que de él recibieron nuestros hermanos de aquella época. Hablando de él, dice el Padre Fierro:.....«Cuán ricas enseñanzas de vida nos deja! De nacimiento humilde, se elevó a fuerza de trabajo y de desvelos a buena posición. Fue siempre católico ferviente y, por muchas que fuesen sus ocupaciones, no dejó nunca las prácticas de la religión. Con caridad inagotable mantenía viudas, derramaba limosnas, sostenía el culto, consolaba al triste, aliviaba al desgraciado.....Dichoso de él que supo usar de sus riquezas para hacer el bien, pues ya habrá recibido el premio de sus muchas virtudes y méritos!»

Creemos de nuestro deber no dejar pasar por alto la llegada de un magnífico refuerzo de personal traído a fines de este año por el Padre Aime de vuelta del capítulo general; eran quince salesianos llenos de bríos y de buena voluntad: Allí se contaban el Padre Mauricio Arato, los acólitos Vicente Bonino, Francisco Engstler, Juan Giordano, Carlos Gregorka y los coadjutores Dámaso Mediano y Juan Mini. Varios de ellos irán reapare-

ciendo entre memorias de bendición, en los anales de esta casa.

Mientras tanto aquí se clausuraba el año lectivo del colegio con unos exámenes de veras lucidos. El resultado era satisfactorio pero todos comprendían que nuestra casa de formación no podía continuar por más tiempo interferida por una obra que, si buena, le era del todo ajena. De esta suerte, se anunció por orden del R. P. Inspector, a los padres de familia que, quienes desearan continuar poniendo a sus hijos bajo el cuidado de los salesianos, serían ayudados para que pudieran hacer la gestión con éxito en nuestro colegio de León XIII que ya por entonces contaba con una sección de estudiantes perfectamente regularizada.

Para despedir a los alumnos se organizó algo que en aquellos felices tiempos llamaban PASEO pero que nosotros no vacilaríamos en denominar GIRA ya que duró ocho días y cubrió en su recorrido una buena porción de poblaciones del norte de la Sabana y con programa en grande, que recuerda mucho aquellas otras que hacía don Bosco en sus tiempos, por las regiones del Monferrato. Apenas llegados a un pueblo, a buscar, como se pudiera, un local donde armar escenario, y a repasar papeles, y a anunciar por todas partes la GRAN FUNCION DRAMATICA, y había que ver el tropel de la gente que acudía también a la iglesia a escuchar las interesantes conferencias del Padre Fierro sobre Don Bosco, sobre las obras salesianas, sobre la institución de los cooperadores.....y aquel corito de niños tan devoto y afinado.....Como era de suponerse, los párrocos prestaron toda su cooperación y las cosas salieron admirablemente. Aquellas cabalgatas de pueblo en pueblo son todavía recordadas por

quienes en ellas tomaron parte. Y los frutos no podían ser mejores, como que hasta un protestante moribundo se convirtió, en la población de Pacho, por la mediación de María Auxiliadora. Grata memoria de aquellos bondadosos párrocos como el de Sesquilé, don Rafael Salomón Camargo y el de Pacho, don Rafael Núñez!

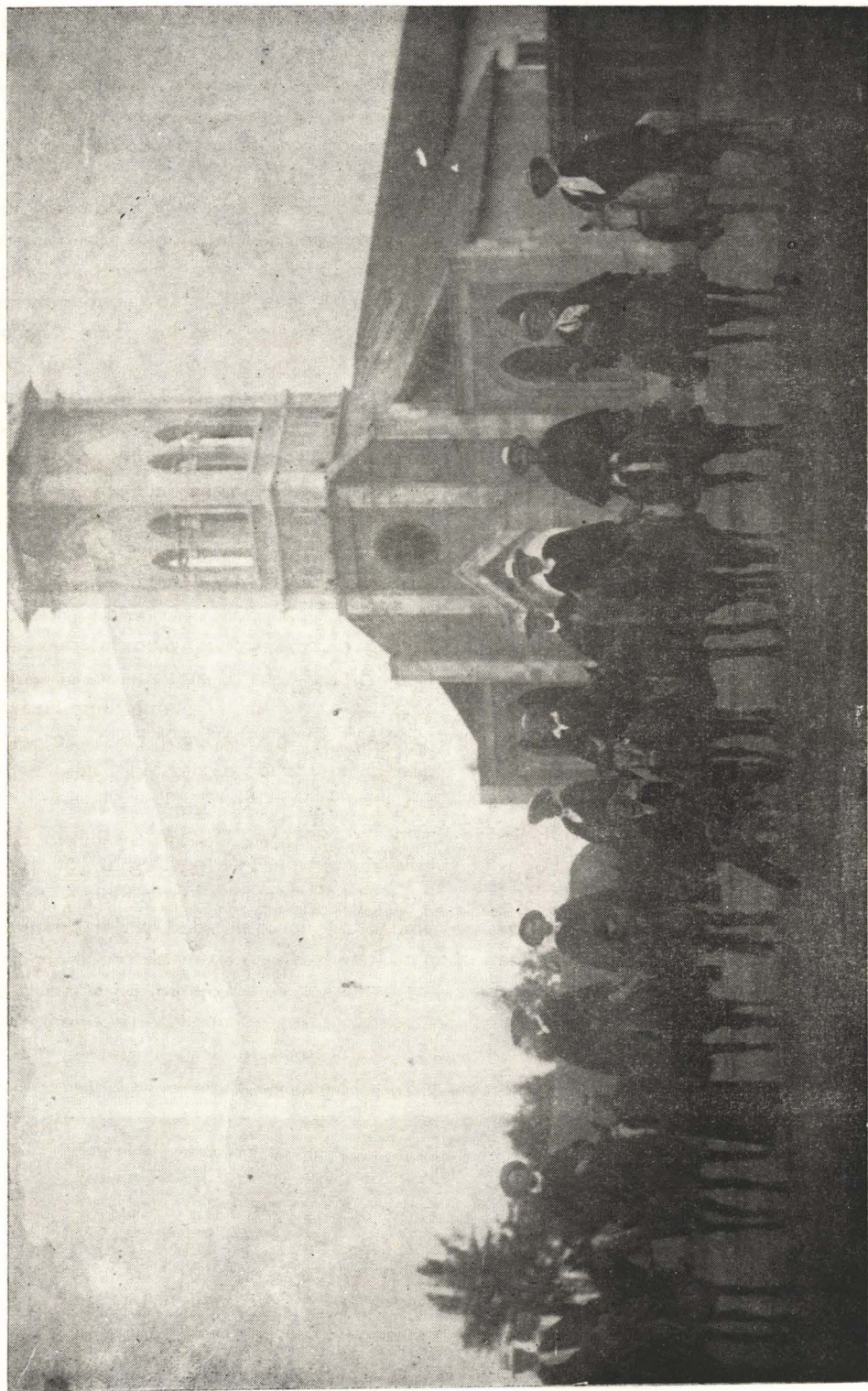
Y así concluyó la era de transición y empezó la casa a cumplir estrictamente con su verdadera finalidad de formación de persona salesiano.

También se comenzó entonces la tradición de hacer aquí los salesianos de las diversas casas, los ejercicios espirituales de fin de año; con esto ganaba la casa para sí, con la nueva corriente de simpatía que significaba este esperar la reunión anual en ella para verse de nuevo los hermanos, saber unos de otros, cambiar impresiones, conocer cada vez mejor el desenvolvimiento de nuestra obra en todas partes y, lo que es mejor, remozar el espíritu al cálido ambiente de espiritualidad, para reemprender con nuevos bríos la lucha de apostolado en los diversos frentes señalados por la obediencia.....Claro se ve que el criterio que primó en esta escogencia, no fue precisamente el de la mayor comodidad, pues muy poca podría hallarse en una casa desprovista de recursos materiales, como vajilla y lencería, lo que, aun para el solo personal habitualmente residente aquí causaba estrecheces verdaderamente evangélicas.

Finalmente, cerramos la crónica de este año, con una anécdota que tuvo su génesis en Mosquera y que nos sirve para conocer mejor la interesante personalidad del Padre Evasio Rabagliati, quien había regresado de Europa a principios de fe-

brero y, descargado de las responsabilidades del gobierno de la inspección, se hallaba ahora entregado totalmente a su misión en favor de los lazaretos.

Es una noche hacia finales de este año. El Padre Evasio ha llegado aquella tarde a Mosquera, con el consiguiente júbilo de todos los habitantes de la casa. Todo mundo acude a rodearlo, a oírlo, a saber de sus labios las contingencias de tantos viajes como ha debido hacer a todo lo largo y ancho de la República en busca de la realización del proyecto hace tanto tiempo acariciado, de fundar en todos los departamentos, lazaretos regionales que faciliten la atención a los leprosos y la lucha eficaz contra el mal. La conversación del Padre era inagotable y el interés de los oyentes inmenso..... De Bogotá a Agua de Dios, de aquí a recorrer todo Boyacá, luego vuelta a Agua de Dios, en seguida al Cauca..... La conversación es interrumpida por la señal de la campana. Poco después quedan charlando a solas el Padre Evasio y el Padre Fierro. La conversación sigue versando sobre el tema que ha venido a constituir la pasión de la vida del Padre Rabagliati. Los esfuerzos combinados de la comunidad y del gobierno para dar feliz solución al problema de los lazaretos..... El apoyo prestado por el general Reyes, entonces presidente de la República, hombre activísimo y práctico, ferviente admirador y amigo del Padre Evasio..... Cuántas cosas hubieran dejado de hacerse si no hubiera sido por la firme cooperación de este grande hombre..... De pronto el Padre Evasio exclama: - Pobre general! Tan bien intencionado, tan inteligente, tan trabajador, tan patriota!..... Pero.....no sé..... me parece su actividad desordenada: que abarca mu-



Uno de aquellos paseos a caballo....

chas, demasiadas cosas a un tiempo: y lo peor es que las quiere hacer todas él personalmente, y todas de un golpe..... Miralo! Pilotea él mismo las máquinas del ferrocarril que pronto unirá a Bogotá con Girardot; examina semanalmente los trayectos de las carreteras que ha mandado construir; visita los cuarteles, la Escuela de Guerra; combina planes financieros, siembra plataneras y cafetales, inspecciona y casi dirige las obras ornamentales con que está embelleciendo a Bogotá. Y no se contenta con una supervigilancia que bastaría para tenerlo todo alerta, sino que quiere intervenir personalmente en todo.... En todo! Y así se agota, se neurasteniza, y creando el descontento en los empleados, neutraliza en buena parte los efectos de su propia actividad y de sus excelentes iniciativas. Hay que tener fe en los demás; hay que saber escoger las personas, y escogidas, darles amplia libertad de acción, mostrarles confianza, contentándose con supervigilarlas. En Enciso fue napoleónico y - hecho tal vez único - traza- do el plan y comenzada la batalla, se permitió echarse un rato, porque se sentía postrado: «Si algo de particular ocurre, dijo, llamadme luego; si no, dejadme descansar un cuarto de hora». Pero ahora..... me parece que ni ese cuarto de hora descansa. Y eso, a que?..... Y como sucede por paradoja con estos hombres rabiósamente activos, tengo para mí que se deja llevar por algún consejero no siempre atinado».....

El Padre Fierro quedó hondamente preocupado con aquellas palabras. Habría ya alguna nubecilla que empañara las cordiales relaciones de estos dos grandes hombres?..... Hacía apenas unos pocos meses, a la vuelta de su viaje por

Europa, el Padre Evasio había sido nombrado por el mismo presidente y por decreto especial, «Presidente de la comisión encargada de escoger y determinar en cada uno de los departamentos de la República, el lugar en que deben erigirse los lazaretos»..... El gobierno parecía dispuesto a apoyar toda iniciativa en este sentido..... Habría tal vez alguna oculta contrariedad?..... En todo caso y por lo que pudiera ser, el Padre Fierro, apenas estuvo a solas en su aposento, sacó su cuadernillo de apuntes y anotó las palabras del Padre Evasio. Algo parecía presentirse en el horizonte. Seguramente una gran prueba para el Padre Evasio.

Poco tiempo después, un domingo de enero de 1905, el Padre Fierro fue como de costumbre a una finca cercana llamada San Marino, a donde solía ir el mismo general Reyes. Allí estaba, en efecto, y asistió como siempre a la Santa Misa. Al despedirse el Padre, le dijo el presidente: - Me daría usted un placer yendo el jueves a almorzar conmigo al palacio.

El día señalado, el Padre se halla puntual a la cita. La conversación en el almuerzo resulta muy animada. Un hombre como Reyes, lleno de historias guerreras y con la mente llena de proyectos grandiosos es por fuerza un admirable y ameno conversador. Por otra parte la mesa presidencial es concurrida: A la familia del magistrado se agregan varios altos empleados..... Terminado el almuerzo, se levanta el presidente y todos lo siguen a un corredor próximo en donde está todo dispuesto para tomar el café. Todos toman asiento ante las diversas mesitas allí preparadas. El Padre queda solo con el general. Era el momento que este esperaba y así, sin muchos preámbulos di-

ce al Padre: - Dígamele al Padre Raba-
gliati que yo le ruego que no haga más
propaganda de prensa; que el gobierno
está decidido a hacer los lazaretos con
sus recursos propios. Dígaselo por su pro-
pio bien y el de todos nosotros.

-Será servido, excelencia..... Responde
el Padre que se ha quedado de una pie-
za.

Salió poco después de palacio profun-
damente conturbado. Desgraciadamente
sus sospechas estaban resultando funda-
das.

Al hablar de esto con el Padre Eva-
sio, este, mirando hacia el cielo, respon-
dió: - Con tal que los hagan..... o que
me dejen hacerlos..... Y añadió con cier-
to acento de amargura: - Tal vez he con-
fiado demasiado en los hombres..... En el
hombre!.....

Y tratando de sobreponerse a su in-
terna amargura cambió bruscamente de
tema:

-Cómo va tu trabajo con los novicios?.....
Insísteles en la necesidad y belleza de
hacer bien las cosas pequeñas; recuérdas-
les que Dios mira al corazón más que a
las manos..... y que lo ve todo..... todo!.....

Eran los primeros ecos de una tem-
pestad que se avecinaba, que debía cul-
minar con la salida del Padre Evasio
del país, y la que, para ser justos, tam-
poco estuvo en manos del general Re-
yes, el impedir: Vasta red de ocultas y
malignas ntrigas hábilmente urdidas por
terceros interesados en indisponer al Pa-
dre con un gobierno que siempre se mos-
tró inmensamente generoso y comprensivo.....
Malas inteligencias sutilmente aprove-
chadas por intereses personales..... Pun-
tillos nacionales..... En fin: Una de esas
tempestades promovidas por el común
enemigo de todo lo bueno y en las que
es tan frecuente ver naufragar bellos pro-
yectos, óptimas voluntades y risueñas es-
peranzas!.....



REVERENDISSIMO PADRE RENATO ZIGLIOTTI
RECTOR MAYOR

POR RUMBOS DEFINIDOS

Cambios de personal. Salida de viejos amigos y llegada de gente nueva señalan el comienzo de este año de 1905. Y esto nos viene a poner en contacto con una interesantísima figura de salesiano, de quien anda ya en elaboración una detenida biografía que esperamos poder gustar muy pronto. Se trata del Padre Luis Variara.

Al concluir los ejercicios espirituales de aquellas vacaciones que, como ya indicamos, eran los primeros que se hacían en Mosquera para todos los salesianos de la inspección, el Padre Aime comunicó al Padre Variara su nombramiento como director y maestro de novicios en esta misma casa. El buen Padre, que por esos mismos días cumplía los treinta años de edad y llevaba casi siete de sacerdocio, sintió que una mole inmensa le caía sobre el alma. Su corazón y sus esperanzas estaban puestas hacia mucho tiempo en el lazareto de Agua de Dios; allí había trabajado desde su llegada a Colombia en agosto de 1894 y soñaba de continuo con ese rincón donde tan cercano se siente el cielo por el diario contacto con el dolor. Sin embargo el pobre Padre Luis inclinó la cabeza y se quedó. Cuántas veces la obediencia requiere alma de héroe! Y no era que desdeñara el trabajo por las vocaciones; no. Era que en aquellas circunstancias el cambio representaba para muchas almas una verdadera catástrofe, y eran almas en las que él había derramado todos los raudales de su ardiente caridad. Venido a Colombia por una curiosa providencia y casi pudiera decirse que por una equivocación, se había acostumbrado a ver en

los lazaretos su mansión natural. Eran los años de (1894) en que una delicada e irresistible vocación sobrenatural había puesto al célebre Padre Miguel Unia en contacto definitivo con los hijos del dolor, y no nos detenemos a narrar este admirable episodio de nuestra historia salesiana en Colombia, por no apartarnos demasiado de nuestro cometido. El nombre del incansable apóstol había ya invadido no solo el país, sino que había traspasado en boca de la fama, los mares y llegado a Europa. En tales circunstancias vinieron a conocerse estas dos almas: el apóstol encallecido ya en el trabajo y el joven ardiente, que hacía muy poco tiempo había dado su nombre a la congregación y que sentía hondos anhelos de hacer algo y mucho por Dios y por las almas. Oigamos al mismo Padre Variara cómo narra este encuentro:

*Estando en Valsalice dedicado con mis compañeros al estudio, oímos hablar sobre la partida de varios misioneros para América; entre ellos debía regresar el meritisimo Padre Unia, que ya se había dedicado a los leprosos de Agua de Dios (Colombia) y que había ido a Italia a pedir personal. Empezaba por ese entonces el mes consagrado a María Auxiliadora y todos nos preparábamos para celebrarlo con todo fervor. El 23 de abril fui nombrado con otros compañeros para arreglar el altar de la Santísima Virgen para comenzar el ejercicio del mes. Yo, que había sentido el vivo deseo de ser misionero, me entusiasmé tanto con lo que había oído referir de los que partían para América que, ter-

minado el arreglo del altar, escribí en un pedacito de papel mi deseo de ir a Colombia y le supliqué esta gracia a la Santísima Virgen. Coloqué el papelito sobre el corazón de la Santísima Virgen y el Niño y esperé con la mayor fe y confianza. Mi ruego fue escuchado: al terminar la novena, llegó a Turín el Padre Miguel Unia. El Rector Mayor, don Rua lo mandó a Valsalice para que eligiera entre los jóvenes estudiantes su misionero. Cuál no sería mi asombro y alegría cuando entre los ciento ochenta y ocho compañeros que tenían la misma aspiración, fijando la mirada en mí, dijo: «¡Este es el mío!» Llamándome luego aparte me preguntó si quería ir a Colombia, al lazareto de Agua de Dios. Yo le dije que sí, en medio de la más viva alegría y aun me parecía que todo era un sueño. Esta gracia siempre la he tenido como un regalo de mi Madre Auxiliadora».

Naturalmente no todo eran rosas ni siquiera en estos comienzos, pues la causa que había influido en la determinación del Padre Unia al elegirlo era creer que el joven clérigo, aparte de otras habilidades, tendría también la de la música, pero se llevó un chasco: quién sabe qué intermediario le había dado ese informe; el caso es que cuando ya venían en altamar los misioneros salesianos dieron con el feliz hallazgo de que a bordo había un piano. Encantado el Padre Unia porque así tendrían cómo entretener las horas muertas del viaje, mandó al pobre don Luis que los deleitara con alguna pieza. El joven, entre sorprendido y confuso manifestó ingenuamente que él escasamente sabía algo de canto..... Quién lo hubiera dicho! Don Miguel Unia que, con ser un santo, no descollaba por su sua-

vidad, exclamó: -Cómo puede ser esto? Yo pedí un músico y tú no sabes nada?... Qué voy a hacer ahora?... El presunto pianista no tuvo más remedio que enrojecer y calladito, calladito, formular para su sotana el propósito de aprovechar la primera oportunidad que se brindara para aprender música.

Feliz equivocación! No solo porque el Padre Luis aprendió de veras la música y con increíbles sacrificios llegó a ser un consumado maestro de música coral e instrumental, sino porque en esta forma logró venir a Colombia quien en varias ocasiones fue llamado «la perla de la congregación». Y qué de cosas realizó en Agua de Dios! Se dio del todo al cuidado de los niños leprosos con heroica abnegación, fundó la banda de música que tanto ha contribuido al alivio de los enfermos y, una vez ordenado sacerdote, - aun hay quien recuerda la apoteósica solemnidad de su primera misa en el lazareto en abril de 1898, - su celo no conoció límites. Los niños especialmente, le oprimían el alma; y al ver lo inútil de todo cuidado si no los proveía de techo y pan, dio en soñar con la construcción de un asilo y, ni las enormes dificultades inherentes a obra de tanta envergadura, ni las nuevas que surgieron a causa de la guerra civil, ni tantas otras inesperadas, fueron bastantes a arredrarlo en su empresa. Y aquí, porque había que preverlo todo, surgía una pregunta en el corazón del ardoroso apóstol: levantado el edificio, grande aunque no tanto como sus sueños, quién se encargaría de cuidar de los niños que allí llegaran? La pregunta, no por obvia resultaba menos difícil de responder. Poco a poco fue tomando cuerpo un pensamiento de indudable inspiración divina,



Reverendo Padre Egidio Savio

y que vendría no solo a solucionar este problema, sino que daría cauce a otra preocupación que le embargaba el ánimo. No había en el lazareto multitud de almas buenas? No había muchas jóvenes acrisoladamente virtuosas y para las que la enfermedad de sí propias o de sus familias constituía, no digamos un impedimento de vida religiosa, pero sí un prejuicio, lo que en la práctica era igual?..... Precisamente él era director espiritual de varias que con mucho honor y no menos alegría hubieran podido llevar el santo hábito si este mismo prejuicio no se lo hiciera ver como fruto vedado.... y qué júbilo para aquellas almas si vieran la oportunidad de ver fácil un anhelo, expresado o inconciente pero siempre grande de consagrarse a Dios de por vida! Y qué gloria para Dios!.... Y qué madres para sus huerfanitos!.... El espíritu salesiano empezó a soplar hacia estos campos y seis jóvenes selectas empezaron a vislumbrar la posibilidad de un sueño: Olivia Sánchez, Limbania Rojas, Rosa Foreiro, Ana María Lozano, María del Carmen Lozano y Mónica García. Qué efusiones de gozo en estas almas al ver cómo podrían orientar fecundamente su vida!..... Qué gozo del padre al ver en ello la mejor solución a sus preocupaciones sacerdotales!..... Las paredes del edificio iban muy altas, y los cimientos de este otro edificio espiritual, de más hondos alcances empezaban a asomar a flor de tierra, cuando la obediencia lo arrancaba así del campo de sus amores. Así se alcanza a entrever lo grande de su pena y lo inmenso de su heroísmo.

Y se quedó. Tratando de aquietar el alma dio comienzo a su nuevo cargo. Si no podía personalmente, seguiría dirigiendo su obra por carta.

Pero no tuvieron igual resignación sus amigos del lazareto. Todo Agua de Dios se conmovió. Las protestas menudearon. Las cartas de petición también..... Los ecos llegaron a Turín..... El mismo Padre Crippa, capellán entonces del lazareto, emprendió viaje a Bogotá por ver de lograr una revocación!.....

Se ve que Dios no lo quería aquí. Cosa de ocho días después, vino la controrden; el Padre, sin disimular su alegría, emprendió el regreso el 27 de enero y los pobres novicios, sin disimular tampoco su dolor, lo vieron partir. La obra que llevaba entre manos podría realizarse y, en efecto, así fue, y aun más exuberante de lo que nadie hubiera entonces podido prever porque la comunidad religiosa de las HIJAS DE LOS SAGRADOS CORAZONES DE JESUS Y DE MARIA, en menos de medio siglo de existencia cuenta ya con cosa de veinte casas en diversos puntos del país, más una en Quito y en estos días afianza su estabilidad con el reconocimiento oficial de sus fueros ante la Santa Sede. Los planes adorables de Dios!.... Entre tanto esta casa quedó huérfana.

Apurado se halló el Padre Aime para solucionar este estado de cosas y así, resolvió tomar sobre sí mismo el cargo de director. Naturalmente esto implicaba serias preocupaciones para él, para aliviar las cuales nombró como su alter ego, director y maestro de novicios de hecho, al ya nombrado Padre Mauricio Arato, recién venido de Europa, como arriba se dijo.

De regular estatura, rostro demacrado aspecto austero, reflejaba en su exterior la serenidad de su vida interior, pues, severo consigo mismo, sabía pedir exactitud a los demás. Dotado de un corazón

realmente paternal, era sin embargo intransigente cuando se trataba de observancia y regularidad. Formado en esa precisión, supo formar así a quienes pasaron por sus expertas manos de plasador de espíritus. Había nacido en

tido en la misma casa a comenzar el noviciado. Muy de cerca conoció a Don Bosco, ya cuando el santo iba a alojarse a casa de sus padres, ya más tarde cuando en el noviciado recibió de él misma orientación y estímulo. Buena parte



Reverendo Padre Luis Variara

Buttigliera de Asti, población poco distante de la que vio la cuna de San Juan Bosco, cosa de la que Don Mauricio se mostraba santamente orgulloso; vio la luz el 27 de noviembre de 1865.

A los diecisiete años entró como alumno al colegio salesiano de San Benigno Canavese y tres años después era admi-

de su juventud salesiana la pasó en España como maestro y asistente y así, Utrera vio sus trabajos como maestro, Sevilla fue testigo de su ordenación sacerdotal y Málaga aprovechó de sus enseñanzas como joven director.

Ahora venia a Mosquera después de

haber estado algunos pocos meses como prefecto de la casa de Bogotá.

El 3 de febrero el tren de las ocho lo condujo a su nuevo cargo. Al descender del vagón, tres personas se adelantan en el andén a darle la bienvenida: eran casi los únicos habitantes de la casa por esos días: el Padre Enrique Heredia y los acólitos Maximiliano Burger y Francisco Rodríguez. Solo faltaba el prefecto, o mejor, el vicedirector, Padre Rodolfo Fierro Torres, que se hallaba celebrando la Santa Misa, y el cocinero, Jesús Martín.

Aquel primer vistazo a la casa, debió poner muy en prueba el reconocido espíritu de fe del Padre Arato, pues la situación era de una pobreza rayana en la miseria, como anota el cronista: «La casa reúne buenas condiciones aun cuando se encuentre completamente desmantelada: la ropería con cuatro trapos, la capilla apenas con lo necesario, la despensa vacía, la carbonera apurada y el mismo pozo sin agua. Pero, gracias a Dios, la casa, a pesar de todo, está sin deudas.» Afortunadamente el nuevo director era de los que se habían acostumbrado a ver y obtener milagros de la Divina Providencia.

Otro motivo de pena para la casa y sus amigos era, por aquellos días, la inminente partida del Padre Fierro para Italia, partida que podría considerarse como definitiva y que venía a constituir una irreparable pérdida para la inspección y para la patria.

De esta suerte se venía a comenzar la etapa de organización definitiva de la casa: pobreza y escasez, en lo exterior; gran confianza en Dios en los espíritus; risueñas esperanzas para el porvenir; proyectos en las mentes ambiciosas de bien.

Para los de las nuevas generaciones resulta harto difícil comprender el espíritu y organización de aquellos primeros tiempos; el sostén de una casa desprovista de toda renta y atendida exclusivamente a la bondad del Señor. Aquella pobreza heroica y, por lo mismo alegre, que sabe pasar por encima de todas las privaciones con entero desprendimiento y encantadora sencillez.

Menos mal que, para hacer frente a la situación, se contaba, a más del ánimo incansable del director, con el brazo activo hasta lo increíble de esos dos héroes del trabajo que fueron el Padre Maximiliano Burger y Don Francisco Rodríguez.

Aunque luego hemos de volver a hablar de ellos, presentamos aquí algunos de sus datos biográficos para presentar más por entero tan interesantes figuras.

Nacido el primero en Durach, Baviera, el 30 de marzo de 1883, como hijo de José Burger y Rosalía Reiser, vino así a ser miembro de una familia que dio auténticos frutos de santidad. De suerte que no solo dio religiosos salesianos, sino de otras comunidades. A la nuestra, a más de Maximiliano, dio dos sobrinos suyos y un tercero, que murió como aspirante, alcanzó tan eminente grado de virtud que se le llamó el Domingo Savio alemán.

Muy joven aun Maximiliano, al conocer la obra de Don Bosco, pasó junto con otros compatriotas suyos en 1899 al colegio salesiano de Cavagliá, por entonces destinado para los aspirantes alemanes. Allí realizó sus estudios secundarios en que demostró magníficas dotes de mente y corazón. Al ver los superiores sus inclinaciones a la vida misionera, lo admitieron al noviciado de Lombriasco,



La capillita antigua

donde recibió la sotana de manos del sucesor de don Bosco, Venerable Don Miguel Rua. Hechos los votos trienales en 1903, fue destinado a esta inspección de Colombia, pues había hecho manifiestos sus deseos de entregarse al cuidado de los pobres leprosos.

Por eso se le ve en esta época en Mosquera, como estudiante de filosofía y luego de Teología. Para la incipiente casa fue una providencia viva. Eran tiempos en que todo aquí estaba por hacerse. Había que adaptar y ampliar locales, edificar la iglesia, y para cuanto ocurriera se prestaba, hurtando horas a sus estudios, feliz de poder poner a disposición de todos su fuerza hercúlea y su habilidad para cualquier género de trabajos. Prueba de ello es esa reliquia que es la tosca estatua de María Auxiliadora, labrada en piedra por él, la primera que presidió los recreos de los novicios y que hoy, por ceder el puesto a otras más artísticas ha ido a esconderse entre el follaje del retazo de huerto que aún queda para decir desde el humilde rincón que si ya no logra despertar la devoción, si puede todavía hablarnos del colosal ejemplo de laboriosidad ingeniosa de su autor. Y qué decir de sus trabajos en la edificación de la casa y del templo? En todo estaba y para todo era hábil: abrir las zanjas, picar piedra, acarrear los materiales, levantar andamios, comprar adobes y maderas, arrear las bestias de carga por aquellos caminos de herradura que conocieron nuestros abuelos, por las cuestas empinadas que se alzan desde los sitios aledaños al río Magdalena hasta las alturas de la altiplanicie, debiendo pasar días y días en ello, en que tras las fatigosísimas jornadas venían las noches infernales en cualquier tambo o

choza..... Solo una fibra robustísima puesta al servicio de una fe más robusta todavía podía someterse a tales sacrificios y realizar tales maravillas! Y si a esto se añade la atención a sus estudios y el continuo prestarse para todos esos otros menesteres diarios de la vida doméstica, especialmente como organista y cantor, empezará a penetrarse en el valor de esta colosal figura de salesiano, y en lo mucho que él significó para los comienzos de esta casa.

Es el segundo Don Francisco Rodríguez, conocido por todos cuantos lo tratamos con el popular nombre de Don Pachito.

Quien por allá por los años de 1893 a 96 hubiera penetrado en los vetustos claustros del colegio León XIII en Bogotá, en un día de fiesta por la tarde, hubiera quedado intrigado al ver, entre la turba de chiquillos, casi todos desarraigados, que acudían al catecismo y que alborotaban inquietos por patios y corredores, a un señor magro, de no mucha estatura física, vestido impecablemente de levita negra, con aquellos puños y cuello almidonados y aquellas enormes corbatas, entonces de moda, y que, sin dársele un ardite de la curiosidad que pudiera despertar en el admirado visitante, discurría por entre aquellos grupos infantiles divirtiéndolos a todos con sus ocurrencias y que luego, a la hora de la clase, tomaba por su cuenta un grupo y, al par de los catequistas religiosos, se entregaba de lleno a la labor de enseñar la doctrina, libro en mano, salpicando las explicaciones con anécdotas que embobaban al infantil auditorio o lo hacía estallar en sonoras carcajadas: era un abogado recién graduado, que no contaba aun treinta años y que, no contento con admirar la obra salesiana y elogiarla en las

revistas y periódicos de que era constante colaborador, ni con dar contribuciones pecuniarias, echando a un lado sus títulos como secretario de la facultad de derecho, con el aire más bonachón del mundo, a imitar de hecho y a realizar admirablemente así, la misma obra que admiraba: y así lo hizo hasta el año 1896, en que ingresó al noviciado en Fontibón.

Desde entonces se entregó más de lleno aun a realizar el ideal del salesiano, con meticulosa escrupulosidad.

Hecha al año siguiente la profesión perpetua, emprendió sus estudios eclesiásticos mientras quedaba como asistente del mismo noviciado. Poco después fue enviado a Italia a continuarlos, pues todos tenían fijas en él lisonjeras esperanzas. Desgraciadamente no pudieron realizarse por entero. Cuantas veces trataba de dedicarse al trabajo intelectual, y lo hacía con inmenso orden, el cerebro se resentía hasta el punto que los superiores llegaron a temer seriamente por su salud. Así vino a manifestarse una inescrutable voluntad de Dios que dio por resultado la clausura definitiva de sus esperanzas de sacerdocio, cosa que le costó un heroico sacrificio, y, en consecuencia, el caso más único que raro de un clérigo minorista perpetuo. Para hacer apreciar su espíritu de obediencia, el Padre José María Bertola narraba cómo siendo director allá por los años de 1917, le preguntó cierto día al buen Don Pacho si no deseaba reanudar sus estudios eclesiásticos, a lo que él respondió con infantil sencillez: -Hace diez años que el Padre Aime me prohibió volver a pensar en esto y por eso no volví a pensar.

-Pero no te gustaría reanudar los estudios?.....

-Oh, sí; con mucho gusto, si los superiores lo quieren.

Fue entonces cuando se hizo un último esfuerzo por llevarlo al altar, pero dos meses bastaron para convencer a todos que no era ese el designio del Señor sobre esta alma escogida.

Tal la figura de este buen hijo de Funza que tanto bien hizo por estos años que historiamos, en nuestra casa de noviciado. Un hombre que ocultaba sus maravillosas cualidades bajo el aspecto sencillo de un niño travieso y dócil a la vez, con esa travesura llena de gracia que hacía las delicias de cuantos lo trataban, y esa docilidad que llegaba a los linderos del escrúpulo y que le hacía tratar a sus superiores con aquel respeto ejemplar que tanto admiraban todos.

Profesor de literatura y gramática, formó en estas difíciles disciplinas varias generaciones de salesianos que aun hoy día lo recuerdan con afecto.

Incansable buscador de recursos para la casa, su diligencia no conocía límite. Visitas, cartas, giras muchas veces penosísimas, las influencias de sus antiguos compañeros en el foro, todo lo empleaba e intentaba para lograr socorros que tantas veces se hacían angustiosamente urgentes.

Solo por la bondad de Dios y el esfuerzo de estos gigantes del trabajo y del amor salesianos, se explica que la casa haya podido sortear felizmente las enormes dificultades de estos años.

Así vino a quedar inaugurado este año lectivo, el seis de febrero, con la llegada de diez novicios. La inspección colombiana podía contarle como un triunfo. Era, después de tantos cambios y tanteos, la estabilización definitiva de las

casas de formación, independientes y exclusivas. Ahora la casa del noviciado de Mosquera empezaba a ser realmente lo que tanto se soñó y debía en verdad ser y desde entonces el retiro y la independencia de otras obras que pudieran interferir su acción lograrían, que el personal salesiano fuera, cada vez más preparado, mejor escogido y con mayor competencia formado. Dios sea loado!

De aquí el enorme júbilo con que el 19 de marzo se celebró en el Carmen de Bogotá la vestición de sotana. Preparados en el espíritu por un triduo, los novicios se trasladaron desde la víspera a Bogotá. El día de la fiesta, a las nueve, entre la conmoción de cuantos asistían a la ceremonia, y eran muchos, pues a más de los alumnos del colegio, el público acababa de llenar el recinto de la iglesia, el Padre Aime procedió a la bendición e imposición de los sagrados talaros y de las medallas de los hermanos coadjutores. Acto seguido, el Padre tomó la palabra con acento conmovido que dejó en más de uno de aquellos jóvenes que, acaso por primera vez presenciaban la bella ceremonia, el germen de

una respuesta al llamamiento divino y en muchos de los demás asistentes, un cariño más y más acendrado por nuestras obras. Tras esto, hubo misa solemne. Por la tarde, una vez pasada la procesión y la cena, se procedió al acto de una academia familiar y cordialísima en que, entre los sonos de un gramófono, maravillosa adquisición hecha poco hacía, se dejaron oír los acentos del más cálido entusiasmo entre cuyos números, mucho gustaron dos declamaciones, la primera, escrita por el mismo Padre Heredia y declamada por el novicio Carlos Cortés, titulada «Mi sotana» y la otra, llamada «Somos colombianos» y que con grande aplauso recitó uno de los novicios italianos, Amadeo Cochi.

Desde entonces, cuántas veces se ha repetido esta ceremonia de la vestición de sotanas! Cuántos jóvenes han venido año tras año a postrarse ante el altar para recibir esa insignia que los aparta del mundo y les recuerda a cada momento la generosidad de su entrega al Señor! Acto, no por repetido menos conmovedor, ni por breve menos significativo y lleno de espirituales trascendencias!

AQUI ESTA MI CASA: DE AQUI SALDRA MI GLORIA.

Donde quiera que van los hijos de San Juan Bosco, como reguero de luz que marca su sendero, va quedando viva y luminosa la simiente de la devoción a María Auxiliadora! En la visión en que el santo contempla, como magnífica realización de su destino, el imponente santuario que habría de levantar con el correr de los años, en honor de la excelsa Madre, lee, en la portada del mismo templo esas palabras que son a la vez un recuerdo y un vaticinio: «Esta es mi casa: De aquí saldrá mi gloria». Y desde ese templo, como centro de irradiaciones incontenibles y dilatadas, las señales de la devoción de la Madre de Dios han ido a cubrir el mundo por manos de los continuadores de la obra y el espíritu del santo. Y así pasó en Colombia. Y aunque la devoción de María Auxiliadora era ya por estos años patrimonio arraigado en muchas regiones del país, cupo a Mosquera la suerte de ver erguirse el primer templo consagrado a tan bella advocación.

Como se ha dicho ya, el pueblo contaba apenas con una minúscula capillita que no podía, ni con mucho, bastar para las necesidades del vecindario. Por eso desde un principio se pensó en su ampliación: Las fiestas religiosas se iban haciendo cada vez más frecuentes, brillantes y concurridas, y bien justo parecía disponer de un local más acorde con el auge que el esplendor del culto iba tomando. Desde el principio del año se habló a los vecinos del proyecto de ampliación de la capilla y la idea fue calando, hasta que un buen día de febrero de este mismo año, se presentó en la casa el señor al-

calde de la población, Don Venancio Jiménez, hombre cristiano, decidido admirador y amigo nuestro y de gran espíritu de iniciativa, para hablar con el Padre Arato y hacerle participar de su idea de que más bien que ampliar y restaurar la antigua capilla, a todas luces insuficiente, en lo que había que pensarse era en construir una iglesia que estuviera a la altura del progreso de la población y el anhelo de todos. La idea de Don Venancio no cayó en mal terreno, siguió él insistiendo en ella, y así, poco después vino a constituirse una junta de vecinos que habrían de estudiar y tratar de realizar el proyecto. Por fortuna daba con atletas de la talla del Padre Burger, dispuesto a echar sobre sus hombros la carga. Se dispuso del terreno que lindaba con la plaza por el sur, se encomendaron los planos a Don Ruperto Ferreira, uno de los más notables ingenieros con que por entonces contaba el país, y de esta suerte, con una rapidez que demuestra la decisión de cuantos se empeñaron en ello, quedó fijado el cuatro de junio para la colocación y bendición de la primera piedra. Sin embargo, es de advertir que los primeros proyectos fueron bastante más en grande de lo que en realidad vino a ser el plano definitivo de la primera iglesia. Con todo, ello significaba para la población un inmenso adelanto y un motivo de grandes entusiasmos.

De más está decir que, alma de todos estos preparativos y arrestos de progreso, era la figura, por tantos títulos amable y admirable de Don Lorenzo Fonseca.

El día 4 de junio, la población ente-

ra se movilizó para tomar parte en el acontecimiento que tanto significaba para ella, y aun de las poblaciones vecinas vino a tomar parte una enorme concurrencia. Ya desde las primeras horas de

novedades que habrían de constituir centros de interés de los festejos. Fue la primera de dichas novedades, por su orden cronológico, la que a las ocho de la mañana concentró a la multitud llena



El Padre Julio Caicedo Téllez

la mañana, el movimiento que por todas partes se notaba indicaba claro el entusiasmo general, acrecentado por varias

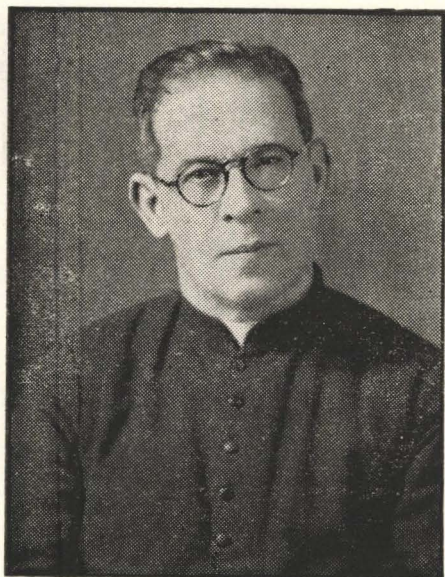
de gran curiosidad. Un globo gigantesco había sido hinchado y dispuesto a la ascensión y no como quiera, sino con su arries-



La primera iglesia de Mosquera en vía de conclusión.

gado piloto en la canastilla, un famoso aeronauta de apellido Valencia. Eran aquellos los tiempos de las grandes exploraciones aéreas en todo el mundo, principios del vertiginoso progreso de la aviación, y en todas partes empezaban a menudear los héroes del aire.

A las nueve de la mañana, un tren expreso trajo de la capital a eminentes personajes: Monseñor Francisco Ragonesi delegado apostólico en Colombia, el Padre Aime, Don Ulpiano Valenzuela como representante del presidente Rafael Reyes, el Doctor Silvio Peña en repre-



Reverendo Padre Roberto Pardo M.

sentación del general Alfredo Vásquez Cobo, gerente del ferrocarril, muchas otras personas de distinción y, para completar la alegría, la banda del colegio de Bogotá. El bazar, organizado por lo más selecto de las damas de la población, estaba en toda su animación. A las diez y media, el coro, bajo la dirección del Padre Cesari, eximio músico por

vocación y por estudio, ejecutó la bella misa de Haller. El Padre Aime pronunció el panegirico de María Auxiliadora con aquella unción que lo distinguía y que, sin llegar a los bríos oratorios del Padre Evasio, penetraba sin embargo al fondo de los corazones y los ponía en trance de meditación.

Otro de los números salientes del día fue el vistoso desfile de ciclistas que recorrió la población.

A las dos de la tarde se procedió a la bendición de la primera piedra. El presidente de la república y el gerente del ferrocarril, por medio de sus representantes apadrinaron el acto que fue llevado a cabo por el Excelentísimo delegado, a lo que siguieron sendos discursos del mismo y del párroco de Funza, doctor Pedro María Sierra. La fiesta fue de veras brillante y no logró mermar ni su solemnidad, ni el entusiasmo del público, el chubasco que se vino a media tarde ya que, a pesar de todo, fue recibido con alegría pues las labranzas lo estaban deseando hacía tiempo.

Y así, de tan solemne modo se comenzaron los trabajos del templo que había de tener forma de cruz latina de cuarenta metros de longitud por diez de anchura, de paredes de adobe y en cuyo diseño se mezclaban diversos estilos, entre los que predominaban un gótico moderado y el bizantino, en una combinación que hacía generalmente buen efecto y que, por aquellos días fue considerado como un avance arquitectónico.

Y es esta obra donde mejor se ven desplegarse la actividad y dotes artísticas del Padre Burger, y donde se mezclaron los sudores de tantos que pusieron su aporte con generoso entusiasmo.

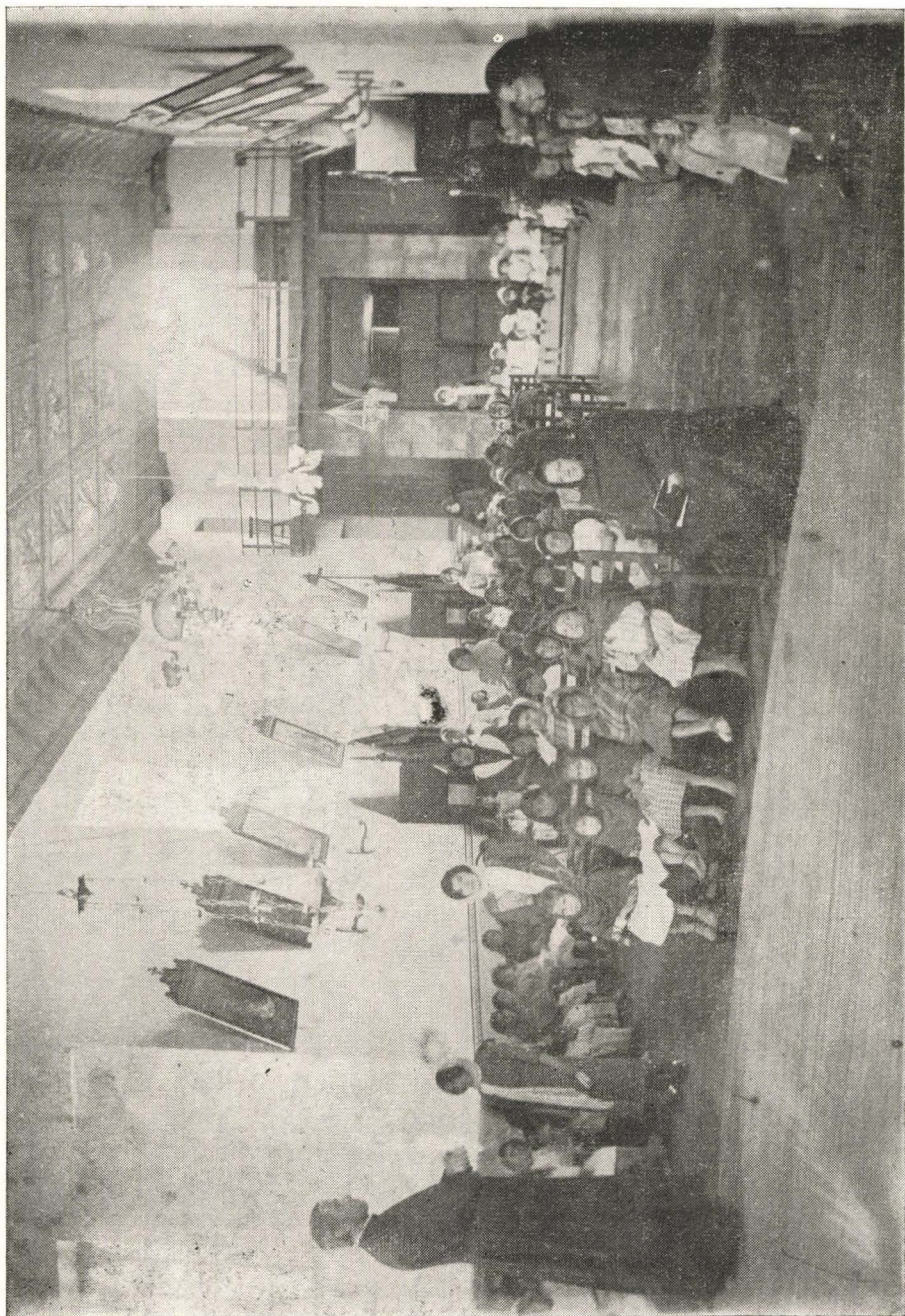
Otra obra análoga se emprendió el



Interior de la primera iglesia, hacia el altar.

11 de octubre del mismo año, y fue la construcción de la capilla interna cuya necesidad se iba sintiendo más y más conforme se presentía el paulatino aumento del personal de la casa. Bien se ve que, a pesar de la pobreza, había margen para pensar en todas estas obras, más que suficientes para procurar serias preocupaciones. Gracias a Dios, los bienhechores estuvieron siempre oportunamente con sus socorros. Así, por ejemplo, una insigne cooperadora de Málaga, en España, Doña Ventura Torrado de San-

doval respondiendo a una insinuación del Padre Arato, se prestó a costear las bellas imágenes del Sagrado Corazón Niño que por tantos años presidió nuestra capillita y que ahora se halla en el estudiantado teológico, la de María Auxiliadora y la de San José que aun sonríen desde sus bellos altarcitos en la capilla del aspirantado y que son y han sido testigos de tantas confidencias y lágrimas traídas a sus pies por tantos que allí definieron su vocación y el rumbo de sus vidas.



Interior de la primera iglesia, hacia el coro.

GENTE NUEVA, TIEMPOS NUEVOS.

Así se pasó el año de 1905. La vida cada vez más estabilizada, hace que se anoten cada vez menos acontecimientos, dignos de mención. Pero sí lo es y mucho, el del cambio de director. El colegio de Bogotá se hallaba en serios problemas económicos y hacía falta encargar de su prefectura un individuo de pulso y experiencia en el manejo de las precarias entradas. Por esto, el Padre Aime hubo de echar mano del Padre Arato para este cargo y nombró en su reemplazo al Padre César Cesari quien, a pesar de andar por aquellos días algo quebrantado de salud, tenía suficiente fibra y presencia de espíritu para impulsar la casa de formación. Ni era nuevo en estos ambientes pues su exquisito espíritu de observancia religiosa y fiel salesianidad hizo que desde antes de su ordenación sacerdotal fuera destinado a coadyuvar en la formación de nuestro personal, como asistente de los novicios en Fontibón. Aparte de esto, sus bellas cualidades naturales lo hacían siempre un precioso elemento. Magnífico maestro de canto y música instrumental, siendo catequista del León XIII solía venir semanalmente a Mosquera para dar a los novicios estas clases y las de canto gregoriano. Poseía una bellísima voz de tenor que llamaba poderosamente la atención de todos: voz que no gustaba lucir sino para el canto litúrgico, el que ejecutaba con admirable pasión. No era raro que, mientras sus dedos finos y ágiles se deslizaban sobre el teclado del armonio acompañando su voz melodiosa en alabanza de Dios, se vieran rodar por sus mejillas, lágrimas arran-

cadadas por la emoción de quien sabía penetrar, no solo las delicadezas del arte, sino, mejor aun, los recónditos sentidos de los sagrados textos que ejecutaba. Era una auténtica alma de artista, aunque sin afectación ni afeminamiento, pues en su régimen personal de vida espiritual y en el gobierno de los que le estaban encorrendados sabía ser muy varonil y firme. Donde se ve que estas cualidades no es forzoso que anden reñidas, antes bien, pueden compenetrarse y servirse mutuamente cuando emanan, como de único centro, de ese amor de que habla el Espíritu Santo, que es fuerte como la muerte.

Cuando llegó a encargarse de la dirección de esta casa, contaba solo cuatro años de ordenación y veintinueve de edad, ya que había nacido el 27 de octubre de 1877 en Gradara, provincia de Pesaro (Italia), y desde los 14 años andaba protegido por la sombra bienhechora de Don Bosco, con su entrada al colegio salesiano de Faenza.

El 1 de febrero ocurrió el cambio y, si bien los novicios conocían y apreciaban ya de antes al Padre Cesari, no podían disimular el pesar que les causaba la partida del Padre Arato, alma de asceta que, bajo la corteza de su seriedad, escondía un corazón tierno y sensible como el de un niño. Sin embargo, los hechos demostraron bien pronto que el nuevo director no desdecía un punto del antiguo, y que, bajo su mano paternal, la casa habría de seguir su rumbo definido en el cultivo de las vocaciones.

Los estudios continuaron con ritmo semejante al del año anterior en que,

libres de la responsabilidad del colegio, fue posible empezar a dedicar toda la atención a la formación intelectual de los novicios, a más de que ahora se contaba con la ventaja de que quienes venían estaban ya provistos de alguna preparación, por los estudios hechos en el colegio de León XIII. Por eso, de aquí en adelante, hasta 1911, en que recibe nueva organización e impulso el plan de estudios, funcionaron uno o dos cursos, según las circunstancias del personal residente, en los que se impartían, como materias básicas, clases de castellano, latín, historia sagrada, religión e italiano. Esta última y la de castellano se daban por separado a los estudiantes colombianos y a los italianos consultando las necesidades de cada grupo. La clase de filosofía se dio los años en que hubo personal preparado para recibirla y así en 1906, figuran en los registros nueve estudiantes de filosofía. En cuanto a los llamados hijos de María o aspirantes, hay en este periodo alguna confusión en los términos, lo que se presta para equivocaciones. En rigor de justicia, deben llamarse aspirantes aquellos jóvenes que cursan sus estudios regulares y que, como su nombre lo indica, aspiran a ser salesianos, sea para seguir carrera eclesiástica o para trabajar como coadjutores. Hijos de María, en el sentir de Don Bosco, son propiamente aquellos que han sentido tardíamente su vocación a nuestro género de vida y así vienen a emprenderlo ya de edad avanzada. Recuértese si no, el célebre sueño del santo en que ve cómo es mayor el porcentaje de rendimiento de vocaciones entre adultos que entre niños, cosa que lo anima a emprender esta obra que, en su tiempo dio magníficos

frutos, llevando hasta el altar personas de gran valía, y muchas veces a quienes ya hacía tiempo desempeñaban profesiones lucrativas y honrosas en el mundo.

Esta casa de Mosquera, no fue, por varios años, sino un noviciado y por consiguiente, aspirantes o hijos de María propiamente dichos no los hubo, a excepción de algunos casos esporádicos en que alguno quería prepararse para quedarse definitivamente con nosotros, trabajando al servicio de la casa, casi siempre en oficios domésticos o cosa parecida y aun hubo ocasiones en que este título se usurpó para designar simples serviciales sin intención de llegar a pertenecer a la comunidad. Solo en el año de 1911, al ver que empezaban a escasear las vocaciones en los colegios y porque la estabilidad de la obra pedía urgentemente que se procurara por todos los medios llegar a una ininterrumpida sucesión en los estudios, se abrió una verdadera sección de aspirantes, distribuidos en cursos que poco a poco se fueron regularizando y ampliando como a su tiempo se indicará.

Este año comenzaron su noviciado cuatro jóvenes, entre los que se contaba Víctor Mariño, joven boyacense que tan grato recuerdo había de dejar entre nosotros por sus bellas cualidades y espíritu apostólico que lo animó hasta su muerte, ocurrida el 27 de noviembre de 1935.

A su vez, el 16 de febrero el Padre Aime recibe la profesión de nueve jóvenes, seis acólitos y tres coadjutores, entre los que hay que contar a los señores José M. Caicedo y Juan Mini, que hicieron los votos trienales y Salvador Romero de votos perpetuos, el joven poeta, objeto

de tan halagadoras esperanzas, tristemente malogrado por los rigores del clima en las misiones de los Llanos de San Martín, y de quien luego volveremos a tratar.

Dato notable de estos días fue el solemne *Te Deum* cantado en la capilla externa el 18 de febrero, en acción de gracias por haber frustrado el atentado criminal de que el diez del mismo mes fué víctima en Barro Colorado el Excelentísimo Señor Presidente de la República, general Rafael Reyes. Una de las páginas más oscuras de nuestra historia patria.

El acontecimiento culminante del año fue el estreno de la capilla interna, el dos de septiembre. Ya el seis de junio se había hecho con inmenso alborozo la recepción a las imágenes enviadas de España, de nuestros talleres de Sarriá, obras de verdad artísticas y devotas, costeadas, como se ha dicho, por doña Ventura Torrado de Sandoval.

La nueva capillita, situada poco más o menos en el mismo sitio que ocupa la actual, tenía unos cinco metros de ancho por algo más de veinte de largo y con su sacristía detrás del presbiterio. Se experimentaba la satisfacción de las obras cuyo mejor mérito consiste en el esfuerzo hecho para realizarlas, ya que desde el entablado y enjabelgado hasta el tallado y pintura, había sido hecho por los artistas de casa. Cada uno de los que había de gozar de las ventajas de este sitio bello en su pequeñez y recogido, podía decir que algo había hecho para contribuir a su factura. Esto hacía más jubilosa la fiesta, en la que tomó parte el padre inspector. Con la mayor solemnidad posible se hizo la procesión con el Santísimo Sacramento,

para trasladarlo a su nueva morada, desde esa antigua capillita del piso alto en que había estado desde un principio. Acto continuo, bajo un pabelloncito primorosamente elaborado, se trasladó la imagen del Sagrado Corazón Niño. El padre inspector estaba hondamente conmovido y así lo reveló al hablar a la concurrencia que había venido a acompañar a los nuestros en esta íntima fiesta de familia, cuyo complemento fue la bendición y erección del Viacrucis hecha el 21 de diciembre con participación del grupo de salesianos que habían venido a hacer los ejercicios espirituales.

Al concluir dichos ejercicios, el 24 del mismo mes, se hicieron las profesiones en las que hicieron los votos perpetuos Avelino Baracaldo, Francisco Engstler, Roberto Pardo, Juan Giordano y Dámaso Mediano. Qué preciosos tesoros adquiría la congregación con ellos y qué hondas huellas han ido imprimiendo en los diversos campos de apostolado en que la obediencia los ha colocado!

Entre proyectos y realizaciones, frutos y esperanzas se entró el año de 1907. La obra de más envergadura era naturalmente la del templo externo que iba adelantando a ojos vistas.

En febrero de aquel año, Mosquera fue testigo de una escena que dejaba en cuantos de ella tuvieron noticia una indecible sensación de estupor respetuoso, por ser de aquellas que tocan con los límites de lo gigantesco. El día seis, hacia el atardecer, la plaza se fue convirtiendo en un verdadero campamento. Toldos improvisados se fueron levantando aquí y allá y por entre ellos discurría un hormiguero humano en el que predominaba el elemento infantil: rostros demacrados y bronceados por las intem-

peries, morrales con pobres ajuares, y por entre el grupo iban y venían dos sacerdotes, dos religiosas con el hábito de las Hijas de María Auxiliadora, y hasta algunos uniformes militares se echaban de ver por allí. Qué significado tenía aquella especie de excursión «sui generis»?.....

Como se recordará, una serie de incomprendiones y malevolencias de terceros, había ido levantando una barrera, de frialdad entre el gobierno presidido por el general Reyes y el Padre Evasio Rabagliati. Una vez terminada la guerra y, mientras el país trataba de reponerse de sus terribles consecuencias, el Padre Evasio puso también, con todo el dinamismo de su espíritu de coloso, manos a la obra para tratar de ganar terreno en la organización y ampliación de la obra de los lazaretos, y para ello había lanzado la gran idea de los lazaretos departamentales. Exonerado luego de las preocupaciones del gobierno de la inspección, se dio con alma y vida a la realización de su idea, y para ello trataba de mover cuantos resortes hallaba a su alcance. Pero las malas inteligencias y desconfianzas habían ido entorpeciendo cada día más todas estas iniciativas, hasta el punto que, para el año de 1906, el proyecto de tales lazaretos departamentales estaba prácticamente desechado. Sin embargo, el Padre Evasio no era hombre de cejar fácilmente en una idea, y cuando veía que una puerta se le cerraba trataba de abrirse camino por cualquier otra parte con tal de salir con sus intentos. Así fue como tuvo la audaz idea de trasladar a Agua de Dios cuantos niños de Contratación fuera posible, para tratar de aliviar en cuanto se pudiera la triste situación de este último lazare-

to que, por hallarse en sitio tan apartado, insalubre e incomunicado, era el que de todo punto de vista se hallaba más desamparado. En el libro «La obra salesiana en los lazaretos» se narra con bastantes pormenores cómo vino a realizarse la atrevida idea y a esta obra nos remitimos. Baste por lo pronto indicar algunos pormenores de aquel viaje heroico que recuerda la famosa cruzada infantil de la edad media. El Padre Fierro cuenta así el caso:

«Quizá era un ensayo de movilización, por si el tiempo mejoraba. La empresa era seria, por la calidad de los viajeros y por lo largo y escabroso del camino. Le pidió permiso al presidente Reyes, y este lo concedió, suministrándole todo lo necesario, no sin ponderarle la dificultad del asunto.

Y el viaje se hizo. Y al leer la relación que de él dió a Don Rua, recuerda uno involuntariamente aquella peregrinación de Bolívar hacia el oriente Venezolano después del desastre de La Puerta, si no por la magnitud, si por las dificultades y por el espíritu del conductor. Eran cuarenta niñas y treinta y ocho niños, enfermos o hijos de enfermos, conducidos por dos salesianos: El Padre Evasio Rabagliati y el Padre Jorge Herrán; y dos hijas de María Auxiliadora; para escolta cuatro guardias y para servicio veintidós personas sanas; llevaban ochenta mulas: quince de carga y las demás de silla.

Emplearon veintidós días. La marcha fue un modelo de organización. Todo estaba previsto y para cada incidencia imprevista, se encontraba una rápida solución. A las cinco se tocaba diana; a las cinco y treinta, misa para los sanos (que



El P. Bertola. Tiempos heroicos

tenían luego mucho qué hacer) a las seis, misa para los enfermos.

Y donde se celebraba? Siempre estaba preparada la iglesia: el gran templo de la naturaleza: un prado, un camino, a orilla de un torrente, bajo la inmensa cúpula de los cielos, todavía salpicados de estrellas y aveces alegrados por los rayos oblicuos que nos enviaba el nascente astro del día.

Las etapas estaban fijadas. Hacían alto para comer y sestar. Y al cerrar la tarde, acampaban en sus tiendas, cenaban, rezaban el rosario y en las buenas noches recibían la orden del día siguiente. Tuvieron sorpresas ogradabilísimas en los pueblos por donde pasaban, y no faltó tampoco alguna menos agradable, como la de recibir alguna pedrada.

En la ciudad de Tocaima los recibieron con banda y luego los acompañaron largo rato, camino de Agua de Dios.

La llegada a Agua de Dios fue algo grandioso; asombrosamente bello.

Qué cambio! Me decían al otro día: cuenta el Padre Evasio en carta a Don Rua - del infierno hemos pasado al cielo! Ciertamente que, comparándolo con Contratación, Agua de Dios es muy bello.

El Padre termina su carta con esta repunta sobre Reyes: Es hermoso ver a este hombre, presidente de una gran nación, preverlo todo, entre las múltiples ocupaciones que requiere la dirección del gobierno..... Hace dos años y medio que cumple sus promesas, y consuela ver cómo opone al mal una barrera múltiple y fuerte. «(P, Rodolfo Fierro Torres: El Padre Evasio Rabagliati» Cap. XLVII).

De este ejército y en tal empresa eran los que esa noche acamparon en la plaza de Mosquera. Ejército dirigido por héroes de los que es tan raro hallar!

El veinte de julio, se hizo en Bogotá la apertura de una gran exposición nacional y sus visitantes vinieron a ser gratamente sorprendidos al ver que también había por allí alguna participación de la casa de Mosquera. Desde hacía algún tiempo, el Padre Remigio Rizzardi, experto apicultor, había establecido aquí algunas colmenas con tan buen suceso que ya para esta época podían tener la pretensión de figurar al lado de las mejores realizaciones agrícolas e industriales del país. El Padre Rizzardi fue un verdadero técnico en el ramo, e inventó un nuevo sistema de colmena que con el máximo de comodidad, hacía aprovechar de manera más racional el espacio disponible para el trabajo de las abejas. Sistema que hoy se halla muy divulgado en el país, gracias al manual de apicultura que luego publicó el mismo padre y que tuvo mucha acogida y valiosísimos conceptos en favor.

Mientras tanto se continuaba en el trabajo de ir adaptando la casa a las crecientes necesidades de la comunidad. Este año se acometió la adaptación de un nuevo comedor y traslado de la cocina, que vinieron a quedar: esta hacia donde hoy es el coro de la capilla y aquel a continuación, donde hoy funciona el salón de máquinas del taller de carpintería.

El tres de agosto, con dolorosa sorpresa se vio llegar de Ibagué al Padre Aime, en estado de gran postración y agudos dolores. La travesía de aquellos inmensos Llanos tolimeses había de hacerse a caballo, bajo soles calcinantes y por sitios despoblados, lo que representaba un ánimo de conquistador para quien quisiera animarse a viajar por allí; el buen Padre, que no debía ser muy



Personal de la casa en 1913

hábil jinete, lo hacía, con inmenso espíritu de sacrificio, por ir a llevar a sus hijos de aquella casa el consuelo de su presencia y consejo. Desgraciadamente a la vuelta tuvo una caída que podía haber sido mortal, de cuyo trance salió con una clavícula rota. Con todo logró llegar hasta aquí, con la congoja que es de suponer, para pernoctar en esta casa y continuar luego, algo menos incómodo a Bogotá, donde hacerse curar en forma.

El 27 del mismo mes llegó la noticia de que Don Bosco había sido declarado venerable por decreto de la sagrada congregación de ritos, cosa que llenó de inmenso júbilo a todos. Había aun tantos que lo conocieron, era él de tal modo el centro de los afectos de todo salesiano, aun de quienes solo lo conocían de oídas, que aquel acontecimiento hacía forzosamente vibrar de alegría todos los corazones. Por eso se empezó a preparar una fiestecita, modesta si se quiere, pero llena de intenso afecto, fiesta que se cumplió el ocho de septiembre. La academia preparada para esta ocasión se llevó a cabo en el local del nuevo comedor recién terminado, y a ella concurrió numeroso público.

Otro suceso digno de mención en este año fue la grave enfermedad que aquejó al acólito Maximiliano Burger. Era considerado y efectivamente así lo era, como el alma de cuanta obra significara progreso en la casa y en la iglesia; todos se sintieron hondamente preocupados al saber que la enfermedad era de cuidado, tanto más que había sido adquirida, o al menos agravada, por esos mismos trabajos que realizaba tan incansablemente, ya que se trataba de una hernia avanzada. El siete de octubre fue operado en el hospital del Campito de San

José de Bogotá y al lado de su lecho con afanosa solicitud se hallaba el Padre Cesari. Sin embargo, y a pesar de los exquisitos cuidados que se le prestaban, una semana después el estado del paciente llegó a ser tan grave que se llegó a temer seriamente por su vida. La noticia se comunicó a todas las casas se dio aviso al Padre inspector y empezaron, cada vez con mayor instancia, a elevarse preces al cielo por el querido enfermo. Preces que fueron dichosamente oídas, pues un mes más tarde, tras de días de seria preocupación y de afa-nes, el 18 de octubre, el buen don Maximiliano regresaba a casa, en vía de plena reposición y con el júbilo de todos los moradores del noviciado.

El año de 1908 se inició con los dos cursos: uno de filosofía y otro para los llamados hijos de María.

Después de tres años de intenso trabajo, se pudo inaugurar solemnemente la iglesia pública el primero de marzo. Por más que las proporciones de la iglesia distaran mucho de ser grandes, sin embargo, el haber podido llevar a cabo tal obra en tan poco tiempo era un inmenso triunfo que hablaba muy alto del interés del vecindario y del tesón puesto en ella por quienes directamente pusieron en ello la mano.

Con ritmo cada vez más intenso se habían ido desarrollando los trabajos y, a medida que se veía cómo afloraban las paredes y tomaban forma y se iban cerrando, los techos, con ritmo parecido iba creciendo el entusiasmo y el febril interés de todos por ver el templo terminado.

El clérigo Burger, animador incansable de los trabajos, trató de volver a la brega cuando se creyó repuesto de la pasada dolencia, pero una molestia cre-

ciente que lo indisponía para entrar de lleno en el trabajo, lo obligó a volver a ponerse en manos de los médicos quienes al renovar el examen, dictaminaron que había que repetir la operación pues por un olvido de esos que alguien podría creer reservados para una página humorística, al coser la herida habían dejado dentro algunas mechas de algodón!.. Pruebas de confianza!

Con todo, los trabajos del templo prosiguieron con celeridad. Y, como queda dicho se fijó como fecha inaugural el primero de marzo, por más que aun no estaba hecho el campanario.

Desde los últimos días de febrero, el entusiasmo iba en aumento y personas principales de la población demostraban cada vez más su interés prestando su concurso para la activación de las faenas. A las cuatro de la tarde del día veintinueve se dieron por concluidos los preparativos y la población en masa se dispuso a la recepción del Rvmo. Padre Inspector que llegó en el tren de las seis. El estallido de los cohetes alegraba todo el ambiente y las calles todas presentaban aspecto fantástico con las luces que en las fachadas de todas las casas se habían encendido. El ambiente de fiesta era perfecto. Al día siguiente a las siete de la mañana, misa con nutridísima comunión en la capilla antigua. A las ocho se dio comienzo a la ceremonia de la bendición del nuevo templo. La solemne procesión dio vuelta en torno de la plaza al canto pausado de las letanías de los santos. El Padre Aime revestido de pluvial presidía la ceremonia. Luego de concluida la ceremonia ritual, el cura párroco de Funza, D. Pedro María Sierra, hizo el traslado solemne del Santísimo Sacramento a los acordes jubilosos de la ban-

da y entre un inmenso concurso de gentes. Acto seguido se celebró la misa solemne a toda orquesta. El Padre Aime dirigió la palabra a los fieles con cálidos acentos de acción de gracias al Señor. Después de misa quedó el Santísimo en exposición solemne durante todo el resto del día, que terminó con el rosario, sermón y bendición solemne. La participación de los fieles a todas las ceremonias fue llena de fervoroso entusiasmo. Todos comprendían la importancia que para el pueblo tenía y el gran adelanto que significaba el hecho de poder contar con una iglesia que, aunque distara bastante de ser una maravilla, empezaba desde entonces, y habría de ser por tantos años, a prestar un servicio más completo y de acuerdo con el desarrollo que iba tomando el municipio.

Otro adelanto de este año fue la adquisición de la casita que desde un principio, como se recordará, se había reservado el señor Fonseca. Hacía tiempo se venía pensando en eso, pero había algunas vacilaciones. Este año, al celebrarse el nueve de febrero la fiesta de San Francisco de Sales, durante el almuerzo al que asistió el Padre Inspector, recayó la conversación sobre este punto y el Padre se mostró inclinado a lograr la compra. Allí mismo se tomó una resolución y se decidió hacer consulta a los peritos sobre el posible precio. Para ello se dirigió el mismo Padre a Don Ignacio Bernal quien vino luego de Bogotá y las conversaciones se fueron poco a poco formalizando. Se pensaba con razón en los inconvenientes que pudiera traer el futuro si se permitía que esa casa, encuadrada dentro de la misma manzana, viniera a caer en otras manos. Por lo pronto estaba funcionando en arrendamiento



Personal de la casa en 1911

como telegrafía y no había urgencia de que dejara de serlo. Se trataba de prevenir para después. Cuando se trató de convenir el precio, renacieron las dudas pues la caja no andaba tan holgada como para hacer un desembolso demasiado grande. Finalmente el Padre Aime resolvió cortar todos los hilos y cerrar el trato por 950 pesos, ya que entre más dilación se diera al asunto, sería más alto el valor y más grande el peligro del inconveniente que se quería obviar. Por eso la compra vino a quedar legalizada

el día 21 de marzo en que se hizo la escritura y se pagó el primer plazo.

El 19 de abril, la casa se alegró de veras, con la visita de dos jóvenes salesianos recién llegados de Europa y Estados Unidos quienes, al cabo de pocos días fueron destinados a esta misma casa. Graduados hacía poco tiempo en Roma, en ciencias eclesiásticas, vinieron a ser valiosísimas adquisiciones para el noviciado, verdaderos tesoros de la inspección. Eran, el Padre Julio Caicedo y el acólito Medardo Charry. El primero fue



*Reverendo Padre Rodolfo Fierro Torres
Con la condecoración de la orden de Isabel*

encargado de la consejería de estudios, es decir, de la organización y vigilancia de los mismos, y el segundo de la cátedra de filosofía. Algo más adelante tendremos ocasión de hablar de ellos.

Y como los grandes tienen suelen traer la triste compensación de pérdidas sensibles, quien hasta entonces había desempeñado el cargo de consejero escolástico, el Padre Enrique Heredia, hubo de dejar la casa, destinado por los superiores a la casa de Ibagué, fundada hacía pocos años. Es inútil ponderar el inmenso sentimiento con que se le vio partir ya que su virtud era bien notoria a todos y aquí había rendido el fruto de sus primicias sacerdotales.

Para el mes de mayo cundía por toda la inspección una grata expectativa. Según anuncios, pronto había de llegar el visitador extraordinario enviado por los superiores de Turín, el Padre Miguel Borghino. Y así, el 25 de dicho mes, el director de la casa, Padre Cesari se sumó al grupo de quienes saldrían a recibir al Padre y formar su comitiva de arribo. El 30 llegó a Bogotá y un mes después, el 29 de junio en que a la fiesta de San Pedro se agregó aquí la del Corpus Christi, el Padre Visitador y el secretario el Padre Garassino, venían para empezar la visita de la casa. De este modo la fiesta resultó realzada, ya que el Padre Borghino quiso presidir los

actos personalmente y llevar el Santísimo Sacramento en la procesión. La visita se prolongó hasta el dos de julio y dejó, tanto en visitantes como en visitados, las más gratas impresiones y los mejores recuerdos.

Es de justicia anotar en esta crónica, para consignar un recuerdo agradecido de uno de nuestros más desinteresados benefactores, la muerte casi repentina de don Venancio Jiménez, el gran propulsor de la obra del templo tanto en el período en que ocupó el cargo de alcalde como después de dejar tal puesto, pues continuó viviendo en la población empuñado en cuanto obra significara progreso. Dicha muerte ocurrió el 21 de junio y los funerales y conducción del cadáver hasta el cementerio de Funza, resultaron muy devotos y sinceramente sentidos.

El 28 del mismo mes se realizó, con gran concurso de gente, la bendición de dos bellas estatuas, una del Sagrado Corazón y la otra de María Auxiliadora y destinadas a la iglesia pública. Tales estatuas habían llegado de Barcelona el 15 de mayo. La bendición fue impartida por el Excmo. Sr. Delegado Apostólico Monseñor Antonio Ragonesi a quien, junto con los cincuenta padrinos que tomaron parte y venidos casi todos de la capital, se ofreció luego un modesto almuerzo servido en casa.



Estudiantes de filosofía y novicios de 1911

HECHOS LUCTUOSOS

Por tres veces anduvo muy cerca de nosotros el ángel de la muerte durante el año de 1909. Dos de ellas salió victorioso y en la otra la víctima escapó casi milagrosamente. Iremos relatando los hechos por su orden.

En dos sitios distintos de esta historia se ha hecho alusión al Padre Salvador Romero, mente preclara, corazón de artista y alma de ángel. Tracemos aquí, al menos ligeranente su semblanza, pues bien lo merece quien deja de sí recuerdo tan grato como el que él dejó.

Nacido en Bogotá el 28 de diciembre de 1879, perdió desde muy niño a su padre, don Eulogio Romero. Por eso tuvo la madre que echar sobre sí la doble carga de su sostén y educación. Llegado a la edad suficiente, fue puesto bajo los cuidados de las Hermanas de la Presentación, de las que conservó siempre cariñoso recuerdo, y ellas lo prepararon para el paso decisivo de la primera comunión. En 1893 pasó al colegio de León XIII donde entró en calidad de estudiante y muy pronto se hizo notar entre todos sus compañeros por la seriedad de sus hábitos de estudio y por su vivaz inteligencia. Para tener un juicio autorizado, cedemos aquí la pluma al Padre Emilio Rico quien retrata así a su compañero de aquella época:

«Una tarde de enero de 1896, el 24, creo, probada el que escribe las primeras impresiones de colegio. Corto de estatura y de años, era todo ojos para ver y todo lengua para preguntar. A eso de las seis p. m. entramos a la iglesia: se estaba en la novena de San Francisco de Sales y un joven revestido de sotana

y sobrepelliz la leía cerca del comulgatorio: aspecto atrayente, voz clara, pronunciación correcta, qué más se necesitaba para picar la curiosidad del recién entrado? Pregunto al vecino por el PADRECITO que lee y él me responde: «No es padre; es un estudiante y se llama Romero».

«Veinte días después, la monumental aburrición que me causaba el taller (Dios, debo decir hoy por medio de ella) y la bondad del director R. P. Mayorino Olivazzo, me llevaron a la sección de estudiantes, donde me hallé en mi centro. Heme ahí compañero del PADRECITO que había llamado mi atención; y a fe que esta no carecía de fundamento: el joven Salvador Romero, que tan satisfactoriamente prestaba en el altar su oficio de lector, era por entonces el consuelo de sus superiores y el primero, sin disputa, de los treinta y dos que formaban la sección de estudiantes».

«Su edad denunciaba los dieciseis años: esbelto de talle, fisonomía agradable aunque algo trigueño, dominaba doquiera por sus prendas intelectuales y morales. En la clase lo considerábamos como el oráculo: cuando los demás equivocaban a él le correspondía la corrección, y si él no acertaba, era ya del profesor la última palabra: emperador en los desafíos (manes de Roma y Cartago); premiado en los exámenes. Qué más? La traducción enteramente correcta o con ligerísimas equivocaciones, y sobre todo la composición castellana fuera de concurso, alabada siempre por el maestro.

«Y de prendas morales? En estas hay que buscar la clave de sus triunfos de clase. Alma noble, enamorada de lo bue-

no y de lo bello, era el alumno cariñoso para sus superiores, obsequioso con los compañeros, pundonoroso hasta el extremo, modesto en los triunfos. Con ir de abanderado, no me acuerdo que tuviera envidiosos. Y eso que en sus planas y cuadernos podía hacer alarde de dibujante; y en el coro lucir linda voz de contralto, desempeñado ASOLOS en las inolvidables misas de María Auxiliadora, San Luis y demás del repertorio de entonces. Los pequeños gustábamos de que jugara con nosotros, y en nuestras contiendas era árbitro obligado de primera instancia. El criterio estudiantil había cristalizado la opinión en un sobrenombre enteramente salesiano que lo dice todo: se le llamaba MIGUEL MAGONE.

«Y qué bien que le cuadraba el nombre del pilluelo santificado bajo la dirección de Don Bosco e inmortalizado por su pluma; porque no ha de creerse al jovencito Romero uno de esos temperamentos encaminados de por sí a lo bueno, sin contradicciones ni tropiezos. Muy al contrario: su voluntad, sostenida por una piedad sólida, poseía toda la energía necesaria para sujetar un natural perfectamente humano: pero este se le mostraba a menudo tan capaz de rebelarse, como aquella de sobreponerse a la postre.

«Claro que no era entonces su compañero quien se engolfara en tales distinciones psicológicas: simple testigo de los hechos, iba depositando en la memoria el material para reflexiones posteriores.

«Era de iniciación salesiana en nuestra tierra, entonces se marchaba muy aprisa. El ocho de diciembre de 1897 vistió Salvador Romero la divisa eclesiástica, junto con unos diez compañeros,

en el noviciado establecido en Fontibón: entre sus colegas alguno contaba apenas trece años. Cómo se hizo sentir nuestro Magone ese día. A través de una sentidísima composición, que leyó por la noche en una velada literaria, pudieron todos descubrir las delicadezas de su alma.

«Y sin embargo festejaba su entrada en campaña, expresión que no escandalizará a quien sepa de los secretos del corazón humano. Época más o menos tormentosa tienen todos alguna, entre los dieciocho y los veinticuatro o veintiseis años; mucho más si quien recorre ese periodo es un joven de temperamento sanguíneo, imaginación impresionable, alma sensibilísima. Por eso, nada de raro que el aspecto de nuestro novicio ordinariamente jovial, apareciera alguna vez ensombrecido; por eso hoy no puedo menos de rendir tributo a la virtud que alcanzó, no innata, sino fruto de voluntad enérgica, terreno ganado palmo a palmo; de ahí esa prudencia y discreción prematura, su mejor presea pocos años después. Cuando a mediados de 1900, año y medio después de su primera profesión, lo sacaban del noviciado, podían los superiores contar ya con un verdadero veterano.

«Su primer campo de trabajo fue la población de Villavicencio, confiada entonces a los salesianos, con todo el actual vicariato de San Martín. Allí desplegó el vuelo por todos los espacios adonde le permitían llegar su talento y sus disposiciones artísticas. Maestro de escuela primaria, corista y educador de coro infantil, director de improvisado teatro, dibujante y decorador, lo mismo para el altar que para la escena, su actividad no conocía límites. Y cuanto inten-

taba le resultaba bien. Añádase a esto la docilidad para con los superiores, el trato afectuoso a la vez que digno para con los alumnos, recursos pedagógicos de educador de vocación y sobre todo ello cierto aplomo superior a sus años: un conjunto de prendas a cual más estimable.

«Como un soplo, decía él mismo, se le pasaron los dos años y pico de Villavicencio. Tampoco le escasearon las peripecias, como que tales años fueron precisamente los de la guerra y esta se cebó no poco en el oriente; pero ellas mismas sirvieron para hacer resaltar sus cualidades. Con razón los superiores que tuvo concebían de él las más halagüeñas esperanzas. Desgraciadamente, un enemigo oculto le tendió allí la emboscada: «Me causa verdadera satisfacción, decía tiempo después, a un compañero, el haber contraído este mal (la debilidad pulmonar), en medio del trabajo y en el cumplimiento de mis deberes».

Los años más fecundos. Me refiero a los transcurridos de 1903 al término de 1908; y los llamo así no porque en ellos trabajara más, sino porque, colocado en escenario más visible, fue mejor apreciado.

«Alterada su salud, los superiores creyeron deber trasladarlo a mejor clima, y después de unos meses de descanso en Fontibón, lo hallamos, al comenzar el 1903 en la recién fundada casa de Mosquera, donde fue recibido con los brazos abiertos, por su antiguo maestro de novicios, el inolvidable padre Silvestre Rabagliati.

«Acabada de fundar la casa, que reemplazó a la de Fontibón, y careciendo de todo, principió a funcionar en ella el noviciado; pronto se estableció a su lado

un colegio de estudios, campo el más propicio para las dotes de nuestro joven educador; y de veras que debía hacer alarde de ellas, ahí donde todo resultaba improvisado. El año de 1904 sobre todo, fue una providencia para esa casa. Había llegado en calidad de medio enfermo que «se ocuparía en lo que buena mente pudiera»..... y vino a ser como alma del colegio. Profesor de asignaturas superiores, en la seguridad de que su clase era modelo: sostén de la disciplina, que imponía con su presencia siendo a la vez sumamente querido por los niños; centro obligado de todo acto literario o dramático: el Padre Silvestre, el Padre Fierro y demás compañeros de ese año jamás podrán olvidarlo.

«En 1905 la casa de Mosquera fue reducida a mero noviciado, y nuestro hermano pasó al colegio de Bogotá. En atención a su salud, siempre delicada, no recibió ocupación fija para con los alumnos. Había de ayudar al Padre prefecto y dar alguna clasecita; no obstante, qué huella tan profunda dejó su permanencia en la casa: huella de pedagogo, de artista, de virtuoso.

«Hablar de su labor pedagógica, sería repetir lo dicho sobre su actuación en Villavicencio y Mosquera; consignaré, con todo dos detalles. Algunos alumnos (de tres pudiera dar los nombres), quebradero de cabeza de casi todos los profesores, en la clase del señor ROMERITO hacían alarde de intachables por su aplicación y conducta. Inaugurose la enseñanza de inglés con un catedrático externo, y nuestro hermano, rodeado como vivía del prestigio de instruido, no tuvo inconveniente de constituirse aprendiz; inútil decir que su presencia formó el mejor estímulo de la clase, y que dos años des-



Contingente nuevo de 1913



Reverendo Padre Ricardo Aguilera

pués tenía la cátedra a su cargo.

Artista nato, esteta por temperamento qué de bellezas no habría producido a haber gozado algo más de vida y salud. Antes de perfeccionarse en el teclado hubo de abandonarlo, por su debilidad física; pero sentía hondamente la música, y se complacía en tararear motivos que vivían impresos en su mente. De su gusto literario habla lo que ha podido reunirse. De sus aficiones pictóricas quedan, y son acaso los mejores, algunos telones en el escenario de nuestro colegio de Bogotá.

*Y la dirección teatral fue precisamente el último teatro donde desplegó su exquisito gusto. Qué golpe de vista para adivinar los efectos de conjunto: qué minuciosidad en los detalles. Bien podían los superiores decirle que moderara los ensayos o se hiciera ayudar: quién va a contener la pasión del arte cuando existe de veras? Los que en aquellos años gozaron del *PRODIGO DE LIDDA*, de *EUSTAQUIO* y otros dramas, no pueden olvidar esas representaciones que tantas lágrimas arrancaron, y no solo a señoras.

«Y la huella de su virtud? A causa de

sus trabajos anteriores y de su estado actual de salud se había atrasado algo en los estudios eclesiásticos, y por ende, en las órdenes sagradas; pero todos, salesianos y alumnos, lo respetaban y trataban como si fuera ya sacerdote y ocupara puesto en la dirección de la casa. Es que su virtud maciza y su madurez se imponían. Ajeno a chocarrerías y trivialidades, suave en los modales, meditado en las palabras, y sazizando todo eso con cierta comunicativa insinuante: la impresión que dejaba era la de quien, todavía joven, ha acopiado la prudencia de muchos años. Tal lo hallé y analicé, cuando por tres meses volví a tratarlo muy confidencialmente, a fines de 1907.

«Un salesiano viejo, que sabe lo que dice, hubo de afirmar que «ahí había el mejor paño para consejero escolástico, catequista, director y algo más». Y no había de ocupar ninguno de estos cargos!

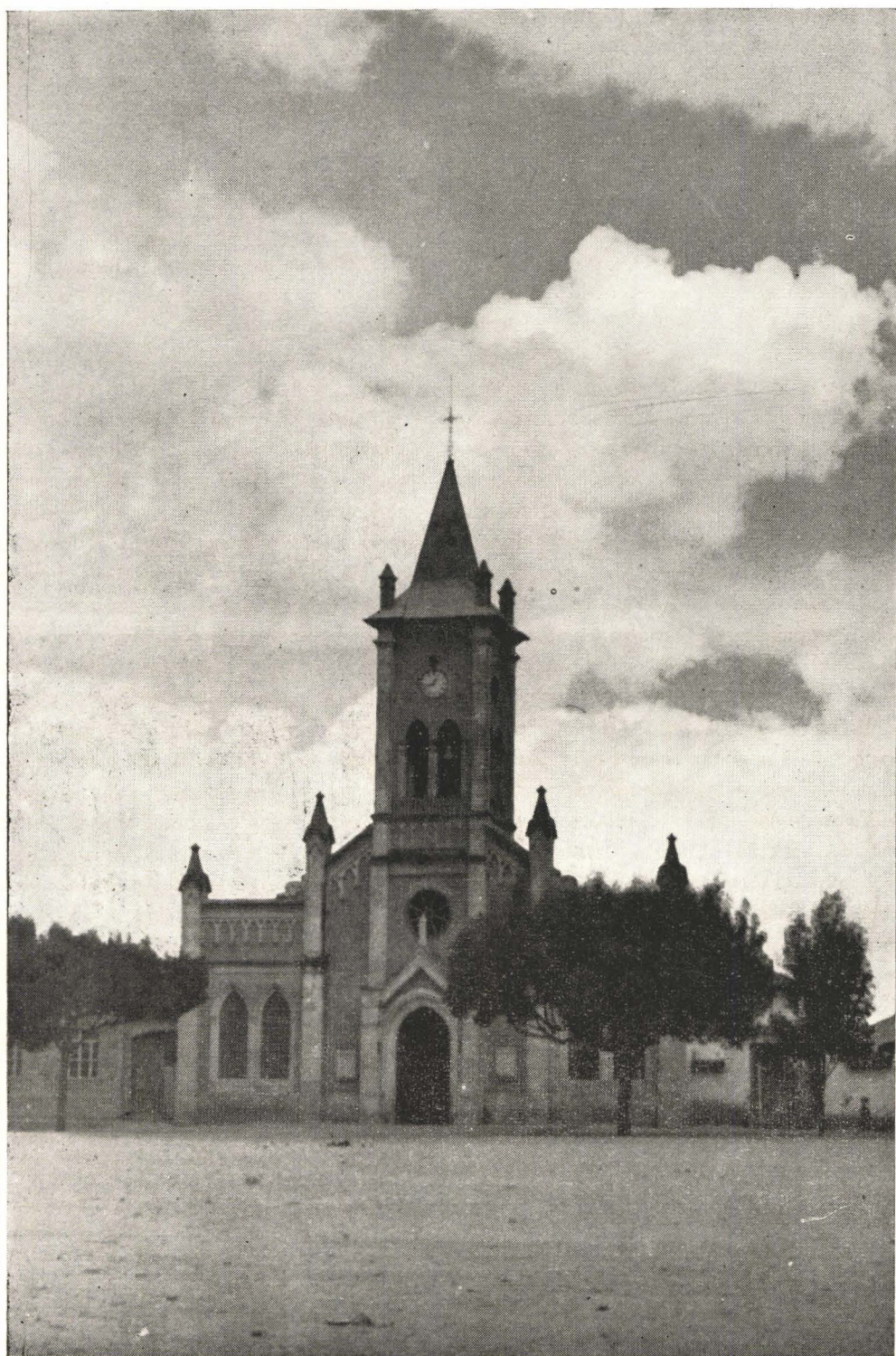
«El tres de mayo de 1908 vio coronados los más ardientes anhelos de su vida: la ordenación sacerdotal, por la que tanto había suspirado. Su primera misa la cantó ocho días después, circunstancia en que se puso de manifiesto el inmenso cariño de que era objeto; todos gozaron como de dicha propia, en ese pequeño mundo que es nuestro colegio de Bogotá. Y, cosa singular! El, que con tan sentidos acentos supo celebrar la felicidad de sus hermanos en ocasiones análogas no encontró una estrofa para su gran día. Será que las mayores emociones no pueden expresarse, o que las atenciones exteriores lo absorbieron? Por lo menos, nada se ha hallado al respecto.

En cambio el que escribe, que no ha guardado ni lo propio, si conserva un papelito en que se trasparenta el alma del

amigo. Porque es un retrato en miniatura, pero de alma entera; no resisto a reproducirlo: «Le envío un saludo especialísimo. Como compañeros que fuimos siento la obligación de distinguirlo con mi cariño. Quisiera escribirle largo, pero estoy muy ocupado. Acepte, junto con el recuercito que le envío, las pobres oraciones que he hecho y haré por sus intenciones. No deje de trabajar por Dios y de estudiar. Este día llegará también para usted. Ruegue mucho por mí.—Le mando un programa de la fiesta que se hizo con motivo de mi ordenación. Me he convencido de que Dios Nuestro Señor hace mayores cosas por los más indignos, y que los que no tenemos padre ni madre encontramos en nuestros superiores más afecto y en nuestros hermanos más cariño. Bendito sea Dios N. S.—Reciba un abrazo de su affmo. in corde Jesu, L. Salvador Romero». Quién había de decirme que esa era su despedida.

«Parece que el Señor no quiso concederle las alegrías de la ordenación, sino para prepararlo con ellas a la prueba que se le acercaba. Como el discípulo amado acompañar al Maestro en el Tabor, para permanecer luego a su lado en Getsemaní y sobre el Gólgota: en cuántas almas predilectas no vemos realizarse este secreto de la economía divina

«Al fin del año (1908) la antigua debilidad pulmonar se convirtió decididamente en otra novedad implacable. El se dio cuenta perfecta de lo que le esperaba y se sometió al beneplácito divino. En la confianza de que le aprovechara un clima más templado, fue enviado en noviembre a la finca rural de un buen amigo en jurisdicción de Sasaima; allí empeoró, y entonces creyeron los superiores



Terminada la fachada de la iglesia antigua

que su mansión más a propósito sería la apacibilidad del noviciado. Cuando en diciembre llegó a la casa de Mosquera, hubo de comprender que entraba allí para prepararse próximamente al gran paso.

«Y qué heroica había de ser la preparación: él, tan activo, estar reducido a la inmovilidad, tan obsequioso con todos, sentirse de carga para los demás; tan comunicativo y sociable, hallarse aislado en una estancia; sobre todo esto, ver día tras día destruirse su físico, pues a más de los pulmones tenía afectado el corazón y enteramente estragado el estómago. Y así por espacio de cerca de dos meses, y precisamente cuando hubiera dedido principiar lo más intenso de su labor educativa, avalorada ya por el sacerdocio.

«Al principio le quedaba un consuelo: llegar hasta la capilla y celebrar la santa misa; después le faltó este, cuando le faltaron las fuerzas. Como si todo esto fuera poco, entonces precisamente le llegó visita de un pariente, y era para informarle de que su familia estaba atravesando una penosa situación. Otros pacientes caen en los últimos días en una especie de insensibilidad; para el Padre Romero los dolores fueron siempre en aumento; la agonía fue larga y desgarradora: era preciso que apurase por completo el cáliz purificador.

«Con todo, jamás se le escapó acento de inconformidad. Años antes, en conversación familiar manifestaba a un hermano sacerdote, cuánto lo había consolado una lectura sobre la elección que hace Dios de algunas almas para víctimas propiciatorias; ahora su gran esfuerzo era cumplir debidamente tan difícil misión, hubiera querido vivir para trabajar

por Dios, pero nunca llegó a desmentirse su resignación y piedad.

«El Reverendo Padre Aime, en la comunicación oficial a los salesianos, describe así el remate de tan preciosa vida: En sus últimos días se sentía feliz, como el soldado que, tras larga y ruda batalla ve llegar el día del triunfo y del premio. En las visitas que yo le hacía para consolarlo y animarlo al gran paso, me repetía a menudo: PADRE, MUERO FELIZ PORQUE MUERO SALESIANO; DIGASELO A TODOS LOS HERMANOS. Al acercarse el momento supremo pidió el crucifijo y el retrato de nuestro venerable padre Don Bosco, y los besaba con tierno afecto. Pocos momentos antes de morir pidió al sacerdote que lo asistía, que le diera una vez más la absolución. La recibió con indecible compunción, y luego dijo: AHORA MUERO; besó el crucifijo y expiró. Su muerte fue, pues, santa y envidiable».

«Ocurrió el 23 de enero de 1909, a las dos de la tarde, cuando apenas contaba veintinueve años y veintisiete días.

«El dolor que su muerte produjo en la casa fue templado por el pensamiento de que había terminado de sufrir. La abundancia de sufragios y la manifestación de duelo correspondieron a la estimación de que gozaba: cuál no habría sido esta última, si su partida hubiera tenido lugar en el que fue su campo de labor los últimos cuatro años. Sus restos mortales, por concesión de la autoridad eclesiástica, quedaron descansando en terreno de la iglesia pública, bajo el pavimento de la sacristía.

«Todos los años nos congregamos en Mosquera para ejercicios espirituales. Entonces vamos los que lo conocimos bien, a depositar sobre su tumba la flor de

una oración! (Padre Emilio Rico O. Introducción a las Producciones poéticas del salesiano Padre Salvador Romero.- Escuela tigráfica salesiana, Bogotá.- 1926).

Palpita en estas líneas el afecto más sincero, y alienta en ellas un calor de amistad que no han logrado borrar los diecisiete años de ausencia más allá de la tumba que mediar entre la partida del padre Romero y la redacción de este artículo. Ello muestra a las claras la estela de simpatía y admiración que dejó entre sus hermanos y explica suficientemente nuestro interés porque no caiga en olvido. La colección de poesías a que nos referimos y que se ha vuelto ya una rareza bibliográfica, contiene dieciseis composiciones todas de ocasión, que revelan una inspiración juvenil y exuberante y en las que los defectos han de ser atribuibles más a la precipitación con que se le pedían estas contribuciones a las fiestas salesianas, que a falta de verdadero numen o a escasa preparación literaria. Muestra de ello son las dos poesías compuestas para despedir al Padre Silvestre y que han quedado consignadas en otro sitio de esta crónica.

El segundo hecho tiene relación con la construcción de la iglesia. Como antes se indicó, esta había sido bendecida y puesta al servicio, pero quedaban aun muchas cosas por hacer. Aparte de la torre que estaba apenas en vía de construcción, el cielo raso se hallaba aun al descubierto dejando a la vista vigas y tejas. Era preciso cubrir aquello en forma que no desdijera del lugar santo. El sistema entonces en boga era el de los cielos de caña con revestimiento de barro y cal, método barato pero que ofrece el inconveniente de la facilidad con que se avería y el desagradable aspec-

to que presenta con el correr del tiempo y la humedad. Por esto el Padre Burger propuso un artesonado metálico según catálogos venidos de los Estados Unidos. El gasto era fuerte pero buena maña se dio el Padre para demostrar que el gasto que se hace de una vez para siempre aunque por lo pronto parezca grande, a la larga resulta mucho más económico y así animó a todos a hacer el pedido. Este se hizo y un buen día del año anterior, vemos al Padre Burger, con su valiente CORROSCA, camino del HOSPICIO, último sitio a donde, por entonces llegaba el ferrocarril de Girardot que ya trepaba a encontrarse con el de la Sabana. Había llegado aviso de que allí se encontraba detenida la carga de láminas galvanizadas y era necesario ir a traerla. La época era de lluvias y el camino espantoso. Arreando sus mulas llegó allá el Padre como cualquier buen arriero, hizo los pagos del caso, cargó las bestias y arreó loma arriba.

Era cuestión de varios días por aquellos andurriales que precisaban ánimos de conquistador para ser atravesados. En todo caso, para el final del año ya se hallaban en su destino las láminas y para principios del siguiente (1909), listas para ser colocadas. Por hallarse en la celebración del mes de san José, hubo que demorar algo la obra y se decidió emprenderla con todo ardor, una vez pasada la fiesta, en forma que para la semana santa, estuviera el trabajo concluido. Y así se hizo. El 19 de marzo se celebró la fiesta del santo patriarca, solemnizada por el estreno de la imagen regalada por doña Dolores Groot de Rico, y al día siguiente, se empezaron los trabajos. Todo era febril actividad. El Padre Burger se hallaba en todo y animaba a



Superiores y novicios - 1915

todos en forma que la obra progresaba a ojos vistas. Pero cabalmente el día 20 la caja amaneció tan exhausta que hacia falta emprender una de aquellas giras de que ya se ha hecho mención, para levantar algún fondo con qué hacer frente a las necesidades apremiantes de la casa y el buen Padre Cesari no quiso molestar a otros para emprenderla. El mismo salió con ánimo de demorar el tiempo preciso para solucionar el problema económico. Esto mismo espoleó el ánimo de los trabajadores. Que cuando el Padre regrese reciba una sorpresa al ver el impensado adelanto. El 24 por la tarde el padre descendía del tren y allí mismo lo esperaban para recibirlo. Y afloró de inmediato el tema obligado: La iglesia. Aquello parecía un hormiguero! No por el número sino por la actividad. Realmente el adelanto era enorme para el poco tiempo empleado. El procedimiento de colocación era interesante y el Padre quiso verlo más de cerca. Con la energía de quien se siente joven, en un santiamén se halló sobre los andamios. La obra se había empezado sobre el presbiterio y avanzaba ya sobre la nave. Pero el Padre quería verlo todo. Darse cuenta de todo, y siguió avanzando. De pronto, sin que él ni nadie pudiera impedirlo, uno de los tablones del andamiaje cede, el Padre pierde el equilibrio y va a caer violentamente de cabeza contra la grada del comulgatorio. La consternación fue enorme! Se suspendió todo trabajo. Todos corren a auxiliarlo. El pobre se halla exánime y bañado en sangre que brota de la cabeza. Los novicios que apenas acababan de tener noticia de su llegada, corren desalados. Se improvisa una camilla y se procede a trasladarlo con infinitas precauciones a la casa. Mientras

tanto la noticia empieza a correr por todo el pueblo. No falta quién diga que ya ha expirado. Empiezan a afluir los vecinos y ofrecer sus servicios. El Padre ha sido colocado cuidadosamente en su lecho. La hemorragia continúa. El sentido no retorna..... Casi todos los novicios se hallan en la capilla orando ante el Santísimo y ante la imagen de María Auxiliadora..... Entre los primeros en llegar a casa se halla el doctor Rocha, médico que procede a auscultar al herido. El diagnóstico es alentador: la herida no es mortal, pero aun queda la posibilidad de alguna lesión interna que complique el estado del paciente. Se le administran los primeros auxilios y con inmensa ansiedad se esperan los resultados. La noche es angustiosa.

Al día siguiente, en el primer tren, llega de Bogotá el padre Aime, presa del mayor afán. Esas noticias que ha recibido son terribles y viene resuelto a trasladar al herido a la capital. Nadie puede darse paz. El médico es consultado y opina que, dado el estado de las cosas, es preferible no mover al paciente. De igual parecer es el médico que ha traído consigo el padre Inspector. El tratamiento se regulariza, las oraciones se hacen más y más intensas..... y se decide esperar.

Pasan así varios días en solícita expectativa, hasta que el 29 del mismo mes, el médico juzga que es ya posible el traslado sin riesgos. Se contrata un vagón expreso para el tren de medio día y en él es transportado a la ciudad, en medio de la tristeza de los que aquí quedaban. Sin embargo, las noticias en los días sucesivos iban siendo cada vez más consoladoras. El herido empezó a reponerse con mayor rapidez de lo que en un principio se había esperado y la espe-



Los padres Báez, Bertola y Arato

ranza era cada vez más viva. Sin embargo, el padre inspector tuvo a bien nombrarle un reemplazo interino y en efecto nombró al Padre Ricardo Aguilera quien desde el principio del año se hallaba de nuevo en Mosquera, esta vez como confesor. Ahora pasaría a ejercer como director.

Entre tanto, el 23 de abril, el Padre Cesari podía regresar a Mosquera. La herida se hallaba perfectamente curada, pero se revelaba un debilitamiento tal que no era prudente pensar por lo pronto en un retorno a la actividad de antes. Sin embargo, el júbilo que su vuelta despertó en todos, propios y extraños, fue indescriptible. La recepción constituyó un triunfo. Bien se echaba de ver en lo espontáneo y sincero de aquellas manifestaciones de alegría, el inmenso aprecio que el Padre se había sabido conquistar como director y como capellán. Con todo, su permanencia aquí no fue de larga duración. Su físico requería una buena temporada de descanso y se pensó en los aires nativos. Por eso, el cuatro de junio, salía nuevamente de esta casa para encaminarse a Italia. Esto motivó la confirmación del nombramiento para director que se había hecho antes en la persona del Padre Aguilera.

El tercer hecho ocurrió poco después. Desde el principio del año se hallaba aquí un joven acólito de veinticinco años, a quien los superiores habían enviado desde Italia, su patria, con la esperanza de que este clima reanimara ese organismo minado por cruel e incurable enfermedad. No hacía aun cuatro

años que había recibido la sotana, y después del noviciado había estado solo en la casa de San Benigno Canavés e Ivrea. La llegada aquí le produjo al principio una ligera mejoría que desgraciadamente duró muy poco tiempo. Pronto hubo que rendirse ante la triste realidad y convencerse de que sus días eran contados. Alma angelical, recibió la triste certidumbre con varonil calma y ya no pensó sino en prepararse para el trance. Para ello, y al ver que el final se acercaba, no contento con recibir los últimos sacramentos, quiso recibir también ese otro sacramento del religioso que son los votos perpetuos. Concedido lo que pedía, los hizo con un fervor que conmovía a todos. Sufría mucho, y sus dolores se traslucían en la expresión de su rostro. Sin embargo reveló un admirable valor. A esto se agregaron de aquellas penas interiores que Dios reserva a sus mejores amigos y que no se pueden sobrellevar sino con la obediencia ciega a la voz de los superiores. En esto demostró una sencillez y docilidad conmovedoramente infantiles. Resultó una providencia para la casa el que el Señor se hubiera dignado enviar una víctima de tal temple y quilates. Finalmente, el nueve de agosto en las primeras horas del día expiró con muerte que todos envidiaban.

El sepelio, lleno de hondo sentimiento de piedad, se realizó al otro día en el cementerio de Funza a donde, desde tan luengas tierras, vinieron a reposar y esperar la llamada final esos restos mortales del acólito Nicolás Cremona.

REFUERZOS Y RELEVOS

Aparte de estos hechos, la casa continuaba su marcha progresiva. El año de 1909 se anota adelantos tales como la inauguración de la sección de novicios coadjutores que tan buenos elementos había de aportar a la inspección. Por lo pronto lo formaron tres de segundo año de taller, venidos de Bogotá y uno de Ibagué, a los que se sumaron dos de los llamados «Hijos de María» llegados desde antes a esta casa, y con esto se dio un paso más de inmensa importancia. La fundación de los primeros talleres que por ahora fueron de carpintería, sastretería y zapatería. Qué nuevas perspectivas abría esto para la formación de nuestro personal del país. Cuántas esperanzas para el futuro.

En cambio los novicios acólitos brillaron este año por su ausencia. Era que faltaba la estabilidad que da un aspirantado organizado en forma. Gracias a Dios que esta falta se suplió este año con la venida al noviciado de un ejemplar sacerdote, otro de la maravillosa serie de sacerdotes boyacenses, que tanto bien había de hacer en los diversos campos en que habría de actuar. Era el Padre Marceliano Báez.

En otros campos hubo también notables adelantos. La casa, aunque en muy modestas proporciones, iba poco a poco adaptándose mejor a las nuevas necesidades y, derribando aquí un tabique, levantando allá uno nuevo, se logró adaptar un dormitorio más y alistar otras habitaciones para hospedaje de sacerdotes, cosa de tanta urgencia en las épocas de ejercicios.

A su vez el aspecto intelectual y es-

piritual recibió notable impulso de las dotes magníficas de pedagogo y padre espiritual de intensa vida interior que resplandecían en el Padre Aguilera. Los estudios iban marchando cada vez mejor hacia su completa organización y eficiencia, y una atmósfera de piedad honda hacia a los novicios cada vez más concientes de las exigencias de su vocación,

Con todo, y además de los tristes hechos narrados en el anterior capítulo, se sufrió este año otra pérdida muy sensible. Como el 24 de agosto había recibido el diaconado el clérigo Burger, los superiores, en los aprietos causados por la escasez de personal en todas las casas, se resolvieron a echar mano de este incansable trabajador para llenar las funciones de prefecto en la casa de Ibagué y para allá hubo de partir el 28 de diciembre. La labor desarrollada aquí en tantos años, de sobra lo capacitaban para desempeñar su cometido, pues en realidad ese papel ya lo había hecho aquí y bien a las claras lo demostraba el enorme adelanto que de su actividad y de sus múltiples dotes habían recibido la casa y la iglesia. Pero eso mismo hacía más grave la pérdida que su partida representaba para nosotros. Sin embargo fue preciso resignarse a la obediencia.

De igual manera, al comenzar el año de 1910 ocurrieron en el resto del personal cambios fundamentales que renovaron casi por entero la plana de superiores. El Padre Aguilera fue destinado como director de Ibagué y en su reemplazo fue nuevamente nombrado el Pa-

dre Arato. El Padre Caicedo tuvo que ir como consejero al colegio de León Trece y no fue reemplazado. Como capellán de la iglesia pública vino el Padre Jorge Herrán. A su vez apenas profesaron los novicios del año anterior, y entre ellos el Padre Báez, salieron destinados por la obediencia a distintas casas. Este año vino a hacer el noviciado otro sacerdote más de la diócesis de Tunja: el Padre Crisóstomo Moreno.

El ocho de abril de dicho año, llegó a casa una comunicación por la que se informaba la muerte del superior general y primer sucesor de Don Bosco, don Miguel Rua, el que, en cumplimiento de un vaticinio del santo repartió con este por mitad realizaciones, esfuerzos, penas y triunfos y que ahora, después de veintidós años de rectorado se acababa de ir de entre los vivos el seis de abril en las primeras horas de la mañana.

La noticia era ya de por sí desoladora, y en efecto sumió a todos en la más honda tristeza. Pero en esta casa se sumó a ella la confusión. Dios sabe cómo se expresaba aquel despacho cuando los de aquí llegaron a imaginar que el muerto había sido el superior de Colombia, el Padre Aime! El caso es que así lo creyeron en un principio y el primer día se ofició una misa por su alma. Solo algo después se supo la verdad. En todo caso, el duelo fue grande y sentido. Es cierto que desde entonces en todas partes se afirmaba que «había muerto un santo», pero eso no era bastante para mitigar el dolor de la partida ni para solucionar los interrogantes que ella hacía surgir para el futuro de la congregación. Por eso, todos se preguntaron quién habría de ser el sucesor capaz de colmar tan gran vacío y también por él se empeza-

ron a elevar fervorosas preces al cielo. El tres de mayo el capítulo inspectorial elegía como delegado de nuestra provincia para tal elección, al Padre Jacinto Bassignana por entonces director de la casa de Barranquilla y así, junto con el Padre Inspector, salió para Italia el primero de junio, hasta que finalmente el 17 de agosto llegó la suspirada noticia de la feliz elección. El nuevo rector mayor de los salesianos era afortunadamente ya bien conocido en nuestra patria y, para nuestro particular, un real protector de esta casa si bien se recuerda: el Padre Pablo Albera, visitador de estas tierras por el año de 1902. Esto llenó de júbilo el corazón de todos.

Otros sucesos del año, para ser breves, fueron, el impulso que se dio a la apicultura en casa. Como se recordará, el año de 1907 se había tomado parte con muestras de ella en la exposición nacional. El éxito alcanzado halagó a todos y ahora se decidió mejorar y aumentar la producción mientras se preparaban novicios prácticos en su cuidado. Para ello el Padre Rizzardi empezó a venir semanalmente de Bogotá a dar clases prácticas de la materia. Aquí los orígenes del colmenar que, desde entonces, ha sido una especialidad de Mosquera y hasta un..... centro de interés.

En los últimos días de octubre los habitantes de la población y los nuestros con ellos, vivieron horas de zozobra: el río Funza vino a desbordar a causa de las recientes lluvias y la avenida de agua avanzó hasta cerca del poblado. Se invocó a María Auxiliadora y se esperó. A los pocos días las aguas empezaban a retirarse. No había de ser esta la última vez que el dicho río nos había de hacer pasar malos ratos.

En diciembre regresó el padre Inspector de Italia y el 12 del mismo mes se hizo presente en casa. Con él venía un joven sacerdote recién ordenado que venía a trabajar en nuestra patria y que constituía la adquisición de un verdadero tesoro. Andando el tiempo había de llegar a ser figura centralísima de nuestra obra salesiana en Colombia y sus múltiples dotes así lo revelaban ya. Era el Padre José María Bertola. Ya para el siguiente año fue nombrado como consejero de estudios de la casa, cargo que, como se ha dicho, había quedado vacante desde la partida del Padre Caicedo. El Padre Bertola entró a ejercer con todos los bríos de su juventud y con todas las ideas y trazas de su buen espíritu y celo sacerdotales. Su llegada marcó el comienzo de una nueva época: él fue el verdadero iniciador y organizador de la sección de aspirantes propiamente dichos. Ello era una necesidad urgente y claro se veía que mientras no fuera dable formar desde un principio las vocaciones, seleccionándolas y preparándolas aparte, sería inútil esperar que el noviciado prosperara. Pero solo en este año se dio comienzo a ello. Inauguraron la sección seis aspirantes de un curso que se llamó elemental. Con esto se tenía intención de ir aumentando un curso cada año hasta lograr desarrollar por completo los programas de estudios dados por el consejero escolástico general, desde Turín. La fundación se hizo una consoladora realidad desde los últimos días de agosto de este año (1911) y se presentó como el mejor regalo al Padre Inspector en la academia que para sus bodas de plata sacerdotales, le ofreció la comunidad de esta casa el 10 de septiembre. El Padre Aime, no solo

aprobó la idea, sino que exhortó a todos a favorecerla e impulsarla como la única esperanza sólida de nuestras vocaciones.

No fue esta la única iniciativa que demostró a todos la previsión y sentido práctico del nuevo consejero. Al lado y como complemento de esto surgieron otras más. Una de ellas y que mucho llamó la atención entre círculos cultísimos de Bogotá, fue la de esa era de representaciones dramáticas en latín que despertaron la emulación y el gusto por la lengua del Lacio y en general por los estudios humanísticos y además demostraban a propios y extraños la eficacia de los métodos de aprendizaje puestos en uso.

Así fue como para esta misma fiesta en honor del Padre Aime, se presentó el drama latino TARCISIUS, en un acto, de nuestro incomparable humanista don Juan Bautista Francesia. En la presentación tomaron parte los novicios y algunos jóvenes de cuarto curso de Bogotá. Decir que el Padre Aime quedó muy satisfecho, es poco, ya que el éxito fue asombroso. La cosa hizo época y tuvo resonancias. Corrió la noticia y llegó a Turín. De aquí que poco después, con gratísima sorpresa para todos, en la circular dirigida a todas las casas del mundo desde Turín, el 24 de diciembre, apareciera un calidísimo elogio del Consejero escolástico general, Don Francisco Cerruti, en el que ponía como ejemplo para todos el esfuerzo hecho por los estudiantes de Mosquera. Esto naturalmente enardeció el entusiasmo de todos y así emprendieron el montaje de otro de mayor envergadura: LEO PRIMUS, que fue representado el 22 de septiembre de 1912, en la fiesta del Padre Director y luego, con éxito ruidoso



Ante la Virgen del patio - 1915

en Bogotá, en nuestro colegio de León XIII, el 9 de enero de 1913, ante los obispos del país reunidos por aquellos días en conferencia episcopal y ante un numeroso y selecto grupo del clero secular y regular. Con antelación se había hecho una edición muy pulcra del libreto y así, antes de la representación se distribuyó a todos los presentes para que en él pudieran seguir la representación. Esto aumentó el éxito y las alabanzas que se prodigaron a nuestros artistas fueron copiosas, inacabables y honrosísimas. Todavía en otras ocasiones posteriores se repitieron estas piezas, siempre con magnífico resultado y honra para la casa.

Otra novedad del año de 1911 fue que se comenzó a enviar aquí personal en formación de la hermana república de Venezuela. Esto, al paso que estrechaba los vínculos de fraternidad nacional y religiosa, estimulaba la calidad de la enseñanza y del aprendizaje.

Por su parte, el culto en la iglesia pública iba también tomando auge, gracias al celo del Padre Herrán: la obra del campanario y la fachada avanzaba de continuo y el 30 de julio se hizo la consagración de las campanas junto con la fiesta de Corpus, cuyos actos presidió el Ilustrísimo señor obispo auxiliar de Bogotá, Monseñor Moisés Higuera. La satisfacción que con ello experimentó el Padre Herrán vino a compensar la seria contrariedad que hubo de experimentar días antes cuando en el número de LA GACETA REPUBLICANA, correspondiente al 2 de junio apareció un artículo infamante contra él y se vio en la dura precisión de entablar demanda judicial contra el director de la publicación, desmentirlo solemnemente y hacerlo declarar convicto de calumnia. Menos

mal que no eran un misterio para nadie las malas inclinaciones de tal periódico.

También este año evolucionó radicalmente la organización económica de la casa ya que en la misma reunión del capítulo inspeccional que eligió delegado para ir a la elección de Rector Mayor en Italia, quedó determinado que todas las casas de la inspección dieran una cuota anual para el sostenimiento del noviciado. Esto era ya dar un respiro a sus administradores desprovistos hasta entonces de entradas fijas.

Pero el acontecimiento, inolvidable por triste, del año, fue la muerte de Don Lorenzo Fonseca, que vino a tener lugar el 11 de junio, fiesta de la Santísima Trinidad. Ya desde el principio del año se había notado decaído y achacoso. Una temporada en Anapoima de nada le valió ya que regresó el 10 de mayo peor de lo que se fue y así él mismo se convenció de que le era preciso disponerse al final. Para no repetírnos, nos remitimos a lo consignado en el elogio fúnebre que aparece en el apéndice de este libro. Baste aquí decir que sus funerales constituyeron un verdadero triunfo ya que Don Lorenzo era sinceramente apreciado por todo el vecindario. Se pidió licencia a la autoridad eclesiástica para disponerle sepultura en la iglesia y así vino a reposar en la capilla del Carmen, lateral de la misma iglesia. En el nuevo templo, marca el lugar donde yace, en la nave a la izquierda de la entrada, la misma lápida remozada y dispuesta para constante recordatorio de quien fue nuestro más insigne benefactor y mereció el espontáneo título de padre.

Novedades del año de 1912 fueron, la apertura del año lectivo con cinco cur-

sos ya perfectamente organizados, a saber: Uno de filosofía, otro para los novicios acólitos, otro para los novicios coadjutores y dos para aspirantes.

La venida de un novicio alemán, con quien se abrió la serie de refuerzos venidos de esa admirable nación y que tantos y tan valiosos servicios han prestado en nuestra patria.

La adaptación de algunas piezas de las que se había reservado Don Lorenzo, de modo que, unidas, entabladas y construido un escenario, vinieron a quedar como teatro en donde tantas horas alegres y tantas lecciones buenas se tuvieron hasta hace muy poco tiempo.

La ordenación sacerdotal del primer novicio formado en esta casa, Reverendo Padre Pardo Murcia de quien ya se hizo mención. Esto constituyó un legítimo triunfo para la casa y un motivo de honda satisfacción para todos. Era el primero y bien sazonado fruto.

Por su parte la capellanía hacía, por obra del Padre Herrán, una nueva y valiosa adquisición, pues, a más de que este año se concluyó la obra del campanario, se logró bendecir el terreno destinado para cementerio. Hubo que vencer serias dificultades como era de prever, pero merced a la bondad de Don Pedro Ignacio Uribe propietario del lote, este fue cedido con tal fin, se obtuvo finalmente la aprobación arzobispal y para el 14 de mayo se pudieron comenzar los trabajos. Quién había de decir que la primera sepultura tendría que abrirse solo a las dos semanas, el 29 de mayo, para recibir los restos mortales de una religiosa de la recién fundada comunidad de Hijas de los Sagrados Corazones que, como ya se dijo, era obra del Padre Luis Variara. Ellas

ni siquiera tenían residencia en la población, eran aun poco numerosas y, precisamente dicha hermana era del grupo de las que bien pueden considerarse como fundadoras de la comunidad, la hermana María del Carmen Lozano, a su vez hermana carnal de quien desde entonces y cada vez con mejores títulos era y ha seguido siendo figura centralísima en la dirección, afianzamiento y desarrollo de tan meritoria familia religiosa.

Otra novedad del año fue el intento de establecimiento de nuestra imprenta. Por el hecho de haber este año un novicio impresor, el Padre Inspector dio orden de instalar aquí una de las máquinas del colegio de Bogotá. La cosa no fue definitiva por falta de verdadera escuela tipográfica, pero fue preludio de la actual del aspirantado. A veces hay que esperar mucho tiempo antes que maduren los frutos.

Nuevos cambios de personal hubo en el año de 1913: El padre Herrán fue enviado a la nueva casa de Bogotá que, por entonces se llamó Oratorio Festivo y que luego vino a ser el Instituto Don Bosco. Para atender a la iglesia pública aquí, fue destinado el padre Máximo Piwowarczyk, llegado poco antes de Venezuela.

A su vez, el día de la fiesta de Santo Tomás de Aquino, celebrada por la casa como patrono que es de los estudios filosóficos, vino el padre Inspector y al final de la academia, al dirigir la palabra de felicitación, anunció que en adelante el Padre Arato desempeñaría el cargo de maestro de novicios únicamente. El director de la casa sería quien hasta entonces era el consejero escolástico, Padre Bertola. La necesidad de deslindar cargos e incumbencias se imponía y bien

había demostrado el Padre Bertola tener espaldas suficientes para desempeñar su nueva misión. Los hechos se habrían de encargar de confirmar tal convicción.

Un nuevo avance hizo la preparación del personal en esta casa con la llegada el 14 de agosto, de siete armonios para la clase de música. En todo esto lo mismo que en las academias literarias y filosóficas que por entonces empezaron a hacerse, se descubría el espíritu progresista del nuevo director.

El 2 de junio se predicó en el pueblo una misión por los Padres Jesuitas. Hacía más de doce años que el vecindario no gozaba de tal beneficio y los frutos fueron muy consoladores.

Se señala también este año con crepón de luto por la muerte de dos grandes bienhechores de la casa: El general Juan Valderrama, quien residía en Madrid, y don Francisco Vargas, residente en Bogotá y propietario de la enorme hacienda de «San José». Siempre fue oportuno ayudador nuestro, pero en su última voluntad lo demostró más al dejar a su hijo, llamado también Francisco, la viva recomendación de seguir siendo para nuestra comunidad lo que él había sido.

Y bien sabido es de qué admirable manera cumplió el hijo la voluntad paterna durante toda su vida.

En diciembre llegó otro grupo de jóvenes alemanes, esta vez en número de ocho, dos profesos, un novicio coadjutor y los demás novicios acólitos.

La casa en manos del Padre Bertola, empezó, por muchos aspectos una era de adelantos que bien podían considerarse como vertiginosos y aun audaces. El había puesto toda su juventud y su saber al servicio del desempeño de su misión, y bien pronto se echaron de ver

los frutos. Con la llegada de los novicios alemanes, entre quienes se contaban personalidades de la talla de un Pedro Mittermayer y un Luis Rottmayr, gente de visión y espíritu de laboriosidad, y el consiguiente aumento del personal residente en la casa, se experimentó la necesidad de ampliar los locales. Como primera providencia se resolvió ocupar la casita comprada a Don Lorenzo años atrás y que había continuado como oficina telegráfica. El 14 de febrero se ocupó y quedó al servicio exclusivo de los novicios quienes así podrían llevar vida independiente y atender mejor a las prácticas propias del noviciado. Sin embargo hubo una grave circunstancia que estuvo a pique de echar abajo muchas esperanzas y, al menos por lo pronto, dejar poco menos que vacío el noviciado. Fue el caso que desde los primeros días del año, las noticias de Europa eran cada vez más inquietantes y amenazadoras. Finalmente, como es sabido, los acontecimientos se precipitaron desde finales de junio, hasta que el 24 de julio, con la declaración de guerra de Austria-Hungría a Serbia, no fue ya posible detener la catástrofe, que quedó generalizada en los primeros días de agosto a casi toda Europa. Estas noticias, como era natural, alarmaban a los europeos residentes en casa y en especial a los alemanes, pues además de la natural zozobra por la situación de la patria y de la familia, había muchas probabilidades de que fueran llamados a ponerse en armas. La probabilidad se convirtió en certidumbre y, con plazo perentorio, se vieron en la dura necesidad de preparar viaje y pensar en abandonar la casa y con ella también el ideal y acaso hasta la vida. El seis de agos-



Personal del noviciado - 1917

to salieron animados pero conmovidos, dejando a los de aquí sumidos en la inquietud y en la tristeza, tres de ellos.

Pasaron los días y el 25 del mismo mes, cuando ya suponían todos que los presuntos soldados irían de viaje en alta mar, llegó la noticia de que se hallaban detenidos indefinidamente en el puerto de Barranquilla por no haber barcos que hicieran la travesía. Esto no dejó de regocijar a todos, pues significaba forzosamente el regreso, como efectivamente sucedió.

Otra noticia que vino a llenar de luto no solo a los de aquí, sino al mundo entero, fue la de la muerte de S. S. Pío Décimo, primera víctima de la guerra; la noticia llegó aquí el 20 y de inmediato se dispusieron copiosos sufragios por su grande alma.

Elemento de primer orden llegado a la casa para aumentar más aun el prestigio de nuestros estudios fue el Padre Medardo Charry de quien ya se ha hecho mención, y que esta vez, ya sacerdote, venía, procedente de Méjico, a encargarse de la cátedra de filosofía, cátedra que había de mantener por espacio de treinta años consecutivos, y en la que tan profundas muestras de saber y gratos recuerdos de santidad había de dar al personal en formación. Semblanza tan simpática y de tan honda huella en nuestra inspección, bien merece ser descrita aunque con más brevedad de lo que nuestro sentimiento de gratitud quisiera y la talla de su personalidad lo pediría.

Nacido en Neiva el 8 de junio de 1881 del feliz y cristiano matrimonio de don Baldomero Charry y Doña Secundina Viatela, matrona esta que por el inmenso cariño que siempre demostró a nuestra comunidad durante toda su vida bien

merece ser tratada con el dictado de madre, fue desde un principio educado en la atmósfera de la más sana piedad y bondad cristiana, que parece ser característica de tantas familias patriarcales de esa región de la patria que se llama el Huila, región tan afortunada en tesoros del espíritu y tan conspicua en esos claros abolengos de la virtud. De aquí la decidida inclinación que desde un principio demostró Medardo hacia las cosas de Dios. Inclinación que, dado su temperamento impresionable y fino, había de llevarlo ha ese terrible tormento de las almas buenas que son los escrúpulos. La lucha contra ellos había de ser para él centro y foco de sus padecimientos interiores y vacilaciones en el camino. La primera comunión la hizo en su tierra natal, cuidadosamente preparado por el párroco. Seguramente del fervor de este día había de tomar ese afecto seráfico hacia el Santísimo Sacramento, que lo caracterizó durante su vida sacerdotal. Sin embargo los primeros asomos de su escrupulosidad extremada empezaban ya a inquietarlo desde entonces y fue precisa toda la dulce firmeza de la madre para que no abandonara la práctica de la comunión frecuente. Su natural vivaz y abierto, lo ponían de continuo en la ocasión de esas mil travesuras infantiles y desbordes de genio tan comunes en la vida de cualquier niño bien dotado, pero que luego atormentaban su conciencia hasta hacerlo ir a depositar sus dudas en el corazón materno donde se deshacían como espuma. Y esto sucedía diariamente. Por eso, la buena señora solía decir que su Medardo se confesaba con ella todas las noches.

Llegado a la edad en que debía empezar a frecuentar clases regulares, fue enviado al colegio de Santa Librada en

esa misma ciudad, colegio que por entonces regentaba Don Calixto Leyva, padre del primer obispo de Barranquilla, Monseñor Calixto Leiva Charry.

De allí pasó poco después a Bogotá para continuar estudios bajo el cuidado de los hijos del santo de la Salle, primero en el Instituto de San Bernardo, primera casa de los Hermanos en el país, y luego en el Instituto de la Salle o COLEGIO BEATO DE LA SALLE como entonces se denominaba.

Su inclinación a los estudios clásicos y a la filosofía lo llevó más tarde al Colegio del Rosario donde coronó el bachillerato y en seguida continuó cursando filosofía y letras,

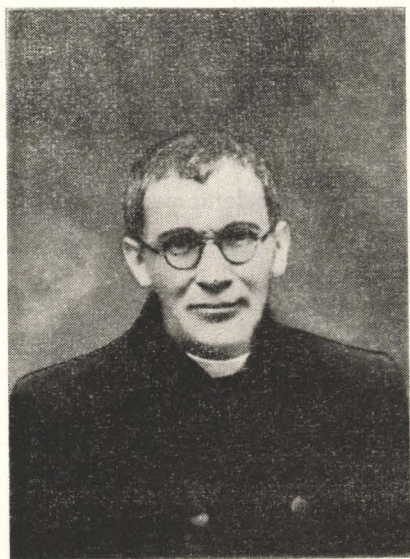
Desgraciadamente en aquellos días vino la explosión de la guerra civil, muchos jóvenes fueron llamados a filas, la vida ciudadana empezó a desorganizarse cada vez más y una de sus consecuencias fue la clausura de dicho colegio. Como las listas de matrículas servían de base para las del servicio militar en muchas ocasiones, y nuestro hombre tenía ya diecinueve años, cuando menos lo pensó se vio llevado al cuartel con la perspectiva de vestir el uniforme de recluta, coger el paso y marchar al campo de batalla, cosa a la verdad poco halagadora. Pasó una noche toledana con estos pensamientos en la cabeza y al día siguiente, no sé cómo, se vio puesto en libertad. No debía tenerlas todas consigo sin embargo, y algún indicio debió tener de que era posible todavía alguna contrariedad de esta naturaleza, cuando para obviar inconvenientes acudió a buscar refugio a nuestro colegio de León XIII. Era ya conocido allí, como que estaba recibiendo clases especiales de latín en él desde hacía algún tiempo. Por eso no

le fue difícil encontrar este arrimo, sin imaginar por lo pronto que se trataba de una de esas divinas estratagemas de la Providencia, con la que quería hacer hallar a nuestro Medardo su camino, de una vez por todas y hacer que el asilo momentáneo que buscaba viniera a ser luego definitivo, y que el refugio de la guerra exterior le sirviera también para la guerra interior.

Pero en nada de esto pensaba él por lo pronto. Ingresó en la sección de estudiantes y los superiores, viendo su talento y la solidez de los estudios hechos, lo ocuparon también en dar algunas clases-citas a los novicios de aquel entonces que, como se sabe, moraban en el mismo colegio. Entre aquel grupo de novicios de ese año (1900), estaban dos jóvenes con quienes más tarde habría de tener mucha relación: Julio Caicedo y Emilio Rico. Las estrechas relaciones que con los novicios le imponían las clases de castellano y aritmética que dictaba, y la simpatía que en derredor difundía el Padre Silvestre Rabagliati, fueron creando lentamente esos hilos misteriosos que no por crecer tan insensiblemente dejan de atar con fuerza los ánimos. Pero su vocación no se revelaba del todo: La vida del noviciado le gustaba, sentía como el que más los vínculos de afecto que a todos unían y el calor de la caridad que en todo alentaba; la vida de apostolado también le parecía bella, pero no llegaba jamás a considerarse digno de ese ideal.... Podría llegar a ser tan bueno como para vestir una sotana con honor?..... Y quién le garantizaba la perseverancia?.....

El Padre Silvestre, profundo conocedor de los hombres había descubierto en él desde un principio, madera de tal cali-

dad como para hacer de él un magnífico religioso, y sin embargo, no lograba conquistar entera y definitivamente esa voluntad: los escrúpulos de otros tiempos, ahora afloraban con mayor insistencia que nunca. Si tanto sufría al examinar el cumplimiento de sus deberes de cristiano, qué sería cuando tuviera frente a frente en su conciencia, los graves compromisos del religioso y más aun los del sacerdote?..... Y a veces le parecía que Dios lo llamaba y luego el desaliento volvía a apoderarse de él y así, no acababa nunca de decidirse. Sin embargo el ascendiente que sobre él ejercía el Padre Silvestre venía a constituir para él un argumento de autoridad que inclinaba la balanza en el sentido de la afirmación. El Padre que había venido a ser su director espiritual, asumía toda la res-



Reverendo Padre Medardo Charry

ponsabilidad de su decisión. Por esto aceptó entrar al noviciado y vestir la sotana, por más que le repugnara espan-

tosamente la idea de ser infiel y llevar la divisa de Cristo un tiempo para ir después a repudiarla. La palabra del Padre lo animó a dar ese paso, y así empezó su noviciado..... Estas mismas ideas suyas vinieron a sujetarlo más aun a la vida religiosa: porque fue el caso que la defección en la vocación de alguien de quien él nunca hubiera imaginado tal cosa, le produjo tal impresión que no podía darse paz: el espectáculo de uno que se entrega al Señor y luego vuelve atrás le pareció tan triste, que ante su vista tomó una resolución: «Yo quiero ser su reemplazo!» Y a pesar de eso los escrúpulos no le daban tregua. Quiso ponerse enteramente en manos de su maestro, pero el suplicio interior continuaba. Tuvo el Padre que prohibirle que se confesara todos los días como tenía inclinación a hacerlo. Así, fiado más de la palabra del incomparable Padre Silvestre que de sus propias ideas, trascurrió el noviciado e hizo los votos perpetuos de inmediato, como era muy frecuente entonces, el 6 de junio de 1902. En seguida los superiores quisieron aprovechar las brillantes dotes del joven religioso, determinando que partiera para Roma a completar sus estudios y de este modo vino a emprender el viaje al comenzar el año de 1903, llevando precisamente como compañero al clérigo Julio Caicedo; eran vidas destinadas a correr paralelas por mucho tiempo.

Una vez en la Universidad Gregoriana de Roma: el clérigo Charry se entregó de lleno a sus estudios eclesiásticos que habían de ser su pasión y el fuerte de toda su vida y su brillante inteligencia se hizo notar bien pronto. Adquiría un dominio perfecto de las más arduas verdades y tenía el genio investigativo que

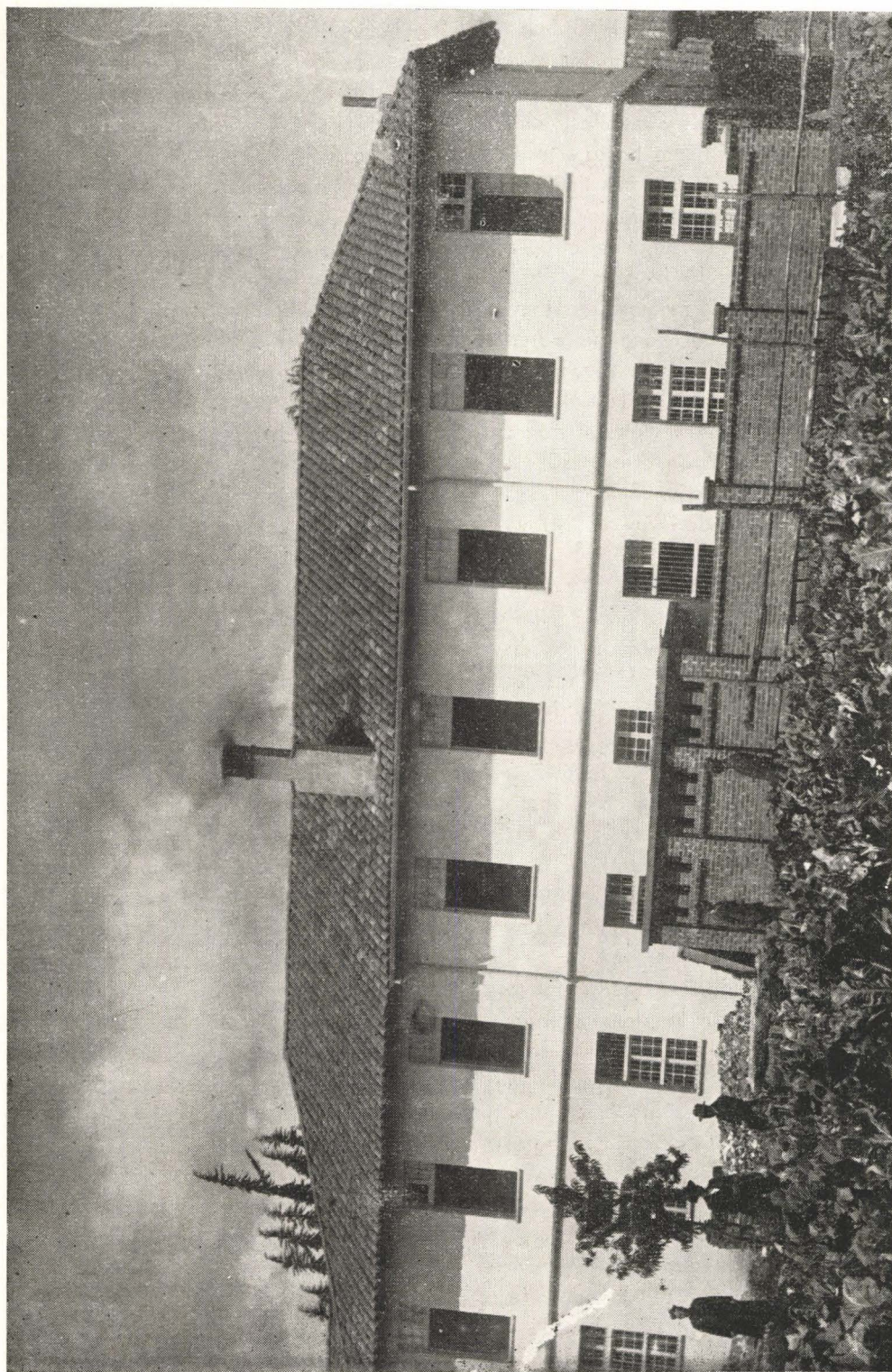


Grupo general - 1918

no se contenta con lo visto en clase sino que quiere escudriñarlo todo hasta el fondo. Quizá su mismo carácter escrupuloso lo impulsaba inconcientemente a buscar en el conocimiento de Dios y de la doctrina católica, el alivio a sus penas interiores que no lo abandonaban. Pero no ha de pensarse que fuera él por esto de modos adustos y poco sociables, no; él sabía tratar con todos y acomodarse al genio de todos con la más exquisita gracia. Es probable que esto fuera fruto más de dominio de voluntad y acción de la gracia que de natural suyo, pero es el caso que supo ser un buen amigo, buen hermano, buen superior, y excelente animador de la alegría a la manera salesiana. Hablando años más tarde con los salesianos y alumnos de Mosquera sobre esta permanencia en Roma, contaba con mucha gracia anécdotas entretenidas que retrataban bien a las claras su manera de ver los hechos y los hombres. Riendo contaba en alguna ocasión cómo el papa Pío X lo había canonizando en vida, y como todos manifestaran su admiración e incredulidad ante tan descomunal afirmación él narraba: -Logré, a fuerza de intrigar un poco y hacerme el importante, entrar con un grupo de peregrinos que habían obtenido del Papa audiencia semipública. Son muy raras las ocasiones que se tienen de verlo de cerca y no era el caso de dejar perder esta. Mezclado con los peregrinos llegué hasta el salón de las audiencias; poco después pudimos verlo rodeado de algunos dignatarios de curia. El Padre Santo quiso dar una vuelta en torno para hablar con los peregrinos, y mientras él cruzaba, nos dirigía la palabra y nos daba la bendición, nos íbamos arrodillando. Al llegar junto a mí me preguntó bondadosamen-

te: -De donde eres? -De Colombia, Santísimo Padre, le respondí. El nombre de Colombia debió traerle a la mente al Papa el asunto entonces tan agitado de los lazaretos, y la exorbitante propaganda que, por atraer un poco la compasión había tratado de exagerar las cosas a fuerza de cálculos espeluznantes sobre el mal, con inmenso daño para el país en el exterior, y por eso insistió: -La terra dei lebbrosi? (la tierra de los leprosos?) -Sí, santidad, respondí, yo. -Lei é un santo! Lei é un santo! (Usted es un santo) comentó el Papa. Ahí ven cómo fui canonizado por el Papa. Y todos reían de buena gana la ocurrencia. Eran aquellos tiempos tales, que se llegó a creer en el exterior, que un sacerdote o religioso que viviera en Colombia habría necesariamente de trabajar con los leprosos.

Pero los años pasaban, los estudios tocaban a su fin, vinieron, brillantes y elogiadas, las culminaciones académicas, el 22 de mayo la láurea en filosofía y el 13 de julio la de teología, y mientras tanto no se resolvía a avanzar hacia las gradas del altar. Qué pasaría?... Los superiores estaban preocupados y se preguntaban qué impedimento podría hallar para el sacerdocio un joven tan brillante y tan bueno. Ahora como nunca los escrúpulos venían a interponerse y a obstaculizar porfiadamente la marcha ascensional de esta alma. La perspectiva del sacerdocio, vista ahora de cerca, crecía desmesuradamente de proporciones ante su espíritu metódico, una especie de santa pavora dominaba su voluntad. Y sin embargo, era preciso tomar ya una resolución que cortara el nudo gordiano. El lo comprendió así y se resolvió a hablar con el Venerable Don Rua.



Primer tramo construido. - 1918

Este lo recibió con una bondad que impresionó vivamente al pobre Medardo tan necesitado de comprensión en esos momentos cruciales de su existencia. El joven expuso sus cuitas y manifestó claramente que el único que hasta el presente había logrado disipar sus tinieblas interiores era su antiguo director espiritual, ahora en tierras tan lejanas. El buen padre comprendió todo: el aprecio que sentía por el atribulado religioso era también muy grande y así, cosa que admiró a más de uno quizá con mucha razón, dio al joven amplia facultad para trasladarse a donde se hallaba el Padre Silvestre quien, como en otra parte se narró, había sido destinado hacia varios años al colegio de Troy en Nueva York.

Y para allá partió llevando por compañero al que ya lo había sido en tantas otras ocasiones, el entonces recién ordenado Padre Julio Caicedo. Una vez allí fue de inmediato encargado de la clase de filosofía y en ello pasó el resto del año. Tampoco esta vez se resolvió a avanzar hacia el sacerdocio y así se explica que cuando, reclamado por la escasez de personal en nuestra patria, fuera destinado a la casa de Mosquera en 1908, no hubiera recibido aun las sagradas órdenes.

Ya se recordará cómo el tres de mayo de dicho año llegaron los dos inseparables compañeros a encargarse el uno de la consejería de estudios y el otro de la cátedra de filosofía, y cómo al comenzar el año siguiente, el acólito Charry fue trasladado al colegio de León XIII. Pero también ahora se debió plantear ante los superiores el problema de otras veces: Qué hacer si no se resuelve a avanzar? También él seguía planteándose la

inquietante pregunta y el suplicio interior iba haciéndose más y más agudo. Y con todo, seguía pareciéndole que el único capaz de resolver sus dudas y traer un poco de paz a su alma era el Padre Silvestre Rabagliati, y así volvió a manifestarlo, hasta que por fin se resolvieron los superiores a permitirle el regreso a los Estados Unidos en donde se le destinó como profesor del colegio de San José en Hawthorne, Nueva York, de reciente fundación. Desde allí pudo ponerse en contacto más inmediato y frecuente con su director de conciencia, quien efectivamente fue poco a poco disipando sus temores, aclarando sus dudas y robusteciendo su ánimo, de suerte que fue recibiendo las sagradas órdenes, hasta que el largo y agobiador proceso culminó felizmente con la ordenación sacerdotal, recibida en la iglesia de San Esteban de Nueva York el 23 de septiembre de 1911. Largo había sido el calvario, pero esto valorizaba más el triunfo de la gracia! Al día siguiente, fiesta de la Virgen de las Mercedes, cantó su primera misa en la Iglesia de La Trasfiguración.

A principios de 1913 recibió orden de trasladarse a la ciudad de Puebla en Méjico y por eso fue allí sorprendido por el movimiento revolucionario de Plutarco Elías Calles que había de dar tan rabioso embate a la Iglesia en esa desventurada nación.

Los sobresaltos y pesares de aquellos días fueron indecibles: Aquel andar disfrazándose y ocultándose, aquella continua zozobra y peligro de delaciones, imprudencias y arrestos, llegaban a hacer la vida insoportable. Diariamente tomaba mayor fuerza la revolución, los alcances de la misma eran cada vez más gra-

ves y, finalmente, no hubo rincón en donde poderse tener por seguro. El Padre Charry narraba a veces los riesgos y aventuras de aquellos días y, aunque lo hacía casi siempre con aire saleroso, bien se descubría en ello la amargura de ciertas horas. Finalmente, arrestados y sentenciados muchos de los religiosos y eclesiásticos extranjeros, se vieron en la necesidad de salir de la nación en las formas más vilipendiosas y crueles. Esas largas horas de hacinamiento en un infecto vagón de carga, expuestos a todas las inclemencias del tiempo y desprovistos de todo, no son cosas para ser apreciadas en una simple lectura. Pero el mundo estaba demasiado ocupado en sus preparativos de guerra para irse a preocupar de las abominaciones que empezaban a ocurrir en un lejano país de América en nombre de la libertad, igualdad y fraternidad!

De esta manera, envuelto en los torbellinos de la persecución más vergonzosa que ha visto hasta hoy el Nuevo Mundo, tuvo que salir el Padre Charry de esa nación tan noble como desdichada y el 29 de noviembre de 1914 llegaba nuevamente a esta casa de Mosquera como a un remanso de paz y quietud.

Y aquí había de quedarse hasta el fin de sus días. Y desde aquí fue adiestrando en las disciplinas filosóficas y teológicas a todo el personal nuevo de la inspección y dejando en todos ese amable recuerdo de su virtud, su saber y su conocimiento del corazón humano tan costosamente adquirido y tan caritativamente utilizado.

Nombrado consejero escolástico, el año 1915, desplegó en el cumplimiento de sus incumbencias todos los tesoros de

su personalidad. En tal cargo había de permanecer hasta 1932, año en que pasó a ser confesor ordinario de todo el personal de la casa. Mientras ocupó ese primer cargo, en el que forzosamente hay que afrontar odiosidades y adoptar muchas veces medidas severas para volver por los fueros del reglamento y del espíritu de laboriosidad, sin llegar a ser adusto, sí llegó a hacerse temer. Su presencia en el patio bastaba para ponerlo todo en movimiento. Pero sus alumnos lo querían de veras. Era justo y ecuánime y esto bastaba para granjearle la estimación aun de los más ligeros de cascos. A más de que el prestigio, cada vez más sólido de su ciencia y el subyugante interés que sabía dar a sus clases lo hacían más y más estimado y admirable. Expositiva clara, sin alardes de vana erudición, metódica y apasionada, los discípulos pasaban la hora de clase del Padre Charry, colgados de sus labios, pues aun la atención menos aversada a la fijeza que piden las disciplinas serias, quedaba instintivamente cautivada por la sencillez y diáfana claridad de sus explicaciones, en lo que viene a consistir la auténtica elocuencia.

Nombrado confesor y libertado de las cargas disciplinarias, se despojó enteramente y de inmediato, de ese resto de corteza amarga que las circunstancias le habían impuesto conservar, y vino a aparecer a la faz de todos la verdadera manera de ser del hombre todo corazón, para quien la bondad hacía sus semejantes resultaba deliciosamente espontánea. Pero no era una bondad, como hay tantas, hecha de puras exterioridades, no: Mesurado en sus muestras externas de afecto, virilmente cariñoso, lo mejor de su bondad era precisa-

mente aquello que no aparecía a simple vista, sino que se experimentaba cuando los efectos de ella estaban ya muy adentro, casi sin saberse cuándo se habían producido. Era incapaz de juzgar mal de nadie, y en esto era intransigente consigo mismo y aun con los demás: de aquí que nunca permitiera palabras de crítica o menosprecio de nadie en su presencia. Si alguna vez volvía a asomar la uña del león era cuando se trataba de volver por el buen nombre de alguien, o volver en general por el imperio de la caridad lesionada.

Como director de almas era insuperable: Y para quienes llegaban a penetrar algo más a fondo en esa alma excepcional, resultaba inmensamente extraño cómo aquel hombre que jamás se vio enteramente libre del tormento de los escrúpulos, era un expertísimo sanador de ese mismo mal en otras almas. En todo caso son muchos, muchísimos los antiguos penitentes suyos que declaran al Padre Charry como al encaminador, educador y salvador de su vocación. Y su palabra, como guía de conciencias, era certera y precisa, a la manera de la que nombra San Pablo, como espada que penetra hasta la división del alma y el espíritu.

Sin duda este ir conociendo cada vez más a fondo el corazón humano lo fue haciendo también cada vez más compasivo y más amable. La enorme profundidad de su ciencia, fue en sus manos instrumento de paz y sosiego para los espíritus que en ellas se ponían. Era frase muy común, y no solo entre los alumnos, sino también entre los superio-

res, muchos de los cuales vinieron a ser de sus antiguos alumnos: «El Padre Charry, dijo así» Y esta era la solución, y ella era base de tranquilidad en las dudas.

Daba gusto verlo salir a los patios, a la hora del recreo: Inmediatamente se veía rodeado de niños que formaban corro a su alrededor, para oírle sus historias y ocurrencias. Era muy frecuente que llevara revistas para leer a todos historietas de donde sacar enseñanzas oportunas; o también, verlo aparecer con un fajo de hojas, muchas veces poligrafiadas por él mismo, pues era también magnífico dibujante, y repartirlas a todos. Había allí cuentos, máximas, oraciones, siempre ideas útiles y variadas. Los niños y aun los menos niños, se perecían por esas hojitas pues eran siempre interesantes.

En fin, el retrato moral de este padre a quienes todos tenían en concepto de santo, ofrece material suficiente para una densa biografía, pues son muchísimos y muy variados los aspectos que presenta. Ni se crea que el afecto de gratitud nos ha traicionado para hacernos detener así en esta figura admirable. Más bien creemos que quienes conocieron al Padre Charry, y todos ellos lo recuerdan con hondo cariño, al leer estas líneas las hallarán siempre demasiado breves y querrán luego reprocharnos los muchos rasgos que la brevedad nos obliga a omitir. Queden al menos, los que aquí se consignan como una nueva invitación para que plumas más felices tracen con mayor detenimiento su imagen!

ESFUERZOS PROYECTOS Y REALIDADES

Otro importante suceso de 1914, fue la muerte del joven coadjutor Honorio Calderón, ocurrida el 18 de octubre. Había llegado a esta casa como aspirante en 1905; superada la prueba del noviciado en 1907, después de la profesión salió a trabajar en las casas de Bogotá (León XIII) y Barranquilla, en donde acaso un exceso de celo en el trabajo, le hizo descuidar una constipación, enfermedad que en aquellos climas ardientes puede llegar fácilmente a ser muy peligrosa. En todo caso, el mal se hizo tan grave que se pensó que no podría curar en aquellas tórridas playas y así en julio de 1903 se le veía regresar a esta cuna de su vocación, en donde después de una engañosa mejoría, y la mortificación de quince meses de lecho casi continuo, se vio inminente la partida. Los últimos veinte días fueron de penosa agonía; pero, resignado y animado por un espíritu de fe a toda prueba, supo hacer de su martirio, de la recepción diaria de la Santa Comunión, y de la profesión perpetua que hizo en esos días, nuevos títulos para ganarse la entrada a la gloria, de la cual se mostraba tan cierto que no hallando manera de pagar los servicios que se le prestaban, no hacía sino prometer a todos que se los recompensaría desde el cielo. Por último, en las primeras horas de ese día, 18 de octubre, se fue durmiendo plácidamente en el beso de Dios. Sus funerales se hicieron con la mayor solemnidad posible, y vino a reposar, primero de entre los salesianos, en el cementerio recién inaugurado.

De igual manera el año de 1915, fue rico en novedades de varia índole para

la casa. El currículo de estudios vino a quedar completo en sus líneas generales, pues funcionaron cuatro cursos de aspirantes estudiantes, más dos llamados elementales, para aspirantes artesanos, uno de novicios coadjutores, otro de novicios clérigos y los de filosofía.

Además, también este año hubo elementos de la hermana república de Venezuela: Dos aspirantes venidos de la casa de Valencia: El número de aspirantes y novicios venezolanos habría de irse aumentando poco a poco en los años sucesivos.

Otra realización de gran provecho y debida igualmente a la celosa iniciativa del Padre Bertola, fue la de la traducción, adaptación y edición de la gramática latina escrita en italiano por don José Puppo, libro que, pese a la posibilidad de ser superado, ha prestado por muchos años invaluables servicios y encarrilado por la senda de las disciplinas clásicas a las generaciones nuevas de salesianos, de entonces acá. En agosto de ese año se resolvió acometer la obra y se formó una comisión con ese objeto, y que quedó integrada por Don Francisco Cattaneo, Don José M. Bertola, Don Julio Caicedo y Don Roberto Pardo Murcia. Empezaron ellos de inmediato los trabajos con grande entusiasmo, hurtando horas a los otros quehaceres, y, aunque con la lentitud que forzosamente suponía el no poder dedicar a ello mucho tiempo de seguido, y el tratarse de obra inicial, sin la experiencia necesaria de lo que son exigencias tipográficas y demás, finalmente pudo presentarse concluido el trabajo de dicha edición el 18 de abril de 1918.



Novicios de 1920 con los Reverendos Padres Aime y De Ferrari

Había que considerarlo, dadas las circunstancias, como un triunfo grande, y por eso se hizo ese día un paseo en celebración del éxito obtenido.

Pero, sin lugar a dudas, los grandes acontecimientos del año fueron las celebraciones del doble centenario: El establecimiento de la fiesta de María Auxiliadora y el nacimiento de Don Bosco, acontecimientos que, como se sabe, tuvieron lugar en 1815, con una diferencia de pocos días.

Se celebró la conmemoración del primero, el 23 de mayo. Preparados los ánimos de todos los vecinos y el de los habitantes de la casa durante el mes entero, con actos en que se procuró poner la mayor solemnidad, culminó dicha preparación con la novena y el triduo, en que hubo un esmero especial en la música y el canto. El 22 por la noche hubo numerosísimas confesiones y el mismo Padre Aime estuvo ocupado en eso hasta altas horas. La iluminación de la población fue general y pudo advertirse la buena voluntad de todos para cooperar y hacer que los festejos tuvieran la mayor solemnidad posible. En el balcón del noviciado, que da a la plaza, se había colocado la imagen de bulto de María Auxiliadora, adornada e iluminada con profusión y buen gusto.

El día 23 hubo nutridísimas comuniones y luego, a las nueve de la mañana se procedió a la bendición del nuevo altar mayor, obra hecha en madera en nuestros talleres de Bogotá. Muchos caballeros y damas de Bogotá concurrieron en calidad de padrinos de la bendición que fue impartida por el Padre Aime. Dicho altar llamó mucho la atención por la finura y calidad del trabajo de ebanistería. Así mismo podía verse el

gusto artístico del acólito recién llegado de Alemania, Herman Wewer, quien había decorado el cielo raso del presbiterio. Otra adquisición valiosa hecha en esta ocasión era la de la rica alfombra para el presbiterio, obsequio ella del insigne cooperador don Francisco Vargas. Hecha la bendición, se dio principio inmediatamente a la misa solemne celebrada por el Padre Bertola y cantada por el coro del noviciado. El panegirico estuvo a cargo de nuestro inestimable amigo, presbítero doctor Víctor Barros Morales. Al día siguiente en comentarios de prensa, hubo para su pieza oratoria encendidos elogios. Por la tarde se realizó una bella procesión por las calles del pueblo, que resultó muy concurrida y devota. Al final de ella dirigió la palabra a la multitud, con acento conmovido y lleno de unción el Padre Aime. El 31 por la noche hubo en casa una bella academia en que alternaron nuestros oradores y poetas de casa para aclamar a la virgen de la devoción salesiana. El discurso de fondo en dicha academia lo tuvo el Padre Bertola, quien desarrolló el tema de la historia de la devoción a María Auxiliadora.

El segundo acontecimiento se celebró aquí el 21 de noviembre para dar lugar a que el personal de la casa pudiera tomar también parte en las festividades realizadas con gran pompa en Bogotá para festejar el mismo centenario el 15 de agosto y porque el P. Arato, maestro de novicios, se halló por varios meses ausente de casa, pues tuvo que ir a Venezuela a predicar varias tandas de ejercicios.

Desde el principio del año se habían hecho varias reuniones, algunas de ellas presididas por el Padre inspector, para

delinear el programa de las fiestas. Luego se trajo el busto de Don Bosco labrado en piedra, para que sirviera de coronación al monumento que se había de levantar en el patio de entrada. Esta obra se empezó hacia el mes de septiembre con el entusiasmo que es de suponer en los novicios y que tan bien sabía despertar el activo director de la casa. Para la fiesta se pasaron muchas invitaciones a los más destacados cooperadores de Bogotá y de la población. La misa solemne del día de la fiesta fue concurridísima y en ella, a título de conferencia, hizo uso de la palabra el eximio orador sagrado Dr. José Vicente Castro Silva, por aquel entonces vicerrector del seminario conciliar. En el folleto de recuerdo que con motivo de estas fiestas se editó, se describen así estos actos: «La conferencia del doctor José Vicente Castro fue una muestra no solo de elocuencia y de bien decir sino de ternura y del más cariñoso afecto hacia Don Bosco y sus hijos. Dio principio a su discurso presentando el genuino carácter del Venerable y haciendo la oportuna y natural antítesis entre esas dos personas que en campos diversos se destacaron en el pasado siglo, Don Bosco y Napoleón. Después, con sencilla elocuencia propia del que sabe sentir, desarrolló los tres siguientes puntos: educación cristiana de la juventud, misiones entre infieles y entre los seres más afligidos de nuestra patria. Cómo ha correspondido la iglesia y cómo debemos corresponder nosotros, fue la conclusión del magistral discurso. Inmediatamente después de la misa solemne celebrada en la iglesia de la población, la concurrencia se dirigió al noviciado; al entrar al primer patio, la orquesta y los cantores rompieron con el himno a Don Bos-

co; se descubrieron las banderas pontificia, colombiana e italiana y sobre elegante y severa columna de piedra apareció la amable figura del venerable.

COSÍ ERA DON BOSCO, se decían los que lo conocieron personalmente.

En medio de aplausos y de inmensa conmoción tomó la palabra el doctor Juan Antonio Caicedo. Con qué cariño, entusiasmo y convicción habló».

A las 2 de la tarde se dio principio a un acto lírico dramático en el que llevaron la palabra, el inolvidable amigo Presbítero Doctor Teodoro Rosas Castro y, en representación del concejo municipal de Mosquera, el señor Camilo Bohórquez.

Como números escénicos se representaron el cuadro «Don Bosco pastorcillo» y una zarzuelita titulada «Feliz lección».

En aquella ocasión el gobierno municipal se hizo presente, primero por el discurso ya recordado del señor Bohórquez, en el que «hizo el recuento de los múltiples y grandes beneficios recibidos de los Padres como son: el rápido aumento de la población, la mejora de los edificios, la instalación del mercado y sobre todo la construcción de una hermosa iglesia a María Auxiliadora; rememoró nombres muy gratos a los habitantes de Mosquera y terminó haciendo fervorosos votos al cielo por la felicidad y ventura de los hijos de Don Bosco». En segundo lugar por una proposición aprobada por unanimidad en el mismo concejo, trascrita al director de la casa y que dice así:

«Presidencia - Noviembre 16 de 1915.

R. P. y Pbro. José M. Bertola - Presente.

Tengo el honor de transcribir a S. R.

la siguiente proposición, presentada por el H. Concejero Camilo Bohórquez y aprobada por unanimidad en la sesión de la fecha:

El concejo Municipal de Mosquera, fiel intérprete del pueblo que representa, se asocia a los RR.PP. Salesianos en la gloriosa fiesta del centenario del natalicio feliz del Venerable Don Juan Bosco y hace votos por la prosperidad y ventura de tan importante sociedad.

Soy de S. R. con toda consideración atto. y S.S.

Pedro Dávila M.».

La crónica de este año se ve también enlutada por la muerte de un ejemplar salesiano, el coadjutor Antonio González, español. Habiendo ingresado en 1905 como aspirante en Sarriá (Barcelona), hizo allí mismo su noviciado. Poco después la famosa semana roja de Barcelona en 1909, obliga a pasar a los salesianos allí residentes horas de tremenda expectativa: Los incendios pululan por todas partes, se amenaza con dar muerte a todos los sacerdotes y religiosos y hay que estar alerta. El pobre Antonio, decidido y valiente, asume para sí horas difíciles de vigilancia. Llega a pasar noches enteras a la intemperie sobre el mismo tejado de la casa, por si los asaltantes vienen como han anunciado. Son días terribles aquellos. Finalmente el peligro pasa, pero el joven hermano ha atrapado un fuerte malestar que pronto se resuelve en pulmonía. Se le cuida con el mayor esmero y así en el término de poco tiempo parece reaccionar. El mal cede pero deja una huella terrible: Los pulmones han quedado afectados. Los médicos aconsejan un clima suave para ver de restaurar ese organismo. El año

de 1910 llega a Colombia y se le destina a la administración de los talleres de Bogotá. Hay una alentadora reacción. Pero al año siguiente el mal reaparece con nueva fuerza y los superiores deciden enviarlo a esta casa, a la que llega el 2 de marzo de 1912. Hay una nueva mejoría. Vuelve a ocuparse en sus quehaceres predilectos. Su genio típicamente español se presta admirablemente para alegrar la vida: En las fiestas es el alma de los preparativos y da rienda suelta a su pasión por el teatro en lo que es un auténtico artista. Su puntualidad en todo, especialmente a las prácticas de piedad, resulta admirable dado el esfuerzo que ello debe costarle muchas veces por su enfermedad. El 24 de enero de 1914 hace los votos perpetuos y, en vista de que la mejoría sigue, se decide enviarlo nuevamente a la casa de Bogotá con el cargo que antes ocupaba. Pero aquello es muy efímero: el mal reaparece y el 10 de marzo de 1915 debe retornar a esta casa. Desgraciadamente su estado es ya demasiado grave. El mismo día de su llegada, una hemorragia anuncia lo delicado de la situación. Se pasa una semana entre el temor y la esperanza hasta que el día 17, poco después de la madrugada, hay una alarma. Todos corren a su habitación. Una tremenda hemorragia lo ha asaltado y el pobre se halla sin el uso de la palabra y casi sin respiración. Estrecha entre las manos un crucifijo y se le ve presa de mortal angustia. El director de la casa llega y apenas tiene tiempo de administrarle la extremaunción en forma urgente. El buen Antonio había muerto asfixiado. Contaba solamente 27 años de edad. Sus despojos fueron a reposar también al cementerio del pueblo,

El 25 de diciembre tuvo lugar en casa un hecho que llamó mucho la atención de todos: Hacía ya varios días que el joven aspirante venezolano Martín González, se hallaba reducido al lecho por una seria enfermedad. Llamados los médicos diagnosticaron una difteria. Empezaron a tomarse entonces todas las precauciones recomendadas por la higiene, y a prestársele al enfermo todos los cuidados del caso. Aquel día, repentinamente empeoró y se le declaró un acceso tan violento que todos creyeron llegada

para él la última hora. Avisado el director, acudió al pie del lecho del moribundo y, vista la gravedad extrema de su estado, se dio aviso a toda la comunidad para que orara intensamente por él. Así se hizo y el efecto fue instantáneo. En cuestión de minutos no solo pasó el acceso, sino que hasta las señales de la enfermedad habían desaparecido. La curación había sido completa e instantánea. María Auxiliadora había querido indicar que se hallaba muy cerca de nosotros.

VICISITUDES Y ADELANTOS

El año de 1916 prosiguió el ritmo de progreso dado a la casa por el director. Obra por demás interesante fue la del estreno del museo científico. Como el sitio que hasta entonces había ocupado la sala de recibo a la derecha del zaguán de entrada, vino a quedar vacío pues esta se había trasladado a la parte opuesta de la misma entrada, en la primera de las habitaciones que ocupó en su tiempo don Lorenzo Fonseca, se pensó ahora en emplear este local con la finalidad antes dicha.

Era el caso que el Padre Juan Giordano había elaborado tiempo hacía una magnífica colección de maderas clasificadas y se pensó entonces en aprovecharla como base para el museo, a lo que se podían agregar algunos pocos animales disecados. La intención era ir aumentando la colección y mejorando la organización. De todas maneras la idea se realizó y la apertura del museo se hizo el cinco de noviembre, fecha que coincidió con la visita que hizo a la casa el arzobispo de Cartagena Excmo. Sr. Pedro Adán Brioschi, lo cual solemnizó y prestigió el acto. Este el comienzo de nuestro museo actual que, en las épocas que ha tenido un encargado entendido, ha logrado progresar hasta ser una de las cosas que con mayor orgullo ostenta hoy la casa.

Pero el genio activo del Padre Bertola, no podía contentarse con estos adelantos que aunque significativos, no eran todavía todo lo vastos que él imaginaba para el impulso que merecía tener la casa de formación. Ideas nuevas bullían en su mente y alguna cosa ha-

bía ido insinuando poco a poco en el ánimo del Padre inspector, para decidirlo a dar su aprobación y poder con



El arquitecto Don Juan Buscaglione.

mayor desenvoltura lanzarse a la realización de todo lo que pensaba. Era necesario disipar temores y resolver dudas, pues en realidad en ninguna casa de la inspección se había intentado un movimiento de progreso tan en grande y hacía falta la audacia de todo ensayo. Finalmente las ideas del Padre Bertola se fueron abriendo campo y con el alborar del año de 1917, se inició una nueva era de palpables progresos. El Padre Rico comenta así el hecho: «Veintiseis años llevaba la congregación salesiana en Colombia, y aun no podía mostrar un solo edificio comparable a los poseídos en todas o casi todas las inspecciones, aun de menos desarrollo; de



Grupo General - 1920

ahí que la transformación de nuestras pobres casas o casuchas hubiera llegado a ser acaso la mayor necesidad de la inspección, sentida y considerada por todos como inaplazable, y que a vuelta de pocos años hubo de imponer la ERA DE LA EDIFICACION EN TODAS NUESTRAS CASAS, era que aun perdura al menos parcialmente. Al director de esta casa R. P. Bertola, cupo la gloria de iniciar tal era, influyendo sobre el ánimo del inspector R. Padre Aime, para que se decidiera a comenzar trabajos en la casa, primero a título de ampliación, y luego con edificación de nueva planta».

«Al comenzar el año aprobó el R. P. inspector la realización de algunas obras ligeras para favorecer la separación completa del noviciado, a cuyo fin se comenzaron trabajos el 19 de febrero, bajo la dirección del ingeniero salesiano Sr. Juan Buscaglione, venido desde el año 11, pero cuyas habilidades muy poco se habían aprovechado. Iniciado el trabajo se cumplió el proyecto, y el 27 del mismo mes quedó resuelto y aprobado que sobre el comedor de la comunidad (construcción de un piso situada en el primer patio y de frente a la entrada) se levantara otro piso, dejando base a la vez, para enlazar después ese tramo con nuevas construcciones. La obra implicó cambios e incomodidades en la casa, como de hacer servir para refectorio un corredor alto, pero prosiguió sin interrupciones, sostenida por el entusiasmo del Padre director y por las ayudas de la caja inspectoral».

De esta manera se dio comienzo a una reforma fundamental de la casa, con ardor incansable y con la rapidez que permitía lo escaso e inseguro de los recursos. Todo el personal disponible to-

maba parte activa en ella ora acarreado materiales, ora ayudando en la obra misma de albañilería e instalaciones, lo que, a más del grande ahorro que significaba, hacía que el trabajo fuera más apreciado y en realidad más precioso. Todavía hoy, quienes en estos trabajos tomaron parte activa, muestran con orgullo el fruto de sus sudores. Esto sirvió también para ayudar a formar a las generaciones nuevas en el espíritu de sacrificio y de laboriosidad. De este modo iniciada el 19 de febrero una pequeña obra de ensanche, en la parte occidental hasta la esquina norte, el 27 empezaron trabajos de mayor empuje para realizar el proyecto de transformar el tramo norte que encierra el patio de entrada levantándole un segundo piso que, aparte de quitar el mal aspecto que la entrada misma presentaba con ese mesquino tejado de enfrente, podía poner en servicio salones más capaces para hacer frente al constante aumento de personal. En efecto, allí han venido a quedar los salones de estudio del filosofado y algunas habitaciones para sacerdotes. La edificación prosiguió con tanta celeridad que el 23 de noviembre, al comenzarse la primera tanda de ejercicios espirituales para salesianos de las diversas casas, se hallaba ya la obra nueva en disposición de darse al servicio, lo que significó un gran desahogo en tal circunstancia. Pero el Padre no se dormía sobre los laureles y así cuando vinieron los ejercitantes, no solo pudieron gozar del beneficio de la ampliación hecha, sino que se contagiaron del entusiasmo de los de aquí, al ver que se había iniciado ya otra obra de mayores proporciones: un nuevo tramo también de dos pisos que arrancaba a continuación del costado

oriental del patio de entrada hacia el norte. Las obras se habían iniciado en octubre y para entonces ya iban las paredes elevándose prometedoras. El 31 de julio del siguiente año (1918) estaba el tramo techado y hechos los desagües, el 28 de septiembre se despacharon los albañiles por considerarse que para lo poco que restaba era suficiente la mano de obra de los de casa y para el final del año, el 30 de noviembre pudo ya ponerse a disposición de los salesianos que venían a hacer la segunda tanda regular de ejercicios. Era un tramo de dos pisos, de treinta metros de largo por once de ancho construcción de ladrillo y cemento armado que, para aquella época era un significativo adelanto. Allí vinieron a quedar el comedor de la comunidad, la cocina, despensa y servicios higiénicos en el primer piso, y dos salones para dormitorio en el segundo. Con esto principió lo que alguien, con más sal que exactitud definió «el mal de la piedra» de la inspección. Como luego se irá viendo, la transformación material del edificio no había de parar aquí.

Otra novedad del año de 1917, obra que llegó a tener muy buenos alcances sociales fue la del establecimiento de la caja de ahorros que por tantos años prestó invaluable servicios a los vecinos. Se puso al servicio del público el 29 de abril, igualmente por iniciativa del dinámico Padre Bertola que desempeñaba a la vez los cargos de director de la casa y capellán de la iglesia. El cronista explica así el objeto y funcionamiento de la caja: «Según el plan, debía ser centro de una gran asociación regida por una junta compuesta de vecinos de absoluta confianza; los miembros debían depositar una pequeña cuota se-

manal y ganar el seis por ciento. Iniciada con entusiasmo, pronto se formó un capitalito que, fue depositado en Bogotá, en la caja o banco del CIRCULO DE OBREROS. La administración por junta no pudo subsistir como tampoco lo de las cuotas semanales, por falta de constancia en los vecinos; pero, atendida por los salesianos y a manera de banco local de cuenta corriente, ha continuado siempre prestando grandísimo servicio a la población». Lástima que después de más de veinticinco años de funcionamiento, esta obra viniera a morir.

El 21 de enero de ese año la iglesia pública estuvo vestida de fiesta, pues, esta vez se harían allí las ordenaciones sacerdotales, conferidas por el Señor obispo auxiliar de la diócesis, Monseñor Leonidas Medina. En tal ocasión recibieron el presbiterado los padres Hermann Werwer, Carlos Backaus y Víctor Mariño. El acto resultó muy conmovedor, no solo por ser la primera vez que se celebraba tan bella ceremonia en esta iglesia, sino por el consolador aumento de personal de sacerdotes y con elementos de la calidad de los que allí recibían la sagrada unción.

También este año aumentó mucho el número de sacerdotes residentes en la casa, pues a más de los que hacían parte del personal directivo, vinieron a hacer su noviciado otros sacerdotes de la diócesis de Tunja: el Padre Isidoro Gama y el Padre Baldomero Becerra. También regresó de Ibagué el ya nombrado Padre Aguilera, para encargarse de la capellanía de la iglesia pública.

Acontecimientos de otra índole fueron los famosos terremotos que conmovieron el país entero del 30 de agosto en adelante. Aquella noche, a las 10 y media ocurrió la primera sacudida que hizo

cundir la alarma por todas partes. La gente de casa se movilizó en su totalidad. Como ya se hallaban acostados la confusión fue mayor. Salieron todos de sus camas como pudieron y luego no se resolvían a volver a ellas. Es lo que pasa siempre en casos análogos: se va a buscar una problemática salvación pero no se sabe a donde. La zozobra duró varias horas hasta que finalmente, en vista de que la naturaleza no se daba por entendida, se fueron decidiendo a regresar y tratar de conciliar el sueño. Al siguiente día, cuando aun no habían tenido tiempo de comentar el susto de la víspera pues estaban apenas en la capilla asistiendo a la misa de comunidad y acababa de distribuirse la sagrada comunión, una tremenda ondulación del piso hizo crujir siniestramente todo el edificio. El terremoto resultó más violento y largo que el anterior. Repuestos del susto, se procedió a examinar la casa en todas sus partes: Había alguna grieta en los cielos rasos, algún tabique deteriorado pero nada más. Entre tanto empezaron a llegar las primeras noticias de afuera: El pavor en Bogotá era espantoso. Varios edificios se habían resquebrajado, otros se habían derrumbado, la torre de la iglesia de Chapinero que se había venido abajo, en fin, tras las historias verdaderas empezaron a cundir también las novelas. Poco después vino a aumentar la preocupación la vista de los efectos palpables de la catástrofe: Innumerables familias empezaban a abandonar la ciudad y por frente a la casa se embazaba a ver el sombrío desfile de los que iban en busca de un refugio. Muchos se quedaron en la población. Brotaron naturalmente las preguntas que todos traían a flor de labios: Qué ha

sido de los salesianos de Bogotá? Más tarde se supo que, aparte del temor universal, nada habían tenido que sufrir. Durante los días siguientes, los terremotos continuaron con mayor o menor intensidad, pero siempre con el consiguiente pánico de todos. El desfile de emigrados iba en aumento. La inquietud también. El día tres de septiembre, la población se hallaba totalmente colmada. Ese mismo día llegaron a casa el padre inspector y el Padre Jacinto Bassignana, director del colegio de Bogotá, quienes habían salido a acompañar al señor nuncio de Su Santidad, quien iba de viaje para Tocaima. Entre tanto los comentarios y suposiciones y los pronósticos de la prensa y de las conversaciones iban en constante aumento. Una suposición, por cierto poco consoladora, que hizo fortuna entonces fue la de que el fenómeno se explicaba porque los Andes estaban descendiendo! Ante esta perspectiva fueron muchísimos los que ya no pensaron sino en arreglar su partida para la eternidad. Gentes que desde hacía tiempo no acudían a la iglesia, ahora se apresuraban a arreglar sus cuentas con Dios y con los prójimos. El número de confesiones fue realmente prodigioso. Para los efectos de la conciencia, los terremotos estaban resultando más eficaces que la mejor de las misiones. Y así, este estado de cosas se prolongó todavía hasta el ocho de septiembre en que con unos últimos movimientos, ya más suaves, vino a apaciguarse la tierra. Algo más duró la consternación y la zozobra, pero al fin, también los ánimos se fueron aquietando. Los nuestros daban después gracias a Dios, pues la casa salió muy bien librada.

Otro suceso ocurrido este año y que

también vino a traer la consternación a los ánimos de todos, fue el del dos de noviembre. Este día se hizo en casa el ejercicio de la buena muerte (1) y, como es costumbre en las casas salesianas, la tarde se empleó en un buen paseo. Una de las metas más frecuentes era, como lo es todavía hoy, el río Balsillas, y cuando se sentía cerca la abundancia de agua, en aquellos tiempos de incómoda escasez de tal elemento, eran muchos los que experimentaban el imperioso deseo de darse un buen baño. Por eso, una vez sabido que también aquella vez el paseo sería allá, uno de los jóvenes recién venidos de Venezuela, Salvador Colmenares, quien por cierto había venido ya de sotana, se dirigió al padre director para pedirle un traje de baño. El padre le dice: -No te parece más conveniente dejar el baño para otra vez? Tú estás recién llegado, es la primera vez que vas a ese río que es muy frío.... Podría hacerte daño.

-Oh, no; insiste Colmenares, yo me he sentido muy bien, el cambio de clima no me ha afectado nada.... Además, hoy día de difuntos a quién le va hacer daño bañarse?....

El Padre duda un momento pero al fin accede a la petición del joven. Este sale contentísimo a reunirse con sus compañeros, los estudiantes de filosofía, y con ellos sale prometiéndose una tarde deliciosa.

Llegados al río buscan un sitio apropiado para el baño y así empezaron a remontar la orilla, un buen trecho. Se da la señal de alto y quienes pensaban bañarse empiezan a disponerse. Colmenares se dirige al que encabeza el grupo:

-Me permite ir más arriba a bañarme?

-Y para qué? Por qué no te bañas con los demás?

-Me gusta más ir solo. Y, luego, qué? Tiene miedo de que me pase algo? Si yo sé nadar muy bien. Muchas veces he estado en el mar.... Qué miedo voy a tener ahora de este riachuelito?....

Y diciendo y haciendo se aleja del grupo. Allá arriba el río forma un recodo y alguien ve a Colmenares ya dispuesto a lanzarse. Pero el atractivo del baño hace que se despreocupe de él.

Un poco más tarde se da la señal de terminar el baño. Hay que reunirse, tomar algún piscolabis.... Todos se van reuniendo poco a poco. Finalmente alguno nota la ausencia de Colmenares.

Qué habrá sido de él?.... Se le busca... se le llama.... Algunos van al sitio en donde se le vio en disposición de comenzar el baño y se observa que los vestidos están todavía allí en la orilla y el dueño no aparece. La ansiedad se va convirtiendo en angustia. La alarma cunde.... Algunos corren hacia donde se hallan los novicios con el Padre Arato, para llevarles la inquietante noticia. Todo mundo corre, y acaban por convencerse de que el pobre joven ha debido desaparecer bajo las aguas. Hay que llevar la noticia a la casa. Unos pocos corren hacia allá. Entre tanto el tiempo pasa y no se halla el menor indicio. Algunos se han echado al agua y empiezan a sondear el fondo. Finalmente llega el Padre director, presa de la mayor angustia. La búsqueda se activa pero siempre con resultado negativo. Otros se dirigen hacia el muro de contención de una pequeña represa que existe más abajo; quizá la corriente lo

(1) Práctica de piedad que en otras comunidades recibe el nombre de retiro mensual.



Superiores con los novicios alemanes - 1921

haya llevado hacia allá..... Empieza a anochecer, la ansiedad aumenta y el temor y la angustia se van apoderando de todos. Poco después llega un bote y desde él, por medio de varas, se prosigue la exploración del río en todas direcciones. Pero la noche se echa encima, son más de las siete, y el cuerpo no aparece. El Padre empieza a temer por los que se empeñan en seguir buscando, pues la oscuridad hace muy peligrosas las maniobras. Por último, con inmenso pesar, da la orden de regresar, con intención de proseguir la faena al día siguiente. Imposible describir la tristeza y desolación de aquella noche. Nadie pensaba en otra cosa, ni había ánimo para distraer lo sombrío de los pensamientos con otros asuntos. Todo mundo tenía la mente fija en esta idea única; parecía imposible convencerse de la realidad de lo acaecido y de lo tremendo de la desgracia.

Se organiza un grupo de exploradores que vayan al siguiente día a continuar las pesquisas. El clérigo Rottmayr será quien encabece la partida.

Al día siguiente muy temprano salen los nombrados a cumplir su triste cometido. Se prosiguen los sondeos desde el bote: el fondo del río es cenagoso, el agua turbia, y todo esto dificulta el trabajo. De cuando en cuando las raíces y bloques de barro engañan a los atribulados buscadores. Llevan explorados unos treinta metros río abajo cuando de repente una exclamación medio contenida de uno de ellos anuncia a los demás que el cadáver ha aparecido. Son ya las siete de la mañana. Localizado el cuerpo, se procede a sacarlo. La tarea no es fácil, pero poco después está concluida. El cadáver del pobre compa-

ñero está allí en la orilla ahora: Presenta señales de haber sido mordido por los peces en los labios y una oreja. Sin duda había quedado desde un principio boca abajo en el fondo del agua. Hay que proceder a quitarle de encima el barro que lo cubre. Todos los piadosos servicios se cumplen en medio de la más honda tristeza. Se ha traído de la casa un carrito de mano y en él es transportado el cadáver. Hacia las diez y media llega el fúnebre grupo a la casa. Allí se hallan ya el Padre Inspector y el Padre Bassignano, quienes al saber la infausta noticia han acudido desde Bogotá para traer un poco de serenidad y de consuelo a todos. En el saloncito de recibo, a la entrada, se dispone el cadáver, mientras se espera la llegada de un médico que extienda los indispensables documentos. A las dos de la tarde llegó el doctor Octavio Castillo, de Madrid y, en presencia del señor alcalde, procedió a examinar el cadáver, hecho lo cual dejó el certificado en que declaraba la muerte por asfixia. Según la opinión del mismo médico y dadas las circunstancias, es posible que, por la repentina impresión del frío, haya fallado el corazón, con lo que se produjo probablemente un síncope, pues se observó en el mismo examen médico que no había habido la menor absorción de agua por la boca, sino que toda se hallaba depositada en los pulmones.

En seguida se procedió al entierro que se celebró con la mayor solemnidad. En el cementerio hubo un sentido discurso de adiós. Sus restos vinieron a reposar al lado de los de Don Antonio Gonzáles, muerto tres años antes.

A raíz de esta desgracia, hubo una temporada de nerviosidad, por otra parte

muy explicable. La familia de la víctima quiso indagar las causa de la muerte por medio de la embajada de su país, pero después de algún tiempo el horizonte se había despejado del todo.

El cinco de marzo de 1918, la iglesia pública fue teatro de un robo sacrilego que llenó de honda preocupación a los superiores. Al llegar por la mañana el sacristán notó que las puertas habían sido forzadas. Al entrar comprendió que había habido un robo por la noche, pero antes de proceder a averiguar su cuantía decidió llamar al Padre director. Entonces se constató la violación de las alcancías las puertas habían sido en parte quemadas y luego forzadas. Los armarios de la sacristía aparecían abiertos y pudo constatarse la desaparición de muchos ornamentos y aun la de la llave del sagrario. El reloj de la sacristía, vino a aparecer debajo de uno de los bancos de la iglesia, parado a las tres y media. De inmediato se dio aviso al señor alcalde quien vino a constatar el hecho y ver de hallar alguna pista. Sin embargo parece que nada en concreto se llegó a saber y el hecho hubo de quedar impune.

La fiesta del Padre director, que anualmente se celebraba el día del Patrocinio de San José, tuvo este año la especialidad de la cuantía de los regalos ofrecidos. Anualmente el Padre Arato movía cuanto resorte podía para ofrecer algo al Padre y, visitando aquí, escribiendo allá, los bienhechores se rendían fácilmente a la palabra persuasiva del Padre. Por eso, año tras año, se iba dotando la sacristía y el teatro especialmente, de muchos objetos necesarios. Aun el año anterior pudo conseguir, entre otros regalos, el de un magnífico

piano, que tanta falta hacía. Pero este año de 1918, se llegó al máximo: Doce ornamentos de diversos colores litúrgicos, un cáliz de plata dorada y un copón. Es justo consignar el grande mérito del Padre Arato para lograr dotar debidamente nuestra sacristía.

Hacia el final de ese año, vino hasta aquí el contagio de la famosa epidemia que asoló por entonces al mundo entero. En Bogotá y el resto del país el mal se cebó con gran violencia y produjo innumerables víctimas. No se libró tampoco de ello la población. Pero en nuestra casa, si bien entró la enfermedad, no llegó a traer grandes complicaciones. El Padre Bertola hizo entonces un voto a María Auxiliadora y así el 10 de noviembre, viendo que el peligro había cesado, se cantó una solemne misa de acción de gracias en nuestra capilla interna.

El 8 de septiembre de este año hubimos de lamentar la pérdida de un gran bienhechor, el señor Feliciano González quien hacía muchos años favorecía a nuestra comunidad, primero en Bosa, luego en Bogotá y finalmente aquí. Su recuerdo quedará siempre entre nosotros en memoria de bendición.

El año de 1919 se comenzó con la holgura consiguiente a las nuevas construcciones. Sin embargo, la vida se presentaba dura a causa de la depresión económica producida por la conclusión de la guerra mundial. Hubo realmente momentos de suprema inquietud, pues los problemas que esto traía eran graves. Sin embargo, con absoluta confianza en la divina Providencia, el padre Director siguió entregado a su tarea de progreso. Se abrió un curso más, llamado preparatorio, con lo cual se completaban ocho cursos de estudio en total. El contingente



Personal en 1921

venezolano seguía aumentando. Ya el año anterior había ingresado aquí como novicio el Padre Francisco Alvarez Camacho, por entonces ya benemérito sacerdote. Este año vinieron como aspirantes otros, entre los cuales hay que mencionar a Iturriza, Ojeda y Alterio, quienes más tarde habrían de llegar a ser pilares básicos de la obra salesiana en su patria y aun uno de ellos: Francisco Iturriza, alcanzar la dignidad episcopal.

Con la nueva construcción que demarcaba un patio más, pudo ya pensarse en la división del personal en dos secciones, con sus respectivos patios separados. De esta manera se dio comienzo al nuevo año lectivo, con creciente entusiasmo y esperanzas.

Por otra parte, hubo varios cambios en el personal de la casa, entre los cuales el más trascendental fue el de maestro de novicios; este cargo había sido desempeñado magníficamente durante varios años por el Padre Arato, quien en enero recibió orden de pasar como director del colegio de León XIII. En su reemplazo quedaba aquí el Padre Aguilera, ya bien conocido por su espiritualidad y competencia. Igualmente, este año hubo ya un prefecto propiamente dicho: el Padre Enrique Knoop, activo sacerdote alemán. Confesor del personal interno fue el benemérito Padre Alejandro Garbari, quien ya por entonces se veía muy envejecido y achacoso: sin embargo, desempeñó con gran eficacia su parte, dejando en todos el suave influjo de su sólida virtud y espíritu salesiano.

El 25 de mayo hubo un lío entre cómico y trágico que llevó a los nuestros, de ceca en meca hasta por los despachos del presidente de la república, del Señor Nuncio apostólico y del señor arzo-

bispo de Bogotá, pues por un tremendo equívoco, y esto es largo de contar, uno de nuestros hermanos coadjutores fue confundido lastimosamente con un ladrón de la capital sobre cuyos pasos se andaba, y, por si o por no, maltratado, aporreado e insultado fue a dar con sus pobres huesos a la cárcel permanente sin que valieran explicaciones, ruegos ni ame-



*Reverendísimo Padre Felipe Rinaldi
tercer sucesor de Don Bosco*

nazas. Desgraciadamente el inspector de policía no debía ser muy escrupuloso pues tras de una sentencia irrevocable sin declaración de partes, ni suficientes pruebas a pesar de las afirmaciones de que se trataba de un religioso, por más que no vistiera hábito, -sin duda el tal señor no había oído en su vida que el hábito no hace al monje,- se empeñó de todos

modos en endilgarle sesenta días de prisión y para colmo, el jefe de policía a quien luego se acudió, salió con la lindeza de decir que aunque él veía claro como la luz del día que la sentencia era injusta, lo más que podía hacer era reducir la pena de una tercera parte. En fin, que tras de mucho bregar y rabiar, y mover cuanto resorte fue posible, en el momento menos pensado el inspector de policía, que tal vez ya se había divertido lo bastante, le dio de alta y la pobre víctima, aun maltrecha, pudo aparecerse en el colegio de León XIII, recibido entre aplausos y abrazos. En todo caso, entre idas y venidas, ruegos, firmas y consultas se habían perdido lamentablemente

cuatro días con el consiguiente disgusto y preocupación.

Uno de los grandes acontecimientos del año, fue la participación en los grandiosos actos llevados a cabo en la capital, en el congreso mariano y coronación de la Virgen de Chiquinquirá, los días seis a nueve de julio. La impresión que tales actos dejaron en todos fue hondísima y saludable.

Nuevos cambios hubo el año de 1920: El Padre Knoop, que tuvo que pasar a Bogotá, fue reemplazado por el Padre Egidio Savio, el Padre Wewer que se hallaba siempre resentido de salud, se encargaría de la contabilidad, y de la vigilancia de las obras.



*La linda capilla del aspirantado.
Al pie de la grada, la tumba del Padre Aime.*

ALGO PARA SONREIR Y LLORAR

El catorce de enero de 1920 hubo las profesiones ordinarias. Entre quienes hicieron votos perpetuos se hallaban Luis Bonilla, Alberto Santacoloma, Julio León y el coadjutor Cristóbal Velásquez.

Este nuevo año había de ser rico en mejoras de toda índole para la casa. Ante todo, se emprendió en firme la obra de la nueva capilla. Había de quedar ubicada formando ángulo recto hacia el oriente, con el tramo recién construido. Los planos los hizo nuestro arquitecto Don Juan Buscaglione y con toda actividad se dio comienzo a los trabajos. Si bien la experiencia de lo hecho anteriormente hacía que pudiera darse mayor rendimiento, la situación económica sometió esta vez a los realizadores a muy duras pruebas, pues más de una vez escasearon en absoluto los medios y aun se dio caso de tener que someterse a la dura necesidad de suspender temporalmente la obra. Pero el ánimo optimista y resuelto del Padre Bertola supo ir sorteando las dificultades y emprendido el trabajo preliminar al 19 de enero, pronto empezaron a verse las líneas generales de la bellísima capilla. Como el plan era llegar con el tramo hasta el costado oriental de la propiedad, se vio la necesidad de rectificar por aquel lado el lindero pues, la línea demasiado sinuosa que lo demarcaba ofrecía dificultades insalvables para cualquier construcción. Pero al llegarse a la solución del problema, se presentaron una serie de dificultades y tropiezos llenos de incidencias tragicómicas que, sin embargo para sus protagonistas tuvo que representar serios quebraderos de cabeza.

Como era natural, dando esta línea hacia una calle pública, había que tratar el negocio con el municipio y aquí aparecen personajes de cuyo nombre no vale la pena acordarnos. Desde el 12 de febrero se comenzaron las negociaciones ante el concejo y personería municipal: Se busca una línea de transacción con lo que ambas partes resultarían beneficiadas, pues la línea recta embellecería también la población sin restarle a la anchura de la calle. Pero desde un principio se vio cierta repugnancia inexplicable que hizo pensar al Padre en consultar la cosa con el ingeniero departamental, el doctor Uribe Ramírez. Este, examinada detenidamente la cosa, propuso una buena solución, y era la de trazar una línea tangencial por el máximo de nuestra propiedad y pagar al municipio el valor de la pequeña superficie suya ocupada, con lo que no habría derecho a más: La calle quedaría perfectamente trazada y todos contentos, pero no fue así pues pronto se echó de ver que por allí andaba algún maligno de carne y hueso que quería aprovechar en contra nuestra de las pocas letras de los demás. Esto ya dio mucho qué pensar pero no se desistía de la idea de hallar una solución satisfactoria y pronta. Vinieron de Bogotá nuevos técnicos oficiales y las soluciones propuestas eran siempre iguales con lo que acababa de darse la razón a los nuestros. El 14 de marzo, el concejo pareció resolver la cosa favorablemente pues no solo accedió al trazo propuesto por el ingeniero departamental sino que dijeron que la cosa se realizaría no en for-

ma de compra sino como orden del alcalde y en efecto, el 22 del mismo mes, plano en mano y con todo cuidado hizo él mismo el trazo. Cantaban ya los de aquí victoria cuando el día 27 llegó una nota del concejo que ordenaba suspender trabajos dizque por que el que iba a hacer el trazo no era el alcalde sino el personero, y aquí empezó el sainete. Unos que sí, otros que no, entre tanto la obra se continuaba pues nos asistía una orden escrita del alcalde y, que bailen los titeres! Entre tanto el personero tampoco daba señales de vida y la cosa no había de quedarse estancada por eso. Como era natural los ánimos se iban acalorando y empezaron a llover las notas conminatorias. Y así se echó encima la semana santa. Un ambiente de frialdad lo dominaba todo y esto deslució bastante las solemnidades litúrgicas. Algo pesado flotaba en la atmósfera: Se decía que había terceros empeñados en impedir nuestra edificación. Se vio la necesidad de hablar claro y así el día de pascua, con sorpresa de los fieles, el sermón esperado fue sustituido por una reposada relación de los hechos y cómo esto parecía conectarse también con la frialdad religiosa que imperaba ahora: Ausencia de los sacramentos, falta de cooperación a las iniciativas de celo..... Ahora el vecindario estaba notificado y, como era de esperarse del buen sentido de los mosquerunos, la inmensa mayoría estaba de nuestra parte. Y sin embargo, el conflicto siguió en período agudo. El martes de pascua, seis de abril, apareció repentinamente el dichoso personero en casa decidido a hacer suspender las obras de la pared en cuestión y al día siguiente llegó una nota que valdría la pena conocer en su or-

tografía original si no hubiera que guardar ciertos miramientos. En tal nota se alegaba la ley 21 de 1917 sobre obras de utilidad pública y se imponía al señor alcalde la obligación de hacer demoler lo hecho y, en caso de renuencia de parte nuestra, se facultaba al personero para acudir al gobernador y pedir el auxilio que fuera del caso, etc. etc. Con el debido acatamiento se respondió a la nota en doble forma: una de hecho y otra de palabra. Por la primera se suspendió la obra de la fachada de la iglesia, como testimonio de protesta ante la faz del vecindario entero y por la otra se demostraba que, cuando llegó la orden de suspender se había suspendido y que como eso no había contribuido en nada para solucionar el pleito, con autorización municipal se había hecho el trabajo que ahora se amenazaba con demoler, lo cual se haría siempre que el municipio pagara los perjuicios. Entre tanto la cosa se rebullía por otros lados. El Padre inspector consultado sobre el caso y profundamente disgustado por tan incomprensible terquedad, dio órdenes drásticas que debían ser comunicadas al pueblo el domingo siguiente. Era cada vez más grave la preocupación de los vecinos y se llegó a hablar de organizar una manifestación de apoyo a la comunidad. De todos modos el domingo 11 quedaron todos notificados de que en adelante y hasta nueva orden se reduciría a su mínimo el servicio del culto en la iglesia y los domingos no habría sino una sola misa a las ocho y media, y que además los trabajos de la iglesia quedarían suspendidos hasta que quienes tuvieran alguna influencia manifestaran claramente si querían nuestros servicios o no. Aquello estaba cada vez más



REVERENDO PADRE JOSE MARIA BERTOLA

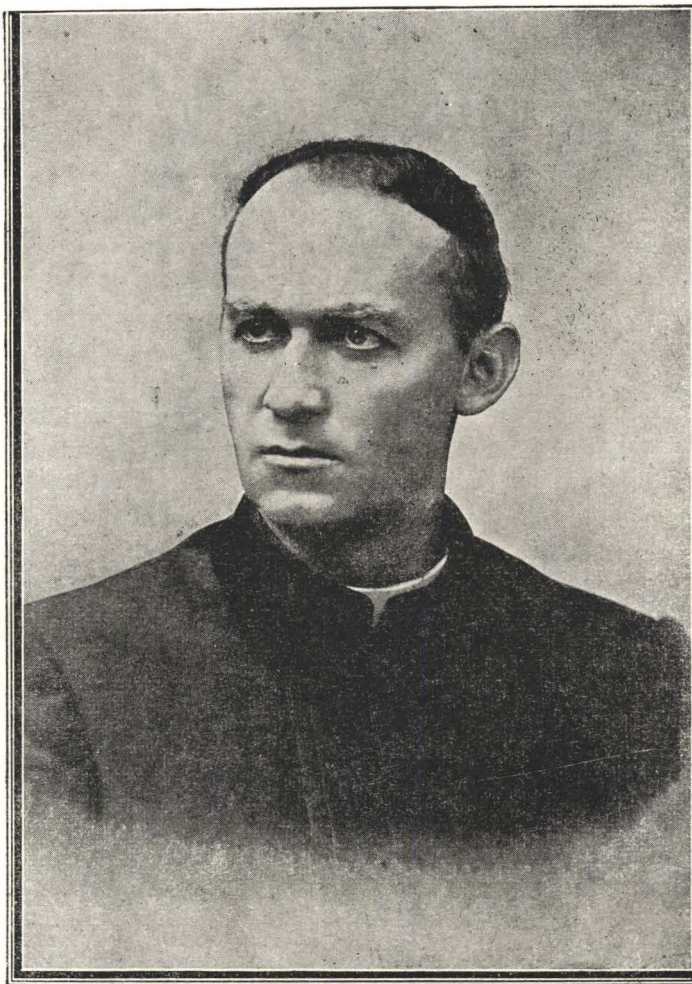
brumoso. Se consultó el caso con el gobernador en presencia del mismo ingeniero departamental y, como sucede desde los tiempos de Don Gonzalo González de la Gonzalera, las autoridades superiores ven más claro que las subalternas y así el gobernador promete formalmente intervenir en nuestro favor y convencer a los de aquí de lo legal de nuestro proceder, con lo que, animados los nuestros, prosiguen la obra. Aquella especie de entredicho se empieza a hacer efectiva y, por su parte, la obra de la capilla adelanta a ojos vistas. Las señoras de la población intervienen a fin de que no se prive a todos de los servicios religiosos. En atención a ellas se concede el levantamiento de lo dispuesto, pero entre tanto los señores del concejo erre que erre en sus trece. Empieza por su parte a escasear el material para la obra. Hay vacilaciones y suspensiones. A esto se agrega la enfermedad que reduce al lecho al padre director. Gran contrariedad. El padre ha pasado en pie cuanto tiempo ha podido pero la fiebre lo vence y el 14 de junio debe guardar cama. Los síntomas olarman a todos. Viene el médico quien declara que se trata de fiebre tifoidea y recomienda las precauciones del caso. La obra sigue con suma lentitud, pero el treinta del mismo mes ya se principiaba a techar una parte del edificio. Finalmente el 7 de julio el padre puede abandonar el lecho, aunque muy decaído de fuerzas. Hay alegría general en la casa. Pero la tensión externa sigue. Señal de ello es que el veinte de julio, fiesta nacional, el concejo resuelve gastar en músicas para las escuelas lo que en el presupuesto se había destinado para el Te Deum. El 29 debe partir el Padre inspector en visita

a las casas de la costa y deja dispuesto que se lleve el edificio hasta los últimos límites para no tocar nada de lo del municipio. En vista de ello se llama al personero para que sea testigo del trazado. Pero este buen señor se niega a venir. El Padre notifica de todo ello al presidente del concejo quien ahora asegura que si se trata de llevar el edificio hasta la calle, él se compromete a obtener todos los permisos del caso para llegar hasta la tangente máxima. Y el edificio seguía avanzando imperturbable. Mientras crecen las paredes, se está embaldosando ya el corredor. Los cimientos llegan a la calle. El tres de agosto llega la sexagésima séptima nota en que se propone una nueva fórmula pero hay que contestar indicando lo dispuesto por el Padre inspector. Mientras la lluvia de notas continúa, las paredes empiezan a levantarse por ese lado. El ingeniero departamental viene y, tomando por base la nueva pared que ya aflora, propone un nuevo trazo. Los de aquí aceptan. Los de allá no, porque tienen que ceder más que antes aunque a su vez el presidente del concejo sugiere que siga la obra por donde va y no hay más que hacerlo así y echar el telón.

En tanto que estas cosas suceden por el enemigo malo, hay otros adelantos que alegran la casa. Llegado el ocho de julio el Padre Vicente Bonino, quien venia de Cuba, admira los adelantos de la casa, pero observa que hay una gran falla y es la de la luz eléctrica. Para solucionar esto, bondadosamente ofrece costear un buen motor, idea que, como era natural, fue acogida con el más férvido entusiasmo. El Padre Savio, prefecto de la casa fue a Bogotá, dio vueltas y consultó aquí y allá, y luego pudo contratar

uno, el último que quedaba en el almacén, marca Delco y de muy buena calidad. Pronto estuvo el motor en casa y con toda diligencia se procedió a su instalación y a la distribución de los cables

enfermedad del Padre director no se había podido celebrar todavía la festividad del Sagrado Corazón, se determinó hacer dos días de fiesta el 15 y el 16: así la fiesta de la Asunción vino a ser celebrada



*Rvmo. P. Jacinto Bassignana
3er. Inspector de Colombia.*

por toda la casa..... Se dispuso un local a propósito para colocar el motor y así, para los primeros días de agosto estaba todo dispuesto. Los cables, el motor, los acumuladores..... Como a causa de la

con el deslumbramiento de las luces por todas partes. Al caer la tarde se reunió todo el personal ante el monumento de Don Bosco en el patio de entrada, pues no quería dejarse pasar por alto la con-

memoración de su natalicio. Un canto general dio comienzo a los festejos a lo que siguió la colocación de una bella corona de flores al pie del monumento, por mano de dos novicios. Unas palabras conmemorativas, una declamación y, a los acordes de otro canto, se emprendió el desfile hacia la capilla. Allí se dio comienzo a la ceremonia de ritual. Organizada la procesión hacia el sitio donde se hallaba el motor, se fue cantando el Benedictus solemne. Una vez allí, el padre director impartió la bendición al aparato y acto seguido se pusieron los contactos, se impulsó el motor, y toda la casa se vio inundada de luz. El gozo de todos fue indescriptible. Nadie se cansaba de mirar el nuevo aspecto que presentaba la casa toda iluminada. Ya se disponían todos a pasar al teatro para dar principio a la velada inicial de la fiesta del Sagrado Corazón, cuando un apagón dejó todo en tinieblas. Hay para desilusionarse! Qué había pasado? Sin duda el excesivo entusiasmo, por ver toda la casa hecha un ascua de luz, había exigido al motor demasiado esfuerzo y una de las válvulas se había fundido. Corren los técnicos, localizan el daño y a los pocos minutos ha vuelto la luz a la casa y la alegría a los espíritus. La academia se desarrolla dentro de la más viva alegría. A las once de la noche, cuando todos se retiran a descansar, el fiel motor sigue todavía su trabajo.

El año de 1921 se presentó ensombrecido con crespones de luto. El 20 de enero exhalaba su último suspiro el Padre Hermann Wewer. Llegado desde 1912 a nuestra patria también esta vez con esperanza de reposición pues tenía desde años atrás afectados los pulmones, entre malestares y mejorías pasajeras había

logrado terminar sus estudios eclesiásticos y aun en vísperas de su ordenación sacerdotal en enero de 1917 se vio al borde de la tumba. De tal suerte que quienes el 21 de ese mes lo vieron acercarse al altar para recibir la sagrada unción de manos de Monseñor Leonidas Medina, lo tuvieron por milagro atribuible a Domingo Savio de quien él era muy devoto. En efecto, en las buenas noches que dio a la comunidad en esa misma fecha, explicando lo sucedido, narró cómo ya en otras ocasiones se había visto favorecido de manera admirable ante la invocación del santo alumno de Don Bosco. Fue tanto el fervor con que llegó a la cima del sacerdocio, que no quiso celebrar de inmediato su primera misa, sino que, con intenso respeto esperó aun dos días antes de atreverse a subir las gradas del altar para cumplir el sublime acto en nuestra capillita del noviciado. Era un verdadero artista y ya se han nombrado varias de las obras de pintura y decoración realizadas por él en estos años. Ultimamente no se le había encomendado otra incumbencia que la de vigilar los trabajos de la nueva capilla. Finalmente hacia mediados de diciembre anterior se sintió más postrado y de nada valió su admirable fuerza de voluntad que en otras ocasiones había logrado mantenerlo en pie a pesar de la debilidad de su físico. Por esto comprendió que el fin se aproximaba. Los últimos días guardó lecho por algunas horas pero no se resignaba a hacerlo del todo. Aun la víspera se le vio dando alguna vuelta por la casa con señales de gran postración. Esa noche empezó a sentir gran dificultad para respirar y el día 20 la agonía se manifestaba claramente. Esa misma mañana recibió con inmenso fervor



La comunidad rodea a Monseñor Misuraca encargado de negocios de la Santa Sede, después de la solemne bendición de la capilla interna. Febrero 16 - 1922.

el Santo Viático y luego, al ver que el mal se precipitaba, se le administró la extremaunción a la una de la tarde entre el conmovido fervor de toda la comunidad que se hallaba presente al acto. En plena lucidez mental dio gracias a todos por los servicios prestados y manifestó el deseo de morir en el aniversario de su ordenación. Por último a eso de las siete de la noche, casi sin que nadie advirtiera el trance, entregó el alma al Señor con serena placidez a los 34 años de edad. Arreglado el cadáver se le veló en cámara ardiente toda la noche y al día siguiente se celebraron sus funerales en la iglesia con la mayor solemnidad posible. Avisado el ministro de Alemania envió una bella corona y comunicó la triste noticia a la familia del extinto en Leoningen de Oldemburgo, su tierra natal. Recuerdos suyos: sus ejemplos de virtud y sus obras de arte!

Como para compensarnos de tan sensible pérdida, poco después, el 29 de marzo llegó un nuevo y lucido grupo de alemanes: Uno ya profeso Carlos Zettler y otros novicios o aspirantes entre quienes se contaban Juan Baumann, José Nürnberg y Francisco Staedele.

También este año resultó muy lucida la fiesta del padre director, por el hecho de haber en casa un grupo de maravillosos actores encabezados por un auténtico artista de las tablas, el Padre Savio. De aquí que la representación dramática de la pieza EL PRODIGIO DE LIDDA, causó gran impresión en el auditorio. Esto movió al Padre Bertola a aprovechar tales disposiciones y así dispuso que, por propaganda, fueran a repetir la función a Bogotá el 23 de abril; el acto tuvo lugar en presencia de los señores diputados a la asamblea

departamental y al día siguiente 24, se volvió a representar ante el señor presidente de la república Dr. Marco Fidel Suárez. Todos los asistentes a esas representaciones quedaron magníficamente impresionados y tributaron cálidos elogios a nuestros noveles artistas.

El 31 de mayo se concluyó otra obra de mucha importancia: el horno. Por eso ya el dos de junio pudo estrenarse aunque con horneros de pura afición. Esto representaba una gran mejora pues, quienes vivieron aquellos tiempos pueden aun recordar el proverbial pan duro de casa que ponía a prueba las mejores mandíbulas ya que había de ser traído semanalmente desde Bogotá. Ahora finalmente se podía tener el beneficio del pan fresco.

Un hecho por demás doloroso vino a herir profundamente el corazón de todos en este año y precisamente en el mes de julio. El primero de este mes se había señalado para el ejercicio de la buena muerte y al efecto el padre director había invitado al Padre Aime para que, como lo había hecho ya otras veces, hiciera a los hermanos la conferencia reglamentaria. Por eso se dejó dicha conferencia para la noche, pues el padre inspector, no llegó sino al caer la tarde, en el último tren. Visitó la obra de la capilla y se mostró muy satisfecho. Sin embargo, algo se presentía en él. Como se recordará, por allá en su mocedad había escuchado el vaticinio de Don Bosco que le prometía sesenta años de vida. Por eso ahora, que el plazo señalado se había cumplido, hablaba con impresionante insistencia sobre su próxima partida y se le notaba preocupado por dejar todos sus asuntos en perfecto orden como quien debe de-

jarlos de un momento a otro. Pero sobre eso, esta noche todos lo notaban fatigado y, lo que más sorprendió a todos, por primera vez se negó a hacer la conferencia a la comunidad manifestando que se hallaba demasiado cansado y que el médico le había prohibido esos esfuerzos. El Padre Bertola aunque presa de un fuerte constipado, resolvió hacer él mismo la conferencia. Más tarde, al observar el Padre inspector que también el padre director estaba indispuesto le dijo: Vete tú también a acostarte y no te levantes mañana antes de las siete. Y personalmente lo acompañó hasta su habitación. Después se retiró.

Luego dio las buenas noches y todos notaron que hablaba con dificultad y aun notaron con extrañeza, cierta dificultad en coordinar las ideas. Sin embargo tuvo fuerzas aun para hablar con el Padre Savio hasta después de las diez pues quería dar algunas instrucciones acerca de la construcción.

Al día siguiente viendo que no bajaba a celebrar la misa de seis a la comunidad, el sacristán se dirigió a la pieza del Padre y lo halló muy decaído y acusando un fuerte dolor de costado. El Padre Aguilera tuvo que reemplazarlo. Con todo, el Padre se levantó un poco más tarde y aunque con gran dificultad, celebró la santa misa. Luego volvió a acostarse. Cuando el Padre director quiso llamar un médico él no lo consintió afirmando que quería volver inmediatamente a Bogotá y que allá haría lo que fuera del caso. Por si o por no, el Padre Bertola quiso acompañarlo y así en el tren de diez y media se encaminaron a la capital y en un coche llegaron al colegio. El médico llamado de inmediato afirmó que no se trataba de nada gra-

de y así, por lo pronto, todos se tranquilizaron. El Padre director volvió y se procedió a la preparación de la fiesta del Sagrado Corazón que estaba fijada para el día tres. Pero en los días siguientes las noticias que llegan son más y más alarmantes. Se multiplican las oraciones. Se pasan horas enteras ante Jesús Sacramentado pidiendo la salud del queridísimo Padre, todo mundo está pendiente de las noticias. Luego se sabe que los médicos lo han desahuciado. El cinco por la noche el Padre Bertola comunica que el Padre inspector está gravísimo y que admira mucho la tranquilidad con que se dispone a la muerte. Al día siguiente llega el Padre Bertola a las siete de la mañana al colegio de León XIII y encuentra que el Padre ha perdido el habla. La consternación de todos es inmensa. Se rezan las oraciones de los agonizantes y luego tiene lugar una escena por demás impresionante. El Padre Arato, en nombre de todos, pide perdón al moribundo de los disgustos causados y suplica la última bendición, le toma la mano y con ella traza la señal de la cruz sobre los salesianos que llenan la estancia. Todos lloran. El mismo enfermo se da cuenta de la emoción del momento y se muestra conmovido. La noticia de la enfermedad del Padre ha cundido por todas partes y se establece una verdadera romería de personajes que quieren ver todavía al Padre que se va. Los médicos lo han prohibido pero el cariño triunfa. Gran número de sacerdotes del clero secular y regular va llegando. Por dos veces se ha llegado allí el presidente de la república, varios obispos vienen también, e igualmente el encargado de la nunciatura apostólica, Monseñor Misuraca; hay también una comunicación cariñosísima de

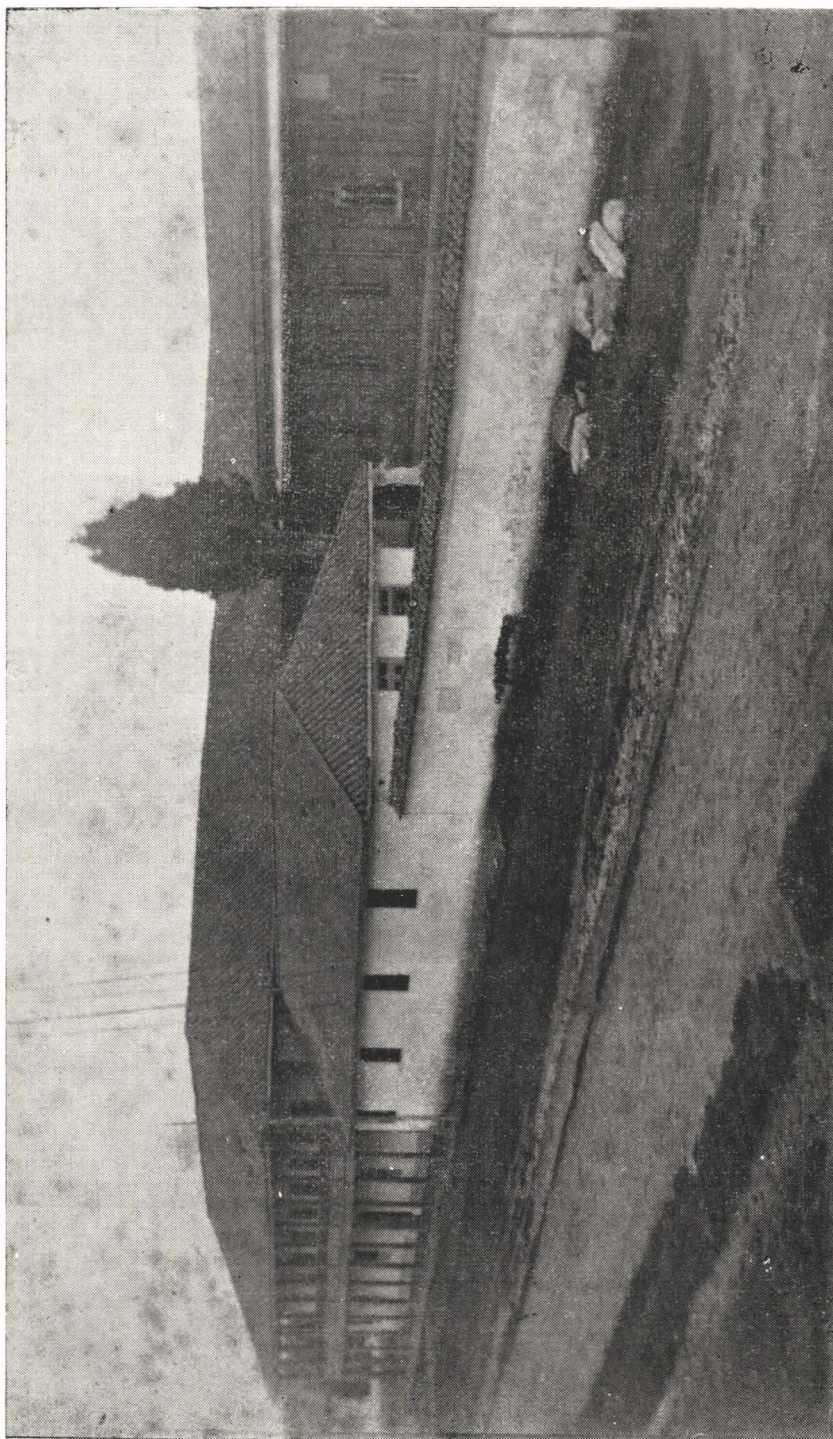
monseñor Herrera, arzobispo primado quien no puede venir por hallarse enfermo; con monseñor Rafael M. Carrasquilla, hay una escena conmovedora: al divisarlo el enfermo empieza por agradecer su visita y luego pasa a hablarle de lo único que lo mantiene todavía preocupado: la orden de los superiores mayores de celebrar con el mayor esplendor posible el centenario de Dante. Viendo que el enfermo se fatiga, monseñor le pide que guarde silencio. - Es decir que me impone silencio?..... dice el moribundo y luego se hace la señal de la cruz y se queda callado. Monseñor profundamente entristecido reza las oraciones del ritual. Finalmente toma la mano del Padre y la besa respetuosamente, este con gran viveza se apodera entonces de la mano de monseñor, la lleva a los labios, fija en el amigo una larga mirada de cariño y luego la levanta hacia el cielo. Monseñor salió de la estancia con los ojos bañados en lágrimas. Entre esa multitud de amigos que acuden están personajes como el general Alfredo Vásquez Cobo, el doctor Lombana Barreneche, Laureano García Ortiz y Pedro León Acosta. Mientras tanto la iglesia rebosa de gente que ora por la salud del Padre en un espectáculo de conmoción nunca vista. La portería del colegio está atestada y el teléfono tampoco cesa de repicar. Todo Bogotá está pendiente de esa vida que se extingue. Hay fluctuaciones de temor y de esperanza pero los médicos aseguran que no llegará a la mañana del siguiente día. También las Hijas de Maria Auxiliadora han venido a darle su adiós y luego se ha permitido que también los niños del colegio desfilen ante su lecho besando silenciosamente esa mano bienhechora. Los médicos se muestran más y más

preocupados. Uno de ellos exclama: - Hay que luchar como si de los cuidados que le prodiguemos esta noche dependiera seguramente la curación. Y otro, desolado comenta: - Son estos los casos en que uno reniega de la ciencia: ver que la muerte clava sus garras en un ser querido; querer arrebatarlo y no poder..... Y para eso estudiar toda la vida?.....

A las dos de la madrugada del día siete, unos golpes van llamando a la puerta de los salesianos de la casa. Sigilosamente, para no alarmar a los niños se pasa la noticia: - El desenlace se acerca. En pocos momentos toda la comunidad rodea el lecho. El Padre Bassignana, de sobrepelliz y estola reza las oraciones de los agonizantes. El sol de aquella vida va declinando lentamente, con la soberana placidez de las almas justas. A las tres y cuarenta, la respiración cesa y el corazón se detiene. Ahora el alma del Padre ha volado al cielo. Un DE PROFUNDIS entonado con voz estremecida anuncia a todos la desgracia y responde en cada pecho un sollozo. La familia salesiana de Colombia ha quedado huérfana.

Pocos minutos después, mientras se amortaja el cadáver, el Padre Bertola empieza a celebrar la primera misa por el alma del Padre, en la pieza contigua. Poco a poco, con el clarear del alba, la triste noticia se va esparciendo por la ciudad y una atmósfera de duelo se extiende por todas partes. Al doble doblente de las campanas, una incontable multitud empieza a acudir de todas partes.

Imposible dar cuenta detallada de las escenas desarrolladas durante el tiempo que duró la cámara ardiente. La iglesia del Carmen se convierte en un centro de interminable y nutridísima romería.



Aspecto de la casa en junio de 1924

Todas las clases sociales se dieron cita ante ese cadáver bendito. Hay que poner fuerte servicio de escolta para ordenar aquella multitud y dos salesianos que se encarguen de retocar los objetos piadosos que trae: Medallas, rosarios, crucifijos, devocionarios, flores..... hasta hay madres que hacen retocar a sus pequeños. Y esto en forma ininterrumpida durante todo ese día y el medio del siguiente, hasta las doce en que el cadáver es triunfalmente transportado a la basilica pues el señor arzobispo, como señal de especial deferencia, ha ofrecido esta iglesia para el solemne funeral. A él asiste lo más connotado de la sociedad: El presidente de la república con varios miembros del gabinete, el señor obispo auxiliar y muchos canónigos, gran cantidad de clero y una concurrencia de fieles que colmaba por entero las espaciosas naves. Entre tanto se había discutido el problema del sitio para la tumba. Donde sepultar al Padre en forma que satisfaga la piedad de los hijos? El Padre Arato había hecho notar la falta de un sitio digno en el viejo caserón del Carmen y el Padre Bertola propuso: - Por qué no llevarlo a Mosquera? No ha sido esa casa el objeto de sus mayores predilecciones y no anheló tanto ver terminada la capilla?.... Allá es el sitio para su tumba y los novicios se encargarán de la custodia de ese cuerpo tan amado. Inmediatamente se empezaron a tomar las providencias del caso, se habló con la gerencia del ferrocarril quien se apresuró a ofrecer un tren expreso para conducir a quienes hubieran de acompañar al Padre hasta su última morada. Por eso, una vez concluido el funeral, el desfile se desenvolvió hacia la estación del ferrocarril.

Un destacamento del ejército, alineado en la plaza de Bolívar rindió honores al cadáver y luego abrió la marcha del desfile; a él seguían los colegios, las cofradías, los exalumnos y una compacta multitud que cubría cerca de un kilómetro de trayecto. En el andén de la estación hubo que librar una verdadera batalla pues todo mundo quería subir a los vagones y seguir hasta Mosquera. Ocupan el tren los salesianos y alumnos del colegio, un grupo de Hijas de María Auxiliadora y de sus alumnas y más de trecientos invitados. La partida, apresurada por el jefe de estación, fue uno de los momentos más conmovedores: Es un sollozo gigantesco y unánime de la inmensa multitud que se queda, un gran lamento que va muriendo poco a poco hasta convertirse en un solemne y dolorido silencio. Cerca de las tres y media de la tarde llega el convoy a Mosquera y aquí se repiten las escenas de Bogotá. El pueblo en masa acompaña el féretro a la iglesia donde se cantan las exequias y de allí se pasa en solemne cortejo a la capilla interna en construcción; la fosa está preparada a la entrada del presbiterio en medio de los dos tramos del comulgatorio. El ataúd de zinc, desciende pausadamente y unas paletadas de tierra empiezan a cubrirlo. Conmovido y solemne mientras tanto va resonando el majestuoso responsorio «Libera me, Domine». Hay un golpe en las lozas que repercute en los pechos doloridos de todos. En seguida y por su orden, tres buenos amigos nuestros dan sentidos adioses al difunto: Son los señores, Pedro Maria Ortega, Ignacio Skorny y Eugenio Beltrán, quienes interpretan el sentir de

cuantos conocieron al Padre y pudieron apreciar sus virtudes.

Por su parte las entidades oficiales y la prensa cubrían todo color político con el tinte de un luto unánime y sincero. Hubo comunicado del ministerio de relaciones exteriores al rector mayor para transmitir la infausta noticia. Decretos del presidente de la república, del gobernador de Santander y del alcalde de Mosquera, resolución del director general de los lazaretos y una proposición del concejo municipal de Mosquera, para tributar honores al desaparecido. Entre los periódicos que se unieron al duelo hay que nombrar LA NACION, LA CRONICA, EL NUEVO TIEMPO, EL DIARIO NACIONAL, EL TIEMPO, EL COLOMBIANO, LA ORIENTACION, EL GRAFICO, EL MERIDIANO de Ibagué, EL DEBER de Tunja, LA UNIDAD CATOLICA de Pamplona, VERITAS de Chiquinquirá, LA VOZ DEL HUILA de Neiva y ANTIOQUIA POR MARIA de Medellín.

De todo punto imposible sería dar relación de las innumerables manifestaciones de pesar recibidas de personas de toda condición. Baste decir que la familia salesiana sintió cómo Colombia entera lloraba con ella.

Y así, vino a ser el noviciado el guardián de esos restos venerables, y desde entonces nuestros jóvenes en formación se han acostumbrado a mirar con cariño, ese sitio que les recuerda los desvelos de quien tanto se preocupó por el desarrollo de esta casa. Muchas veces sale del corazón de esos jóvenes, muchos de los cuales ya no lo conocieron, pero sí supieron de sus bondades y méritos, una oración por su alma.

Poco después, el 26 de julio se reci-

bió comunicación de Turin, con el nombramiento del Padre Martin Caroglio para suplir la falta del Inspector, mientras se hacía el nombramiento de uno nuevo.

Dijimos al tratar de la enfermedad del Padre Aime, que acaso la única preocupación que entonces manifestó fue la de la celebración del centenario de Dante. En efecto, se había recibido hacia algún tiempo comunicación de los superiores mayores, de que era deseo del Padre Santo Benedicto XV, el que tal centenario fuera celebrado en todas partes con el mayor esplendor posible, y se daban luego instrucciones para el caso. A esta empresa se dedicó por entero el Padre Aime en sus últimos días y de aquí el anhelo expresado en su enfermedad de que no se interrumpieran los preparativos. Por eso, el Padre Bertola asumió luego la responsabilidad de la iniciativa con admirable resultado. Nombrado presidente de la junta organizadora, desplegó en ello toda su actividad, poniendo en juego todos los resortes. Con gran despliegue de prensa, se fueron preparando los ánimos para el 14 de septiembre, día señalado para la conmemoración. No faltaron las contrariedades y aun hubo momentos de desaliento como cuando se supo que el congreso negaba expedir una ley de honores al eximio poeta, orgullo del genio latino. Pero finalmente y merced a la decidida cooperación del elemento culto de Bogotá, se pudieron realizar los números del programa y resultaron espléndidos: El descubrimiento de una lápida en el edificio de la academia colombiana de la lengua, en donde pronunció un discurso de ática factura el Dr. José Joaquín Casas, académico de número y se-



El pozo artesiano y sus constructores. - 1925

nador de la república. A la tarde, una retreta en el capitolio nacional y luego, por la noche una brillante academia en el teatro de Colón en donde alternaron coros de más de cien cantores de nuestro colegio y de la Escuela Apostólica de la catedral, con una preciosa serie de escenificaciones de diversos pasajes del inmortal poema dantesco en cuya preparación habían trabajado artistas de la compañía de ópera Valle - Csillag. En los intermedios hubo discursos del Padre Bertola, del Doctor Emilio Ferrero, de monseñor Rafael M. Carrasquilla, director entonces de la academia de la lengua, y declamaciones del presbítero Jorge Murcia Riaño y José Joaquín Casas. Los salesianos podían declararse plenamente satisfechos del éxito obtenido en la exaltación del inmortal florentino y la prensa así lo comentó en términos de alto elogio.

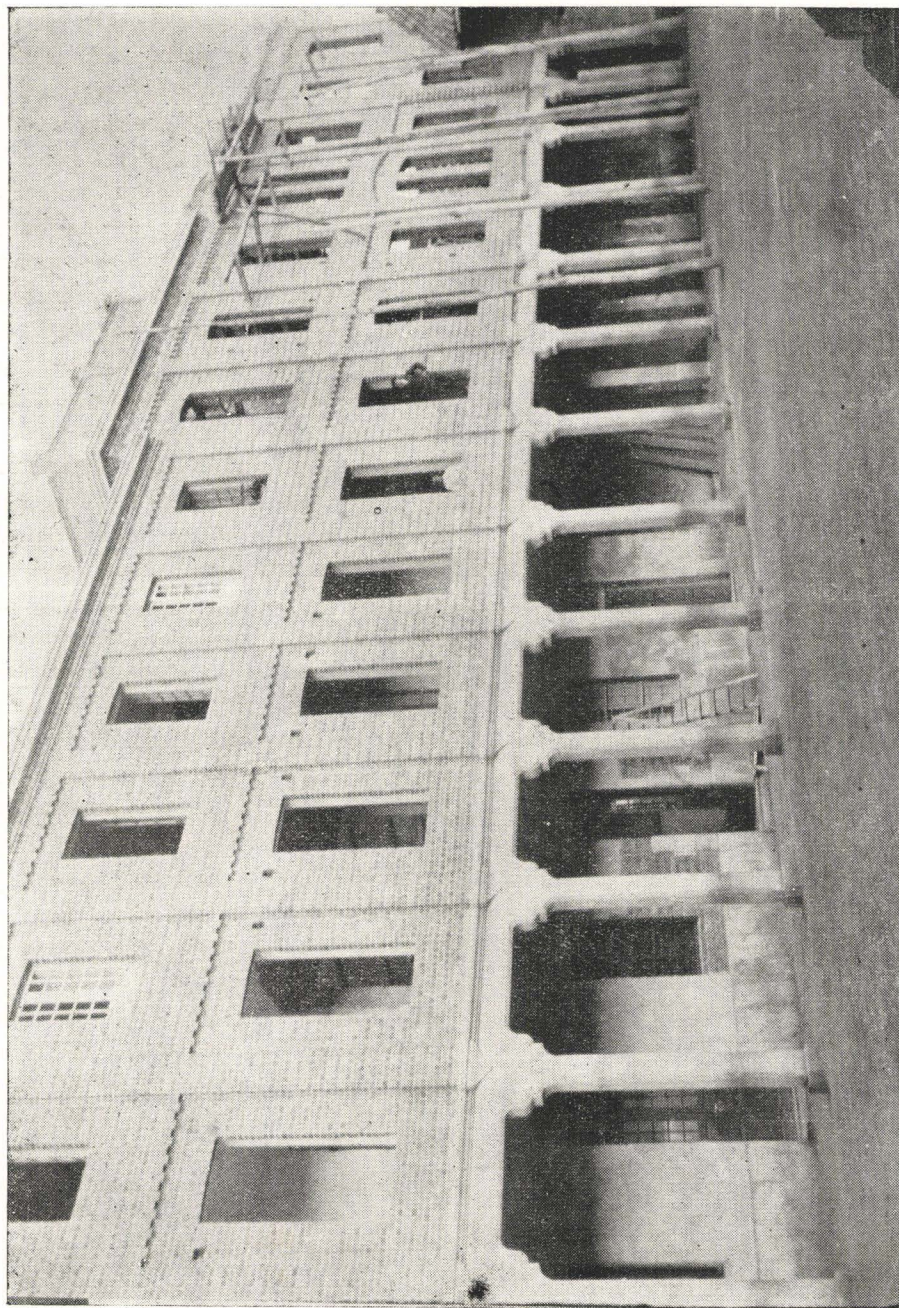
También en casa se hizo una conmemoración del centenario el 23 de octubre y resultó un elevado exponente de la cultura impartida a nuestros estudiantes. El Padre Savio preparó con fino criterio artístico, cinco escenificaciones de La Divina Comedia así: LA SELVA OSCURA. -SINONE DI TROJA E MAESTRO ADAMO. IL CONTE UGOLINO. -ARRIVO DI DANTE E DELLE ANIME AL PURGATORIO y LA ORAZIONE DI SAN BERNARDO. - Apoteosis. El Padre Bertola desarrolló el tema Dante y la Divina Comedia y el Doctor José Joaquín Casas declamó la poesía BENEDICTO XV Y DANTE.

Un pequeño detalle, de esos que dispone la providencia amorosamente, el 20 de septiembre salvó nuestra casa de desaparecer en un incendio. Un descuido en el hornillo de la carpintería hizo que imperceptiblemente se prendiera fuego

a la madera allí depositada y solo el que Don Pachito hubiera tenido la ocurrencia de pasar por allí antes de irse a acostar, hizo que se advirtiera el peligro a tiempo y se pudiera extinguir el fuego sin mayores pérdidas. Diez minutos más y la casa hubiera quedado reducida a cenizas.

El 15 de octubre otro luto sensibilísimo vino a entristecer a los nuestros. La que desde un principio se había mostrado como madre de la comunidad y había estado siempre dispuesta a ayudarla aun a costa de graves sacrificios, Doña Sergia de Olaya, moría después de muy breve enfermedad. Los funerales se verificaron con toda la pompa que la gratitud pedía, al día siguiente a las ocho y media de la mañana. El nombre de esta insigne bienhechora vive todavía y vivirá en el corazón de los salesianos que han pasado por esta casa.

Y luego el 30 del mismo mes, llegó otra tristísima noticia que vino a añadir un duelo más a los de este año fúnebre. El día anterior había entregado su espíritu a Dios el tercer sucesor de Don Bosco, Rvmo. P. Pablo Albera, el que, siendo visitador en Colombia había decidido la fundación de esta casa. Esto hacía más honda la tristeza de los salesianos de Mosquera y más fervorosos los sufragios aplicados por su descanso eterno. El primer funeral se celebró el 31 en la capilla interna, y el 4 de noviembre otro en la iglesia pública con gran concurrencia de fieles. Ese mismo día se recibió una gentil nota del nuevo concejo municipal en que se asociaban a nuestro duelo. También se supo que el buen superior había alcanzado a expedir el nombramiento de nuevo inspector para Colombia en la persona



Tramo frontal en construcción. — 1928

del Padre Jacinto Bassignana. Esto templó la tristeza del momento, pues el Padre Bassignana era inmensamente querido por todos, ya que, venido desde muy joven a Colombia, como en su lugar se narró, durante toda su permanencia en el país y especialmente desde su ordenación sacerdotal, recibida el mismo día de la del Padre Silvestre Rabagliati, había desplegado en beneficio de la obra salesiana toda la energía y bellas cualidades de su carácter.

Como primer acto, se le invitó a bendecir la nueva capilla que, ya concluida, se había de poner en servicio para los ejercicios espirituales. Pero por estar ocupado en la casa de Agua de Dios, delegó este encargo en el Padre Martín Caroglio. Esta bendición e inauguración de la capilla se hizo el 19 de noviembre, concluida ya la obra a solos veintidós meses de su iniciación. En el tren de la tarde llegó el Padre Caroglio y, asistido por el Padre Bertola y el Padre Aguilera, procedió a bendecir la capilla con la simple fórmula «Benedictio loci», para dejar la bendición de lugar sagrado para cuando pudiera hacerse con mayor solemnidad. Luego, entre luces y cantos, se hizo el traslado procesional del Santísimo Sacramento desde la capilla provisional, mientras la nueva se iluminaba esplendorosamente estrenando la instalación eléctrica acabada de hacer. La función terminó con la bendición solemne y una salve de acción de gracias a san José. Había para estar contentos, pues la capillita había resultado una joya de arte en estilo gótico moderado y con sus airo-sas columnas salomónicas. Mide veintiocho metros de largo por siete con veinte de ancho y siete de alto, construcción de ladrillo y ornamentaciones de cemen-

to. Solo faltaba entonces para completarla, que llegaran de Venecia los bellísimos vitrales de colores. De entonces acá, de cuántas emociones ha sido testigo ese recogido asilo de oración en donde han desahogado sus ansias de apostolado y de virtud las generaciones jóvenes de nuestra familia salesiana!

Al día siguiente, domingo, celebró el Padre Caroglio la santa misa y durante ella los cantores hacen resonar por primera vez esas bóvedas con escogidos motetes que suenan en los oídos de todos como algo nuevo e impensado. La alegría es desbordante. Después de la misa pasan todos a la sala, donde se descubre un artístico retrato del Padre Aime con intensa emoción de los presentes. De allí vuelven a rendir homenaje de recuerdo al Padre en su tumba; después de un canto pronuncia un sentidísimo discurso el acólito Luis Bonilla, cuyas palabras penetran y conmueven todos los corazones.

Por la tarde, vísperas solemnes, alocución de circunstancia por el Padre director, canto del Te Deum y bendición con Su divina Majestad. En fin, un día de memorias imborrables en medio de su sobria sencillez.

Estrenada la capilla, se vio la necesidad de ampliar el patio de la derecha y para ello se empezó a derribar, el cinco de diciembre, un tramo viejo que quedaba perpendicular a la misma capilla; con esto quedaría más amplio el patio de los aspirantes.

Como se ve, el año de 1921 fue rico en acontecimientos importantes para la casa; con buenos augurios se dio comienzo al de 1922, pero la alegría del nuevo año se vio muy pronto ensombrecida con la noticia de la muerte de Su Santidad

Benedicto XV, noticia que llegó, en forma de simple rumor en la noche del 22 de enero y que fue tristemente confirmada al día siguiente. Por ocho días, las campanas de la iglesia lloran la muerte del pastor supremo y se ofrecen copiosos sufragios por su grande alma.

Al término de ese mismo mes, se recibió también la noticia del cambio de director de esta casa. El Padre Bertola estaba destinado a la dirección de la casa de Bogotá y en su lugar ven-

dria aquí nuevamente el Padre Arato.

Por lo que queda dicho, puede apreciarse algo de lo que significó para esta casa el Padre Bertola, el impulso enorme que había sabido dar a su desarrollo intelectual, material y espiritual. Dejaba una obra perdurable, una fuerza de expansión irresistible, incontables recuerdos de bondad y, en consecuencia, una nube de tristeza en el ambiente, por su partida.



Reverendo Padre José Celma

RUMBOS DE CONQUISTA

El directorado del Reverendo Padre Mauricio Arato se anunciaba prometedor y rico en hechos fecundos como lo habían sido los otros periodos en que él había dirigido esta casa, pero desdichadamente no había de durar mucho. Por lo pronto, se dedicó a continuar las obras dejadas por su antecesor y así el 16 de febrero se llevó a cabo la solemne bendición de la capilla interna. En el tren de la mañana llegó de Bogotá el encargado de negocios de la Santa Sede, Monseñor Vicente Misuraca, acompañado del reverendo Padre Bertola. En la estación lo esperaban el Padre Bassignana, nuevo inspector y el Padre Arato. Al entrar la comitiva a la casa, fue recibida al canto del himno pontificio y luego se procedió a la ceremonia de la bendición, que se prolongó hasta cerca de las diez y media. A medio día se sirvió un almuerzo festivo, con la consiguiente alegría de sentirse en compañía del representante del Papa. Por la tarde se presentó el drama «Ladrón fingido» que resultó interesantísimo. En este acto habló el acólito Cosme Alterio de la inspectoría venezolana. Ese mismo día recibieron sotana los nuevos novicios entre los que se contaban Heladio Agudelo y Francisco Staedele.

Por esos mismos días era preocupación general la elección del nuevo rector mayor. Para ello el día quince se realizó aquí el capítulo inspectorial. Reunidos los delegados de las diversas casas y los directores, se procedió a la elección de delegado inspectorial, para lo que resultó elegido el Padre Francisco Cattaneo. Por la tarde hubo otra sesión

para regular las cuotas de las casas a las de formación y en dicha reunión el Padre José Marmo lanzó la idea de proveer a la casa de Mosquera de buenos gabinetes de física y química, idea que fue acogida con entusiasmo por todos y así se convino que cada casa contribuiría para los gastos que esto demandaba. La propuesta tuvo felicísimo resultado y así el Padre Inspector prometió que en su viaje a Europa, para la elección del rector mayor, haría el pedido de los aparatos y demás elementos necesarios. Este viaje lo emprendió el Padre, junto con el delegado inspectorial, el día 20 del mismo mes. Con ellos iba el Padre Isidoro Cama, recién profeso.

Poco después, el 25 de abril, llegaba la noticia de que la elección se había realizado y había recaído en la persona de Don Felipe Rinaldi, hombre de altísima espiritualidad, de brillante trayectoria en la historia de la congregación y grande amigo del Padre Arato como que se habían conocido y tratado muy de cerca en España. Esto aumentaba el alborozo de los de esta casa. Mientras estas cosas sucedían adentro, el pueblo se enriquecía con una nueva adquisición de progreso, la luz eléctrica. Por eso se había hecho ya contrato para que se hiciera cuanto antes la instalación en la iglesia y luego el 29 de abril, se hizo la inauguración del servicio en la población. Para ello las autoridades del municipio pidieron que se les concediera celebrar el acto en uno de nuestros salones y al efecto se dispuso del que queda en el segundo piso del tramo de



El Padre Julio Caicedo con la compañía de san Luis en 1929

la capilla y a continuación de la misma, que estaba recién construido. Se instalaron provisionalmente cuatro focos de 400 watos y desde las ventanas del salón se impartió la bendición a la instalación de todo el pueblo. Luego allí mismo se sirvió un te en el que participaron las personas más notables de la localidad,

Al día siguiente fiesta general de acción de gracias: Una misa solemne con Te Deum, todo costado por el municipio, y luego, cercada la plaza, becerrada, juegos públicos, etc. La fiesta resultó muy animada y exenta de inconvenientes graves.

En junio, y mientras el Padre inspector se hallaba todavía por Italia, se recibió noticia de que desde Turin se habían determinado cambios interesantes de personal para la inspección. Como resultado de tales disposiciones, el Padre Savio, hacía tanto tiempo prefecto de la casa, quedaba nombrado economo inspectorial en vez del Padre Caroglio que debía pasar a Venezuela y como prefecto de esta casa habría de venir el Padre Próspero Massari. Con todo, se permitió que el Padre Savio permaneciera aquí hasta concluirse el año. En este mismo correo se indicaba que, para que hubiera alguien capaz de manejar los nuevos gabinetes, se enviara a hacer estudios de especialización al acólito Luis Rottmayr, quien tenía una admirable disposición para estas materias.

Otros datos salientes de este año son, la erección del nuevo viacrucis el 28 de noviembre y la celebración del centenario de San Francisco de Sales el 28 de diciembre, con gran despliegue de esplendor litúrgico, academia de ocasión,

juegos etc. Ese día se hizo la recepción de sotana de los novicios del año siguiente, entre quienes estaba Juan Francisco Bonilla.

A principios del año 1923, regresó a esta casa el reverendo padre Enrique Heredia, en calidad de maestro de novicios, pues el Padre Aguilera que hasta entonces venía desempeñando el cargo se hallaba muy decaído de salud. Quedó solo como encargado de la iglesia.

El año se empezó con serias dificultades. El eterno problema del agua en estas tierras de la Sabana, hizo que por mucho tiempo hubiera que volerse con manantiales naturales o perforaciones de pozos subterráneos, pues resultaba imprudente aceptar las aguas medio estancadas de los riachuelos que la cruzan. Los nuestros, venían empleando desde un principio la de un manantial que brota a eso de una hora de camino, hacia el sur, en sitio llamado «Mal Paso», punto obligado de detención y meta de paseos, por la vecindad de la Laguna de la Herrera y de los cerros que rompen un tanto la monotonía del paisaje. Pero ahora se empezaba a desconfiar de la pureza de tales aguas, al presentarse los primeros casos de fiebres tifoideas. Desde enero de este año, una epidemia que amenazó con tomar alarmantes proporciones, puso a los superiores en graves cavilaciones. Para fines de enero había veintidós personas en cama y la situación con diversas alternativas se prolongó aun por dos meses y hubo día en que se llegaron a temer graves complicaciones, especialmente por la gravedad que revistió el mal en cuatro de los casos. Afortunadamente, nada hubo qué lamentar por entonces, pero la amenaza continuaba pendiente y había de hacernos



Monseñor Domingo Comín y los reverendos padres Bertola y Caicedo con los ordenados en enero de 1930

pasar más de un día amargo como luego se verá.

El 27 de junio entró a funcionar como prefecto el diácono Luis Rottmayr, en reemplazo del Padre Massari que tuvo que salir para la casa de Ibagué. El espíritu de trabajo y las dotes múltiples del nuevo prefecto, hacían esperar mucho y muy bueno de él. No salieron frustradas las esperanzas y de muchas realizaciones cuyo recuerdo se mantiene vivo, le es deudora la casa.

Pero los cambios no pararon aquí, y el 23 de agosto, al recibirse el catálogo salesiano de las casas americanas, se vio que allí constaba que el director de esta casa era el Padre Juan Barile, residente hasta entonces en Arequipa, como maestro de novicios. El Padre Arato, después de trabajar tantos años en nuestro país debía pasar al Perú a llenar la vacante dejada allá por el mismo Padre Barile. La noticia, a medida que se fue conociendo, fue llenando a todos de la más honda tristeza, pues todo mundo apreciaba la entera personalidad del Padre Arato, su ascetismo tan a propósito para la formación del personal, su espíritu de estricta observancia y al mismo tiempo su inagotable bondad y sencillez. Sin embargo hubo que resignarse y así, se anticipó la fiesta que se le venía preparando para el día onomástico y se vino a convertir en una sentida despedida, lo que se efectuó el 16 de septiembre: el padre, al dar las gracias, manifestó cómo al día siguiente llegaría el nuevo director y que deseaba que se le recibiera con la mayor solemnidad posible. En efecto, al día siguiente por la tarde, llegaba el padre Barile acompañado del padre Inspector. El Padre Heredia le dio el saludo de bienvenida du-

rante la cena. Lástima que también el directorado de este padre hubiera luego resultado tan corto. Como cuenta el Padre Rico: «El reverendo Padre Barile, persona seria y activa, se propuso mejorar en varias cosas la marcha de la casa y principió por verificar un expurgo riguroso en la sección de aspirantes, y por darle grande importancia a la enseñanza del gregoriano en que él era maestro. Lástima que, antes de haberse hecho al nuevo ambiente, se sintió desconcertado por parecerle que el clima no le aprovechaba y pidió ser retirado.

Partió, pues, para Italia, el 17 de diciembre. No teniendo el reverendo padre Inspector de quién echar mano para reemplazarlo, se constituyó él mismo en director de esta casa».

En octubre de este año llegaron, en calidad de aspirantes, dos jóvenes estudiantes de teología del seminario de Tunja: León Córdoba y Miguel Mariño, hermano, este último del Padre Víctor Mariño, de quien ya hemos hablado. Eran nuevos regalos que esa fecunda tierra boyacense hacía a nuestra comunidad.

Para finales del año y principios del siguiente hubo un hecho interesante que puso bien en evidencia las dotes del prefecto, diácono Rottmayr. Los Hermanos de las Escuelas cristianas habían organizado unas excursiones científicas, en cuyo empeño llegaron a pasar por aquí y aun, alguno de ellos, dio a los nuestros una conferencia acerca de lo que habían logrado y pensaban obtener todavía. El hecho era que en los montes vecinos, había restos fósiles de animales antediluvianos, y los hallazgos eran de gran interés para la ciencia.

Entusiasmado el clérigo Rottmayr con

la idea, y, por qué no decirlo, algo picado también en el amor propio, lanzó la idea de una serie de excursiones de igual naturaleza. Alguien le hizo observar que no lo creía capaz de encontrar ni un mal hueso roído y este fue el guante del desafío. Esto bastó para dar el asunto por hecho y pasar a pensar seriamente en su realización. Para ello contó desde un principio con la colaboración del coadjutor español, igualmente dado a estas investigaciones, señor Francisco Taibo.

Se hicieron primero algunas en compañía de los mismos Hermanos, pero luego, para que la satisfacción fuera más completa se organizaron otras de los nuestros exclusivamente. Un grupo de valientes animosos se alistó en la empresa y se empezaron las excavaciones. Días enteros se emplearon en la afanosa búsqueda y aun hubo vez que se pasaron por allá la noche entera. Los cálculos no fallaban y pronto los primeros descubrimientos les fueron dando alas para proseguir en la labor. El triunfo era cada vez más rotundo. Fémures, colmillos, vértebras, iban lentamente asomando y enardeciendo el entusiasmo de los geólogos en ciernes. Se sudó, se luchó, pero nadie podía privarlos de la gran conquista, de tal suerte que, para la gran exposición misionera realizada en Roma en el año de 1925, la casa de Mosquera contribuyó con cinco grandes cajas en que iban más de sesenta muestras fósiles de mastodontes de varias especies, paleoterios, amonitas y otros fósiles pequeños y varias especies de fósiles vegetales, y eso sin contar las varias muestras que de todo ello se dejaron para nuestro museo y admiran a cuantos lo visitan. El tesón había triunfado en toda la línea!

Y es esta la época en que rinde lo mejor de su actividad el Padre Rottmayr, quien recibió la ordenación sacerdotal el cinco de febrero junto con el Padre Alfonso Rodríguez. Carácter resuelto y optimista, imaginación rica y gran simpatía personal, sabe el secreto de comunicar a los demás sus ideas y entusiasmos: Es de los que, ante cada dificultad piensan de inmediato en la solución más práctica y la emprende con ánimo: Ve el grave problema que afronta la casa por la escasez e insalubridad del agua y trata de la forma de proveer a ello inmediatamente: Se propone la construcción de un gran depósito de aguas llovidas y, diciendo y haciendo, se rodea de colaboradores, traza el plan y se lanza al trabajo. Cavan, remueven, terraplenan, vienen serios derrumbes, se vuelve a cavar, nuevos derrumbes tratan de echar abajo también la constancia de todos, él los reanima, se hacen paredes de contención, el trabajo es incansable; noches hay que a hora tarda, las luces provisionales y los golpes de pica, significan una decidida resolución de dar pronto término a la obra. Entre grandes dificultades y fatigas se cubre la cisterna, y finalmente, en el término de un mes exacto, la obra puede darse por concluida y las aguas empiezan a colectarse el 19 de marzo.

Viene luego la idea de una nueva construcción que desahogue más y más el personal cada vez más abundante, para esta época había ya más de un centenar de personas en la casa, y el Padre Rottmayr se pone al frente de un grupo de jóvenes salesianos, novicios y aspirantes y prestan su magnífica colaboración en la construcción de este tramo, el más grande con que cuenta la casa, pues cubre todo el frente que da a la plaza. Es-

ta construcción se comenzó el 24 de junio y era también diseñada por don Juan Buscaglione.

Mientras tanto, se observa que la solución de la cisterna para el problema del agua es insuficiente pues el agua no resulta ni buena ni abundante y al momento propone otra solución nueva: Los sinclinales en que se afianza la Sabana de Bogotá permiten asegurar la existencia de pozos subterráneos. Por qué no aprovechar este tesoro escondido? El padre cuenta con suficientes conocimientos para saber que es así, pero no tiene la maquinaria indispensable para la perforación. Firma entonces un contrato con la empresa Reyes y Cía. y se instalan los taladros, el 29 de diciembre: el éxito es rotundo; en el término de pocos días, el 9 de enero, cuando se han perforado 117 metros, salta el agua a más de 2 metros de altura en medio de un chorro de gas metano que, al contacto con una llama, arde en magnífico volcán que iba poniendo en zozobra al vecindario. Esta salida de gas, trae otra idea a la mente inquieta del Padre: Por qué no aprovechar su fuerza para tantos quehaceres domésticos? Pues hay que intentarlo. Entre tanto, se ha observado que el agua tiene un sabor desagradable y viene cargada de mucha materia en suspensión, de aspecto de ceniza; de inmediato provee el padre, pide al señor Buscaglione unos planos de filtros, y una vez en posesión de ellos, él mismo se encarga de la ejecución y para el diez de febrero de 1925 termina su instalación. La alegría es inmensa: Todos opinan que el problema del agua está definitivamente resuelto! Pero la otra idea, de aprovechar también de la fuerza del gas, hay que llevarla a efecto: ensaya, combina, prueba, fracasa, vuelve a

intentar, y finalmente el cinco de mayo el motor funciona perfectamente a su empuje.

Ahora, hay que tratar de aplicarlo también en la cocina y, aunque parcialmente, también esto lo logra. Todos están de plácemes: todos admiran al Padre, pues además de estos trabajos, desempeña con gran éxito las cátedras de matemáticas, ciencias naturales y latín. Es también un notable predicador que, en pocos minutos es capaz de preparar así sea un gran sermón, como una conferencia o una sencilla plática: su estilo es claro y atrayente. Nunca se niega para estos ministerios y sus oyentes gustan de él. Aparte de esto ha escrito un manual de agricultura premiado en concurso promovido por el gobierno, y ha introducido notables mejoras, en una nueva edición del texto de apicultura del Padre Rizzardi. Qué más?... Y sin embargo halla tiempo para dirigir a muchos de los alumnos que le abren su alma con entera confianza y sabe encaminarlos por sendas de elevada virtud....

Y con todo, no pudimos conservarlo: a fines de 1925, después de doce años de estar en nuestra patria, llega una orden de Turín y debe marchar. Hacía algún tiempo había hecho petición para ir a trabajar en las misiones y ahora los superiores habían decidido aprovechar sus arrestos misioneros enviándolo a la China. Imaginar el dolor de todos, el cinco de noviembre, cuando lo vieron partir definitivamente de nuestro lado para ir a llevar el evangelio a remotas regiones. Hoy quizá, desde las misiones salesianas del Alto Orinoco donde se halla, no llegue a saber de estas líneas de elogio, pues no nos las aceptaría por más que son de justicia.



Paseo al Guayabal - 1930

Volviendo al año 1924 indicaremos brevemente dos acontecimientos que vinieron a verse enlazados aquí: El jubileo de oro de nuestra santa regla, que se festejó en todas las casas con gran solemnidad y que aquí se vio realizado por la presencia del visitador extraordinario reverendo padre José Vespignani, el famoso seminarista de Faenza, al que bastó «un año en la escuela de don Bosco» para posesionarse del espíritu salesiano y llevarlo a una perfectísima elevación, hasta hacerlo capaz de dar tal impulso a la obra salesiana en la Argentina que es con justicia considerado como el creador de su grandeza. Las impresiones que dejó en Colombia fueron gratisimas, y los comentarios que hicieron cuantos lo conocieron fueron muchos y muy elogiosos. En esta casa pasó ocho días, habló con todos y en todos dejó traza profunda de salesianidad.

Dejamos relatado que en el año de 1923, las fiebres tifoideas trajeron la alarma a los de casa. Este año también hizo su aparición el mal, y causó jornadas de inquietud, por más que el mal este año no alcanzó ni con mucho la violencia del anterior. Y también esta vez los médicos atribuyeron al agua la causa de la enfermedad.

En otros aspectos seguía la casa haciendo notables progresos. El coro llegó a gran perfección artística bajo la experta dirección del Padre Avelino Baracaldo, el primero que ocupaba aquí el cargo de catequista; recuerdo de ello son las solemnes fiestas celebradas entonces, como la inauguración del busto de Domingo Savio el 31 de agosto, en que el coro realizó verdaderas maravillas.

Como valiosas adquisiciones hechas este año en personal, están las de Reinaldo

Acero, Andrés Ferro y Julio Rojas quienes tomaban sotana en marzo y Luis Tulio Grimaldos y Abraham Cely procedentes del seminario de Tunja.

En cambio al comenzar el año de 1925, el número de los estudiantes de filosofía sufrió una sensible merma, con la partida de todos los venezolanos a su patria, como consecuencia de la reciente división de las inspectorías. Los jóvenes venezolanos aquí formados dejaban imborrables recuerdos entre sus compañeros y superiores y han venido luego a ser las mejores columnas de la obra salesiana en esa república hermana.

Y como desde la partida del Padre Barile, en diciembre de 1923, el Padre Bassignana había tenido que asumir sobre sí el cargo de director de esta casa, con las consiguientes incomodidades, este año resolvió el problema nombrando a su propio secretario padre Egidio Savio quien volvía así, el cuatro de febrero, a esta casa que ya de antes tanto le debía. De este modo, poco a poco vino a completarse el personal del año. Como con la partida del Padre Rottmayr para Italia y luego a las misiones, había quedado vacante el cargo de prefecto, el ocho de diciembre vino a posesionarse de él el reverendo padre Luis Alberto Santacoloma, recién llegado de Italia a donde había ido a realizar sus estudios teológicos.

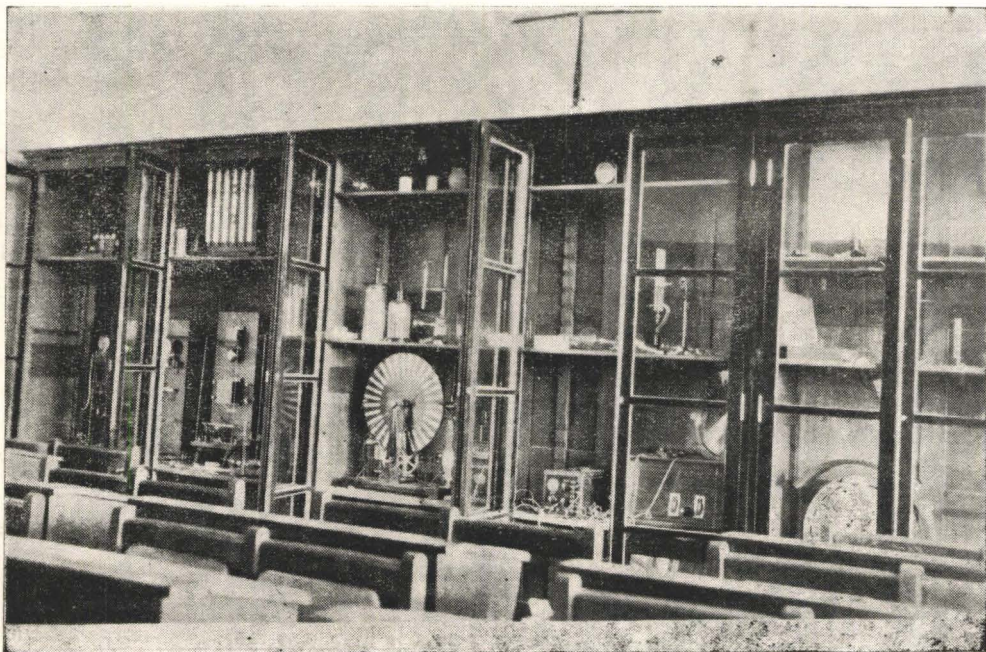
Con esto quedaba garantizada la continuación activa de la cooperación a la obra del edificio, que iba adelantando con celeridad. Un grupo de jóvenes de brío y espíritu de sacrificio, se hallaba siempre pronto a cualquier trabajo de estos y había que ver a estos valientes muchachos robar horas a su descanso para andar por esos andamios atrevidos,

acarreando materiales, echando plomadas y activándolo todo. Por analogía con cierta moda de asociaciones de entonces, se dieron el nombre de «Compañía constructora».

El 19 de febrero de 1926 llegaba a la casa, procedente de España, el Padre José Celma, sacerdote de profunda espiritualidad y muy diestro en las sendas de la virtud. Había sido por varios años maestro de novicios en San José del Valle, noviciado de la inspección bética española, y dejaba allí indeleble impresión de virtud salesiana. Ahora venía nombrado por los superiores como director y maestro de novicios aquí. Hacía algún tiempo se conocía la noticia y por eso se le aguardaba, pues debía llegar en com-

pañía de los padres Bertola y Pardo, quienes regresaban de Italia. Esto, y la misma demora que hubieron de sufrir en el río Magdalena, hizo que la espera se hiciera más ansiosa. Desde el primer momento produjo en todos viva impresión por la suavidad de su trato y las pruebas inequívocas de su robusta vida interior.

Con esto, el Padre Savio, quedó exonerado de su cargo de director, para que pudiera volver a su trabajo como economo inspeccional, y así, salió para Bogotá el 25 de febrero. El lapso de su permanencia entre nosotros había sido muy breve, pero los recuerdos y enseñanzas que dejaba eran duraderos.



Aspecto parcial del gabinete de física.

GOLPES DE TIMON

El período de dirección del Padre Celma se caracteriza por el acendrado espíritu de piedad que sabe comunicar al ambiente. En todo se nota su preocupación por aquilatarlo y comunicar a todos esa misma preocupación. El mismo progresivo aumento de personal hace que pueda darse mayor esplendor a las celebraciones religiosas con el consiguiente prosperar del espíritu litúrgico.

El inevitable fluctuar del personal directivo, por lo que respecta a esta casa, da el año de 1926 por resultado, la partida del Padre Heredia, hasta ahora maestro del noviciado, para Contratación y la del padre Baracaldo, el primer catequista (1) de esta casa, para la recién fundada casa de Tunja, y por lo pronto no se le asigna reemplazo.

Hay un crecer material con el paulatino desarrollo de la nueva edificación que aunque con alguna lentitud, sigue sin interrupción, y un crecer de nuestros contingentes humanos con la llegada de nuevos elementos que desean ligarse a nuestra familia religiosa. Entre ellos, hay un seminarista, esta vez de Bogotá, el acólito Horacio Robayo.

Día de alegría para todos fue el 30 de enero de 1927, por la venida del nuncio de Su Santidad Mons. Pablo Giobbe, a conferir algunas órdenes e imponer sotana. Recibieron la ordenación sacerdotal los Padres Manuel Rodríguez y Agustín Álvarez.

Pero también el año de 1927 trajo innovaciones de importancia. El Padre Basignana, desde hacía algún tiempo había

manifestado a los superiores su deseo de ser relevado del cargo de inspector y ahora accedían ellos a su petición. Por eso el 25 de octubre se conoció el nombramiento de nuevo inspector, que recaía en la persona, tan grata a los de esta casa, del Rvdo. P. José María Bertola. La designación no podía ser más acertada y por eso, desde ese día se esperaba con grande ansiedad la primera visita del Padre Bertola como inspector, visita que se vino a realizar el tres de noviembre.

Y también esta vez el período del director iba a ser muy breve. El 23 de enero de 1928 el Padre Bertola venía a dar posesión a un nuevo director, ligado ya con Mosquera por vínculos estrechos. El R. P. Julio Caicedo, recientemente llegado de Venezuela en donde por varios años había sido consejero escolástico del colegio de Caracas. El Padre Celma quedaria solo como maestro de novicios.

También venia de Venezuela para encargarse de la prefectura en vez del Padre Santacoloma, el reverendo padre Luis Bonilla. Por su parte, el Padre Aguilera había debido ir a la casa de Ibagué, pues un repentino ataque de hemiplegia lo había puesto en el último extremo y quería probarse el clima cálido para ver de recuperar esa salud tan preciosa.

Después de tantos años en esta casa, el Padre Aguilera dejaba una larga estela de simpatía, pues su carácter afable y su aquilatada virtud conquistaban a cuantos le trataban.

Y así, en manos del Padre Caicedo, se continuó con ritmo acelerado el ince-

(1) Se da este nombre en los colegios salesianos a quien en otras instituciones se llama «padre espiritual» si bien entre nosotros tal cargo reviste modalidades especiales.



Jornadas de las compañías - 1930

sante progresar de la casa. El nuevo director, traía, para emplearla en su desempeño, a más del inmenso caudal de ciencia, una virtud amable y acogedora que le rendía los corazones. Aquel ambiente de alegría y santa familiaridad es el clima más apto para que todo prospere y así, las bendiciones de Dios se ven llover cada vez más copiosas: El aumento de personal hace pensar a los superiores en un nuevo sitio a donde trasladar parte de la grey. Y el Señor deparó los medios de forma que no podía desearse mejor. Una nueva casa se ofrecía enclavada en la misma población y esto, por consiguiente, facilitaba enormemente el problema de administración y profesorado. La señora Elisa viuda de Rico, cuñada de doña «Conchita», da en venta su casa, ubicada al pie mismo de la estación de ferrocarril y a solo dos cuerdas de la otra. El difunto esposo de la dueña había bautizado aquella finca, en honor de su propia esposa: «Villa Elisa». Y el negocio se entabla y pronto se define en forma que se adquieren por lo pronto diez fanegadas de terreno y en la notaría quinta queda firmada la escritura por valor de veintidós mil pesos a lo que se agregan otras doce adyacentes compradas anteriormente por diez mil cincuenta y seis pesos, a lo que, tres años después se añadieron otras tierras necesarias para redondear el lote.

Con esta adquisición, se puede pensar ya en trasladar a los novicios a ella, con lo que ganará mucho su formación.

Al iniciarse el año de 1929 la nueva casa estaba ya prácticamente lista para recibir a sus huéspedes, pues con gran actividad se había trabajado en eso durante las vacaciones y así el 21 de enero se hizo el traslado. La casa era gran-

de como casa campestre de familia y presentaba agradable aspecto y, por lo pronto era suficiente para la pequeña comunidad que allí iba a habitar: Veintidós personas entre novicios y superiores. Estos eran solo el padre maestro y un asistente.

Mientras se detallan estos proyectos, la obra del edificio, empezada en 1924, queda terminada para el año siguiente. El cronista señala así sus detalles. «Cinuenta metros de largo por diez de ancho; construcción de ladrillo (descubierto por fuera) y cemento armado; tres pisos, los dos primeros con amplio pórtico y en el tercero salón de todo el ancho. Fue este el mayor esfuerzo de la inspección para la casa de formación: se principió en 1925, con diseños y dirección del señor Buscaglione y su costo total en dinero gastado por la inspección fue de \$28.000. Esta suma representaba mucho menos del valor del edificio, pero es que debe agregarse el precio de arena y piedra que se sacó gratuitamente de las canteras de don Ignacio Santamaría, lo mismo que madera recibida de los señores Joaquín Quiñones y Francisco Vargas, y sobre todo la mucha mano de obra prestada en casa por salesianos y aspirantes». A esto hay que añadir que el señor Isidro García, exmaestro de carpintería del colegio de Bogotá, hizo gala de su habilidad en la factura de puertas y ventanas, a más de la obra de estantería para los gabinetes que estaban ya para ser instalados.

Con estas dos innovaciones ganaba mucho la casa en comodidad y así en el primer piso del nuevo edificio se instalaron las clases y el estudio de los aspirantes, en el segundo habrían de quedar el museo, los gabinetes de química

y física y la biblioteca; en el tercero, dormitorios de aspirantes que vinieron a quedar perfectamente provistos de su mobiliario apropiado gracias al esfuerzo del Padre Savio, ecónomo inspeccional. El Padre Caicedo pensó también de in-

dre Ricardo Aguilera de quien tantas magníficas actuaciones se han visto. Quienes habían pasado por esta casa en años anteriores guardaban admirado y cariñoso recuerdo suyo pues eran múltiples y dignas de admiración sus cualidades co-



*Reverendísimo Padre Pedro Ricaldone.
Cuarto sucesor de Don Bosco.*

mediato en la instalación de los gabinetes que, como se dijo, estaban proyectados desde 1922, y pronto pudieron ponerse en servicio.

El cinco de junio se recibió noticia de la muerte en Ibagué del Reverendo Pa-

mo sacerdote, como religioso y como maestro, pues, a más de ser un perfecto orador sagrado y un gran director espiritual, como que sabía impulsar con mano firme hacia la virtud a quien se ponía en sus manos, era también un ex-



Los novicios de 1932

perto pedagogo, no solo porque habia hecho cursos normalistas, sino porque tenia el sentido innato de la pedagogia y sabia aplicarla con éxito. Fruto de sus meditaciones y experiencias es un precioso manual de pedagogia que legó a nuestros clérigos. Su muerte constituyó un grave duelo para toda la inspección colombiana.

Acontecimiento culminante del año fue la beatificación de Don Bosco, hecha en Roma el dos de junio y cuyas repercusiones hicieron vibrar de intenso júbilo a los salesianos y simpatizadores de todo el mundo. Era no solo la exaltación de la persona de nuestro fundador, sino la sanción oficial de la Iglesia que aplaudía y ensalzaba su obra. Por lo pronto se celebró el magno suceso con solemne Te Deum, pero los verdaderos festejos se dejaron para el año siguiente y así los días trece, catorce y quince de junio de 1930 nuestra comunidad, en medio de la penuria de la época, en que tanto se habló de «crisis económica», hizo el mayor esfuerzo por festejar un hecho de tanta trascendencia para la familia salesiana y mover a la población para que hiciera suya nuestra alegría y aprendiera a invocar a Don Bosco como celestial intercesor. Los tres días hubo misa solemne y por las tardes sermones de famosos oradores sagrados gran iluminación del frente de la casa en donde se destacaba la imagen del beato y luego el primero y tercer días, funciones recreativas para el público. En previsión de una grande concurrencia, se dispuso hacerla en el más grande de los salones del edificio nuevo, uno de los destinados para dormitorio en el tercer piso. Y la afluencia de gentes fue tal, que no solo colmaron por entero el salón,

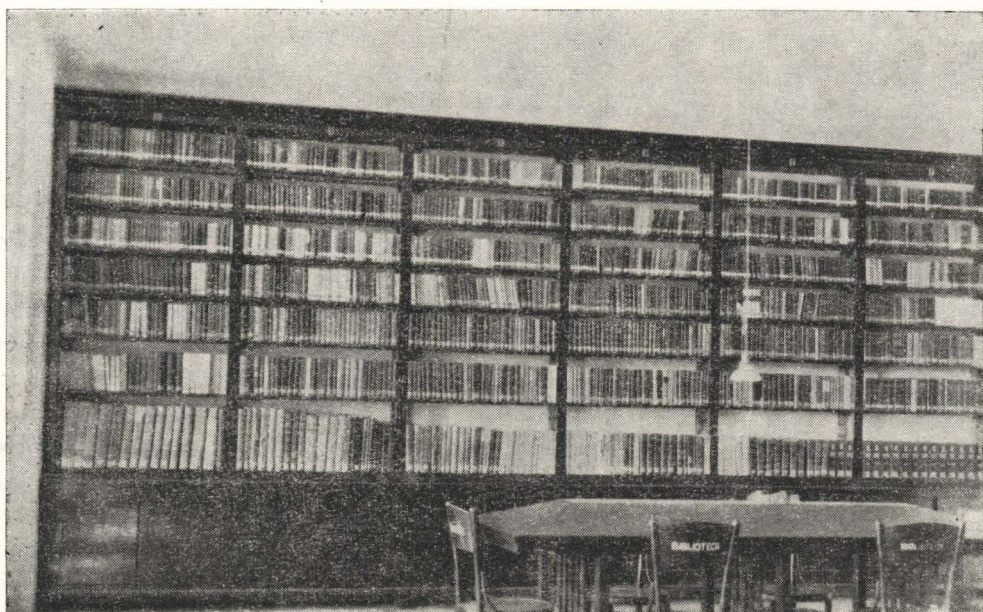
sino que hubo de quedar mucha gente por fuera y aun se llegó a temer que se produjeran accidentes. Gracias a Dios todo resultó a pedir de boca: La primera noche, se proyectó una cinta cinematográfica titulada «La gloria de Don Bosco» en la que se presentaban los diversos aspectos de las fiestas de beatificación en Roma y en Turin. La tercera noche se desarrolló un programa lírico y musical de exquisito gusto y con asistencia de altas personalidades venidas de la capital. Ese mismo día habían asistido muchos de ellos al almuerzo que se les ofreció y por la tarde a la magna procesión, en que, por primera vez se veía a la imagen del beato recorrer las calles del pueblo, al son de la banda o al del himno, que entonces se estrenaba: «Don Bosco ritorna» del maestro Gregorio y con adaptación literaria en castellano. Estas fiestas dejaron en los nuestros una honda satisfacción y santo orgullo y en nuestros amigos una grande devoción a nuestro fundador. Como era natural también los de aquí tomaron parte activa en las fiestas que, con igual objeto, se celebraron en Bogotá del 14 al 17 de septiembre siguiente, y que resultaron grandiosas, como que conmovieron a la ciudad entera y tuvieron amplia publicidad y calurosa acogida.

Otro suceso de trascendencia en este año fue la erección de la parroquia de Mosquera bajo el cuidado de los salesianos. Una vez concluida la iglesia, los vecinos manifestaron en repetidas ocasiones su deseo de que se constituyera la parroquia pues, como ya quedó dicho, la población quedaba dentro de la jurisdicción eclesiástica de Funza. Luego, con el paulatino crecer del vecindario debido a la organización regular de los ser-

vicios religiosos, fue sintiéndose más y más la necesidad de que esta erección se decretara. Finalmente, en noviembre anterior vino de visita el Excmo. Señor arzobispo de Bogotá, Monseñor Ismael Perdomo y, aprovechando tal ocasión, un grupo de vecinos influyentes formalizó la petición en tal sentido lo cual, junto con la impresión personal que de esta visita llevó el prelado, hizo que ya

cura de almas y en los veintitrés años de labor, el desarrollo tanto espiritual como material de la parroquia ha sido muy grande y prometedor.

Un nuevo paso dio el año 1931 la organización de los estudios, con el comienzo de un estudiantado teológico regular. Hasta entonces, la penuria de personal y las condiciones generales de la inspección habían exigido que quienes se



Vista parcial de la biblioteca.

no demorara el decreto que fue expedido el 14 de marzo y ejecutado el día 19 fiesta de san José, con la posesión canónica que dio Monseñor José Eusebio Díaz, vicario general de la arquidiócesis, al primer párroco de Mosquera, Reverendo Padre Julio Caicedo. La parroquia quedaba, desmembrada de la antigua de Funza.

En esta forma, el trabajo en pro del vecindario se hacía más intenso con la

preparaban al sacerdocio hubieran de realizar sus estudios eclesiásticos en medio de graves sacrificios, sin abandonar el trabajo, siempre agobiador, de las clases y vigilancias en los colegios. Por esto no hemos tenido ocasión de hablar hasta ahora de ordenaciones regulares, pues en verdad eran contados los que terminaban sus estudios aquí y eso era en condición de asistentes más bien que de verdaderos estudiantes de teolo-

gía. En cambio ahora, el Padre Bertola determinó, aun a costa de exigir algún sacrificio al personal de los colegios, sustraer cuatro estudiantes que vinieran a esta ccsa, a dedicarse exclusivamente a su formación sacerdotal inmediata. Solo se les permitía que dieran una hora de clase diaria a los aspirantes o a los estudiantes de filosofía y el resto del tiempo habían de repartirlo en un horario estricto en el estudio de las materias eclesiásticas según el programa general de nuestros estudiantados. Bien se comprende el enorme avance que esto significaba no solo para la solidez de los mismos, sino también para la seriedad de la preparación espiritual y aun para el prestigio de nuestro personal. Los iniciadores de esta sección nueva de la casa fueron los estudiantes Reinaldo Ace-ro, Abraham Cely, Luis Antonio Forero y Horacio Robayo. Eran cuatro no más, pero eran ya una base, sobre la que, andando el tiempo, se fue desarrollando nuestro estudiantado teológico cuyos estudios llegaron a ponerse muy pronto a la altura de los de cualquier seminario bien organizado, y creció rápidamente en forma tal que llegó a sorprender muy pronto el número de nuestros ordenados anuales, y desde hace ya varios años ha venido a quedar denominado como estudiantado internacional. Esta instalación de nuestro primer teologado coincidió con la visita del obispo salesiano Monseñor Pedro Cogliolo, quien traía de la Santa Sede el cargo de visitador de nunciaturas y del rector mayor el de visitador de los estudiantados teológicos. Con esto quedó mejor orientado el programa de organización que se había empezado a desarrollar. Monseñor tuvo para todos, supe-

riores y alumnos, palabras de aliento y alabanza.

Una bella iniciativa de este año fueron las jornadas de compañías; se celebraron por orden de los superiores mayores y revistieron especial interés y solemnidad. Ya en años anteriores había habido algún congresillo misionero, pero las asambleas de este año, respecto a las compañías religiosas, lograron una mayor solemnidad. Eran épocas en que empezaban a propagarse las ideas de Acción Católica entre nosotros y se empezaba a difundir el entusiasmo por el apostolado seglar. De aquí el que se experimentara la necesidad de fomentar este espíritu y orientar en esa dirección nuestras tradicionales compañías, para que ellas, según sus objetivos, formaran a nuestros alumnos en ese ardor apostólico. Eran los comienzos prometedores de tantas y tantas actividades después desarrolladas y el primero de esos congresos de compañías y otros similares a ellos que habían de irse celebrando más tarde, que han hecho vivir a nuestros alumnos de todos los colegios tantas horas bellas de generosidad y entusiasmo y que tanto han contribuido para encaminar y coesionar las actividades del apostolado juvenil entre nuestros niños. Las jornadas tuvieron lugar aquí los días 14 y 16 de agosto y luego hubo una participación a las de Bogotá el 12, 13 y 14 de octubre.

Entre tanto, el 15 de agosto, se llevó a cabo la fiesta de la primera misa del Reverendo Padre Heladio Agudelo quien, junto con el Padre Francisco Staedele, había recibido la ordenación sacerdotal el 9 del mismo mes, de manos del Señor Nuncio de Su Santidad, Monseñor Pablo Giobbe. La fiesta resultó solemne



Primer grupo en pleno del estudiantado teológico – 1934

y cariñosa y se ejecutó, por todo el alumnado, una misa en canto gregoriano, pues con ello se quería llenar un deseo del festajado, insigne gregorianista e impulsor de su estudio en estos años en que trabajó aquí.



R. P. Emilio Rico.

Un luto más había de entristecer a la familia salesiana, al comenzarse el año de 1932. El tercer sucesor de Don Bosco, en el gobierno de la congregación, Don Felipe Rinaldi había muerto dejando en todos la admirativa impresión de una santidad acrisolada y un acendrado espíritu de unión con Dios. Grandes pruebas había dado de ello a lo largo de su vida sacerdotal, en su misión de superior en España y luego como superior general de la Congregación a quien estaban reservadas las intensas alegrías de la beatificación de Don Bosco a quien había conocido muy de cerca. Sin embargo, por aquella época, muy pocos podían imaginar que, con el correr del tiempo, Dios había de refrendar la perfumada memoria del superior bueno, con el sello inconfundible de los prodigios que luego habían de mover a todos a revisar sus hechos, de una extremada sen-

cillez, para llevarlos al estudio de Roma en vista de una posible beatificación y canonización. En tanto, una nube de honda tristeza se extendió por todas las casas salesianas. En la nuestra de Mosquera, se realizó, tan pronto se supo la luctuosa nueva, un solemne funeral.

Hubo también en este nuevo año, cambios importantes en el personal de la casa pues el Padre Luis Bonilla, hasta ahora prefecto, fue trasladado a Bogotá y en su lugar entró el Reverendo Padre José Nürnberg, que hasta entonces había ocupado el cargo de confesor; para este oficio fue designado el que era consejero escolástico, Reverendo Padre Charry y vino a desempeñar el cargo de consejero un sacerdote venezolano, recientemente llegado del estudiantado de Italia, Reverendo Padre Rafael Alvarez. A su vez, volvió a ser provisto el cargo de catequista, vacante por tanto tiempo, con la persona del recién ordenado Padre Agudelo. El, además, había de encargarse directamente del cuidado del estudiantado teológico, que este año recibió mayor impulso y perfeccionó su organización.

Pero este año de 1932, había de pasar al recuerdo, como un año cargado de pruebas y húmedo de llanto. Ni valió que fuera precisamente el año jubilar de la ordenación sacerdotal del director reverendo Padre Caicedo, para alejar o aligerar las terribles penas que tan terriblemente se ensañaron en el corazón del buen superior. Los días 29 y 30 de marzo fueron los señalados para festejar la fecha de plata del padre y la casa se vistió de gala. Todo mundo quiso hacer algo y la población misma se apresuró a rodearlo con pruebas de grande estimación, para lo que se vio movida del ejemplo de las autoridades municipales que

quisieron hacer llegar al padre, como a primer párroco, la voz de su agradecimiento y alabanza. Inolvidables resultaron aquellos días realzados por la presencia de tantos buenos amigos, entre quienes descolló, el célebre maestro Don Luis A. Calvo, el gran músico colombiano del arpa herida por la garra del dolor acerbo y cruel.

Pero aun no se habían apagado los ecos de la bella fiesta cuando los vino a cubrir el primer aldabonazo amenazante, pues solo dos días después caía herido de terrible enfermedad un estudiante de primer año de filosofía, Francisco Jestl, de nacionalidad austriaca, quien hacia solo pocos meses había llegado a nuestra tierra.

Trece días no más bastaron para rendir su complexión y así, entre la consternación de todos, el día 14 de abril se fue de en medio de los vivos esta alma de la que tanto bien se prometían los superiores. Con honda tristeza fue llevado a la capilla y se le cantó misa solemne de funeral. Luego, a las tres de la tarde, todos sus hermanos en religión y los alumnos, lo acompañaron a las exequias en la iglesia parroquial y el desfile fúnebre, engrosado por compasivos vecinos, lo condujo a su última morada en el cementerio.

Y sin embargo, este no era sino el comienzo de la prueba. Los sucesos alegres del mes de mayo, la noticia de la elección de Don Pedro Ricaldone como Rector Mayor de la congregación, las solemnidades del mes de la Santísima Virgen y en especial su fiesta, el día 29, se vieron todos nublados por la cerrazón del mal. Catorce, entre salesianos y aspirantes, se hallaban postrados y algunos parecían en peligro. La epidemia iba to-

mando proporciones alarmantes. El número de casos aumentaba, de suerte que se hizo precisa la traida de un médico especial desde Bogotá que empezó a venir cada tercer día. Luego se impuso también la necesidad de contratar enfermero fijo venido también de Bogotá y más tarde se agregó otro en vista del aumento del mal. Para la atención a estos graves problemas, fue inapreciable la ayuda recibida del padre Egidio Savio, ecónomo inspeccional, y del padre Pascual Ricchetta, director del colegio de León Trece y sustituto por entonces del padre Inspector que se hallaba en el Capítulo General en Italia.

El 10 de junio, tres salesianos y dos aspirantes se hallaban en estado delicado por extremo. Las angustias y preocupaciones de los superiores iban en aumento y ellos no se daban punto de reposo para atender a todo. En horas tan amargas vino a sumarse un peso más: La noticia de lo que dentro pasaba, traspasó los muros de casa y empezó a producir alarma en la población. El asunto principió a agitarse en las esferas oficiales y surgió terrible y apremiante la amenaza del cierre total del plantel. Era lo que faltaba! Había que adoptar una medida a fondo y así el día trece quedó determinado retirar de casa a cuantos quedaban en pie, pero surgía el interrogante del sitio adecuado para que la atención debida al personal sufriera lo menos posible. Tras muchas deliberaciones, dudas, comunicaciones, idas y venidas, hubo que resignarse a dispersar a los sanos y así, el grupo más considerable de aspirantes fue enviado a una hacienda situada entre las poblaciones de Albán y Sasaima, llamada «La Victoria», sitio a donde ya habían ido otras veces a pasar



Estudiantes de teología en 1935.

las vacaciones de fin de año. Pero la casa de la hacienda no era suficiente, y otro grupo, en número de doce y tres estudiantes de teología, fueron enviados al «Oratorio Festivo» de Bogotá; los otros estudiantes de teología se distribuyeron entre los colegios de León XIII y Maldonado de Tunja a donde fueron también dos de los de filosofía y el resto de estos pasó a la casa de noviciado. En casa no quedarían sino los sacerdotes, a excepción del Padre Agudelo que encabezaba el grupo de «La Victoria», y los enfermos y convalecientes.

El éxodo se realizó el día diecisiete. La casa quedaba convertida prácticamente en un hospital y envuelta en una densa atmósfera de angustias y tristezas. Sin reparar en gastos ni incomodidades, se prestaba a todos los enfermos, las atenciones más exquisitas, y cada cual trataba de multiplicarse para atender a todo.

Dolorosas alternativas! Reacciones favorables y temerosas recaídas. A días de intensa preocupación siguen noches de sobresaltos..... Cada día que pasa aumenta la fatiga y deja inquietantes dudas para el siguiente. Y así uno y otro día, hasta un mes.

Para el diez de julio, parece avistarse ya el final de la tremenda prueba: los enfermos van entrando en vías de convalecencia y se resuelve dar aviso a los grupos esparcidos que regresen el día diecisiete.

Sin embargo hay un enfermo que no reacciona: El estudiante del segundo año de filosofía Danilo De Ambrogio parece refractario a los cuidados. El médico lo ha examinado ese mismo día diez y manifiesta que halla una complicación en el hígado y los pulmones. Con todo, se mantiene la confianza y el tratamiento

se hace más intenso. Pero dos días más tarde se empieza a desconfiar. El corazón está fallando también! Otros cuatro días pasados entre el temor y la esperanza, hasta que el dieciseis, fiesta de la Virgen del Carmen, sobrevino el colapso y se derrumbó aquella vida. Al estertor siguió la solemne quietud de la muerte y al ardor de la fiebre, el frío de la tumba. Eran las cuatro y treinta minutos de la madrugada.

Junto con la inmensa tristeza que a todos sobrecoge, viene un nuevo temor: Será prudente permitir la venida de los alumnos en tales circunstancias?.....

Se toma luego la decisión de aplazar la llegada de los ausentes hasta el 25 y en tal sentido se envían nuevos avisos.

Entre tanto, la reducida comunidad aquí residente, rodea con cariñoso duelo el catafalco del hermano que se fue. Por la mañana, la misa solemne de cuerpo presente, en la capilla interna y a las tres de la tarde las exequias en la iglesia parroquial.

Nuevamente el doliente desfile hacia el cementerio..... Nuevamente el grupo de incansables amigos nuestros que lloran y sufren con nosotros!.....

Por fin, el veinticinco van llegando los diversos grupos. Cada cual tiene historias propias qué contar. Por su parte, el peligro se va alejando, el mal va levantando poco a poco su látigo febril, pero deja, como honda traza en carne viva, a más de la pobreza exacerbada, dos fosas en que se han precipitado inexorablemente, cariños fraternales y promesas de apostolado. «Sit nomen Domini benedictum!»

Lentamente se va recobrando la casa de la catástrofe que la ha postrado: Los ejercicios espirituales iniciados a los

dos días del regreso, son abonados con el terrible recuerdo del pasado reciente. Luego, los estudios van adquiriendo también su ritmo normal. Entre tanto, la experiencia enseña a ser precavidos: Se hace un severo examen de aguas y en su consecuencia queda determinado no emplear sino la que ofrece mayor número de garantías. La que resulta reunir mejores condiciones de higiene es la de la cisterna construida en la casa del noviciado. La de la cisterna de esta casa no se empleará ni siquiera para el riego.

Podría parecer que con tan graves tribulaciones hubiera debido bastar para colmar este año tan sombríamente oscurecido, y sin embargo no fue así: Dios conocía bien el temple de alma del director y quiso permitir que apurara todo un cáliz de amarguras como regalo divino de sus veinticinco años de sacerdocio. Por eso él, que a principios del año había debido soportar la tristeza de perder a uno de sus hermanos, luego, el 22 de septiembre veía partir al premio de los justos el alma de su buen padre. Toda la comunidad se agrupó a su alrededor para tomar parte en su pesar sin imaginar que solo una semana después, habría de congregarse nuevamente a llorar sobre la tumba de otro de sus hermanos. Es que los espíritus superiores se templean y forjan a los rudos golpes del dolor!

Así, con el triste recuerdo de las horas amargas, se fue cerrando el año de 1932 y entrándose el de 1933. No se crea, sin embargo que todo, en este tiempo fuera duelos y pesares. La expansión de la vida salesiana corrió paralelamente sin perder sus líneas generales de alegría y trabajo. Las pruebas, lejos de arredrar a las almas varoniles las disponen mejor para poner mayores

esfuerzos de reorganización y progreso en medio de las más arduas faenas. Por esto, la vida de la parroquia continuó sin mayores perturbaciones y, a su vez, el ambiente de piedad y estudio logró conservarse en altos niveles. De este modo el curso escolar de 1933 se abrió con un total de 166 personas, número algo mayor que el del año anterior; los cursos de estudio estaban así distribuidos: Cuatro de aspirantes estudiantes con setenta y dos alumnos, sección de artes con dos cursos y 26 alumnos repartidos en tres talleres, noviciado en la otra casa con doce acólitos y siete coadjutores, dos cursos de filosofía con veintidós alumnos y sección de estudiantes de teología con once alumnos. En especial esta última sección marchaba a grandes pasos hacia su completa estabilidad y organización, pues este año pudo ya funcionar con entera independencia de las demás secciones de la casa con su aula de estudio y patio de recreo propios.

Digno de recordarse en este punto, es el reverendo padre Jacinto Bassignana, cuya muerte ocurrida el nueve de agosto de ese año en la recién fundada casa de Tuluá (Valle), cubrió de luto a cuantos tuvieron ocasión de apreciar sus eximias virtudes como director y luego como inspector, el tercero en esta república.

Séanos permitido transcribir el artículo necrológico aparecido en «El País», diario de Bogotá, en su número correspondiente al 15 de agosto de dicho año:

«Italia, madre fecunda de genios y de artistas, formó en su seno una pléyade de almas generosas que, impulsadas por el celo, se entregaron de por vida a la evangelización -que no otra cosa es el apostolado religioso en tierras extrañas, máxime en esta patria colombiana. Re-



En la visita del Excelentísimo Señor Juan Manuel González en 1936.

cordemos, por citar solo los desaparecidos, a los padres Unia, Rabagliati y Variara, héroes de nuestros leprosorios, Aime y Crippa, a los que viene a sumarse el inolvidable PADRE JACINTO BASSIGNANA, muerto en Tuluá, Valle, el nueve del presente.

Difícil enumerar los méritos del eximio sacerdote y sus virtudes todas, patentes a quienes tuvimos la suerte inestimable de tratarlo.

Había nacido en Somano, Piamonte, el trece de diciembre de 1870, y en 1886 recibía la veste talar de manos del beato Juan Bosco, fundador de la congregación salesiana, de quien copió el Padre Bassignana, muchas de las virtudes que adornaban su bella alma. Apenas había profesado, cuando en 1891 la obediencia lo enviaba a Colombia, donde el año anterior se había dado principio a las obras salesianas. Y con el fervor ardoroso de los veinte años que desconoce barreras, se desgarró de patria y familia, trocó ideales de un porvenir risueño en el pueblo natal y desplegando las velas de un amor intenso, arribó a playas colombianas con el inolvidable padre Ernesto Briata, para dar empuje a la naciente fundación.

Se echaban entonces las bases del colegio de León XIII, en medio de la penuria que dejaban las guerras civiles, con las molestias anejas a toda obra nueva emprendida a la apostólica. Aquellos fueron, al decir de testigos de visu, años heroicos. Todo faltaba, de todo se carecía, menos de fe en el porvenir, colgados de la Providencia divina, y de amor en los pechos de los fundadores, en su mayoría jóvenes entusiastas, decididos y esforzados. Los talleres empezaron a vivir en los pórticos del vetusto convento del Carmen, que poco a poco se iba transformando en

lugar apto a las necesidades pedagógicas de un requinternado.

El joven Bassignana era la vida de aquel hogar: maestro de canto y de banda, de letras y vigilante, revolvía los patios en tiempo de recreación merced a su natural jovialísimo y a su destreza corporal. Decir que le amaban es poco: aun hoy día sus antiguos alumnos lo recuerdan con cariño y añoran esos años dichosos, no obstante las penurias por que atravesaban y las ningunas comodidades que les brindaba el edificio.

Y el colegio que contempló al joven Bassignana, estudiante de teología, lo vio ordenarse de sacerdote el 29 de octubre de 1893, apadrinado por el presbítero Leopoldo Medina, y por el señor general Don Leonardo Canal. Días después se encargaba de la prefectura del instituto, segundo puesto de la jerarquía de la casa, el que desempeñó hasta 1903, para ocupar el de director hasta 1908, y, más tarde, en 1921, el de inspector o visitador de todas las casas salesianas de Colombia y Venezuela.

Bien se puede aseverar, que la actual reglamentación del colegio de León XIII se debe al infatigable Padre Jacinto, como cariñosamente lo llamábamos, dado el impulso que le dio y los derroteros que le trazó durante los años en que fungió como prefecto y director.

Mas qué decir de su apostolado pedagógico entre aquellos jóvenes, aveces rebeldes como en sus principios eran los que enviaba el gobierno al recién fundado plantel! Pero gracias a la bondad genuina del padre y a su trato exquisito, los caracteres se domeñaban, y hoy se levanta de miles de pechos agradecidos la voz de la gratitud que narra las virtudes del sabio e inteligente educador!

Qué de madres bendicen la memoria del que fue padre afectuoso, y les recibió con los brazos abiertos, sin exigirles un ochavo al hijo necesitado de guía y menesteroso de caudales! Cómo lo echan de menos los numerosísimos amigos que se conquistó en Bogotá, donde era conocidísimo y altamente apreciado: en Barranquilla, en la que permaneció por seis años consecutivos como párroco del floreciente barrio de San Roque, donde derramó bondades que aun perduran: en el lazareto de Agua de Dios, del que fue capellán celoso como el que más, y en Ibagué, su última residencial! Era que su don exquisito de gentes, su prudencia característica y su trato de gran señor, le abrían las puertas todas, doquiera golpeará. Es que «acreditase el sabio con su hablar, y el varón prudente será grato a los magnates». Su conversación amena, erudita y reposada, no cansaba jamás, antes bien se le buscaba con ahinco y quien se le acercara una vez, quedaba prendado de su trato suave, de sus maneras cultas.

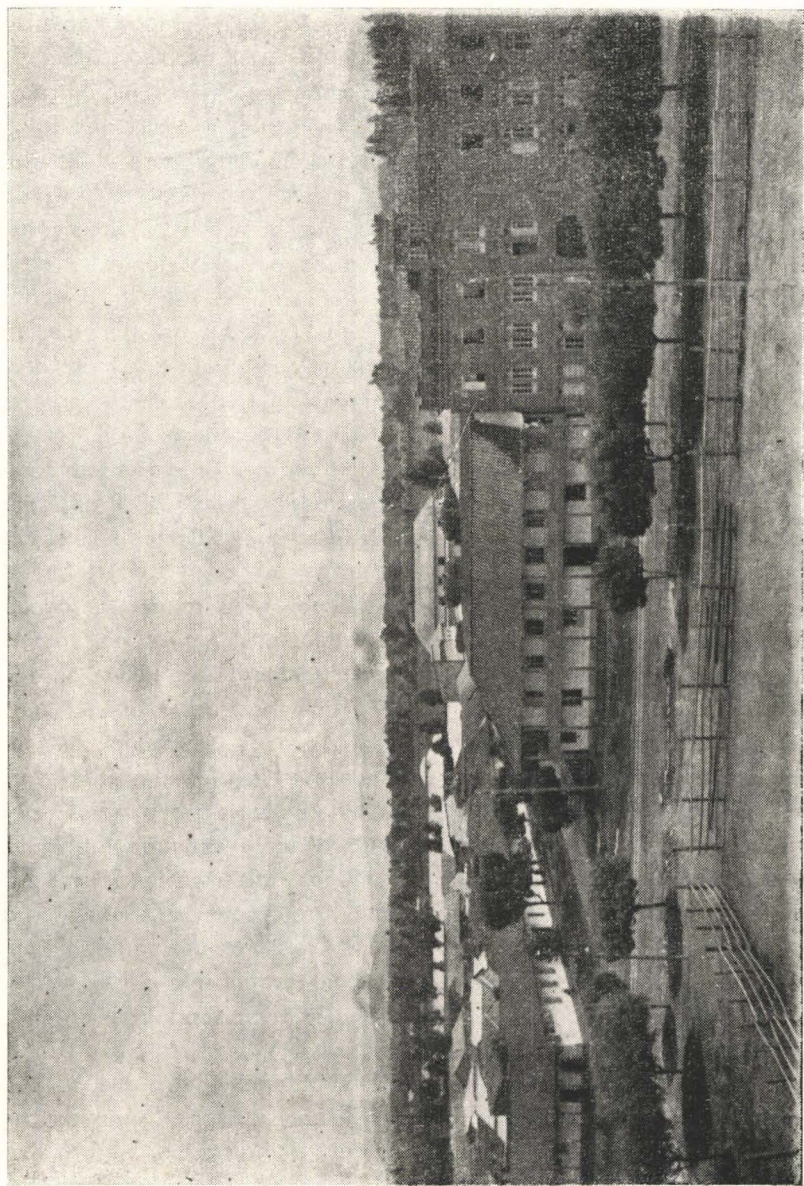
Tanta era su influencia, tal el prestigio adquirido, que el llorado cardenal Ragonesi cuando estuvo como delegado apostólico en Colombia, lo escogió como compañero en el viaje que realizó por algunos departamentos, y no pocas veces llegaba a conferenciar con el padre, conocedor certero de la república y de sus habitantes.

Su porte, austero en apariencia, su mirar napoleónico, a primera vista le daban aspecto de severidad, que desaparecía no bien brotaban de sus labios los primeros vocablos, siempre afectuosos, a fuer de hijo imitador de su padre el beato Bosco, todo dulzura y todo bondad!

De su lado se salía siempre consola-

do, a pesar de los nublados y cerrazones que enturbiaran el espíritu. Nada le hacía perder su sano humor, y veía las cosas todas, por adversas que fueran, a través de la fe, que todo lo diviniza. Por ello se le buscaba cuando el alma gemía presa de la tribulación, y nadie mejor que sus hermanos de religión a quienes conoció de niños o formó en su escuela, pueden decirnos la hondura de su corazón y la longura de su alma, grandes como el mar y serenos como el cielo de su país nativo.

A pocos como a él pueden aplicarse con verdad las palabras de la Escritura: «La ciencia del sabio rebosa por todas partes, como una avenida de agua, y sus consejos son cual fuente perenne de vida». Que así lo estimaran, se lo demostraron sus numerosos admiradores y los por él educados, con motivo de sus bodas de plata sacerdotales celebradas en 1918, fecha en que se vio rodeado de cariño y agasajado de corazón. Cooperadores, alumnos y exalumnos corrieron en masa a rodearlo, y la prosa, la poesía y la música se disputaron la palma en esa circunstancia para cantar a porfía las prerrogativas del festejado, el cual, al concluir la velada con que se le honró, la cerraba con estas frases reveladoras de la grandeza de su bella alma: «Me siento confundido, verdaderamente anonadado, a vista de una manifestación tan extraordinaria de cariño para este pobre religioso; y por más que piense, no acierto a descubrir a qué deba atribuirse tanto afecto y entusiasmo: no al prestigio de la ciencia, que no la poseo; no a las obras de celo, de las que ninguna hallo en mi vida; no al atractivo de la virtud, de la que ojalá tuviera algo..... En cuanto a los que me han au-



Vista de Mosquera. — La plaza dispuesta para fiestas populares.

gurado larga vida, les pido que contengan su deseo, y solo me auguren la salvación de mi alma y el emplear en bien de la juventud los días que me quedan»...

Amó a Colombia con dilección de hijo, y de ella hablaba con pasión, y se interesaba de su bienestar cual lo hiciera el más patriota de sus ciudadanos. Tanto la amó, tan acendrada fue por ella su predilección, que en 1932, elegido delegado inspectorial al capítulo de Turín, no bien terminó sus quehaceres, regresó a Colombia a dejar en ella sus restos mortales.

Y ella ha sabido agradecerle ese su cariño al Padre Basignana, como lo prueban las numerosísimas demostraciones de pesar dirigidas a sus hermanos en religión, desde el Excelentísimo Señor Presidente de la república, el Excelentísimo Señor Arzobispo Primado, y todo el episcopado de la nación. Es que «como el turbión que pasa, así desaparecerá el impio, pero el justo subsistirá como un fundamento que permanecerá eternamente».

Su muerte, tranquila cual la del verdadero religioso, causó tan hondo pesar a los habitantes de Tuluá, en la que se encontraba de paso, que sus funerales resultaron un verdadero plebiscito. El cadáver del padre, que permaneció en cámara ardiente hasta la mañana del diez de agosto, fue visitado por inmensas muchedumbres que acudieron a venerar sus restos mortales, los cuales rodearon con flores, mientras musitaban fervorosas plegarias.

Después de cuarenta y tres años de un trabajo inmenso y eficaz, agobiado más por él que por la edad, ha bajado a la huesa el último sobreviviente de los fundadores de las obras salesianas en nuestra patria. Recojamos sus hechos a

fuer de agradecidos y guardemos su memoria que no perecerá, pues «su nombre será repetido de generación en generación».

Como era natural, esta casa que tantas muestras de bondad había recibido de él y que, por espacio de un año lo tuvo como su director juntamente que como inspector, se vistió de luto y se apresuró a entretejer para el querido difunto la fresca corona de sus plegarias, entre las que sobresalió el suntuoso funeral celebrado al día siguiente 10 de agosto.

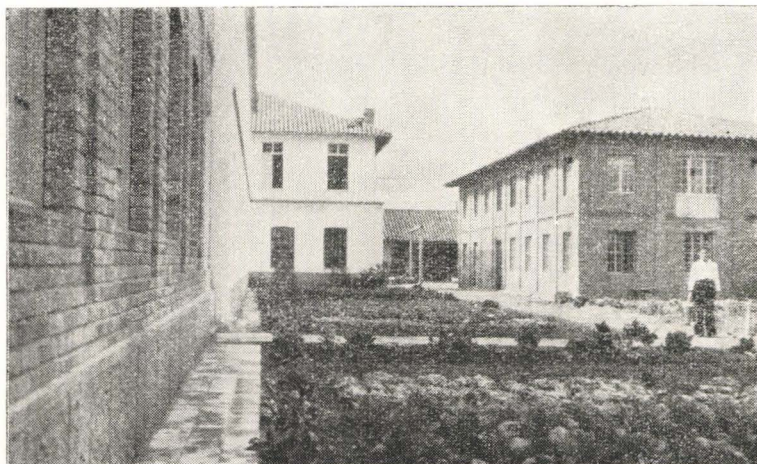
Penosa impresión de estas tierras y paisajes debieron recibir los integrantes del grupo, formado por italianos y alemanes, que llegó el diecinueve de noviembre procedente de Europa y encabezado por el joven sacerdote santandereano Padre Carlos Julio Rojas, quien venía de nuestro estudiantado internacional de Turín.

Y no era para menos, pues aquellos últimos meses del año fueron de tan abundantes lluvias que el río Bogotá volvió a desbordar y anegó una inmensa extensión de la Sabana que iba convirtiéndose literalmente en una inmensa laguna. La carretera y la línea del ferrocarril quedaron sepultados bajo las aguas en una gran extensión y era preciso mucho arrojo para correr el riesgo de cruzarlas. Precisamente aquel día una nueva avenida procedente del sureste se lanzaba sobre la población y la ponía en grave peligro. Las calles y la plaza se inundaron y hubo que proceder a desocupar las casas más amenazadas. Como la creciente se detuvo en la plaza y nuestra casa quedó en lo seco, vino a quedar constituida en el refugio provisional de muchos que no supieron a donde más llevar sus enseres. Gracias a Dios poco después volvió a ce-

der la fuerza de las aguas que lentamente se fueron retirando.

Pero no había de concluirse el año sin que una prueba, mucho más sensible porque tronchó una vida en flor, cayera sobre nuestra comunidad. El día treinta de diciembre, cuando apenas se extinguían los ecos de las fiestas de navidad, un lamentable accidente en el campo de labor del noviciado hacía perder la vida al

aquellas circunstancias imposibles de prever, hubo de llegar demasiado cerca al borde de la zanja que sirve de límite al mismo campo por la parte oriental, a lo largo del camino hacia Funza. Al dar viraje, la máquina empezó a inclinarse peligrosamente hacia la zanja y, acaso porque el joven perdiera la serenidad, se lanzó quizá con ánimo de salir fuera del alcance del aparato que ya se volcaba



*Nuevos pabellones estrenados, el de la derecha en 1936
y el de la izquierda en 1945.*

joven novicio Pascual Perilla. Venido hacía poco tiempo de nuestra granja agro-nómica de «San Jorge» en Ibagué, con ánimo de hacerse salesiano y desenvolver en nuestra congregación sus habilidades de agricultor, se dedicaba a continuar sus prácticas agrícolas aquí. Joven sencillo y piadoso, era mucho lo que había hecho esperar de sí a los superiores. Aquel día quiso hacer práctica en el manejo del tractor ayudando a arar el campo en vía de preparación para las siembras de principio de año. Alguna vuelta había dado ya con el pesado aparato cuyo manejo ya conocía, pero, por una de

irremediablemente. El caso es que no logró su propósito y vino a quedar debajo de una de las enormes ruedas. Cuando los habitantes de la casa cayeron en cuenta de la desgracia acudieron con palacas para levantar el tractor, pero forzosamente la maniobra era larga. Cuando, con ayuda del camión de casa, se pudo conseguir esto y sacar el cuerpo del infeliz, este se hallaba exánime. Con solícita premura se le trajo a la casa de aspirantado, para prestarle los auxilios del caso, mas después de prolijos e inútiles esfuerzos tuvieron todos que convencerse de que era cadáver. La impre-

sión general fue profunda. Toda aquella noche se veló el cadáver y al día siguiente, entre gran concurso de gentes del pueblo y en medio del cortejo de las comunidades de ambas casas en pleno, se hicieron las exequias solemnes. Una losa más en el pequeño cementerio señalaba el sitio de otro hermano caído.

Y bajo el influjo de ese recuerdo se empezó el nuevo año de 1934. De resto, la vida continuaba su ritmo ordinario. Hubo, eso sí, algún cambio en el personal directivo, pues el Reverendo Padre Abel Portilla, que el año anterior había desempeñado el cargo de catequista, fue enviado a dirigir la casa del «Oratorio Festivo» de Bogotá. Aquí dejaba perdurable recuerdo de virtud modesta y laboriosa, rasgos en los que toda la vida pudo compendiarse la fisonomía moral de este padre de existencia tan admirablemente sencilla. A ocupar aquí su lugar, vino el Reverendo Padre José María Hernández, sacerdote que, con sus méritos, vasta erudición y delicadas dotes artísticas había de prestar preciosos servicios a la casa.

Inolvidable había de venir a ser este año, para todo corazón salesiano, por el acontecimiento culminante en la vida de nuestra familia religiosa, de la grandiosa canonización de nuestro fundador, Don Bosco. Desde que la noticia de que la fecha fijada en Roma era el primero de abril, fiesta de pascua, todos los espíritus empezaron a dilatarse al influjo del más vibrante entusiasmo. Era cosa bien notoria, por diversas y elocuentes circunstancias, que el Padre Santo deseaba dar al suceso el esplendor y trascendencia de los grandes acontecimientos de la Iglesia católica, como rico broche del año santo que se clausuraba precisamente aquel día, como celebración

universal del décimo nono centenario de la Redención; las masas de peregrinos de todo el orbe que entonces pasaron por la ciudad eterna fueron increíblemente gigantescas y así, todo hacía prever una fiesta de esplendores inauditos. Todo esto, aumentaba naturalmente el fervor de la expectativa y ya desde el año anterior se andaba en la elaboración de planes de festejos dignos de la ocurrencia.

Nuestra casa, en su pobreza, no quiso dejar de hacer cuanto estuviera a su alcance para colocarse, en cuanto le fuera posible a la altura de las circunstancias. A la jornada de íntimo júbilo de aquella inolvidable pascua de resurrección, en que desde aquí acompañaron todos los corazones la apoteosis romana, siguieron los días brillantes con el fausto regío de la pompa litúrgica y los maravillosos alardes de arte con que la casa de Mosquera festejó el triunfo de nuestra dilatada familia el 27 de mayo. Hubo esplendor y buen gusto y no solamente el pueblo entero se sintió penetrado e influido con nuestro gozo, sino que de otras partes y en especial de la capital de la república, altos personajes del clero y las letras vinieron a participar de él.

Se estrenó entonces una gran estatua del nuevo santo, que, colocada entre flores en el presbiterio de la iglesia parroquial, fue centro de las miradas piadosas y afectos de entusiasmo desde los días del triduo. Durante ellos, a mañana y tarde dio brillo a los actos religiosos la porfía entre la piedad y el arte. Gran concurrencia en todos ellos. Nutridas comuniones. La tribuna sagrada ocupada por notabilidades de la oratoria como los presbíteros Luis A. Bernal, exalumno

salesiano, Candia y Monseñor Fidel León Triana, inmejorable y desinteresado amigo de todas las horas.

Las insistentes lluvias de los días anteriores hacían presagiar alguna incomodidad que restaría lustre a los festejos, pues desde un principio se había determinado hacer en el patio de la sección de aspirantes los actos literarios, en previsión de la gran concurrencia que se anunciaba, y este patio, en aquel entonces de piso descubierto, se resentía por largo tiempo de cualquier chubasco. Por eso, no fue tarea fácil la preparación de un gran escenario provisional en su costado occidental y la protección de todo el recinto con grandes toldos. Mas a pesar de todo, se pudieron vencer los obstáculos y el programa de los dos días 26 y 27, desarrollarse con éxito insospechado. La academia en la noche del 26 fue una demostración de cuanto puede un gusto exquisito al servicio del amor. Entonces rodearon nuestra familia personajes de tanta valía como el presbítero Don Jorge Arturo Delgado y el célebre humanista, secretario perpetuo de la academia de la lengua, Doctor Luis María Mora. Aunque se nos tache de prolijos, no resistimos la tentación de transcribir la oración, de clásica factura, que para esta ocasión pronunció este eximio literato y amigo nuestro, aun para evitar que perezca una página de tan indiscutible mérito.

«Bien hubiera querido presentarme esta noche con algún escrito digno de la hermosa fiesta que celebra la ilustre familia salesiana; pero la circunstancia de tener a mi cargo un trabajo tan rudo y constante como noble y honroso, el cual demanda toda mi atención, me ha impedido consagrar todo el tiempo que

era menester a estas humildes líneas tan faltas de elegancia como de mérito. Por la comunidad salesiana siempre he tenido respeto y veneración, y sus abnegados e intrépidos obreros siempre me han seducido por la áspera y fecunda labor que en silencio realizan cada día: de manera que si no fuera por mi falta de luces, para salir bien en mi empeño solo tendría que ceder a mis naturales impulsos.

Hay gentes que niegan la posibilidad de los milagros, a pesar de que el milagro y el misterio nos envuelven por todas partes. Pero a cualquier persona sincera y de buena fe le bastaría el considerar cómo nació, creció, se propagó y se engrandeció la Sociedad Salesiana, para comprender que la existencia de ella es obra visible de la Providencia. De un pastor hacer el artifice de una grande empresa de redención social y transformar un cobertizo en una basílica, sin recursos de ninguna clase, es algo que se sale del límite ordinario de las cosas.

Es un prodigio este de la religión católica, que sin variar un ápice en su esencia, se presta a todas las transformaciones que traen consigo los tiempos, y se adapta a la diversidad de todas las naciones. Es tanta su conformidad con el hombre, que el hombre, en dondequiera siente que ella, lejos de estorbar su actividad, secunda con su influjo los más hermosos ensueños de su corazón y los más nobles anhelos de su alma. Y cuando parece que el catolicismo ha agotado todas las fuentes de su savia vivificadora, hé aquí que de repente sorprende a las inteligencias



Estudiantes de filosofía y novicios italianos. - 1937

más previsoras con nuevos y maravillosos desarrollos.

Al finalizar el siglo XIV la escolástica parecía ya agotada, y a los eximios pensadores del siglo XIII había sucedido la árida discusión de innúmeros vocablos, en que se perdían privilegiados talentos y se malgastaba el tiempo en vanas disquisiciones sin provecho ninguno para la ciencia. Fue entonces cuando brillaron las primeras luces del Renacimiento, y a su singular influjo se trasformó todo. Volviéronse los ojos a la antigua filosofía, la cual, como un no soñado tesoro, llenaba de admiración y regocijo a los hombres sorprendidos de que tanta sabiduría hubiese permanecido oculta en las tinieblas del tiempo; renovose el arte de un modo inusitado, a la muda contemplación de los monumentos de la belleza antigua sumergidos en los dorados archipiélagos de la Hélade, y el mundo como que despertó de un largo dormir para gozar, como el primer hombre, de todo el universo anegado en armonía. Pero este grandioso y no igualado movimiento hizo convergir todas las miradas al paganismo; degeneraron las costumbres y la enseñanza cristiana pareció sufrir un golpe tan rápido e inesperado como certero. Surgió en ese preciso momento el capitán Iñigo de Loyola y sus huestes, lejos de navegar contra opuesta corriente, embarcáronse en la que se presentaba, moderaron los adversos impetus, y, haciendo suyos los magníficos anhelos del Renacimiento, pusieron la enseñanza antigua al servicio del arte y de la ciencia cristiana, y lo que parecía un mal tornose en bien de la civilización nacida entre las rosas de Judea.

La época moderna se precia de haber sido la difundidora del saber de las es-

cuelas primarias, y se vanagloria sin reservas del empuje de la enseñanza popular, cada día más creciente. Es verdad que la educación de la Compañía de Jesús fue en sus comienzos de elevado carácter aristocrático, como que se dirigía a los hijos y descendientes de los reales conductores del estado; pero no tardaron en mostrarse, a la sombra también de la Iglesia, los fuertes y ardorosos hijos de Juan Bautista de la Salle, los cuales enarbolando la bandera de la educación hasta para las más ínfimas clases sociales, hicieron penetrar aun en las más remotas aldeas, las nociones antes reservadas a los príncipes, y después de vencer los recios muros del prejuicio y de la tradición, pudieron ver los resultados de su obra, protegida y amparada por todos los gobiernos, como base necesaria de engrandecimiento nacional.

Cada época se presenta con su aspecto peculiar y trae consigo sus luchas, sus santos y sus héroes, y en cada época se alza un nuevo y formidable enemigo de la religión de Cristo, que ostentando incógnitos y avasalladores impetus, cree acabar para siempre con la doctrina de nuestro Redentor; y al paso que esto sucede con regularidad periódica, se verifica el milagro de todos los siglos, y es que de oscuros lugares se levanta un nuevo y humilde adalid para desafiar las fuerzas del gigante. El socialismo ateo y el comunismo son el más terrible adversario que en el término de dos mil años haya tenido la dulce doctrina que viene del Calvario. Algunos de los más grandes errores que el Catolicismo ha tenido qué combatir, no pasaron de las lucubraciones filosóficas. El comunismo ataca de raíz los cimientos sociales, y lejos de ser un mero concepto mental, es algo



Estudiantes de primer año de filosofía y novicios de 1938 en vísperas del traslado del noviciado al Porvenir (Usaquén)

vigoroso y viviente, que aspira en la práctica a dirigir el mundo, y que de hecho se impone, no con los argumentos de los pensadores, sino con la fuerza de las masas; y son tan halagüeñas y seductoras sus promesas, que a su sola enunciación las ignaras muchedumbres ceden con facilidad, y corren como enloquecidas, sin saberlo, no a la libertad, sino a la más degradante esclavitud; y díganlo si no, los ciento treinta millones de hombres que en la Rusia soviética sufren el látigo de sus crueles comisarios, más duro que el de los orgullosos zares.

La única doctrina que puede resolver los problemas del capital y el trabajo, de los patrones y de los obreros, es la de la Iglesia Católica, tal como la entienden los Pontífices, y a la Iglesia hay que volver los ojos, en esto como en todo, si no queremos extraviarnos en las profundas tinieblas del largo camino que es preciso recorrer para llegar a la solución de tan oscuros y complejos problemas. Y en primer lugar, para huir de las catástrofes sociales que amenazan a las naciones, hay que empezar por el corazón de la juventud, que es donde está el tesoro inagotable de las fuerzas del porvenir.

Es Don Bosco el apóstol que en el siglo pasado surgió trayendo los mensajes de amor y redención para el obrero, en oposición al socialismo devastador. Tuvo por cuna el risueño suelo de Italia, en el cual no hay nada grande que no tenga origen.

Qué sería de la mística, de la filosofía y del arte sin un santo Tomás de Aquino, a quien el mundo cristiano ha concedido el cetro de las escuelas, y sin un san Buenaventura, el doctor seráfico, y sin el pobre de Asís, el Cristo nuevo, cuya inefable vida seduce por igual a

los creyentes y a los que por desgracia ya no creen? Toda la vida de Don Bosco es un continuo milagro, como dije al principio. El tierno pastorcillo que en Becchi apacentaba su ganado será predeterminado para cabeza de una falange de misioneros llamada a producir bienes sin cuento entre los niños que carecen de pan y abrigo y luz para su inteligencia. Como todo hombre destinado a realizar grandes y duraderas conquistas, no apareció en época bonancible, sino en un momento de convulsiva transformación de ideas en el mundo, sobre todo en Italia, donde son más poderosas que en ninguna otra parte las luchas del pensamiento.

Y si se estudia la vida de Don Bosco desde el día en que, debido a celestiales designios, abandonó su rebaño para recibir las primeras nociones de italiano y de latín, hasta el día en que realizó su prodigioso sueño humanitario, se ve que es uno de esos admirables modelos de energía moral, con que se honra la humanidad, en que la constancia, el valor, la paciencia y la dulzura se unen para producir el acero de los héroes. No cedió un momento en su afán de redimir al niño y al obrero. Anduvo con sus pilluelos de aquí para allá, hasta que solo tuvo un cobertizo por albergue y el firmamento por techumbre. Se le acusó de loco y de faccioso y con más brio siguió adelante. Se atenta contra su vida. Nada le detiene. Se allana su Oratorio. Sale triunfante de todas las más terribles pruebas. Y son pocas las instituciones que hayan logrado, como la Comunidad Salesiana, extenderse con tal rapidez en el mundo, que a la muerte del fundador, ya eran sus hijos como una inmensa colmena cuyas melifluas

abejas volaban, para formar nuevos panales, hasta los más lejanos países de América.

El dulce santo de la educación del obrero no anduvo estudiando en orgullosas universidades intrincados problemas económicos ni leyó libros de recónditas teorías, ni proclamó al son de trompetas pomposos programas: le bastó oír, como suprema lección, las quejas de un niño harapiento, las cuales le hicieron comprender, a los relámpagos de divina inspiración, toda la profundidad del dolor infantil, toda la negrura de la injusticia humana. A sus ojos asombrados debieron aparecer, como en un viviente lienzo, todas las iras que tenía que desafiar, todas las injurias que habría de sufrir en el porvenir, todo el egoísmo con que habría de luchar para llegar a la cumbre de su obra. Ni hay un hombre de genio que no tenga un momento en que de súbito se presentan a su espíritu, con claridad esplendente, como a Don Bosco, toda la magnitud grandiosa de su empeño, y entonces, o rompe en un canto profético, como Bolívar en el Chimborazo, o en un delirio de amor y agradecimiento recuerda el himno inefable que no habían oído los ángeles: **MAGNIFICAT ANIMA MEA!**

Por el tiempo en que Don Bosco empezó su excelso empeño de redención del niño y del obrero, las siniestras teorías comunistas se mantenían latentes en los libros de Platón y de algunos filósofos modernos; pero nadie sospechaba que algún día habrían de pasar de las frías regiones de la mente a la pavorosa realidad en que se desarrollan ahora. Nadie había imaginado que en las estepas de Rusia habría de nacer una nueva barbarie, no como la antigua for-

mada de pueblos sencillos y jóvenes, dóciles al cristianismo, sino una barbarie lista a convertir en escombros toda la civilización moderna en los pueblos más cultos del orbe. Lo que predominaba en el pasado siglo era un estrecho individualismo, que al fin y al cabo no entrañaba las tremendas amenazas de las hordas soviéticas. Y sin embargo, la clara institución de Don Bosco se presentó como un pequeño círculo de apóstoles, cuyas intrépidas avanzadas estaban destinadas por el cielo para batallar sin tregua con las más hostiles fuerzas del socialismo ateo, arrancándoles al obrero de sus oscuras garras para mantenerlo en los límites de la virtud cristiana; y no es aventurado decir que la Comunidad Salesiana puede considerarse como la encarnación más perfecta de las grandes ideas de la Iglesia en relación con el obrero.

Si a muchos sabios doctores católicos tocó en otro tiempo la tarea de infundir el espíritu cristiano en las letras clásicas; si a otros se les señaló el primer puesto en la educación de los niños del pueblo, fue a Don Bosco a quien la Providencia escogió para cumplir una misión de incommensurables proporciones: la redención del pueblo por el taller. Es, pues, a la comunidad salesiana a la que se debe hoy un fecundo y vasto plan de acción social que de un modo lento, pero seguro, avanza en todas partes, captándose el amor y la gratitud de las clases trabajadoras. Todas las batallas de la época presente se libran en torno del obrero, y a la conquista del obrero para el bien es a donde tiran todos los esfuerzos de los hijos de Don Bosco. Se ha visto además, con hondo desconsuelo, que la ciencia por sí sola es



Estudio de aspirantes en nuestro museo de ciencias naturales

incapaz de darle al hombre el bien que necesita, y que la salud de la sociedad reside principalmente en la manera como se encaucen y se vivifiquen las fuentes del trabajo.

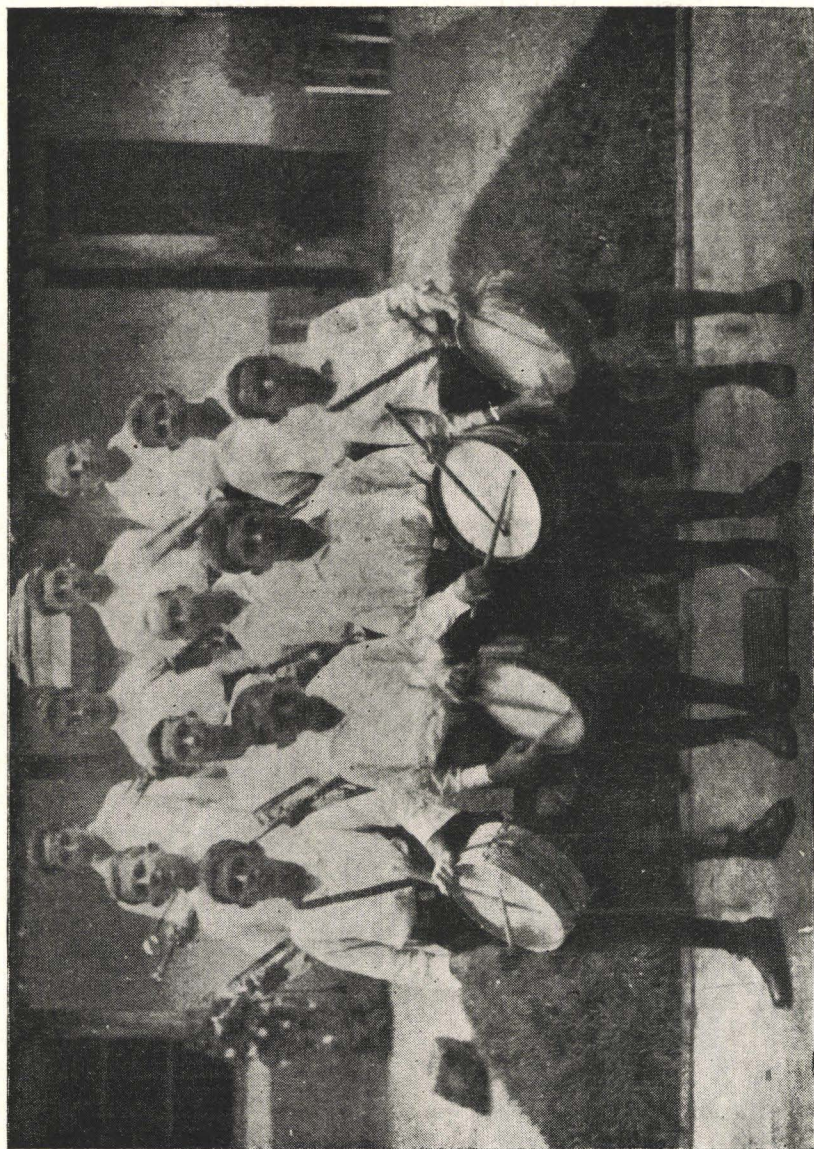
Una de las más bellas inspiraciones de Don Bosco fue el haber asociado a su santa madre, Margarita Occhiena, a a su excelsa obra de mejoramiento social. Esta circunstancia le da a la fundación de Don Bosco la más dulce y atractiva fisonomía, y es ella la que desde sus comienzos marcó el camino que debía seguir su institución. La mujer como necesario complemento, como admirable auxiliadora en una empresa de abnegación y caridad, quedó unida, como parte integrante, a todos los civilizadores propósitos que la Sociedad Salesiana había de emprender donde quiera que hubiese un niño pobre para salvar por el taller o una joven sin medios de ganarse la vida.

En estos días algunos escritores católicos han hecho que se considere con atención el pavoroso problema de la criminalidad infantil. Es este uno de los problemas más urgentes que hay que resolver; y cuando pensamos en los estragos que está haciendo el cruel abandono en que Colombia, país único en esto, deja a los niños que carecen de todo, debido a la creciente inmoralidad de las más ínfimas clases y a la fría indiferencia de las clases superiores, no podemos menos de tornar la vista a la apacible y serena figura de Don Bosco, cuya noble y generosa vida se agotó buscando un refugio para librar al niño de la delincuencia.

Y como una institución nacida en Italia, en donde el arte en todas sus manifestaciones es algo que hace parte

esencial del genio de la nación, podía desentenderse tampoco de cuanto atañe a las sonrientes hijas de las musas? Aun los salesianos conservan por la literatura, la filosofía y los estudios clásicos todo el fervor del Renacimiento, y es en sus colegios donde, al lado de la SCHOLA CANTORUM se estudian como en ningún otro centro docente, los siniguales modelos de la antigüedad griega y romana. Sabios salesianos difunden sin cesar ese intenso amor a las altas letras humanas, que es el medio más a propósito para elevar el nivel de los estudios y, para conservar por gratitud, por placer del alma, por utilidad, la áurea herencia de la sabiduría que nos legaron otras civilizaciones, en las cuales se informaban los más levantados ideales de belleza y de justicia. Trabajo, arte y ciencia, es la divisa de la Comunidad Salesiana.

Optimos son los frutos que ha conseguido Colombia, merced al intensoregar de la Comunidad Salesiana. A través de toda la república se levantan los establecimientos en que ella desarrolla sus calladas y útiles empresas, con el tesón de los verdaderos apóstoles del trabajo; y no menos sólida y duradera la labor que sin descanso realizan las Hijas de Maria Auxiliadora. En cuanto a los lazaretos, la obra de los salesianos es tan extraordinaria, que desleal e ingrato fuera el colombiano que la olvidase siquiera un momento. Poca será en verdad nuestra gratitud para esos intrépidos sacerdotes y para esas puras y abnegadas vírgenes que sin acordarse de si mismas, con un gozo que no es de la tierra, lejos del bullicio de las ciudades, consumen su juventud y sus fuerzas, ignoradas del mundo, velando en antros



Banda de guerra. — 1940

de dolor por desventurados seres a quienes la sociedad no admite en su seno.

Con los ojos del recuerdo vuelvo al antiguo convento del Carmen, en otro tiempo convertido en hospital militar, donde dos tías mías, Hermanas de la Caridad ejercían su oficio de enfermeras. Miro como de niño con curiosidad sus muros coloniales, subo por sus envejecidas escaleras, penetro en los aposentos que fueron las celdas de las monjas. Aun existe la iglesia con su pequeño camarín y están casi lo mismo las imágenes y el coro.

Bien quisiera que todo permaneciese allí por siglos; pero la razón me llama para decirme que todo en el mundo se convierte en ruinas, y a mis miradas se presenta entonces el magnífico templo, obra de arte consumado, gracia y energía, con que la piedad salesiana reemplazó el vetusto edificio y, en donde al lado de un famoso colegio, no para perfumados efebos, sino para jóvenes fuertes y vigorosos, se rendirá culto permanente a la reina y emperadora de los cielos.

No sé cuánto hubiera dado por tener frases dignas y elocuentes para alabar los santos esfuerzos de los padres salesianos; pero, por fortuna, ellos no necesitan de los fugaces y vanos elogios de los hombres.

LUIS MARIA MORA,
de la academia colombiana de la lengua».

Así mismo el Presbítero Jorge Arturo Delgado escribió para esta circunstancia un elegante romancero titulado CANTO A DON BOSCO que declamó entre los aplausos acalorados de los presentes, una concurrencia calculada en casi dos mil personas.

Al día siguiente la población entera amaneció jubilosa de fiesta: Todas las misas concurridísimas. A la de nueve acudió todo el personal de las dos casas a la iglesia parroquial y el coro, preparado magistralmente por el padre Hernández ayudado por el coadjutor don José Quiñones, ejecutó la admirable partitura «Mater amabilis» del maestro Ciocchi. En la cátedra sagrada, el conocido orador y amigo nuestro presbítero Alvaro Sánchez, enardeció los ánimos haciendo resonar por primera vez aquí el elogio de nuestro fundador. A las once de la mañana, los aspirantes sencillamente uniformados, lucieron en la plaza principal con un acto gimnástico, preparado con artístico esmero por el acólito Fridolin Kieninger, entonces asistente de gran peso en la casa. Para este acto acudió una inmensa masa de espectadores que aplaudían y admiraban la precisión y gracia de los ejercicios.

La tarde se empleó en la grandiosa procesión con las imágenes de María Auxiliadora y San Juan Bosco, por las calles profusamente engalanadas de la población. Lo nutrido de la concurrencia, lo devoto de su actitud, el maravilloso esplendor de la ceremonia realzada con la piedad de los cantos y los acordes de la banda del «Oratorio Don Bosco» venida desde Bogotá, todo clavó profundamente en los espíritus el brillante recuerdo de esas horas.

Finalmente, a las ocho de la noche, el patio de la sección de aspirantes volvía a llenarse hasta el colmo por multitud tan densa como jamás se había podido prever. Entonces, alternando con la orquesta traída de Bogotá, fue pasando la representación del altisonante drama titulado EL PRODIGIO DE LIDDA,



EI EMINENTISIMO SEÑOR CARDENAL CRISANTO LUQUE Y EL EXCELENTISIMO
SEÑOR PABLO BERTOLI, NUNCIO APOSTOLICO.

en el que el cuerpo de actores estaba integrado por elementos de todas las secciones de la casa, lo mismo que los del precioso cuadrito escénico y musical DON BOSCO NIÑO que se dio a continuación. Todos los concurrentes hubieron de convenir en que la interpretación, el juego de tramoya, los maquillajes, etc. habían estado a la altura de los grandes acontecimientos artísticos de los mejores centros de cultura. Cuando, ya cerca de la media noche, todos se retiraron, quedaron los unos con la impresión de lo grande y de lo bello, y los otros con la satisfacción de un resultado superior a todas las esperanzas.

Aparte de esto, la casa de Mosquera, como corazón de la obra salesiana en el país, fue gradualmente recibiendo la grata impresión de los ecos de los festejos con que en todas partes se iba celebrando el magno acontecimiento. En especial, para las apoteósicas conmemoraciones de Bogotá, nuestra casa se movilizó en masa y tomó parte activísima en esas jornadas de tan impresionante grandeza, que se hicieron en el mes de junio.

Con la alborozada resonancia de esos días y luego, con la participación en la gran exposición «técnico-didáctica» que se organizó igualmente en Bogotá para el final del año, todo este vino a quedar lleno de esa idea central y dichosa del glorioso significado que para nosotros entrañaba la exaltación de nuestro padre a las constelaciones de la Iglesia católica. Esto, naturalmente había de contribuir al florecimiento y robustez de este centro de vocaciones que cada vez veían más alto y claro el camino al lado de los hijos de tan gran padre; por eso

esta fecha y este año, han de ser considerados como hitos de prominente importancia en la marcha y desenvolvimiento de la casa.

Y este es también el broche que cierra el fecundo período del directorado del Padre Caicedo que este año concluía. Por eso, cuando al final de él, la obediencia lo envió a dirigir el colegio de León XIII de Bogotá, podía partir con la satisfacción de haber dejado imperecederos recuerdos traducidos en obras de sólida utilidad: Los estudios perfectamente organizados, altos niveles en lo espiritual e intelectual, la inapreciable adquisición y organización del museo y la biblioteca, esta última dispuesta y catalogada por el sistema belga, con más de cuatromil volúmenes entre los que se hallan obras que, por su rareza o por su intrínseco valor, han de tenerse por inmensos tesoros.

A su vez la parroquia, nacida y desarrollada bajo sus cuidados, le quedaba también deudora de progresos sin cuento, aparte de tantos y tantos beneficios que, por prodigarse bajo el manto de un desvelado sacerdocio y de un apostolado de invencible modestia, pasan con harta frecuencia desapercibidos o menospreciados, pero que constituyen la esencia misma y la parte más valiosa del trabajo espiritual. Por eso se explica que, ni quienes estuvieron en esta casa de formación bajo sus cuidados, ni los feligreses de aquella época hayan podido olvidarlo, ni aun sentir merma en su afecto. Y con todo, lo mejor de su obra solo cabe en los cálculos del Dios que sabe recompensarlo todo.

Al término de este período, el personal de formación estaba así distribuido: 31 aspirantes artesanos y setenta estu-

diantes; 11 novicios coadjutores y 17 acólitos; 18 estudiantes de filosofía y 16 de teología. De estos últimos, el 25 de noviembre llegaron a recibir la unción sacerdotal aquellos cuatro primeros con que se había fundado el estudiantado teológico regular como a su tiempo se narró, es decir, los Padres Reinaldo Acero, Abraham Cely, Luis A. Forero y Horacio Robayo. Un nuevo y legítimo motivo de honda satisfacción para quienes tanto habían luchado por dar cima al perfecto establecimiento y funcionamiento de las casas de formación y a la competente organización de los estudios.

Así se fue llegando el día en que el queridísimo Padre Caicedo debía abandonar la casa. Y aunque era ya cosa sabida y llorada de antemano, sin em-

bargo nadie se resignaba a ver cercano el final de ese término. Pero cuando, el siete de enero de 1935, el Padre resolvió partir a tomar posesión de su nuevo cargo, supo hacerlo en tal forma que nadie cayó en cuenta del hecho: simulando una salida de rutina, se fue definitivamente. Quizá su corazón, tan paternal y sensible, vio que desfallecía ante las manifestaciones de pesar y decidió ahorrarse la agonía del adiós. El caso es que, cuando sus hijos de aquí notaron el hecho, ya el Padre había partido con ese silencio con que él sabe siempre ocultar sus mejores obras y sus actos más heroicos. Entonces, una nube de nostalgia invadió el ambiente y la comunidad sintió duramente su orfandad.

CRUZANDO LAS ALTURAS.

Después de la partida del Padre Caicedo, hubo un breve interregno de diez días en los que estuvo encargado del manejo de la casa el consejero escolástico, Padre Rafael Alvarez. Pero una vez terminados los ejercicios espirituales, el día 18, el reverendo Padre Bertola, congregó a toda la comunidad en el patio de entrada y con breves frases hizo la presentación del nuevo director, el Padre Emilio Rico O.

Salesiano de los de hora prima, formado al calor de las enseñanzas de los fundadores de la inspección y, en consecuencia, fiel depositario de tradiciones paternas, temperamento tenaz y carácter admirablemente metódico, a lo que se agrega el refinado gusto de su cultura y la viva pasión pedagógica, era el Padre Rico la persona más indicada para seguir conduciendo una casa cada vez más compleja, por las vías ascensionales iniciadas. Ya diversos campos de Colombia y Venezuela habían podido disfrutar del resultado de su labor, y finalmente había sido ya director y aun fundador de casas de tanta importancia y porvenir como las de Tunja y Tuluá. Si con tanta frecuencia, a lo largo de estos relatos hemos debido referirnos a los testimonios históricos del Padre Rico, es porque su espíritu investigador y estrictamente ordenado lo llevó a imponer en los archivos de la casa una precisión, orden y claridad ejemplares. Y, por manera semejante, estas cualidades empezaron a repercutir en toda la organización de la casa. Piedad y estudio fueron para él los dos ejes a cuyo derredor habrían de girar todos los engranajes de

la actividad de la casa. Y esto porque poseía profunda conciencia de la responsabilidad que concierne a los que dirigen la formación de futuros sacerdotes y religiosos. En tal virtud empezó por fijarse metas precisas de su labor. La liturgia, practicada con toda la exatitud y esplendor de las grandes catedrales, no solo para que hubiera ocasión de practicar las sagradas ceremonias, sino, mejor aun, para que la poderosa influencia educadora que poseen los sagrados ritos, se hiciera sentir profundamente en el espíritu de quienes aquí se formaban. Con esto, y como natural secuela vino la época de inmenso auge de la música sagrada: El canto gregoriano, al nivel de las demás asignaturas en todas las tres secciones, el canto coral en general, elevado lo más posible en su calidad y empleado con amor aun en las grandes fiestas. El sabía bien la decisiva influencia que ejercen sobre los ánimos juveniles esas solemnes y devotas resonancias de que el recinto sagrado se llena y en las que cooperan las gargantas de todos, puesto que la música en el templo no tiene razón de espectáculo sino de oración y esta no ha de ser patrimonio exclusivo de unos pocos privilegiados. Para alcanzar de manera más perfecta este objetivo, se vio la necesidad de establecer una mayor independencia entre la vida de liturgia del personal y las inevitables exigencias de la iglesia parroquial. Por eso, la comunidad en pleno no volvió a tomar parte en las solemnidades de la parroquia sino en contadísimas ocasiones, dos o tres cuando mucho, al año. La feligresía había alcanzado ya un grado de for-

mación y organización suficiente para poderse valer sin echar mano de esa intervención que más bien podría redundar en su perjuicio, puesto que la abundancia de medios hace que caigan fácilmente en menosprecio. Las funciones religiosas en la capilla interna, ganaban, por su parte, en recogimiento y exactitud, sin perder nada de su esplendor verdadero. Con esto además de tantas otras ventajas, se obtenía que quienes estaban a punto de alcanzar el sacerdocio, tuvieran mejores y más frecuentes ocasiones de ejercitarse en la predicación con inmenso provecho de todos.

A más de esto, la vida de piedad siguió desenvolviéndose en otros aspectos y de manera particular en la organización cada vez más completa y definida de las tradicionales compañías religiosas salesianas. Hacia años funcionaban, entre los aspirantes las de San Luis y el Santísimo Sacramento, pero ahora se tendía a darles funcionamiento más autónomo y con sus peculiares programas de forma que los socios se vieran más y más obligados a tomar en ellas parte activa y personal.

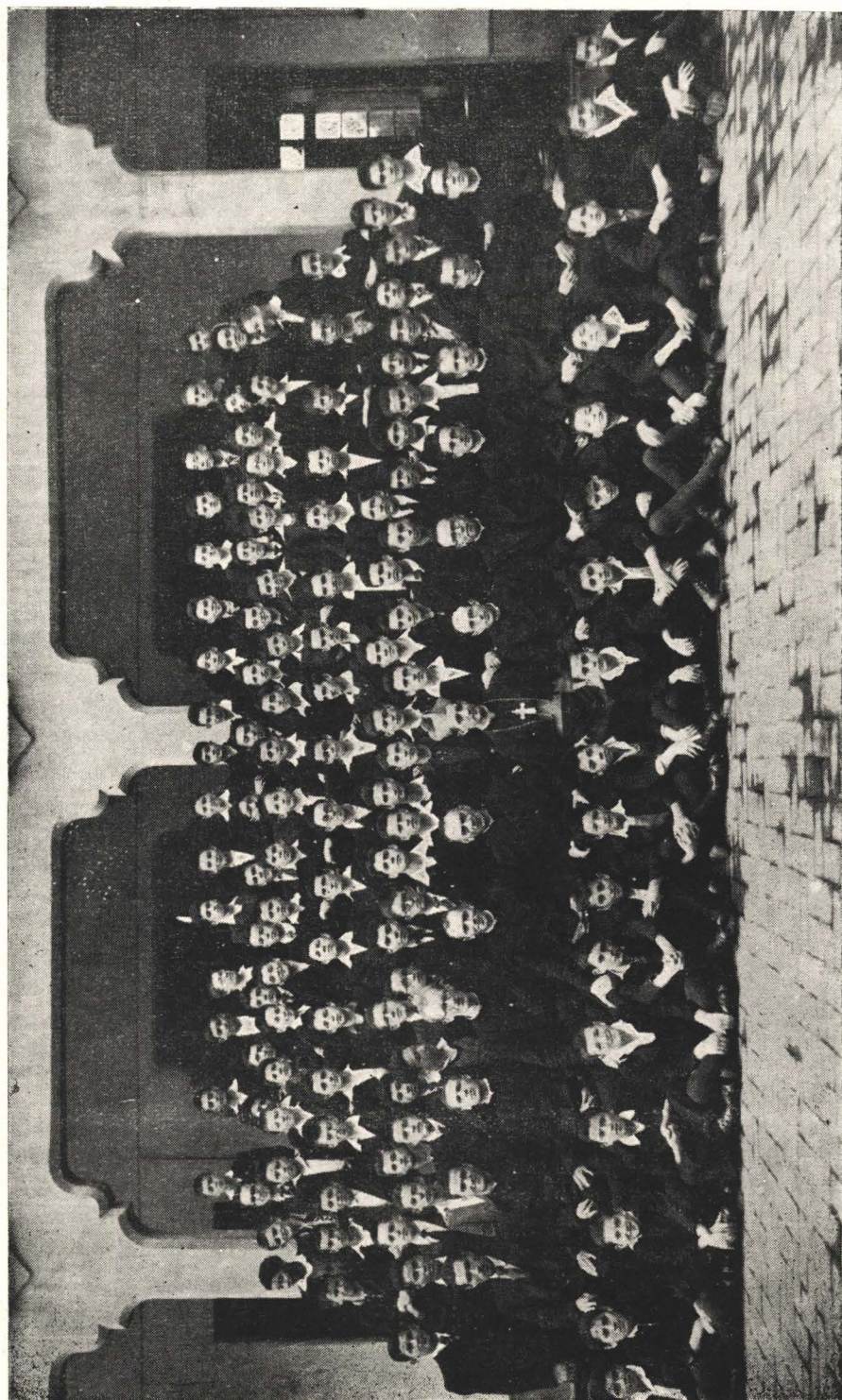
Sin desligarse del objetivo céntrico de piedad, el espíritu de estudio prosiguió atrayendo grandes corrientes de interés en variadísimos aspectos. El hecho de contar ahora con una sección de estudiantes de teología bien organizada favorecía los planes del director quien se propuso elevar el nivel cultural a la altura de las grandes universidades. El profesorado había alcanzado ya un grado de la alta competencia en todos los ramos. Las ciencias eclesiásticas, en primer lugar, se estaban impartiendo ya con toda extensión y seriedad por maestros titulados en nuestras universidades euro-

peas en varios casos, y a la intrínseca atracción de estas disciplinas se agregaba el interés de la emulación. Qué grandeza iban adquiriendo ya esas tradicionales disputas filosóficas y teológicas desenvueltas especialmente en los días clásicos de la fiesta de Santo Tomás.

Y qué admirativos elogios reportaron los nuestros, de parte de los examinadores diocesanos que en ocasiones aceptaron la invitación de venir a compulsar personalmente la calidad de nuestra formación eclesiástica!

Los estudios y prácticas pedagógicas, a su vez, se veían impulsados bajo la directa guía del director, alma de educador, inquieto investigador de metodologías y gran sentido práctico. Y entre estos estudios y prácticas, primaban naturalmente los de la catequética, como sillar básico de nuestra labor salesiana. Pero, según su orden de importancia, todas las asignaturas iban pasando ante la investigación de los futuros educadores y, en vista de que el tiempo resulta siempre escaso para realizar cuanto pediría la concienzuda preparación de maestros aptos, se recurrió al expediente de los cursos de vacaciones que fueron organizados según lo pedían las circunstancias y para los que se iban contratando profesores especializados de dentro y fuera de la comunidad.

Por su parte, los estudios humanísticos seguían progresando aceleradamente: Ya hemos indicado el enorme impulso que recibieron desde los tiempos del Padre Bertola, impulso que prosiguió con ritmo creciente especialmente en lo que toca a las letras clásicas del griego y del latín. Los idiomas fueron también elevándose al sitio que les correspondía y su estudio no se limitó tampoco al tér-



El personal de la casa rodea a Monseñor Francisco Iturriza - 1940

mino del curso escolar, sino que empezó a complementarse también con los cursos de vacaciones. Pero en especial es época áurea para el aprendizaje y fomento de las letras castellanas. Ya el año 1934, nuestro ambiente cultural había hecho factible la preparación de un especialista, el clérigo José Joaquín Ortega quien había formado una historia y antología de la literatura colombiana que mereció en el lapso de dos años escasos el honor de dos ediciones y a su autor un sillón entre los académicos de la lengua. Pero además, el gusto por las disciplinas del bien decir era cosa general y se notaban ya muy buenos cultivadores de finos quilates. El Padre Rico, ya de suyo atildado y elegante escritor, procuró ampliar estos estudios dando a las academias con que se celebran nuestras fechas tradicionales, un carácter de suprema elegancia y haciendo de ellas verdaderos concursos permanentes, pues solo merecían figurar en sus programas quienes hubieran triunfado en lid escolar por el buen desarrollo del tema propuesto para la ocasión. De aquí provenían esos actos sobriamente elaborados, profundamente educativos, en cuya preparación habían tomado alguna parte todos; en los que alternaban con la declamación impecable y la disertación erudita, las composiciones, latina o griega, inglesa, francesa o italiana, y el canto delicado e irreprochable o la selección musical a toda orquesta, integrada por elementos exclusivamente de casa, pues también las artes, impropriamente apellidadas aveces, CLASES DE ADORNO, tuvieron su correspondiente desarrollo. Por eso, ya no era extraño escuchar con delicada complacencia, las grandes obras de los autores inmortales, ejecutadas por

músicos jóvenes y niños, maestros en ciería, formados por la magia artística del profesor, auténtico perito. Honor a los, entonces estudiantes de teología: Francisco Rubner y Francisco Van Galen!

De manera análoga, se dio gran importancia a la clase de dibujo, hecha en forma progresiva y para la que se elaboró un programa de ciclo completo, que iba desde el simple trazo de líneas a pulso, hasta el dibujo botánico y zoológico al natural y la solución de todos los problemas de la perspectiva. Todos los alumnos iban hallando amplio campo para el desarrollo de sus habilidades y esto hizo que pronto se empezaran a distinguir pintores de bellas aptitudes que luego han podido prestar preciosos servicios en los diversos colegios. Quién fuera a examinar los programas poligrafiados de las fiestas de entonces, podría constatar cómo también ellos fueron parte en el desarrollo del sentido artístico, pues los dibujos con que vez por vez se presentaban eran también resultado de concursos que despertaban la emulación y daban pábulo a la fantasía.

Por lo que ya se indicó acerca de la instalación y organización de los gabinetes, biblioteca y museo, podrá calcularse el auge alcanzado por las ciencias físicas, químicas y naturales. El Padre Caicedo, profundo matemático y físico, había establecido en ello altas tradiciones. Y todo esto fue sucesivamente enriqueciéndose con nuevas y valiosas adquisiciones: los gabinetes continuaron proveyéndose de todos los más modernos elementos. La biblioteca progresivamente iba adquiriendo obras valiosísimas y en esto es justo anotar el mérito del reverendo Padre Charry quien, en su anhelo de profundizar cada vez más las

ciencias filosóficas y teológicas, contribuyó no poco a la consecución de libros magistrales en estos renglones. También es preciso dejar constancia de las magníficas contribuciones de la Biblioteca Nacional en favor de la nuestra, con obras, especialmente literarias, por obra de nuestro insigne amigo, entonces director de aquella entidad, D. Daniel Samper Ortega.

Luego, también el museo, que poco a poco había ido enriqueciéndose con piezas geológicas, botánicas, zoológicas, etnológicas, etc. recibió durante el período del Padre Rico, el año de 1939, un cuantioso aporte de bellísimas muestras zoológicas, de parte del auditor de la nunciatura, Monseñor Juan Calleri. Igualmente el ramo de la fisiología se fue haciendo a una bien provista colección de material didáctico, suficiente para poder impartir una completa información de la asignatura a los alumnos. A esto ha de agregarse la venida, el año de 1936, del Padre Juan Bonilla, en calidad de consejero escolástico, gran conocedor de estas ciencias a las que impulsó y para cuya enseñanza preparó magníficos textos, que han prestado desde entonces invaluable servicios en multitud de centros de enseñanza del país.

Ya puede verse, por tan somera ojeada, lo que este período representó para la casa y lo mucho que ella debe al Padre Rico.

Iniciado su directorado, como queda dicho, el 18 de enero de 1935, uno de sus primeros actos fue un tributo de justicia y gratitud para otra gran figura de salesiano que, según a su tiempo se narró, había sido de inapreciable significación para la casa de Mosquera: El padre Mauricio Arato, cuya muerte había ocu-

rrido en Lima hacía un mes. Por eso, el día 21 de enero se celebró un solemne funeral en la iglesia parroquial en sufragio de esa alma tan querida y de cuya virtud existía tan elevada idea entre quienes lo conocieron: propios y extraños.

Pero, de entre las personalidades básicas que hemos ido describiendo en esta crónica, no había de ser esta la única que se vería desaparecer en dicho año: el 10 de junio traspasaba los linderos de la tumba en el lazareto de contratación el padre Maximiliano Burger que tanto había hecho por la casa hasta el año de 1910. Desde entonces y después de cerca de cuatro años de trabajo en Ibagué, el resto de su vida había de transcurrir casi exclusivamente en los lazaretos. Por lo que aquí se dijo de él, ya podrá calcularse la inmensa actividad que desplegó en estos refugios del dolor en esa manera multiforme con que siempre trabajó. El debe quedar catalogado entre los más grandes y eficaces apóstoles de los leprosos. Baste decir que vino a morir abrumado por lo colosal de la tarea que se había impuesto y que tronchó su existencia de roble a la edad aun temprana de cincuenta y dos años.

A los ecos doloridos de los enfermos que lo lloraban inconsolables, respondió también el lamento de esta casa que no puede olvidarlo.

Un mes más tarde el 20 de julio, ocurría otra sensible pérdida con la partida a la eternidad, del padre José Celina, maestro de novicios.

Dolores agudos que lo atormentaban en una pierna, desde finales del año anterior, lo habían obligado a recluirse y apenas había alcanzado a introducir en la vida de noviciado al grupo de los de es-



*El Excelentísimo Señor Francisco Iturriza con
el Padre Alvarez - 1940*

te año, cuando el 31 de enero fue trasladado a Bogotá con el fin de prestarle mejores atenciones. Por eso el año empezó con muchas alteraciones de horario para los novicios, aunque todavía se esperaba que el padre se recuperara y pudiera reanudar su trabajo habitual. Pero el tiempo pasaba y el mal, lejos de ceder, seguía avanzando y atormentando cruelmente al buen padre. De aquí que para no perjudicar la marcha del noviciado, el padre Inspector decidiera exonerarlo indefinidamente de su cargo y, al efecto, al término de la academia celebrada el siete de marzo en honor de Santo Tomás de Aquino, el Padre Bertola anunció públicamente que, en adelante pasaría a ser maestro de novicios quien hasta ahora había desempeñado el cargo de consejero escolástico, reverendo padre Rafael Alvarez. Para reemplazarlo, asumiría el cargo de consejero el catequista, padre Andrés Ferro y las atribuciones del catequista quedarían en lo posible al cuidado del director de la casa. Con esto quedaba solucionado un problema, pero todos continuaban pendientes de la salud del Padre Celma: Los médicos habían diagnosticado el mal como calcinación de una arteria y recomendaban un clima ardiente. Sin embargo, empezó a pensarse que acaso la curación fuera imposible. El padre fue llevado, pues, a Agua de Dios y allí prosiguió su calvario, hasta que dicho día 20 de julio, asistido por el padre inspector y los demás salesianos de aquella casa, pronunciando con voz fuerte la divina invocación: «Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo», se fue a proseguir el himno de alabanza al reino de los justos. Tal noticia causó penosísima impresión y con filial cariño se le empezó de

inmediato a sufragar. Dos días más tarde tanto en esta casa, como en la del noviciado, se hacían solemnes funerales por el que fue llamado por antonomasia «el padre Maestro».

Suceso de gran trascendencia en este año fue la visita extraordinaria hecha a la inspectoria, a nombre del rector mayor, por el reverendísimo padre Antonio Candelá miembro del capítulo superior. Corazón profundamente paternal, se hizo vivamente cargo de las necesidades de la inspectoria y dio prácticas y claras normas para atender a ellas. Cuando llegó a realizar la visita de esta casa el 27 de mayo, empezó por difundir en todos, la suave impresión de su bondad. Realizó con su presencia las fiestas patronales de la parroquia, habló confidencialmente con el personal salesiano de la casa, visitó clases y talleres y, por último, el cinco de junio dio por terminada la visita. Importantes decisiones tomaba, que modificaban el funcionamiento de la casa y lo facilitaban. Así, dejó dispuesto que la casa del noviciado empezara desde el siguiente año a funcionar independientemente y que se nombrara párroco diferente del director de la casa. Por eso en adelante, solo de paso nos referiremos a la casa del noviciado, ya que de estas fechas en lo sucesivo, empieza a vivir y ser considerada como casa aparte.

Finalmente, cabe referirnos a dos fiestas que dejaron en el alma de los habitantes de la casa, indeleble impresión de contento: La primera, la de las bodas de plata sacerdotales del reverendo padre Bertola que, aunque celebrada en el colegio de León XIII fue hecha con intensa participación de los de aquí especialmente en lo referente al canto, y es-

to con profunda admiración de quienes a ella asistían. Dicha fiesta fue celebrada los días 20 y 21 de agosto.

La segunda fue enteramente excepcional: pues habiendo llegado aviso de que en el mes de septiembre tendría lugar la visita pastoral, empezó a cundir por todas partes un entusiasmo inusitado, pues el gran prestigio de que gozaba el que por entonces era arzobispo coadjutor, señor Juan Manuel González Arbeláez, su grande don de gentes y la fama de santidad que lo circundaba, hizo que todos esperaran ese día como el de los grandes acontecimientos. Cuando ya se supo con precisión que la visita se realizaría del 21 de septiembre en adelante, se pidió al amable pastor que concediera a la comunidad un día completo para gozar con él de la intimidad de la familia y así quedó determinado que, hecha la visita, los días 21 y 22, el día siguiente lo dedicaría por entero a los de adentro. Con inmenso regocijo y cariño se prepararon aquellos familiares agasajos en los que campeaba el espíritu de exquisito refinamiento entonces dominante en la casa y, todas estas circunstancias juntas hicieron de estos días algo excepcionalmente inexplicable. Todos tenían la secreta convicción de que gozaban de la presencia de un grande hombre y grande santo. Las gentes todas se apretujaban a su derredor y se consideraban felices de poder obtener de él cualquier muestra de bondad. Pero los momentos realmente inolvidables para los miembros de la comunidad, fueron los que pasó el día 23: Su palabra afectuosa y sugestiva, su inagotable amabilidad, la finura de su trato, todo le captaba de inmediato el cariño respetuoso de cuantos se le acercaban. Los actos de aquel día fueron intensa-

mente conmovedores: El bautismo de un joven holandés recién convertido al catolicismo, la devoción de aquella misa, el magnífico acto gimnástico y la academia de la tarde, de sobria magnificencia, hicieron que se sintieran pasar aquellas horas con inexplicable rapidez y que se vieran ir con nostalgia. Aquí el exquisito gusto del padre director, puesto al servicio de un profundo cariño, había hecho maravillas.

Para el comienzo del año 1936 se hicieron efectivas las reformas ordenadas por el Visitador extraordinario. La casa de noviciado empezó a funcionar con autonomía, si bien, en lo económico no podía aun pensarse en total separación. Allá, además de los novicios, habrían de permanecer los estudiantes de primer año de filosofía, pues el notable crecimiento de esta sección hacía difícil e incómoda su instalación completa aquí.

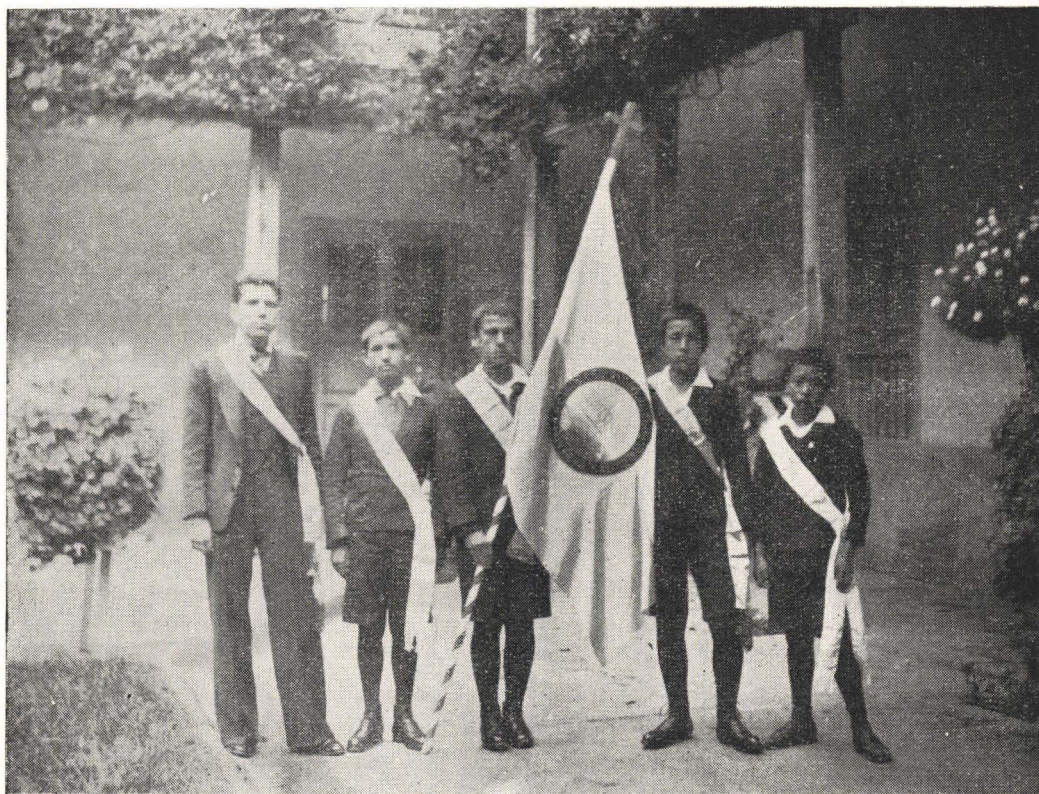
En cuanto al personal directivo, hubo así mismo algunas innovaciones: El padre León Córdoba vino como prefecto en vez del Reverendo Padre Nürnberg, y como consejero escolástico, el Reverendo Padre Juan Bonilla, para reemplazar al padre Andrés Ferro.

Ocurrencias especiales de este año, fueron, las bodas de plata sacerdotales del Reverendo Padre Savio, ecónomo inspeccional y, por tantos títulos, ligado al cariño de esta casa. Debido a esto, se determinó que tal solemnidad fuera celebrada aquí el día 11 de febrero y su preparación se hizo con cariñoso esmero. La misa solemne, la oración gratulatoria, revista de gimnasia, ágape familiar y academia de gala, todo con emocionado afecto que produjo cálidas impresiones en el corazón del festejado.

Luego, el día 16, se dio especialísima

solemnidad a la tradicional ceremonia de recepción de sotana, para recordar con ello el centenario de la de San Juan Bosco. Por esto, se llevó a cabo en el Santuario, aun inconcluso, del Carmen de Bogotá, por mano del Excelentísimo Señor Nuncio de su Santidad, Monseñor Carlos Serena, y cada uno de aquellos novicios

do Padre Charry para recordar con él el vigésimo quinto aniversario de su ordenación sacerdotal. Cada uno trató de poner de su parte cuanto fuera preciso para demostrarle el profundo afecto que se le profesaba. La fiesta resultó en verdad grandiosa y solemne, tanto por su parte religiosa, espléndida, como por la recrea-



Vencedores en el certamen catequístico - 1940

tuvo su respectivo padrino nombrado de entre los más insignes amigos de la obra salesiana. Recibieron entonces la sotana, catorce novicios y siete recibieron la medalla de coadjutores.

Los días 23 y 24 de septiembre, todos los habitantes de la casa se agruparon con intenso cariño al rededor del reveren-

tiva, artística y más que todo afectuosa. El padre se demostró entonces alegre y decidor como siempre, aunque luego, en la intimidad, confesaba que tales demostraciones lo sometían a dura prueba y que le costaba mucho disimular la repugnancia que experimentaba ante actos que trataban de sacarlo de la modesta pe-

numbra de retiro en que estaba habituada a vivir.

El 31 de octubre un golpe imprevisto trajo al ánimo de todos la consternación y la tristeza. Una muerte repentina es siempre impresionante, pero lo es más cuando la víctima es un niño. Cuando, pocos días antes, celebraba la casa jubilosamente la fiesta de San Luis, y cuando con todo aparato se realizó el certamen catequístico tradicional, nadie hubiera podido prever que uno de los alumnos que allí tomaba parte, el jovencito Francisco Torres, de aspecto rozagante y robusto, se nos fuera a ir por entre la fosa del cementerio, en el plazo de pocos días. Y sin embargo un pequeño malestar estomacal vino a colocarlo en el último extremo en cuestión de horas. Nadie creyó, hasta el último instante, que aquel malestar fuera mortal. El médico que lo había examinado ese mismo día había diagnosticado una colitis, cuando hacia las nueve y media de la noche, cuando ya todos se habían retirado a descansar, un desfallecimiento cardíaco lo dejó sin vida en pocos momentos. Cuando los superiores volaron a su lado, no había ya nada qué hacer, sino constatar la muerte y orar por su alma. Al día siguiente, fiesta de todos los santos, los alumnos desfilaron ante el cadáver del buen compañerito, para encomendarlo a Dios, llorarlo y hacer más viva la dura lección. El funeral se hizo con toda la solemnidad del caso y un recuerdo de llanto y plegaria quedó en la tumba nueva.

Por esta época, una nueva construcción indicadora del progresivo crecer de la familia, ocupaba la atención de los superiores. Desde el primero de abril se habían empezado a echar los funda-

mentos de un pabellón que, tomando pie de una vieja construcción que servía de taller de zapatería, habría de tener una longitud de cosa de veinte metros a lo largo del muro que limitaba la huerta por el norte hacia la calle. Esta nueva estructura independiente del resto de la casa, tendría dos pisos, de los cuales el superior se destinaría a enfermería y el inferior para graneros y otros depósitos. Las obras avanzaron con toda regularidad, de modo que el 20 de noviembre quedaban dadas al servicio con la bendición que les impartió el reverendo Padre Inspector. Con esto la casa empezaba a contar con un envidiable servicio de enfermería: Consultorio, botiquín, seis piezas reservadas y cómodas y saloncito para dormitorio común, a lo que, años más tarde se añadió la instalación del gabinete dental. Además de este servicio ordinario, el nuevo tramo podría prestar magnífico alojamiento para huéspedes, en especial durante los ejercicios espirituales. Esta obra que costaba a la caja inspectorial la suma de dos mil pesos, había sido dirigida por nuestro arquitecto don Juan Buscaglione.

La última mitad de este año, transcurrió para todos con la viva impresión y dolorosa expectativa de los terribles sucesos de la madre patria, envuelta desde julio en los horrores de la gloriosa guerra de liberación y, en muchas zonas, sometida a las brutales represalias comunistas que, al igual que en otras familias religiosas, dejó un saldo crecido de mártires entre nuestros hermanos salesianos. Con inmenso interés se siguieron aquí las vicisitudes de la contienda y se hicieron solemnes actos de desagravio por los tremendos sacrilegios que entonces ocurrieron.



Estudiantes en el gabinete de química

El año de 1937 se inauguró con algunos cambios en el personal. El Padre Córdoba, prefecto, fue nombrado director del asilo de San Bernardo, obra complementaria de la del lazareto de Contratación, y en su reemplazo fue nombrado el Padre Heladio Guevara. A su vez, y para que las disposiciones de la visita extraordinaria quedaran totalmente cumplidas, el director de la casa quedó exonerado de su oficio de párroco y para este se nombró al reverendo Padre Isidoro Gama.

El nuevo párroco tomó muy a pecho, desde un principio la obra, ya de antemano concebida, de la construcción de

parroquial era ya, en estos años, muy floreciente, pues, además del brillo que solían tener las fiestas, se daba gran impulso a esos vínculos de la vida cristiana en la Iglesia que son las asociaciones religiosas. Entre estas, empezaba también a organizarse la Acción Católica con prometedores resultados.

Cuando el año se acercaba ya a su término, el día 19 de octubre, el Padre Inspector comunicó al consejo inspectorial, una noticia que era de profunda trascendencia para esta casa, pues había de afectar sustancialmente su organización. El continuo crecer de la familia iba exigiendo una expansión difícil de obtener



Tercer curso en estudios de zoología - 1941

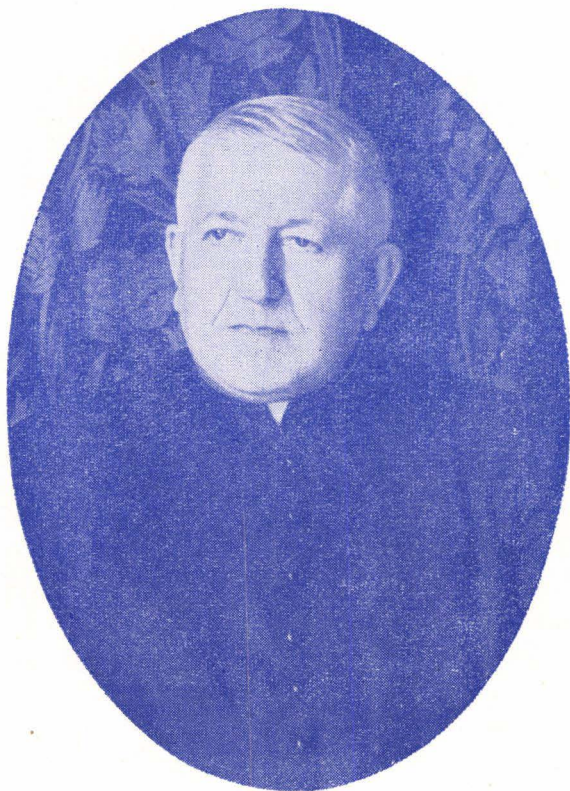
una casa cural al lado de la iglesia, siguiendo insinuaciones emanadas de la curia arzobispal. Ya para entonces había quedado prácticamente concluido un conato de pleito acerca de la posesión del correspondiente lote y ahora se pensaba en planos y trabajos. El 18 de julio se bendijo la primera piedra y de inmediato se dio comienzo a los trabajos. La vida

en el espacio por lo pronto disponible en Mosquera, y hacía tiempo los superiores andaban echando planes para una fundamental modificación. Ya desde el año de 1934, se había enviado una circular a todos los cooperadores del país, exponiéndoles el plan de una gran construcción en los terrenos adquiridos para la congregación por la acuciosidad del reve-

rendo Padre Gama como prefecto del colegio de León Trece y situados en el llamado Barrio «Veinte de Julio» en Bogotá, construcción que habría de destinarse al estudiantado teológico. Pero el tiempo pasaba y la escasez de medios y las graves dificultades que presentaba el sitio, hicieron que la obra se desarrollara con demasiada lentitud. Entre tanto la división se imponía cada vez con mayor apremio y los superiores mayores insistían más y más en la necesidad de hacer del estudiantado teológico una casa aparte. Además, como ya se indicó, la organización del estudiantado filosófico había venido a ser en los últimos años, un tanto anómala, ya que el primer curso residía en la casa misma del noviciado, al paso que el resto se encontraba, aunque en tramo aparte, en la del aspirantado. Esto, como ya se supondrá, ofrecía estorbos y complicaciones que era necesario allanar pronto. Providencialmente, cuando más agudas se hacían sentir estas preocupaciones, Dios vino en nuestra ayuda inspirando al cristianísimo caballero don Fernando Ortega, el que propusiera al Padre Bertola el traspaso de una magnífica finca que poseía al norte de la población de Usaquén, traspaso o especie de donación sujeta a algunas obligaciones a las que fue fácil dar asentimiento. La casa, como de familia que era, necesitaba eso sí, modificaciones y ampliaciones en las que se pensó de inmediato, pero, al menos por lo pronto podría dar alojamiento al grupo de los novicios que, por lo reducido del número, y la calidad de los estudios a que ha de atender, es el que menos exigencias tiene. De este modo, los estudiantes de teología podrían trasladarse a la que era casa de

noviciado con lo que podrían estar por separado, según los deseos, sin restar a las otras secciones su valiosa ayuda como profesores de la que aun no era fácil prescindir. Luego, los estudiantes de primer año de filosofía podrían reunirse con sus compañeros con las consiguientes ventajas y así, de una sola vez quedarían solucionados los principales problemas de todas las secciones. Ya podrá calcularse el gran entusiasmo que tan oportuna adquisición despertó en el ánimo de todos: De inmediato se expidieron las convenientes comunicaciones a los superiores mayores para obtener las licencias del caso y se dio comienzo a una obra inicial a continuación de la casa recientemente adquirida para que cuanto antes estuviera en condición de prestar los servicios que de ella se esperaban y poder así, dar cima a estas disposiciones al comienzo del año siguiente. Un paso gigantesco daban con esto nuestras casas de formación.

Un nuevo hecho que, por entonces, llamó poderosamente la atención de todas las inspectorías y que hubiera debido merecer el honor de imitaciones y segundas partes, fue el de las interesantísimas jornadas pedagógicas realizadas en casa con participación de todas las demás de la inspectoría, durante los días 30 de noviembre y 1º y 2 de diciembre. Incalculable el provecho obtenido especialmente por el personal joven, como fruto de esos estudios concienzudos y prácticos, a base de temarios cuidadosamente elaborados y distribuidos con la conveniente anticipación, en los que se enfocaba el mayor número de aspectos del problema educacional. Cincuenta participantes entre sacerdotes, tirocinantes y estudiantes de teología y filosofía,



REVERENDISIMO PADRE GAUDENCIO MANACHINO
INSPECTOR DE LOS SALESIANOS EN COLOMBIA



En la época de oro de nuestra orquesta - 1941

se emplearon con alma y vida en el desarrollo y discusión de los diversos puntos. De tiempo atrás se habían asignado a algunos de los mismos, determinados temas que, una vez desarrollados debían consignarse a dos comisiones nombradas al efecto para su estudio. Por esto, el primer día tales comisiones pudieron presentar los respectivos informes a la asamblea. El segundo día, en sesiones matinal y vespertina, se hizo un estudio general del sistema preventivo abordando en especial casos prácticos en que cada cual ponía al servicio de todos las experiencias personales. Dicho estudio, por su extensión y excepcional interés hubo de ser completado en una nueva reunión tenida al día siguiente, 2 de diciembre y ese mismo día, en otras dos sesiones, se abordaron temas de metodología que, de esta manera, completaron la vista de conjunto. Los tres días fueron intensamente trabajados, pues a más de lo que se desarrollaba como estricto congreso, en las horas intermedias, los participantes se dedicaron a algunas demostraciones sobre labores manuales y al estudio de una soberbia exposición didáctica, instalada en el salón del museo, y que en forma objetiva y clara, completaba el trabajo realizado. Jornadas densas y de vastas proyecciones de influencia, en cuyo planeamiento y ejecución bien se echaba de ver la desvelada preocupación del Padre Rico, su luminosa inspiración y su magnífico sentido de organización; honda labor en que participaban activamente aun los elementos más jóvenes en ellas directamente interesados, con clara evidencia demostraba su utilidad inmediata y grande. El padre inspector, que la presidió, fue también el primero en aplaudirla ca-

lurosamente y en augurar su fructificación y su repetición periódica.

En cuanto a la exposición didáctica, fue tan provechosa y artísticamente presentada, que se decidió mantenerla aun por el mes de enero, para que pudieran apreciarla también los que fueron viniendo a las distintas tandas de ejer-



*Excelentísimo Señor
Julio Caicedo Téllez.*

cicios espirituales. Con esto, pues, se dio comienzo al año de 1938.

En enero de dicho año se realizó una vez más la reunión del capítulo inspeccional, que eligió como delegado al capítulo general de Turin al Reverendo Padre Rico, director de la casa; con esto quedaba la perspectiva de una ausencia suya durante los meses más laboriosos del año y además, las consiguientes variantes a los planes de fiestas que se meditaban para celebrar el jubileo de plata de su ordenación sacerdotal, pues



Primeros sacerdotes ordenados por el Señor Caicedo. - Agosto de 1942

aunque la fecha exacta caía en ese mismo enero, las vacaciones y consiguientes mermas del personal de la casa también entonces las impedían. Se resolvió pues, dejar tal conmemoración para su regreso.

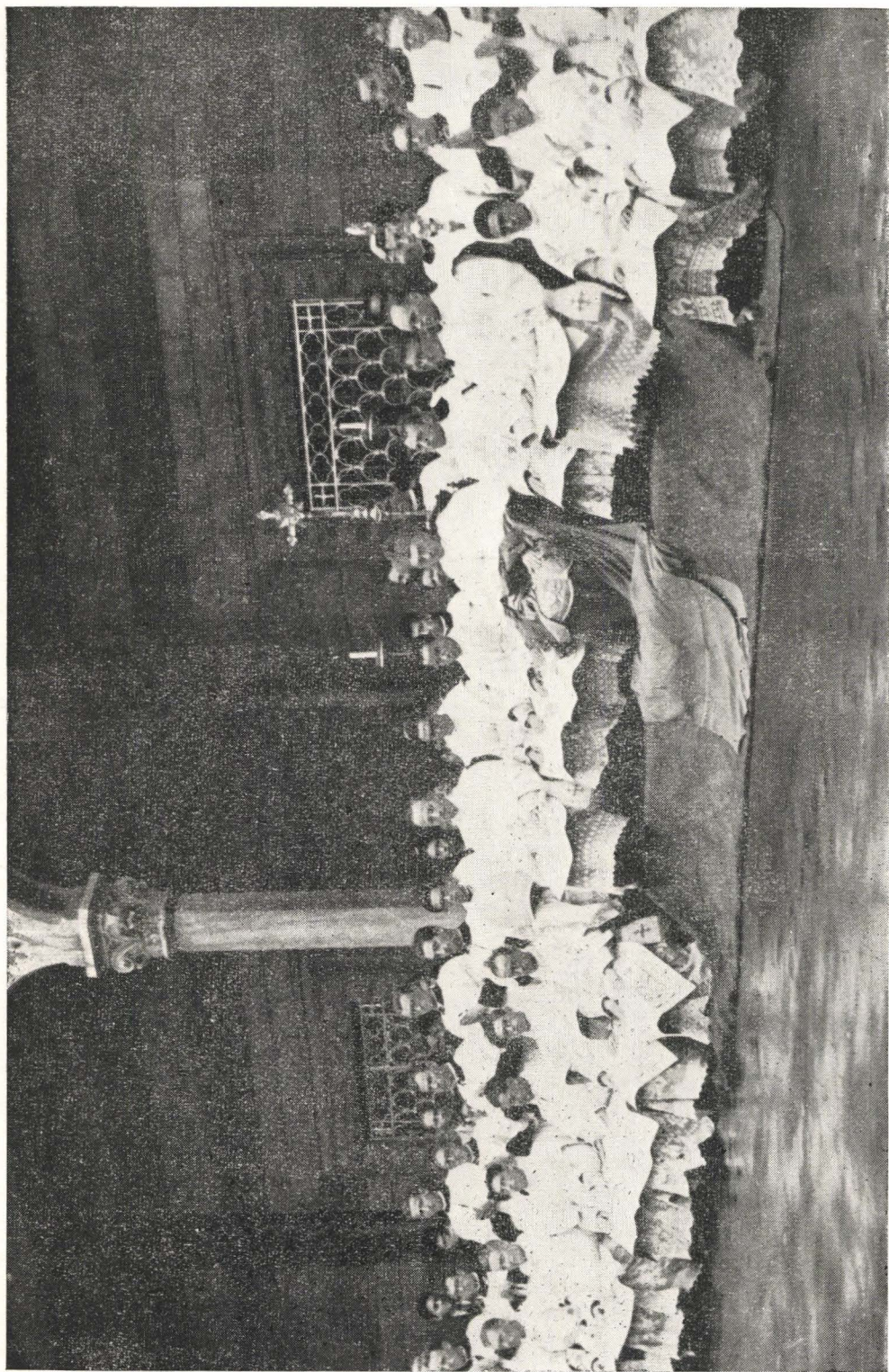
Partió el Padre, junto con el Padre Bertola, el día cuatro de mayo, y mientras tanto quedó la casa puesta bajo el cuidado del Reverendo Padre Gama, quien al mismo tiempo desempeñaba el cargo de párroco.

A mediados del año sobrevino la era de los grandes cambios para la casa: como ya se ha dicho, se habían pedido las necesarias licencias para el traslado del noviciado, pero solo en junio de este año llegó el decreto romano de su erección canónica. Entonces ya pudo pensarse en hacer el cambio, cosa que ocurrió el día 11 de julio. Aquella tarde partían los dieciocho novicios que inaugurarían la nueva casa, con el Padre Alvarez, como maestro, a la cabeza, mientras se iba haciendo también el traslado de los enseres que se había determinado formarían el mobiliario del noviciado. Luego, el día 20, los estudiantes de primer curso de filosofía, pasaron a reunirse con sus compañeros. Quedaba pues aquella casa libre para esperar a sus nuevos moradores los estudiantes de teología, quienes la ocuparon el día 25, encabezados por el Reverendo Padre Hernández, quien aquel año figuraba nuevamente como catequista de esta casa. La dirección de las dos casas volvía a quedar provisoriamente reunida en una sola, lo mismo que su administración material, si bien al frente de la economía del nuevo estudiantado teológico, quedaba el joven sacerdote, que acababa de regresar de Alemania, Padre Fridolin Kieninger.

Hacia el final de octubre estaba de vuelta el Padre Rico y así pudo ya fijarse la fecha de los festejos por sus bodas de plata sacerdotales y activar la preparación, pues además de otros obsequios, se tenía determinado sorprenderle con la fabricación en mármol artificial, del altar mayor de la capilla, trabajo que hacia tiempo se estaba deseando ya que los retablos en madera hasta entonces existentes, se habían siempre considerado como provisionales y el mismo arquitecto, señor Buscaglione, había trazado desde un principio (1921), los diseños para el retablo en mármol. Ahora se trataba de ejecutar aquello, y pronto se tuvieron aquí las diversas piezas ejecutadas en los talleres de C. Ramelli y, merced a los pacientes desvelos del acólito Federico Braden, el montaje y consolidación de todo podían darse por concluidos en los últimos días de octubre. El trabajo era precioso y arreglado conforme al estilo general de la capilla. Hubo, eso sí, que sustituir la imagen del Corazón de Jesús Niño, con otra de la casa del teologado, obligados por el cambio de proporciones en el nicho superior.

Con esto, la fiesta pudo celebrarse los días 3 y 4 de noviembre con grande esplendor y derroche de arte. En el salón de la biblioteca se hizo la exposición, por muchos conceptos valiosa, de los obsequios presentados al Padre, a lo que se agregaban los objetos traídos por el mismo Padre de su viaje por Italia. Con esto, aumentaba notablemente la dotación de la casa especialmente en lo concerniente a sacristía y material pedagógico.

Al comenzar el año de 1939, la casa se vio nuevamente visitada por la muerte, esta vez para llevarse a un benemérito sacerdote, de quien ya se ha indicado



Grupo total de ordenados por Monseñor Caicedo Téllez. - Agosto de 1942.

la labor en pro del aspirantado, el reverendo padre León Córdoba. Como se recordará, el año de 1937, había sido trasladado de la prefectura de Mosquera a la dirección del asilo de San Bernardo en Santander. Allá se entregó tan por entero a su ministerio que su ardor sacerdotal lo llevó a exigir demasiado a su naturaleza y así contrajo un decaimiento físico que, sin embargo, no le impidió lanzarse un día a través de aquellos riscos bravíos, en plena estación de las lluvias que en aquellas regiones suelen convertir los senderos en atroces resbaladeros o impracticables pantanos, para llevar los consuelos de la religión a un pobre moribundo. Ocho días de aventura costó al celoso padre su intrepidez, pero luego regresó con el organismo hincado de la garra maligna que había de lanzarlo al sepulcro. Ni el alivio de trabajo, ni el cambio de clima, fueron bastantes para alejar la amenaza mortal de aquella cabeza cargada de méritos. Finalmente el cinco de febrero de 1939 llegaba en lamentable estado de postración a esta casa que supo de sus desvelos y quedó alojado en el edificio de la nueva enfermería que se había levantado bajo sus cuidados como prefecto. Quién le hubiera dicho cuando vigilaba su construcción que la primera vez que el ángel silencioso había de venir a llamar a las nuevas puertas había de ser para llevarlo a él! Solo dos días pasaron de fluctuación al borde de la extrema linde y su alma impulsada por el sufrimiento agudo, se lanzó al amanecer del día siete a las claras ondas de la eternidad.

La comunidad se apresuró a postrarse a orar por esa alma querida. El cadáver en cámara ardiente en la capilla, fue de continuo visitado. La misa solemne revis-

tió, con todo el despliegue majestuoso del rito, una grandiosidad impresionante. Finalmente, por la tarde, el largo cortejo de las comunidades de ambas casas, engrosado por el compacto grupo de amigos venidos de Bogotá y los de la población, fue a depositarlo a su última morada entre el pausado canto de los salmos.

Tres días más tarde, el 10, un nuevo anuncio de muerte venía a renovar nuestro llanto. El que había sido llamado el Papa de Don Bosco, el gran pontifice Pio XI había muerto! Con fervientes plegarias empapadas en lágrimas se oró por él y por su sucesor, quien en las terribles circunstancias del mundo había de ser, como se dijo entonces, un héroe y un santo. Finalmente, el 3 de marzo vino, consoladora, la noticia de haber sido elegido para gobernar la Iglesia, nuestro cardenal protector, quien continuaría siendo nuestro padre con el nombre de Pio XII. Un vibrante Te Deum, aquella noche, rubricó nuestra alegría!

Otros dos sucesos notables de aquel año fueron la aprobación oficial de nuestros estudios de bachillerato y la inauguración del edificio de la casa cural.

El primero aconteció en octubre: Ya hacía años se había hablado de dar ese paso y el Padre Caicedo, desde sus tiempos de directorado aquí, se había mostrado entusiasta por una medida que nos guarecía ventajosamente en el caso, muy probable, de cambios en la legislación escolar. Este año se formalizaron las conversaciones y, con el hecho de haberse abierto finalmente el tercer curso de filosofía, según el querer expícito de los superiores mayores, los estudios pudieron ser regularizados en forma bastante más amplia y eficiente. El Padre Caicedo, des-

de su cargo como consejero inspectorial, seguía insistiendo en la oportunidad de la aprobación, hasta que por último se pidió. El mes de septiembre transcurrió en la expectativa hasta que llegó el aviso oficial de que la visita de inspectores de educación se efectuaría el 14 de octubre. La comisión estaba integrada por cuatro miembros: los doctores Lorenzo Mariño, José María Restrepo Millán, Jorge Quiñones Neira y Francisco Varela Martínez. Se revisaron los registros escolares, se examinó la casa, se realizaron clases modelos, etc. Luego, la expectativa del resultado. Finalmente, el 4 de noviembre llegó el oficio número 110047 del director nacional de bachillerato, junto con la resolución 633 del ministerio de educación, documentos por los cuales nuestros estudios quedaban legalmente reconocidos y nuestra casa facultada para otorgar títulos de bachiller. Antes de esto, muchos de nuestros salesianos habían presentado exámenes ante comisiones gubernamentales con notable éxito y habían obtenido el cartón de bachillerato, pero en adelante, el trámite quedaba enormemente simplificado, y se daba un paso audaz que, adelantándose con mucho a otras familias religiosas de educadores, ponía a los nuestros en gran pie de igualdad con los maestros del gobierno, al tiempo que creaba inmejorables lazos de simpatía con los ambientes oficiales. Gracias rendidas se dieron al Señor por el éxito de las gestiones.

Al día siguiente, cinco de noviembre, tenía lugar la inauguración de la casa cural. Tras años de ruda y tenaz labor, el padre Isidoro Gama veía coronados sus esfuerzos en forma muy satisfactoria. El Excelentísimo Señor Arzobispo llegó a las diez de la mañana y, entre

los acordes de nuestra orquesta, fue introducido en la nueva casa profusamente adornada. El doctor Luis Forero Román le dirigió un saludo a nombre del pueblo y de la Acción Católica y acto continuo, el prelado pasó a bendecir la casa e intronizar en ella el Sagrado Corazón de Jesús, cuya imagen, obsequio del mismo señor Forero Román, quedó presidiendo bellamente la sala principal. Al terminarse la patética ceremonia, un niño se presentó a hablar a nombre de todos los niños de la feligresía y tras de sus palabras llenas de ingenua gracia, la orquesta finalizó el acto. Hubo luego obsequiosos agasajos de parte de las damas de la población y representaciones de las haciendas vecinas y de allí pasó paternalmente el señor arzobispo a visitar a nuestros aspirantes. En nuestra casa permaneció hasta la tarde, departiendo con todos con aquella inolvidable llaneza que le franqueaba el paso en todos los corazones. De esta suerte, el padre Gama podía considerarse satisfecho de la feliz coronación de su empeño.

El año de 1940 se inició con alentadores auspicios de éxito: Circulares emanadas de Turín establecían para este año una gigantesca cruzada catequística que había de preparar el ambiente para la celebración del centenario del primer catecismo de Don Bosco el 8 de diciembre de 1941. Catecismo; era la consigna general de aquel año! Por otra parte, este año se celebraba el cincuentenario de la llegada de nuestra congregación a Colombia y a todos parecía que ninguna forma mejor de hacer fructuosa tal celebración sería que la de impulsar por todos los medios un gran movimiento vocacional. Sin embargo, dada la proximidad de las dos celebraciones: Cente-



Filosofado en 1943

nario salesiano y cincuentenario en Colombia, se resolvió que en lo externo, se reunirían las dos en una sola que habría de efectuarse en 1941. Pero el doble florecimiento catequístico y vocacional si fueron propios de este año. Desde el año de 1936 la inspección había hecho la preciosa adquisición de un auténtico caudillo de ideas, lleno de ardor y arrebatadora audacia, proveniente de la probadísima nación española, el acólito tirocinante, Tomás Martínez, típico ejemplar de las bravas tierras de Navarra. Su influjo se hizo sentir muy pronto en diversos campos, con el despertar de nuevas miras de apostolado juvenil y de labor salesiana. Ahora, terminado su tirocinio (1), y en el preciso momento de comenzar sus estudios teológicos con el crecer de su prestigio pudo presentar ante toda la inspección una brillante iniciativa que obtuvo un éxito insospechado y una triunfal acogida. Una vez obtenida la venia del padre inspector, se lanzó a la publicación de un órgano vocacional, el primero en su género en todas estas latitudes y que acaso no contaba con más antecedentes en el mundo que una hojita similar publicada por aquel entonces en Sevilla.

Su nombre era una pregunta: «¿QUIERES SER APOSTOL?» y sus destinatarios eran todos los niños y jóvenes del país y aun del exterior. Se trazaron proyectos, se elaboraron planes, se cambiaron ideas, se pasó a la primera redacción de artículos y diseño de dibujos, y luego, tras el consiguiente bregar, el día ocho de febrero, pudo darse a la venta, al módico precio de un centavo el ejem-

plar, el primer número de aquel periodiquín vocacional, cuyo mágico secreto de penetración residía en sus mismas fundamentales características: Artículos breves y de fácil lectura, revolucionaria presentación tipográfica, estilo típicamente juvenil y entusiasta, sal españolísima, dibujos objetivamente sencillos y fáciles de captar, gran variedad de argumentos y enfoques, cosas todas que suponían un atento estudio del alma de los jóvenes, una inagotable simpatía y, lo que más vale, ardiente cariño por la causa y fervoroso celo apostólico. Semejante publicación fue una verdadera revelación en todas partes: Mosquera, trocada por obra y gracia de un «Brujo» (tras este seudónimo ocultaba su personalidad periodística el director de la hojita), en centro de activa propaganda vocacional y de orientación, vio llegar su influjo hasta los más apartados países de habla castellana y aun más allá; muchachos de todas partes, fueran o no alumnos salesianos, se arrebataban la sin par hojita para devorarla y sentirse presa de los dorados lazos de una inquietud superior. Las cartas empezaron a llover. El tiraje habitual de la publicación, que era mensual, tuvo pronto que ser aumentado a más de diezmil ejemplares, y las ediciones se agotaban como por ensalmo. Poco después otros países y otras comunidades religiosas y seminarios empezaron a seguir el derrotero y aprovechar la idea. Publicaciones análogas de todos los formatos y colores empezaron a pulular y, desde el Cabo de Hornos hasta las tierras de la potencia nórdica, nuestros artículos, chistes y dibujos,

(1) Entre nosotros, el periodo de magisterio práctico que media entre el de estudios filosóficos y el de los teológicos.

recibieron la honra consagratoria de la reproducción e imitación y, por qué callarlo, hasta del plagio.

Pronto se empezaron a palpar los exuberantes efectos: Caudalosas corrientes de juventud principiaron a afluir no solo a nuestra casa, sino a muchas otras dedicadas a la formación sacerdotal y religiosa. Hubo también un valioso fruto de compenetración y cohesión entre fuerzas dispersas consagradas desde antes a esta misma misión en distintos campos; el intercambio produjo vivas ráfagas de luz: Campañas cada vez más vastas y ardorosas ponían más y más de manifiesto la enorme fuerza expansiva de estas batallas y las innúmeras posibilidades que podrían ofrecer en lo futuro, a más de que una nube día tras día más densa y amplia de plegarias unían más aun a quienes, por cualquier título, se hallaban interesados en la difusión de la idea vocacional. El campo se descubría inmenso y prometedor. Y así, aunque entre luchas de varia índole, por el espacio de once años estuvo nuestra hojita a la vanguardia de este movimiento juvenil en nuestra patria, al cabo de los cuales, podrá decirse con verdad que murió?..... No lo creemos!..... Todavía el último año de su labor presentaba tales señales de vida que estaban muy lejos de ser síntomas de disolución, y por otra parte, habrían de quedar sin efecto tantas voces de aliento provenientes de tantas partes, tanto favor como siempre se le dispensó, y más aun, las ardientes bendiciones que sobre ella imploraron en ocasiones memorables, personalidades de tan alta jerarquía como el rector mayor Don Pedro Ricaldone, varios de los obispos de Colombia y el mismo representante del romano pontífice en nuestra pa-

tria?..... No: se trata de una simple dilación y pronto veremos resurgir una empresa que muchísimos estaremos prontos a ensalzar y secundar.

A su vez, la campaña catequística adquiriría en todas partes pujante vuelo y las casas de Mosquera marcharon a la cabeza del movimiento, que vino a polarizarse en dos hechos culminantes: El certamen catequístico inspectorial y el congreso nacional de enseñanza catequística. El primero no podría calificarse en verdad de inusitado, pues siempre han sido tradicionales tales certámenes entre nosotros, ardorosos y gentiles torneos en que toman parte nuestros alumnos con toda la aplicación de sus facultades para disputarse el honrosísimo título de príncipe del catecismo. Torneos que periódicamente adquieren las proporciones de inspectoriales pues los seleccionados de cada colegio vienen a enfrentarse en una apasionante lid de inteligencia y memoria en que además de la honra personal se pone en juego el honor de los colegios mismos y es entonces cuando se ve el enorme interés que pueden alcanzar estas luchas del espíritu cuando se las sabe encauzar según la sicología juvenil, de suyo apasionada y generosa. Cuántas veces hemos visto con agradable estupor a nuestros muchachos agitados de indecible entusiasmo por estas luchas, mejor que si se tratara del más arrebatador de los deportes!

Sin embargo, por muchos conceptos, el certamen de este año revistió especial solemnidad y, entre otras novedades, un artístico pendón bordado habría de ser el trofeo para el colegio triunfador. Los nuestros se alistaron con cuidadoso esmero, y el certamen local preparatorio,

dio ya a entender la calidad de nuestros campeones y lo reñido que habría de ser el combate definitivo. El suceso no defraudó las esperanzas y tras días de intenso estudio y de la natural nerviosidad, los representantes de esta casa regresaron con los mejores laureles y con el estandarte del vencedor.

habría de servirle de preámbulo y en este trabajo fue muy de notarse el incansable tesón del reverendo padre Claudio Bordiga, quien en este año estrenaba, propiamente hablando, el nuevo cargo de consejero de filósofos y que ahora, a la cabeza de estos ponía todo su empeño en la elaboración de los progra-



Reverendo Padre Juan Bonilla.

Entre tanto ardía también la labor de preparación al congreso catequístico. Un congreso previo efectuado en esta casa

mas y temarios y sobre todo, en la realización de una estupenda exposición catequística. El trabajo impuesto fue gran-

de, pero los resultados quedaron muy por encima de toda expectativa. El día 4 de agosto, después de la misa mayor, se hizo la apertura de la exposición en la sala principal de la casa cural. Situada frente a ella en la plaza, todo el personal de las dos casas y gran concurso de público, se entonó un nuevo himno del catecismo, luego el Padre Rico dirigió a la concurrencia algunas palabras de ocasión y, a los marciales acentos del himno de Garlaschi, el padre inspector procedió a cortar la cinta que cerraba la entrada. Desde ese momento un desfile interminable de gentes deseosas de admirar los múltiples y famosos trabajos expuestos, empezó a recorrer la sala; el material allí dispuesto era no solo abundante, sino de gran utilidad para la catequética. En todo campeaba el buen gusto, el método práctico y la originalidad. Nueve días permaneció abierta la exposición y a ninguna hora dejó de estar el salón atestado de gente.

Por esos mismos días, se hizo en casa el congreso catequístico preparatorio. Tres días duraron las sesiones propiamente dichas y se concluyó, el cuarto día con la fiesta de Don Bosco. Temas de gran aplicación práctica fueron desarrollados y dilucidados: «Excelencia del catecismo y obligación de enseñarlo», «Influencia del catecismo en la humanidad», «Los grandes catequistas», «Didáctica del catecismo», «Los oratorios festivos» y «San Juan Bosco catequista». Tan bellas y útiles jornadas se clausuraron con una brillantísima academia en la que el número central, notable por el arte y la cálida emoción, fue un coro hablado preparado por los estudiantes de filosofía, titulado «Cristo y los obreros».

Y con esto se preparaba el ambien-

te para el gran acontecimiento del congreso catequístico nacional, iniciativa que lanzada por el Padre Bertola, fue ampliamente acogida por la acción católica nacional, bajo cuyos auspicios se realizó en los primeros días de octubre en el León XIII, con participación de notabilísimas personalidades del clero y del laicado y principalmente de varios de los obispos del país. También entonces se organizó en el mismo colegio una gran exposición catequística nacional en la que tuvo prominente sitio la de esta casa trasladada allá por el mismo Padre Bordiga.

En esta forma, con largos impulsos de progreso y firmes bases de estabilidad para los adelantos obtenidos, deja trazados los derroteros del futuro el Padre Rico al concluir su período. Al final del año fue, pues, destinado a la dirección de la casa y parroquia de «Nuestra Señora del Sufragio» en Medellín y para ocupar aquí su sitio se nombró al padre Rafael Alvarez, entonces maestro de los novicios.

Para entonces el personal en formación de esta casa era de unos 128 aspirantes y 33 estudiantes de filosofía.

El período del Padre Alvarez comienza, pues, el año de 1941 y conserva el ritmo de los avances alcanzados. Este es el año de las grandes celebraciones centenarias de la congregación, a las que se unen las del cincuentenario salesiano de Colombia. El aspecto de tales festejos, que en esta casa tuvo mayor esplendor, fue el del centenario de la ordenación sacerdotal de Don Bosco, el 5 de junio. Por tal motivo las ordenaciones generales fueron anticipadas en forma que coincidieran con la grande efemérides. El excelentísimo señor arzobispo coad-



El Padre Charry en cámara ardiente. Abril de 1944

jutor, Juan Manuel González Arbeláez, impuso las manos ese día a cuatro nuevos sacerdotes salesianos, en el Santuario del Carmen de Bogotá, y a la solemne ceremonia asistió íntegro el personal de las casas de formación. Al regreso: la casa estaba engalanada y dispuesta para la brillante fiesta: Nuevamente el patio de la sección de aspirantes fue habilitado para teatro, y allí, ante nutridísima y selecta concurrencia, se cumplió el programa de la academia aquella noche y a la siguiente se presentó el drama alegórico «Culpa y perdón» de nuestro gran hombre de letras Don Juan Bautista Lemoyne. Aquel mismo día seis, hubo la primera misa rezada de uno de los nuevos sacerdotes y, a las nueve de la mañana la primera cantada de otro de ellos, con elocuente oración gratulatoria del presbítero Alvaro Sánchez.

Durante los días 24, 25 y 26 de octubre, estas casas tomaron activa parte en los grandes festejos con que Bogotá conmemoró los diez lustros de la llegada de los salesianos a Colombia.

Sucesos inolvidables del año 1942, fueron la celebración del centenario del nacimiento de Domingo Savio, para la que se caldeó el ambiente mediante una profusa divulgación de la vida del admirable jovencito. Luego, la fiesta, artística y ferviente, se llevó a cabo los días 13 y 14 de mayo.

Pasados esos días, nuestra comunidad se sintió invadida de nuevos y jubilosos sentimientos, ante la noticia de que quien fue un tiempo director de esta casa y ahora lo era del estudiantado teológico, acababa de ser preconizado por la Santa Sede obispo de Barranquilla, el padre Julio Caicedo. Era la primera vez que

se discernía tan insigne honor a un salesiano de Colombia y, añadiendo a esto el inmenso prestigio del Padre, tuvo tal suceso inmediata y férvida repercusión en los corazones de todos los salesianos de la inspección, pero de una manera particularísima en los de las casas de formación. Acto continuo, se emprendieron los preparativos para celebrar lo más dignamente posible el acontecimiento. Velaba, naturalmente, un tanto la alegría, el sentimiento unánime de que hubiéramos de vernos en adelante, alejados de tal padre y, en especial los estudiantes de teología, quienes habían gozado últimamente de sus luces, al tenerlo como director por espacio de año y medio, no disimulaban la tristeza que su ausencia les habría de causar. Con todo, un hecho así tenía muchas significaciones de triunfo y todos se preparaban a celebrarlo.

La consagración se efectuó en la basílica primada el día 16 de agosto con majestuosa pompa, realizada por la circunstancia de ser tres quienes a un tiempo recibían allí la unción del sumo sacerdocio. Hubo entonces un inmenso afluir y estrecharse, en torno del nuevo obispo, de salesianos, alumnos, exalumnos y cooperadores. Todos querían destacar su adhesión y júbilo ante la exaltación de monseñor Caicedo. Nuestra casa tuvo para ello fiesta de grande esplendor el 25 del mismo mes; día en que celebró él en nuestra iglesia parroquial, de la que había sido primer párroco, su primera misa pontifical. Más tarde, cuando partió definitivamente a posesionarse de su sede, quedó en su reemplazo como director del estudiantado teológico, el reverendo padre Isidoro Gama.

En el año de 1943, revistieron espe-

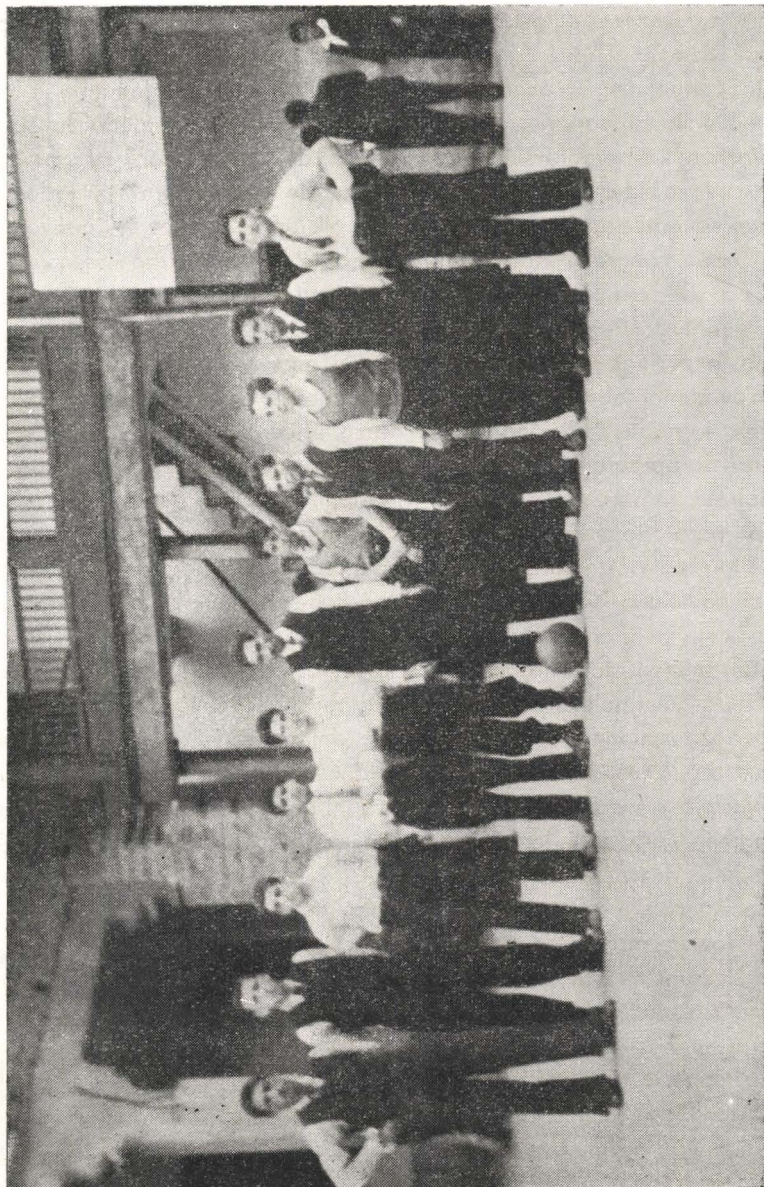
cialisimo interés para esta casa los festejos con que la congregación celebró los cincuenta años de ordenación sacerdotal de nuestro rector mayor, padre Pedro Ricaldone, pues, según el deseo de los superiores, quiso darse a tales fiestas un cariz netamente vocacional pues justamente se opinaba que ningún obsequio mejor podría hacerse al superior, que este de fomentar en su nombre una ingente cruzada en favor de las vocaciones. De aquí que se empezaran a trazar planes para un gran congreso nacional en tal sentido. La idea se lanzó y obtuvo inmediata y entusiasta acogida. En vista de que la experiencia había demostrado cómo aumentaba el rendimiento de tales jornadas haciéndolas preceder de otras de preparación, quedó determinado realizar primero un congreso vocacional preparatorio en esta casa, para que en él tomara parte solamente nuestro personal salesiano de las diversas casas. Con esto podrían abordarse temas de capital interés que no sería factible tratar en las asambleas generales. Por esto, una vez terminados los ejercicios espirituales regulares de mitad de curso, se dio principio a las jornadas de este primer congreso, que duró los días 26, 27 y 28 de julio. Estando las casas centrales en vacaciones, podían tomar parte casi todos los hermanos de ellas. El temario cuidadosamente elaborado y distribuido, fue así mismo magistralmente desarrollado: «Quiénes deben trabajar por las vocaciones?», «Medios de fomentar las vocaciones», «Cultivo de las vocaciones» y «Cualidades del joven que aspira a la vida sacerdotal o religiosa». Presidían las sesiones el Reverendo Padre Bertola, inspector de Colombia, y el reverendo padre José Corso, inspector del

Ecuador, en aquel/os días de visita en nuestra tierra.

Al natural entusiasmo en labores de tal especie, se unieron una profundísima atención y general interés por sacar el mayor acopio de enseñanzas prácticas. A la elocuente y autorizada palabra del Padre Bertola, se unía también la cálida y hondamente impregnada de sabor salesiano del Padre Corso. Gran cúmulo de ideas se esclarecieron y todos salieron de allí con ánimos y nuevos arrestos para trabajar en tan esencial cruzada. Los frutos empezaron a hacerse palpables muy pronto,

Al mes siguiente, una vez reanudadas las tareas en los diversos colegios, se hizo el congreso nacional de vocaciones. Jamás pudo soñarse que tan atrevido empeño pudiera lograr tan feliz culminación: Reunir los espíritus y directivas de todos los colegios, pues en estos propósitos se aunaron los esfuerzos de todas las entidades docentes, no solo de las diversas comunidades religiosas, sino aun de muchas del laicado, prender la chispa del entusiasmo en todas, unificar los planes, encauzar empeños y reducir todo aquel conglomerado a la práctica fue algo que rebasó con mucho las ilusiones de los más optimistas. Alma y nervio de todo esto, el Padre Tomás Martínez ante cuyo embrujo nada se resistía.

Las sesiones se iban teniendo sucesivamente en diversos colegios, para interesar de esta manera al mayor número de entidades y de jóvenes. Prácticas de piedad en común, llenas de intenso fervor, meditaciones apropiadas, temas variados y sólidamente esquematizados, horas de descanso y de diversión perfectamente dosificadas y entonadas dentro del cálido ambiente de esos días, todo estuvo en-



Grupo deportivo - 1944.

caminado al objeto central y con fortuna logrado.

El día 12 de agosto, se hizo la clausura y para ello se escogió esta casa. Más de treientos jóvenes de la capital y aun algunos provenientes de regiones apartadas del país, llegaron aquí desde muy temprano. Al frente de todo aquel brillante concurso, los Excelentísimos nuncios de Su Santidad en Colombia y en el Ecuador. Los superiores mayores de gran número de comunidades religiosas y otras eximias personalidades. La meditación juvenil y la santa misa, palpitantes de profundo fervor. Cánticos escogidos contribuyeron a realzar la devoción de tales actos. La sesión final rebotante de un ardor que estallaba incontenible. Por último una artística función dramática perfectamente encuadrada dentro de las circunstancias, acabó de llenar de inolvidables emociones aquel día: se inflamaban mutuamente los espíritus de modo que cada uno de los que presenciaron aquellas horas de gloria, había de quedar con un germen indestructible de amor por la causa.

También en este año hubo notables adelantos desde el punto de vista material, ya que se emprendieron dos obras de gran vuelo. Una la edificación de un nuevo tramo que pudiera brindar nuevos y amplios locales a la creciente comunidad. Para ello, se decidió trazar planos de un pabellón que se habría de alzar, paralelamente a la capilla, a lo largo de la antigua huerta, y desembocar hacia la cocina. Con esto se proyectaba tener un nuevo comedor para los aspirantes, en el piso bajo, un gran salón de estudio en el superior, y en el resto de la edificación, aulas de clase. Inaugurados los trabajos el 1º de agosto, se

desarrollaron con rapidez hasta el punto que para el 19 de marzo del año siguiente podía ponerse en servicio la planta baja y, al comienzo del mes de mayo, se hacía la solemne bendición de la obra ya por entero terminada.

A su vez empezaba también a hacerse frente a otra obra de grandes proporciones, merced al brio del nuevo párroco, reverendo Padre Miguel Müller, quien teniendo la iglesita que hasta entonces prestaba servicio por harto mezquina para su título de santuario de María Auxiliadora, había estado desde el día de su posesión como jefe espiritual de la parroquia, moviendo cuanto resorte fuera menester para hacer tomar cuerpo a su idea en la conciencia de los demás. Poco a poco se fue viendo secundado y así pronto pudo lanzarse en la empresa. Se encargaron los planos a nuestro arquitecto, sucesor artístico de don Juan Buscaglione, el coadjutor español Constantino De Castro; quien diseñó un proyecto admirable: estilo románico en tres naves cuyas proporciones habrían de ser de cincuenta metros de longitud por veinte de anchura diesiseis de altura en la nave central, ocho en las laterales y treintaseis en las torres.

El ocho de diciembre de 1943, quien en su tiempo había sido primer párroco de Mosquera, ahora excelentísimo señor obispo de Barranquilla, monseñor Caicedo, vino a presidir la colocación de la primera piedra e impartirle su bendición, con lo que se dieron por abiertos los trabajos. Como la nueva iglesia habría de ocupar y ampliar la planta de la antigua, hubo que proceder por partes, bien calculadas, a fin de que hubiera siempre sitio para el culto: Mientras se levantaba el ábside de la una, se de-



Grupo de superiores - 1944.

molía el de la otra, permaneciendo en servicio la parte delantera de esta. Luego, cuando el estado de la obra de la que se levantaba lo permitiera, se trasladaría el culto a su primera mitad, con lo que ya podría pensarse en demoler el resto de la que se reemplazaba.

El carácter insinuante del Padre Mül-

ler fue logrando, con el favor de la Patrona, la difícil conquista de corazones generosos e irrevocablemente adictos a la obra y, moviendo aquí, hablando allá, consiguió que el caudal de las limosnas, sin ser nunca cuantioso, imprimiera a los trabajos un ritmo si no acelerado, al menos constante.



La nueva iglesia parroquial en construcción - 1949

Y con esto llegamos a la narración de la última década que, si bien tan rica en sucesos como las anteriores, su proximidad que quita a muchos hechos aquel sello de lo definitivo, indispensable para su acertada colocación en las crónicas y, porque la gran mayoría de sus actores viven aun en plena actividad entre nosotros, obliga a narrarlos en modo bastante más sumario que el resto y no se crea que con esto los desdeñemos; solamente esperamos que su paulatino alejamiento en el tiempo haga más visible el panorama de conjunto. Quienes más tarde los pinten sabrán apreciar mejor sus proporciones. Por lo pronto, baste señalar lo más saliente:

Un nuevo período directorial se comienza el año de 1944: El Padre Alvarez, pasa ahora a fundar, con halagadoras perspectivas, la casa de artes de Bucaramanga y ocupa aquí su sitio el padre Juan Bonilla hasta entonces catequista.

Una gran tristeza había de señalar el comienzo de este período: El día seis de abril, jueves santo, las solemnes funciones litúrgicas de la mañana se vieron retrasadas por la impensada ausencia del diácono que debía serlo el Padre Charry. Con todo la función religiosa se hizo con la acostumbrada solemnidad, aunque hubo que poner reemplazo a dicho padre. Pero luego, inquietos fueron a llamar a su aposento. Nadie respondió. A un primer intento la puerta tampoco cedió. Más tarde se vuelve a llamar, finalmente la puerta se abre, y se ofrece a la vista de los presentes un impresionante espectáculo: El buen padre estaba allí tendido en el suelo y sin vi-

da. La rigidez de la muerte se había apoderado ya de sus miembros. La consternación que a todos envuelve y por doquiera cunde, es enorme. La noche anterior había estado atendiendo como de costumbre a las confesiones de la comunidad hasta hora algo avanzada. Luego había estado observando la disposición del monumento eucarístico para el día siguiente. Ahora solo se veía allí su cadáver: su corazón, hacía tiempo fatigado, había cesado de latir quién sabe hacia cuántas horas! Aquella semana santa fue, pues, terriblemente triste. La cámara ardiente, concurridísima como que la estimación de que el padre gozaba dentro y fuera de la comunidad era enorme, duró hasta el viernes. Aquel día, la mejor imagen de Cristo muerto, era ese amado difunto que, seguido por el cortejo doliente de la comunidad, de tantos y tantos salesianos que habían gozado de sus enseñanzas y que acudieron entonces en cuanto pudieron o que se limitaron a seguirlo con el ensombrecido espíritu, y de tantos otros admiradores de sus virtudes, que lloraron con nosotros y fueron a orar ante su tumba. En ella quedaba sepultado uno de los más preciados exponentes de la primera generación de salesianos colombianos y uno de quienes mayor bien y de mayor trascendencia ha realizado entre nosotros.

Los días 19, 20 y 21 de octubre, volvieron a sentirse alientos entusiastas entre los alumnos salesianos de Colombia, con la realización de las grandes jornadas de compañías, las segundas en su género que se efectuaban entre nosotros. Con organización análoga a la del



Aspirantes y filósofos del año 1944.

congreso vocacional del año anterior, brindaron a nuestros muchachos inmejorables ocasiones de remozar y agigantar ideas acerca del apostolado juvenil. Y al igual que en el otro congreso, se señaló esta casa para la solemne clausura en la que el arte, y el fervor corrieron parejas para enardecer a los numerosos huéspedes.

Iniciativa brotada en aquellas sesiones fue la de la creación de un secretariado de compañías en Mosquera que serviría para coordinar el trabajo de las mismas en todos los colegios, proveerles el material necesario y, cosa por extremo interesante, ser juntamente oficina de redacción de una nueva publicación titulada «Compañías» y que sería el órgano oficial de las asociaciones salesianas en Colombia. Con esto, quedaba aquí constituido un centro de orientaciones de apostolado que haría converger hacia acá las miradas de todos los alumnos salesianos del país. Dicha publicación, fue adquiriendo tal auge que, al cabo de poco tiempo se vio la necesidad de darle más amplitud y vino a quedar trasformada en una elegante y bien servida revista que hasta el año 1950 fue no solamente muy aplaudida y solicitada, sino un eficaz instrumento de apostolado. Mucho de cuanto dijimos acerca de «Quieres ser apóstol?» en su lugar correspondiente, debe valer también para «Compañías».

Finalmente este año volvió a verse visitada la casa por la amenaza negra de la fiebre tifoidea y esta vez hizo otra víctima: El joven alumno de sastrería Luis Bejarano quien el dieciseis de diciembre, sucumbió al terrible embate del mal.

En el mes de enero de 1945 se hizo una adquisición que fácilmente podrá llegar a ser valiosísima para la inspección: La señora Mercedes León y su hermano

don Félix Antonio León informaron al párroco Padre Müller, que deseaban hacer a la comunidad donación de una hacienda que poseían en el municipio de Tena, llamada «Laguneta»; después de formalizadas las conversaciones se pasó a la firma de la escritura, cosa que se hizo el 23 de enero y el 26 de dicho mes el mismo Padre Müller, el Padre Bonilla y dos coadjutores fueron a tomar posesión de la prometidora finca que se recibía con la esperanza de que se pudiera convertir en una escuela práctica de agricultura. Entre tanto habría que esperar un poco mientras se hacían las adaptaciones y mejoras más indispensables, en lo que, desde un principio empezaron a trabajar salesianos y aspirantes. Mientras tanto, dicha hacienda quedaría como dependencia de esta casa y así lo fue hasta el año 1950.

En mayo de 1945 se vistió nuevamente de luto nuestra casa con la inesperada muerte de un estudiante de filosofía Antonio Manrique quien, venido del colegio Maldonado de Tunja, desde aspirante se había hecho notar por su sencillez y buen espíritu. El 5 de mayo amaneció algo indispuerto y, si bien el mal no pareció grave, se le ordenó guardar cama. Repentinamente el día 8 el médico que lo visitó lo halló delicado y se resolvió ponerle enfermero especial que lo cuidara de continuo. Desgraciadamente al siguiente día de madrugada sobrevino la crisis fatal y, sin agonía ni señales manifiestas del inminente desenlace, se durmió en el sueño definitivo. Hondas manifestaciones de duelo e intensas plegarias rodearon su cadáver velado hasta el día 10 en que se hicieron las solemnes exequias y la conducción al cementerio.

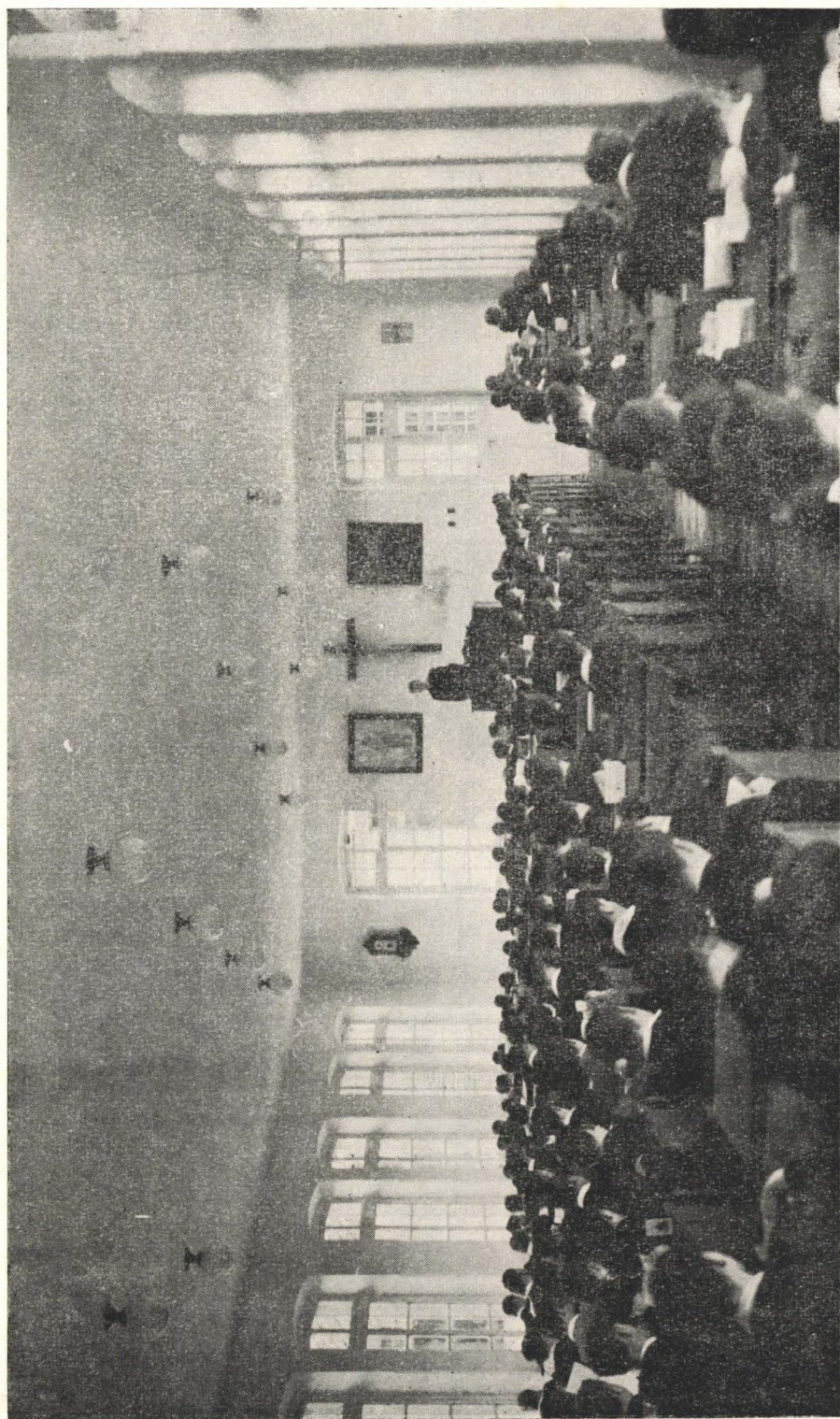
Los días 21 y 22 de julio, el Padre Inspector determinó que se organizaran aquí una serie de conferencias pedagógicas, en forma semejante a las ya recordadas de 1937. Con asistencia de gran número de salesianos de las diversas casas, se ventilaron temas capitales de nuestra pedagogía, se abordaron problemas, se resolvieron dificultades y así, nuevamente pudo apreciarse el bien inmenso que hacen asambleas de esta clase.

Paso de grande importancia dio la organización de nuestra enseñanza de artes, con la inauguración, el día 9 de junio, de 1946 de un nuevo taller: el de tipografía. Pobre era aun su dotación, pero ricas sus perspectivas de bien. Por lo pronto se empezaba con una pequeña pero excelente máquina de marca «Ideal» y unas pocas cajas en las que empezaron a hacerse trabajitos menudos que servían ya para diestrar a los aprendices y, en realidad, dada la desproporción de medios, bien pueden calificarse aquellos primeros trabajos de magníficos. Tres años después, y merced al entusiasmo de nuestros estudiantes de teología que, por sus especiales vinculaciones con las publicaciones vocacional y de compañías, experimentaban decidida simpatía por este taller, se emprendieron colectas para reunir fondos con qué comprar una máquina automática de la casa «Nebiolo». La colecta se hizo, la caja inspectorial contribuyó al pago de algunas letras, y mediante el esfuerzo de la pobre economía de la casa, finalmente pudo lograrse el pago total de la máquina que tan admirables servicios ha venido prestando. A esto debe agregarse luego la adquisición de la cortadora automática y luego además, la máquina sacapuebas obse-

quiada por el Padre Alfonso Arboleda y con las que ha venido a completarse la incipiente dotación de tan importante taller.

Los últimos años del período del Padre Bonilla continúan trascurriendo con ambiente de próspera bonanza. El padre, supo fomentar una atmósfera de piedad y demostró vivísimo interés por la sólida formación del personal: Su certero criterio lo guía felizmente en la selección que trae a la congregación preciosos aportes humanos cuyos frutos ya se empiezan a sentir. La marcha exterior solo se ve perturbada por el incierto vaivén que en los últimos años a debido soportar, no solo el país, sino el mundo entero. Así, por ejemplo, las abominables jornadas que siguieron al famoso nueve de abril de 1948, trajeron también aquí sus horas de intensa zozobra y momento hubo en que se temió un ataque formal a nuestra pobre morada, por parte de aquellos exaltados. Por fortuna no se pasó de algunos connatos y solo hubo que sufrir horas de viva inquietud. Desgraciadamente a eso hubo que añadir la sombría tristeza por los males generales de la patria y también por lo que en otras partes sufrieron nuestros hermanos, en especial en Barranquilla en donde estuvieron a punto de perecer y tuvieron que soportar el execrable espectáculo de la destrucción casi total de nuestro colegio de San Roque.

Ni tampoco se estuvo queda la muerte en estos años y el de 1949 se nos entró con la desventura de la pérdida de un simpático y joven sacerdote, consejero de filósofos, padre Octavio Di Giusto, quien después de doce años de labor desvelada en nuestra patria, de los cuales los últimos aquí, tuvo que some-



El nuevo salón de estudio hecho en 1945

terse a una arriesgada intervención quirúrgica que desgraciadamente falló. Y sin embargo, jamás perdió su habitual buen humor: Era músico apasionado y vivía cantando como un trovador del amor divino: cantando se fue a internarse en la clínica, cuya capilla también oyó su melodiosa voz de barítono y cantando murió como dicen que mueren los cisnes, pero era un cisne de nivea blancura espiritual y de alas de ángel. Aquella fiesta de año nuevo se pasó tristemente en el funeral, hecho en Bogotá, del difunto amado cuya muerte entrañada tan grave pérdida para la inspección.

También fue inolvidable aquel año por el fervor mariano de que se vio impregnado. Un secreto impulso nos dice que nuestros grandes males no se podrán curar sino bajo la cálida caricia de las manos de la Virgen Santísima. Por eso, entonces, bajo la terrible impresión de las catástrofes morales del país y del mundo, sentimos irresistible el deseo de agruparnos al rededor de esta buena madre. Los días 29, 30 y 31 de mayo, las dos casas de Mosquera celebraron un bellissimo congreso mariano que tomó por advocaciones capitales de estudio, edificación y súplica, la de Maria Auxiliadora, que es la salesiana y la que tan bien conviene en los extremos males, y la que entonces despertaba como iris de salud, de la Virgen Santísima de Fátima. Fueron tres días en que alternaron dulcemente las solemnes preces y los actos académicos, para que las almas se sumergieran en ese mar de insondables ternuras que es la Virgen Santísima. Entonces no parecía aun muy próxima la visita de la famosa imagen de Fátima, pero meses después, un intenso alborozo respondió a la noticia de que ella ven-

dría. No hay nadie en Colombia que no recuerde las efusiones de aquellos días de septiembre y octubre, y las triunfales recepciones que en todas partes se hicieron a la Virgen blanca. Entonces también nosotros gozamos de esa pura y saludable fruición!

Y viene por último el período vigente aun en este año cincuentenario: El del padre Angel Bianco, quien asumió el cargo de director en enero de 1950: Gran amplitud de corazón y sencillez de carácter, ha sabido mantener en casa el dominio de la bondad y el progreso.

Desafortunadamente también este período se abre al par con una tumba más: En el mes de marzo de ese año, y precisamente el día de San José, caía tronchada una flor nueva recién llegada de la fecunda tierra del Huila: El jovencito de catorce años Mario Cárdenas Guzmán quien, nacido en Florencia, acababa de pasar por las aulas del colegio de La Mesa de Elías y venido aquí entre sus primicias, alzó el vuelo en forma casi sorpresiva aquella noche. De nada valió el cariño que quiso retenerlo pues otro más poderoso lo trasplantó. Al día siguiente nuestra capilla enlutada veló sus despojos y nuevamente hubo un cortejo fúnebre para acompañarlo con llanto y pleraria hasta el sepulcro.

Los magnos sucesos de la beatificación de Domingo Savio que enardecieron toda la juventud del mundo, sacudieron reciamente las fibras de los nuestros y aquel día 5 de marzo fue de grande fiesta con profundos perfiles educativos. Tales emociones se renovaron vivamente después, en la celebración nacional del acontecimiento durante los días 17, a 22 de octubre en que un tercer congreso de compañías religiosas salesianas, puso

en íntimo contacto las generosas aspiraciones de los alumnos salesianos de todo el país e hizo cundir por todas partes el anhelo de apostolado a la manera del que animó al beato niño. Estos sucesos coincidieron con la trascendental visita extraordinaria hecha a la inspección por el Reverendísimo Padre Jorge Serié, consejero del capítulo superior y que permaneció con nosotros desde el mes de julio hasta febrero de 1951. Para esta casa la visita se efectuó del 20 al 27 de julio y en todos, salesianos y aspirantes dejó hondas impresiones. A más de esto, la visita había de ser de trascendencia para la inspección, porque en ella se anunció oficialmente que el Padre Bertola, por cuarenta años residente en nuestra patria y por más de veinte inspector, debía trasladarse a regir la inspección chilena. En su lugar vendría el Reverendísimo Padre Gaudencio Manachino, inspector hasta entonces en Chile. La despedida del Padre Bertola estuvo llena del sentimiento que es de suponer. Especialmente en esta casa en donde tanto y tan bien había trabajado, en donde aun alentaban tantos recuerdos suyos, el adiós constituyó un verdadero duelo. Ahogados por la emoción lo vieron partir sus moradores el 27 de octubre. Entonces las palabras murieron impotentes y la despedida se tradujo en lágrimas. Fue uno de aquellos momentos en que las fórmulas usuales pierden todo su valer y solo hay lugar para la sinceridad que no se aprende sino que brota nativa y espontánea.

Luego, el día cinco de diciembre, el Padre Manachino tomó oficial posesión de su nuevo cargo y al día siguiente seis, las casas de formación, sus predilectas, pudieron recibir su visita. Desde entonces todos sintieron que gran corazón

de padre poseía y cuán risueño porvenir señalaría su gobierno para la inspección. Pronto se habían de ver que eran ciertas las esperanzas: Se abre la era de los estudios especializados, en que nuestros estudiantes, clérigos y coadjutores reciben la prueba de confianza de ver abrirse para ellos los estudios de Europa, lo que empieza a producir ya incalculables bienes: En septiembre de 1951, parte para Italia el primer grupo integrado por quince clérigos y tres coadjutores, grupo que luego, año tras año, se ha seguido engrosando.

El año 1951 culmina triunfalmente la construcción de la nueva iglesia parroquial, obra llevada a cabo en manera de veras extraordinaria, no solo por la rapidez misma, sino por la milagrosa facilidad con que se fueron venciendo los inevitables obstáculos. La población podía estar orgullosa de su templo y así lo manifestó entonces con alborozadas manifestaciones de simpatía a su párroco, Padre Müller. Por eso, el mes de mayo está íntegramente lleno del júbilo de tal acontecimiento: El 18 la llegada de las artísticas campanas venecianas de vuelo que, conducidas por el párroco en persona desde el puerto de Buenaventura, dieron lugar a una recepción triunfal jamás soñada en Mosquera; luego los días 19 a 27 los regocijos espirituales llegaron al máximo con las gigantescas solemnidades con que se estrenó la iglesia: En particular la consagración hecha por el señor arzobispo primado el día 20, la fiesta de Corpus Christi el día 24 con la pontifical del Excelentísimo Señor Jesús Martínez Vargas, la fiesta de María Auxiliadora el 27 en que pontificó el Excelentísimo Señor Emilio de Brigard, hicieron que todo el octavario de la con-



Aspirantes en paseo - 1949

sagración fuera una continua y brillante fiesta: Los coros participantes, formados en su totalidad por elementos de casa, fueron grandiosos sin hipérbole. En suma: todo aquel conjunto puso bien de relieve el triunfo que con esto alcanzaba la parroquia, triunfo tanto más notable si se tiene en cuenta que a la par con la edificación se proveyó a la completa dotación del ajuar: Ricos ornamentos para lo que es de anotar la preciosa contribución de las Reverendas Hermanas de los Sagrados Corazones, residentes desde hace ya varios años en esta misma población; luego, el púlpito, los escaños, el órgano eléctrico, el reloj de seis caras, etc. Poco después de estas jornadas inolvidables, concluye su gestión como párroco el Padre Müller y es reemplazado, durante el año de 1952 por el Padre Luis M. Bonilla, a quien a su vez sustituye, en este de 1953, el Padre Enrique Schwartz, con quien se completa el

número de seis párrocos desde 1930.

Preciso es anotar también la honda conmoción habida en nuestra comunidad, eco de la que embargó a la congregación entera, cuando el 25 de noviembre de 1951, se tuvo noticia de la muerte de nuestro queridísimo Rector Mayor Don Pedro Ricaldone, los días de profundo duelo que siguieron, los solemnes sufragios que por su alma se aplicaron, la ansiosa expectativa en vista de la próxima elección del sucesor, y finalmente el vibrante regocijo con que fue acogida la nueva de la elección del Reverendísimo Don Renato Ziggotti como sexto jefe de nuestra gran familia.

Para concluir, hemos de dejar constancia del impulso que en estos últimos años han recibido nuestros talleres, con la progresiva adquisición de maquinaria que ha ido colocándolos a una altura en mejor consonancia con el fin que están destinados a llenar.

PARALIPOMENON

Como es natural en reseña tan sumaria, para destacar una densa y proficua labor de cincuenta años, quedan siempre muy esfumados perfiles que contribuirían a dar una idea más exacta no solo de la fisonomía de la obra y de sus peripecias a través de medio siglo, sino más aun, de los bienes que ha ido produciendo con creciente caudal.

Imposible detenerse en la descripción pormenorizada de tantas cosas que, o por adivinarse fácilmente entre líneas, o porque se repiten con un ritmo periódico que haría más monótona una narración ya bastante pesada, o porque son tan peculiares de toda casa salesiana que ocioso sería mencionarlas.

Sin embargo, valga para completar un poco más el cuadro, el hacer algunas observaciones generales:

Complemento característico de toda obra a la salesiana, es el funcionamiento de un oratorio festivo o siquiera catecismo dominical. Como en otra parte se dijo, Mosquera lo tuvo desde años antes de la fundación de la casa, por obra de los novicios que venían desde Fontibón en la época en que hubo allí casa de formación. Una vez establecida la comunidad en la población, se reanudó a su vera el catecismo infantil atendido por los mismos novicios bajo la dependencia del director o maestro y para entonces la concurrencia oscilaba al rededor de los cincuenta niños. Desde un principio se trató, con mayor o menor fortuna, de imprimirle aquellos rasgos propios como celebración de las fiestas religiosas salesianas, paseos, premiaciones etc.

No extrañará a nadie la asistencia re-

lativamente escasa de niños, si se tiene en cuenta que la población de Mosquera nunca ha sido tampoco muy densa y aun gran parte de ella es rural, lo cual dificulta enormemente dicha asistencia en número apreciable. Organizada con más complejidad la casa, el catecismo pasó al cuidado de los estudiantes de filosofía y los encabezaba en ello, ora alguno de los sacerdotes o, lo que fue más frecuente, el mismo asistente de la sección que de ordinario era un estudiante de teología. Solo en los últimos años se ha logrado en forma estable que su director sea un sacerdote.

Local para el catecismo, lo ha sido casi siempre el mismo de la sección del filosofado y aunque por mucho tiempo se deseó que estuviera en el sitio ahora ocupado por la casa cural, esto no pudo hacerse por diversas causas y solamente este año se obtuvo el que tan antiguo proyecto pasara a la realidad.

Epocas de relativo brillo las ha tenido y, como se sabe, esto depende de muy diversos factores; entonces su funcionamiento ha tenido mayores visos de influjo sobre los niños y aun sobre sus familias: Las compañías religiosas, el teatro y los deportes, con alternativas varias, han estado siempre al servicio de la obra. Aun hay recuerdos de épocas de especial entusiasmo, como el gracioso monumento levantado en el sitio denominado «Malpaso» que domina, con la imagen de la Virgen Santísima, una fuentecita natural.

Actualmente el estado del oratorio puede calificarse de óptimo: Concurren al rededor de ciento cincuenta niños, hay



Grupo de cantores - 1951

entusiasmo por ellos, se ha perfeccionado mucho su organización y también en el campo deportivo ha tenido un auge nunca visto.

Las asociaciones religiosas parroquiales, de las que también algo se dijo ya, han venido funcionando con mayor o menor regularidad y éxito: Adoración perpetua, Archicofradía de María Auxiliadora, San José; en 1912 se estableció la de la doctrina cristiana; en 1935, por iniciativa de don Juan Bautista Aguilera, hermano del Padre Ricardo Aguilera, se implantó una Sociedad Eucarística para caballeros y en ese mismo año la Acción católica con sus diversas ramas. A ella vino a añadirse en 1950 la «Legión de María» con inapreciables resultados. Con base en estas organizaciones, se ha ido desarrollando la vida parroquial propiamente dicha, vale decir, esa labor íntima y de recónditos influjos que, mediante la acción sacerdotal, constituye la esencia misma de la cura de almas. Aunque esta efectiva labor no puede ser apreciada en cifras, puede siquiera remotamente barruntarse por los datos exteriores: Así, sobre un total de cuatromil feligreses se administran, por término medio 120 bautizos anuales, 70000 comuniones (se entiende únicamente entre fieles extraños a la comunidad), de estas comuniones al rededor de un centenar es recibido por primera vez; cuarenta matrimonios y, en ocasión de visitas pastorales, el número de confirmaciones ha oscilado cerca de las trecientas.

Las fiestas tradicionales de la parroquia, que lo son las mismas salesianas y alguna otra más, se celebran con esplendor y, si bien, en las últimas décadas, la participación del personal interno ha sido limitada por las razones que en

su lugar se anotaron, sin embargo, en el brillo litúrgico y artístico de ritos, elocuencia y música, la casa es casi la única fuente.

En cuanto a la vida interna, lugar destacado ocupan las tradicionales compañías religiosas entre los alumnos que aquí, análogamente a lo que ha acontecido en otras partes, poco a poco han ido perfeccionando su orientación y funcionamiento, gracias a las directivas emanadas directamente de los superiores mayores. En los años 1914 y 1915 quedaron establecidas las compañías de San Luis y Santísimo Sacramento entre los aspirantes y por largos años no hubo otras. Aunque nominalmente aparecían como dos, sin embargo en sus reuniones y directivas, muchas veces operaban unidas. Aquí habría que recordar los tres congresos de compañías, que tanto impulso dieron a las de aquí, lo mismo que a las de los demás colegios salesianos del país.

El 19 de marzo de 1939 se estableció una tercera compañía, la de San José, para la sección de artes, y pronto creció y se colocó a nivel con las antiguas. Entonces también estas recibieron una orientación más definida y cada una fue con mayor precisión fijándose objetivos peculiares. También en dicho año empezó a funcionar, según las normas del capítulo general de 1938, la compañía de la Inmaculada en el filosofado, como la del Santísimo en el teologado; estas tendrían más bien por objeto, preparar a los futuros dirigentes.

Finalmente, el día de la beatificación de Domingo Savio, 5 de marzo de 1950, se inauguró también la compañía de la Inmaculada en la sección de aspirantes, con lo que podría darse por completado



Sepelio del aspirante Mario Cárdenas Guzmán. — Marzo 1950

el cuadro de las que funcionan tradicionalmente en toda casa salesiana. Como es natural, el funcionamiento de compañías, tiene en las casas de formación, modos un tanto diversos, por la naturaleza del personal mismo, y por las limitaciones exteriores que la índole de las casas mismas comporta.

En lo tocante a otros estímulos y diversiones tradicionales, ya hemos indicado algo acerca del teatro y academias. Con todo, sería bien curiosa una crónica teatral aquí, donde por épocas se ha contado con tan consumados actores. Las peripecias de tales menesteres suelen provocar anécdotas divertidas que hubiera sido interesante conservar, como cuando allá por el año 1920 se presentó la comedia italiana «Nipote di chi» y luego, para darla ante público extraño, se encomendó a cada actor la traducción de su respectivo papel, lo que produjo saladísimos qui pro quo, que aun recuerdan los testigos.

Los paseos, naturalmente también han entrado siempre en nuestros programas, ora a pie (y de ellos los ha habido célebres) ora en vehículos, pero siempre intensamente alegres. Ha sido costumbre por mucho tiempo, el hacer seguir uno de ellos a cada una de las fiestas más principales del año. Para las vacaciones, casi siempre ha habido oportunidad de llevar a nuestros alumnos por algunos días a cambiar de aires y así, fueron famosos los veraneos en Ubaque, Cáqueza, La Victoria, Sasaima, y últimamente, por la generosidad del Padre Carlos González, director de la granja agronómica de Ibagué, las deliciosas semanas pasadas en esa tierra de promisión.

En este prometedor estado de cosas corre el año jubilar de 1953. La casa,

como troje repleta, se prepara a desmembrar aun más sus secciones que ya rebosan pues el curso quedó iniciado con 177 aspirantes estudiantes, 40 de artes, 36 estudiantes de filosofía y 13 coadjutores en curso de perfeccionamiento, eso sin contar el considerable número de los que han debido ser enviados a



La Ceja - Entrada

un nuevo aspirantado del que es justo ocuparnos ahora pues en el curso de esta crónica ha habido lugar de aludir, al menos de paso, a las otras casas de formación, - noviciado, teologado, - que pueden justamente considerarse como prósperas ramas desprendidas de este tronco de Mosquera. Pero sería útil además traer alguna breve noticia de esa otra casa de formación que brotó sola, como hermana menor de esta y que hoy día ya mece apretados racimos de esperanzas y aun frutos sabrosos de realidades. El aspirantado de la Ceja en Antioquia que, puesto desde un principio bajo la protección de Domingo Savio, está ya mostrando a todos la pujante vitalidad de las glebas antioqueñas.

Hacia tiempo el Padre Bertola, agitaba la idea de fundar un segundo aspiran-

tado en esas tierras tan opulentas en vocaciones religiosas y para eso había encomendado al que era director del Instituto Pedro Justo Berrio en Medellín, Padre Francisco Rubén Polifroni, que buscara el sitio apto para el intento.

El Padre averiguó, buscó, comparó datos y balanceó probabilidades, hasta que pudo dar aviso de que en el municipio de la Ceja, clima feliz y paisaje de esmeralda, había una finca de dieciseis fanegadas, propiedad del señor Antonio Ber-



La Ceja - Tramo en edificación

nal, quien accedía a venderla por la suma de cincuenta y un mil pesos. La finca fue visitada: Bella situación al pie de la

sierra, agua abundante, sitio retirado y casa hermosa recién construida.

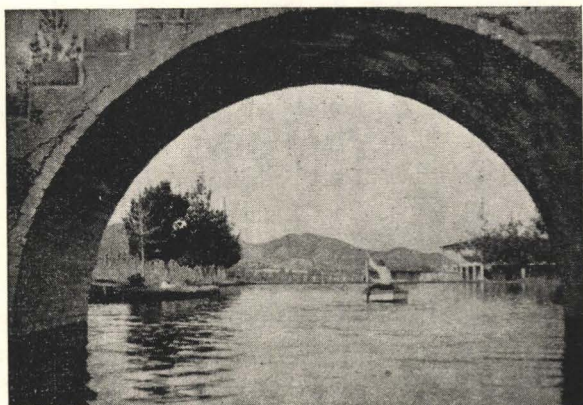
El negocio se cerró y para la firma de la escritura el Padre Inspector delegó poder en el Padre Andrés Ferro, del colegio del Sufragio, de Medellín. A este lote vino a agregarse luego otro de parecidas dimensiones, situado a continuación y denominado «El Edén»

Hecha, pues, la adquisición a fines de 1945, la inspección y la congregación en general, recibieron gozosos la noticia de que se abriría un nuevo aspirantado a partir de 1946. Para febrero de dicho año, empezaba allí a funcionar un curso de aspirantes que tenía el pensum general de un cuarto preparatorio y quince alumnos, grupo de fundadores de esa casa, de los cuales algunos ya son salesianos.

La casa, por lo pronto, sería considerada como filial del Instituto Pedro Justo Berrio y como director encargado, a nombre del Padre Polifroni, ejercería el gobierno de ella el Padre León Arango Escobar.

Tales los principios de este nuevo semillero de nuestras vocaciones, indudable centro en lo futuro de muchas obras de maravilla.

La Ceja - Panorama del estanque



Y con esto cerramos el cofre de los recuerdos alquitarados y cristalizados durante este espacio de medio siglo. Quien haya tenido la paciencia de seguirnos hasta ahora en nuestro relato, por sobre la desgracia del estilo que estropea los más claros hechos, habrá logrado adivinar la soberana elegancia de los designios providenciales que fueron encausando nuestras rutas, desbrozando las lindes de vereda de nuestros humildes comienzos y ensanchando poco a poco los caminos.

No pensamos haberlo hecho, todo ni haber sido los artífices de obras gloriosísimas. Este recordatorio, no podría ser, sin injusticia, un alarde vanidoso de una familia religiosa que se ha extendido por el mundo y ha sentado reales bajo todos los climas solo porque Dios lo ha querido, porque él se complace en emplear cortos y frágiles instrumentos con el fin de que esos mismos instrumentos no hagan sombra al único y supremo autor de todo bien y de toda belleza. Aquí, como en todas partes, nuestro nido se pobló y multiplicó únicamente porque el Creador bueno, gusta de depositar los gérmenes de su infinita fecundidad en lo más escondido de los bosques y de las breñas.

Por otra parte, no se puede desconocer que en obras como esta en que lo definitivo y durable se fragua a largo plazo, el mérito humano más grande corresponde más a los muertos que a los vivos. Los edificios que hoy nos albergan con holgura y esos otros edificios más

valiosos donde se aloja la vida del espíritu, se sostienen mediante la fortaleza de Dios y se fundan en cimientos de humildad, pedestales son para el recuerdo de quienes nos precedieron y saben ya de las delicias con que el Señor de la viña paga a sus leales servidores.

A nosotros nos toca solo bendecir su memoria y aprender de sus hechos. De aquí que estas páginas tengan a más del eco jubiloso de un himno agradecido al autor primordial de todo lo bien hecho, el tono autorizado de las brillantes lecciones impartidas por nuestros antepasados. Descubramos sus huellas, marchemos por sus pasos, seamos como ellos modestamente fuertes y, como ellos, seremos también aceptos ante el trono de Dios.

Nuevas generaciones vienen ya en oleadas crecientes a sumarse a nuestro ejército. En ellas bulle viva la generosidad! Pero hay el peligro de que se emboten sus arrestos ante la muelle civilización del siglo. Hay que sacudir a nuestras juventudes que, como ha dicho Paul Claudel, han nacido para el heroísmo. Y, sin embargo cada día hay menos héroes, porque se huye cada vez más del esfuerzo. Por eso, quienes hoy en día nos vemos entregados a la bella actividad de guiar los ánimos juveniles, sentimos la necesidad y la obligación de no dejar perder ejemplo alguno que valga para enseñarnos a todos cómo es bella la lucha cuando la causa es santa!

Mosquera, septiembre 15 de 1953.

Fiesta de la Virgen de los Dolores.



Vista definitiva de la iglesia recién consagrada – 1951



Aspectos del interior de la nueva iglesia



Estudiantes colombianos en Bollengo (Italia.) - 1952.

APENDICE

Los días cinco, seis y siete de agosto, fueron los señalados para la solemne conmemoración de la fecha cincuentenaria. Con vivísimo entusiasmo se aprestaron todos los habitantes de la casa para poder presentar en esos días la casa remozada y engalanada dignamente de acuerdo con lo grandioso de los festejos y lo elevado de la categoría de los personajes que en tales días nos visitarían. El programa, con cuidadoso esmero elaborado daba ocasión también a todos de prestar su concurso personal en una u otra forma. En esta manera había de quedar la satisfacción de que los nuestros eran, bajo todo concepto, los verdaderos anfitriones.

Las funciones religiosas, el canto, el teatro, todo se deseaba que fuera de verdad grandioso y apropiado.

Nuestro taller de imprenta hizo gala de su elegancia en la impresión del mismo programa, que decía así:

1903 - 1953. - Solemnes festejos - con que la - Congregación Salesiana - celebra el cincuentenario - de la fundación de su casa - de formación en - Mosquera (Cundinamarca) - Colombia.

DIA CINCO DE AGOSTO

HOMENAJE A LOS FUNDADORES - A las 9 y media a. m. - En la iglesia parroquial - Solemnes honras fúnebres: Cantará la misa el Reverendísimo Padre Gaudencio Manachino, Superior de los Salesianos en Colombia. - Oración fúnebre a cargo del Reverendo Padre Francisco González Patiño, s. d. B. - Ejecución gregoriana por los coros del estudiantado filosófico y del aspirantado salesianos.

A las 11 a. m. - En el Aspirantado Salesiano - Descubrimiento de la lápida conmemorativa - Llevará la palabra el Señor Luis José Del Real, s. d. B.

A las 3 p. m. - En el Salón de actos del Instituto Salesiano.

ACADEMIA MUSICO-LITERARIA

ORDEN

1. - ORFEO EN LOS INFIERNOS - Obertura - Offembach - Orquesta.
2. - ALOCUCION del Reverendísimo Padre Gaudencio Manachino, Superior de los Salesianos en Colombia.
3. - ALLELUIA, del oratorio el Mesías, de Händel - Coro a cuatro voces mixtas.
4. - CONMEMORACION ACADEMICA por el Reverendo Padre Roberto Pardo Murcia, s. d. B.
3. - LA MI VIRGEN - Goffard - Jota aragonesa a tres voces mixtas.
6. - VOCACION SACERDOTAL - Poesía de Miguel Benzo - Declama el diácono León Fabio Rojas s. d. B.
7. - LOS PATINADORES - Valse - Emilio Waldteufel. - Orquesta.
8. - EL ARTE MUSICAL - Acción escénica de Aquiles Pedrolini, s. d. B.
- 9 - GRAN MARCHA DE AIDA - Verdi - Orquesta.

DIA SEIS DE AGOSTO

ACCION DE GRACIAS - A las 9, 30 a. m. - En la Iglesia Parroquial - MISA PONTIFICAL de Su Excelencia Reverendísima Monsñor Caicedo Téllez s. d. B., obispo de Cali. - ORACION GRATULATORIA del Reverendo Doctor Alvaro Sánchez, cooperador



Artística portada del programa de las fiestas cincuentenarias.



EL REVERENDO PADRE ANGEL MARIA BIANCO DIRECTOR DE LA CASA
Y ORGANIZADOR DE LOS FESTEJOS CINCUENTENARIOS

sclesiano. - Se ejecutará la partitura a dos voces mixtas «MISSA LAURETANA» del maestro Campodonico y los grandiosos motetes a cuatro voces mixtas «IN VIRTUTE TUA» del maestro Alejandro De Bonis, s. d. B. y «O MARIA, VIRGO POTENS» del maestro Juan Pagella, s. d. B.

A las 3 p. m. - En el salón de Actos del Instituto Salesiano. - Se representará la adaptación del célebre drama de José María Pemán, EL DIVINO IMPACIENTE.

ORDEN DE LA FUNCION DRAMATICA

1. - REINA DE OTOÑO - Obertura - Karl Bigge - Orquesta.
2. - Presentación del acto por el Reverendo Padre Jesús Coronado, s. d. B.
3. - PROLOGO DEL DRAMA: «.....Me tarda la ocasión - de decirte quiénes son - los hombres de mi linaje».
4. - DI PROVENZA IL MAR - Canta el baritono Sigfried Wagner.
5. - «Hombre es de corta ambición - el que sus ansias encierre.....» - PRIMER ACTO DEL DRAMA.
6. - MOSQUERA, NUESTRO DULCE HOGAR - Participación del Noviciado.
7. - «Hay que hacer el bien de prisa - que el mal no pierde momento» - PRIMER CUADRO DEL SEGUNDO ACTO.
8. - LA BELLE ROUMAINE - Valse - J. Yvanovici. - Orquesta.
9. - «Me estoy muriendo de sed - teniendo tan cerca el agua!» - SEGUNDO CUADRO DEL SEGUNDO ACTO.
10. - LA PARTIDA - J. M. Alvarez - Canta Sigfried Wagner.
11. - «La verdad traigo en mis manos - Vengo a predicar a Cristo» - PRIMER CUADRO DEL TERCER ACTO.
12. - SCHERZO DE VAN DE GOENS - Ejecutará el célebre violoncellista Maurice Lesco.
13. - «Ese viento es mi fortuna - que siempre sopla hacia Oriente». - SEGUNDO CUADRO DEL TERCER ACTO.
14. - NOCHES BIBICAS - Ortiz González - Recita el Señor Pablo Rodríguez.
15. - «Has visto..... doblar a un pueblo la frente sin más armas que la cruz». CUADRO TERCERO DEL TERCER ACTO.
16. - NEGRITO DE DEBUSY - Solo de Cello.
17. - «Viva como el primer día su impaciencia». - EPILOGO.
18. - SEMPER FIDELIS - Marcha - Orquesta.

DIA SIETE DE AGOSTO

HOMENAJE A LA PATRIA - A las 9, 30 a. m. - En la Iglesia Parroquial. - TE DEUM SOLEMNE.

A las 10 a. m. - En el Patio del Instituto Salesiano. - ACTO GIMNASTICO.

1. - PRESENTACION DEL INSTITUTO.
2. - HONORES A LA BANDERA.
3. - HIMNO NACIONAL.

4. - ALOCUCION PATRIOTICA.
5. - RETRETA - BANDA DE GUERRA.
6. - SALUDO AL TRICOLOR NACIONAL.
7. - EL RITMO DEL MOVIMIENTO.
8. - ARMONIA DE FUERZAS Y PLASTICIDAD.
9. - DISCIPLINA ORNAMENTAL.
10. - DOMINIO MUSCULAR.
11. - ARROJO Y AGILIDAD.
12. - UN BELLO DESORDEN.....?
13. - DESFILE FINAL.

De acuerdo, pues, con el programa, el día cinco de agosto se dio comienzo a los festejos con la misa semipontifical de «requiem» a la que asistió el Excelentísimo Señor Julio Caicedo Téllez, obispo de Cali. Desafortunadamente, el estado de salud del Reverendísimo Padre Inspector le impidió celebrar la misa. En su reemplazo ofició el Padre Angel Bianco, director de la casa.

Terminada la misa y antes de impartir la solemne absolución al tûmulo, tuvo lugar la oración fûnebre, cuyo texto integro es el siguiente:

ELOGIO FUNEBRE A LOS FUNDADORES

"Cumque completi fuerint dies tui, et dormieris cum patribus tuis, suscitabo semen tuum post te. Ipse aedificabit domum nomini meo".... (II Reg. VII-12 y 13).

"Cuando tus días se cumplan, y vayas al reposo con tus antepasados, he de suscitar-te descendencia, la cual edificará una casa a mi nombre"....

Excelentísimo señor:

Reverendísimo padre superior:

Venerables ministros del altar:

Hermanos míos en N. S. J. C.:

Las mejores y más saludables lecciones de vida que suele recibir un hombre, son las lecciones de la muerte.

Ante la ruina humana de los cadáveres, a la vista del polvo funeral, de ese mísero puñado de polvo que viene a quedar de la materia de aquellos seres a quienes conocimos, tratamos y amamos, el ánimo se sobrecoge de pavor y tiembla pensando en la propia disolución: Cada hombre que cae a nuestro lado hace que se nos descubra

con mayor claridad el horizonte final de nuestra propia existencia. Cada golpe de pala en el camposanto es un aldabonazo que resuena lûgubrementemente en los ámbitos de nuestro propio corazón. Cada nueva tumba que se abre cerca de nosotros nos indica, cada vez con mayor apremio, 'o frágil y deleznable del terreno que huellan nuestras pobres plantas!

Y entonces, ante la evidencia del término que nos espera, bajo la escalofriante sensación de una muerte que tan de cerca nos ronda, el alma se pone seria; la mente empieza a advertir con mejor ponderación, qué es, entre lo que nos rodea, lo que tiene valor efectivo y qué lo que puede tenerse por despreciable; el corazón, en su estremecimiento, comienza a desprenderse de cuanto ha de abandonar irremisiblemente un día. Entonces no hace falta la penetración del filósofo para comprender que esta vida pequeña y tambaleante no debe ser vivida sino en función de otra vida superior y que si los bienes que aquella nos brinda no llegan a ser escalones que nos eleven, al superarlos, hacia otros bienes



Aspirantes de cuarto curso en este año jubilar – 1953

de más alto orden, vendrán, por eso mismo, a constituirse en arteros lazos en los que caigan presos nuestros más puros anhelos de felicidad perdurable. La luz medrosa de los sepulcros, al iluminar nuestro interior, nos hace llegar a la conclusión de que la única política que tiene garantía de éxito, es la proclamada por Cristo en el evangelio bajo el símbolo del mayordomo que se granjea amigos para el futuro mediante la divina astucia que enseña a conquistarlos por el recto uso de los bienes terrenos.

No estamos hechos para morir! Nuestra naturaleza reclama imperiosamente la perduración absoluta! El ser humano se revela violentamente contra la idea de una completa desaparición! Por eso el mísero orgullo de la especie trata de escapar a la humillante derrota que nos inflige la muerte, proclamando esas vanas inmortalidades que se fundan en la fama de un nombre, en la piedra de un monumento, en el bronce de una medalla! Horrorizados nos resistimos a la idea del olvido, y llegamos a creer puerilmente que no habremos muerto del todo si después de nuestra partida de este mundo quedan todavía quienes nos recuerden y alaben. Queremos consolarnos de nuestro propio adiós, tratando de dejar en medio de los que atrás quedan recuerdos duraderos que les digan quiénes fuimos y por dónde pasamos.

Pobres seres tan ricos de ilusiones y tan pobres de fuerzas!... Pobres viandantes sedientos de inmortalidad y condenados a morir bajo el peso de esa misma sed!... Pobres corazones, escenarios de esa lucha fatal entre lo que quisiéramos ser y lo que somos realmente! Habrán de ser vanos nuestros anhelos?... Habremos de ser irremediablemente víctimas de esa fatal contradicción?

Ah!... Es aquí donde aparece más consolador el cristianismo. Es aquí donde la buena noticia del evangelio viene a hablarnos con mayor cariño para satisfacer plenamente nuestros más íntimos deseos! Nos aterra la muerte? La doctrina cristiana viene a enseñarnos a eludir los horrores de traspasar sus linderos, porque Cristo

es el camino. La sombra de la duda sobre lo que después nos aguarda, viene a con-turbarnos?... La doctrina cristiana viene a iluminarnos sobre nuestro destino, porque Cristo es la verdad! Nos subleva el pensamiento de nuestra desaparición? La doctrina cristiana viene a decirnos el secreto de toda verdadera inmortalidad, porque Cristo es la vida!

Por eso el cristiano halla siempre cerca las fuentes del sosiego y conoce los arcanos de la paz! Por eso la Iglesia sabe res-tañar las heridas que la muerte abre en el pecho de sus hijos, con bálsamos eficaces de consuelo! Por eso su liturgia fúnebre es un himno triunfal que nos calma al hab-larnos de descanso eterno y nos alegra al señalarlos la luz perpetua de la gloria! Feliz el cristiano que sabe aprender estas lecciones! Bienaventurado el que prepara su conquista del paraíso por su buen obrar y sabe dejar a su paso el monumen-to de las lágrimas que enjugó, de las he-ridas que sanó y de las bendiciones que su amor al prójimo suscitó.

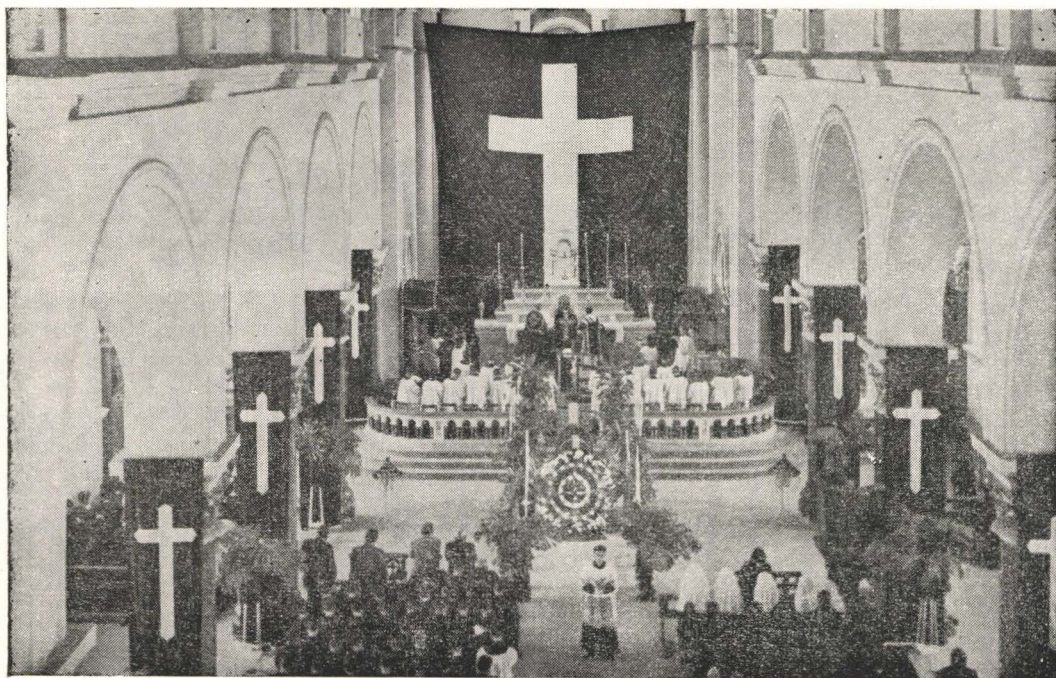
De aquí la honda amabilidad del motivo que hoy nos congrega en este sagrado recinto: Crespones de luto cuelgan de sus cornizas y capiteles, un negro túmulo se levanta en medio de sus naves, pero el co-razón de todos los que aquí nos hallamos está vestido de fiesta, porque no hemos venido tanto a llorar a seres que se fueron, cuanto a pedir para ellos el premio de sus buenas obras; no los miramos con ojos hú-medos de llanto, sino con ánimo resuelto a aprender de su vida todo aquello que los hizo amables ante el divino acatamiento y merecedores de bendición por cuantos, después de medio siglo, hemos venido a resultar beneficiados por ellos. Quisieron ser inmortales y por eso abrigamos la es-peranza de que Dios los haya acogido en el seno de su gloriosa eternidad. Quisieron superar el olvido, y una obra benéfica cu-yo influjo se extiende por todos los ámbi-tos de nuestra patria, donde quiera que el nombre salesiano ha sentado sus reales, está poniendo en alto los nombres de quie-nes echaron sus cimientos. "Cumque com-pleti fuerint dies tui, et dormieris cum

patribus tuis, suscitabo semen tuum post te. Ipse aedificabit domum nomini meo".

Un proverbio árabe afirma que sólo es hombre completo aquel que ha plantado un árbol, escrito un libro y tenido un hijo. Es la representación simbólica, expresada por la sabiduría popular, de la prolongación de la vida individual a través del tiempo mediante los frutos de la obra de las manos, de la del entendimiento y de la del amor. Como si dijera que sólo merece el dictado de hombre aquel que ha

terreno de los espíritus, viene a echar raíces de virtud y ramajes de bondad para que a su sombra se abriguen aquellos que, al decir de Cristo, valen mucho más que las aves del cielo?

Podrá escribirse un libro más claro y convincente que el que se imprime en los corazones con hechos, más elocuentes que las palabras, en páginas que hablan de abnegación y caridad, en capítulos que son más bien los cantos de una epopeya de triunfos del celo, no por callados, menos grandes a los ojos de ese Dios que mide las



Las honras fúnebres el día cinco.

sabido poner en juego con eficacia fecunda todas sus facultades resumidas en los términos: Músculo, mente y corazón. Es, en otros términos, la lección evangélica que nos espolea a hacer rendir el ciento por ciento a los talentos recibidos de Dios por conducto ya de la naturaleza, ya de la gracia.

Pero... podrá plantarse un árbol más benéfico que aquel que, sembrado en el

obras por su substancia y no por su apariencia?

Habrá descendencia más gloriosa que esas progenies espirituales que estriban en los lazos del amor divino infinitamente fecundo, que se propagan no tanto en el tiempo cuanto en la eternidad, y que tienden a hacer del mundo entero una universal y dulcísima familia?

El árbol salesiano de múltiples retoños

ha dado aquí uno que en cincuenta años se contempla como árbol frondoso cuyos frutos son tantos y tantos religiosos que han recorrido y recorren los senderos de la patria llevando la miel del cariño y los jugos de la ciencia y la virtud.

El tema salesiano ha sido aquí desarrollado en una epopeya magnífica de amores milagrosos.

La familia salesiana ha plantado aquí sus tiendas como centro patriarcal en donde han nacido tantos y tantos que han venido a su vez a convertirse en padres de muchas gentes haciendo nuestra stirpe dilatada como las playas arenosas del mar!

Y habremos de estar tristes ante las tumbas de quienes realizaron estas maravillas? No viven acaso ellos una vida más perfecta con el galardón de la recompensa divina y de las bendiciones humanas?

Son muchos ellos. Los amos de la casa solariega que cedieron sus derechos para que en ella se albergaran los gérmenes vivos de la obra salesiana en Colombia. Los otros, que, con la generosidad de la viuda del evangelio, acudieron a los nuestros con su óbolo providencial. Y luego, aquellos hijos de don Bosco que adivinaron aquí el clima propio para tejer nuestro nido, y tantos y tantos otros que regaron aquí sus sudores y que ya han rendido la jornada!... Cuántas veces este viejo portalón de nuestra casa de Mosquera, ha visto el doliente desfile que acompañaba a las regiones del reposo los despojos de uno más que había caído en la brecha! Y cuántos otros que aquí dejaron la huella de su espíritu varonil y que ahora yacen en lejanos cementerios, agobiados por el peso de otros soles, al rumor de otras playas y bajo el manto compasivo de otros cielos!

Hoy: el eco jubiloso de nuestra conmemoración cincuentenaria, va evocando las sombras de estos muertos y ante mí fantasía se presenta vivamente su desfile silencioso! Ellos están aquí para acompañarnos en el himno del agradecimiento al Autor de tanto bien! Ellos están aquí para enseñarnos a trabajar hasta rendir la vida en aras de un ideal de lucha por los intereses del cielo! Ellos están aquí para

recordarnos el deber de la memoria agradecer y piadosa, porque abrieron para nosotros los surcos de la divina labranza; porque fijaron con las huellas de sus pasos nuestro camino; porque tendieron el techo que nos cubre; porque pronto iremos también nosotros a engrosar ese desfile hacia las luces indefectibles de la gloria!

Cuántos son los operarios que han puesto aquí su mano?... Cuántos los que en este lapso de diez lustros han vuelto a mirar con ojos cariñosos esta casa?... Imposible ennumerarlos a todos: El peligro evidente de las omisiones acobarda nuestra voz. Pero hay, en la portada de la historia de estos cincuenta años nombres que no pueden pasarse por alto: Don Lorenzo Fonseca y su santa esposa doña Concepción Rico de Fonseca, hija del fundador de la población; doña Dolores Groot de Rico, por cuyas venas corría la por tantos títulos ilustre sangre de los Groot; doña Sergia de Olaya, corazón de madre de bondades impagables para con aquellos primeros salesianos. Y por otra parte, los inolvidables hermanos Rabagliati, el Padre Mauricio Arato y tantos otros artífices de esta obra cuyo engrandecimiento y raigambre después de cincuenta años hace ver bien a las claras el irresistible impulso que supieron imprimirle sus fundadores.

Con todo, en gracia de la brevedad séame permito detenerme solamente a delinear a grandes rasgos la semblanza de dos de ellos: don Lorenzo Fonseca y el Padre Silvestre Rabagliati, autores directos de los comienzos de esta fundación.

Felices de los pobres de espíritu porque suyo es el reino de los cielos!

Esta es la primera y fundamental bienaventuranza. El reino de Dios en este mundo y en el otro no puede empezar a conquistarse sino merced a esta esencial estrategia que liberta el ánimo de los apegos terrenos y lo hace ágil y expedito para esa milicia que supone todo ascenso hacia la virtud y hacia el cielo. Está demasiado lejos el cielo de la tierra para que pueda pretenderse llegar a aquel sin separarse de ésta. Con todo, el simple título de la po-

breza no basta para dar carta de ciudadanía celestial, ya que es indispensable que lleve el sello real del amor que la hace meritoria y valiosa. Mil veces se ha dicho que no es pobre, de esta pobreza del espíritu, quien anda uncido al carro de sus miserias con pesadumbre y desgano, porque este tal es rico de deseo. Pobre es aquel que ama su pobreza como a la bella guía que condujo al poeta hasta las alturas inaccesibles del paraíso; el que ve en su desnudez el remedo de la desnudez de Belén y del Calvario y en su hambre la imitación del divino hambriento del desierto.

Este pobre siglo veinte tan lleno de pobreza y miserias, es sin embargo muy escaso en verdaderos pobres. El rico se aferra a sus arcas repletas con ansias de naufrago y se debate en su defensa con espasmos de violencia que lo llevan en su ceguera hasta cometer de aquellas injusticias cuyo clamor oye Dios en su trono! El pobre mira con rabia su estado y con odio a quienes poseen más que él; ruge fieramente en el fondo de su covacha y asecha desde allí en espera del día de las venganzas. Un inmenso ejército de desheredados mordizquea diariamente con furia el pan de sus amarguras. Una gigantesca convulsión de odios sacude la tierra por sus ejes y el género humano, dividido en hordas enemigas, afila sus armas mientras unos a otros se miran estremecidos y sañudos. Nadie se contenta con lo que tiene: El millonario quisiera acrecentar sus millones aun a costa de los más miserables y el miserable se apresta a apoderarse de los tesoros del rico aunque haya de valerse de la fuerza y tenga que cruzar ríos de sangre y mares de fuego. Y con todo, por una de aquellas singulares paradojas de la sabiduría mundana, mientras todos reconocen la necesidad de un remedio urgente y eficaz, se vuelve a mirar con burla y lástima a quien renuncia voluntariamente a su parte. El desdén por esta es para el mundo estupidez, y su entrega a los necesitados, locura. Es que para él no hay otra ley que la del más fuerte, ni es comprensible otra doctrina que la del egoísmo!

Por eso nuestra era reclama imperiosamente lecciones de abnegación. No basta decirle al hombre que debe amar a Dios y a sus hermanos hasta el sacrificio. Hay necesidad de mostrarle el ejemplo de aquellos seres que supieron triunfar sobre sí mismos por la renuncia aun de lo más legítimo; que supieron amar a Dios con amor fuerte como la muerte; que supieron ir a sus hermanos, no con vanas palabras de dudoso consuelo, sino con el mendrugo que ellos mismos se arrebataron a su boca.

Quien en la tarde del 29 de mayo de 1904 hubiera venido a esta casa salesiana de Mosquera, hubiera sido testigo de una escena emocionante en medio de su misma sencillez: Los habitantes de la casa y un grupo de amigos daban el más sentido adiós al joven director de ella. Todo era cariño cordial y afecto sincero. La convicción de que el buen superior no regresaría nunca, hacía más patente el cariño filial de los que se quedaban y la tristeza del momento. Uno de los superiores de la casa, joven que contaba apenas dos años de sacerdocio, interpretó el sentimiento de todos con palabras en las que era más de admirar el afecto que el artificio. Tales palabras caían cálidas y tiernas sobre el ánimo de cada uno de los oyentes levantando sentimientos íntimos llenos de amor. En este discurso, en que se tejía fervorosamente el elogio del padre Silvestre Rabagliati que se aprestaba a dejar definitivamente a Colombia, vino a quedar también indicado un breve pero significativo elogio a don Lorenzo Fonseca, pues volviéndose de pronto el que hablaba hacia el sitio que ocupaba este, exclamó: "Y ya que hablamos de gratitud y que la ocasión se brinda, séame lícito consagrar una palabra siquiera, aunque ofenda su conocida modestia, al benefactor insigne que fijó nuestro errabundo vuelo: a don Lorenzo Fonseca, gloria y honra de Mosquera, joya y ornamento de la patria, flor de los cooperadores salesianos de Colombia. El, sin quererlo, sin pensarlo siquiera, perpetuará su nombre con este co-



Fiesta de la recepción de sotana en este año jubilar - 1953.

legio; su memoria vivirá eternamente en el corazón de todo salesiano....”.

Y era aquella la última vez que se verían reunidos sobre este mundo los dos principales fundadores de la casa!

Pero, ante todo: se justificaba esta tristeza en la despedida del padre Silvestre? Qué había hecho para que creyeran deberle tanto sus discípulos?... Quién era él?... Hay que saber medir las circunstancias para apreciar con justicia los hechos.

Todo aquel que haya leído aunque sea someramente la vida de san Juan Bosco, habrá sin duda tenido noticias de aquellas famosas excursiones que hacía anualmente el santo con sus niños; en que, al son de la banda de música y de alegres cantos recorrían los pueblos del Piamonte, tal vez con poca provisión de víveres pero con mucha de alegría, de esa alegría conquistadora que se gana con su contagio de bondad a cuantos halla al paso. Entre estas regiones, la más visitada y recorrida era naturalmente la de Monferrato. Monferrato, la hermosa tierra sembrada toda de pueblos y aldeas que se agazapan tras de las laderas de esas graciosas colinitas en que viene a parar la majestad de los Alpes cuando presienten la caricia del Po. Tierra fértil en viñedos y en hombres de valía. Entre estas poblaciones y ya hacia las riberas del Po, alza la plegaria de sus nubecitas de humo y la sonrisa de sus flores Occimiano, que, por aquellos días vino a ser meta de una de esas excursiones. La iglesita aldeana alegró sus bóvedas con los cantos del oratorio. Las calles del poblado se sacudieron ante las risas juveniles. El viejo castillo que domina el caserío, despertó de su sueño secular para abrirse a la curiosidad de los jóvenes excursionistas. Grupos de gentes del vecindario seguían alborozados la comitiva. Entre todos, llamó la atención de don Bosco un chico de ojos avispados en los que brillaba la entusiasta admiración; era el primogénito de una de las familias más notables de la localidad: la familia Rabagliati. Este chico, llamado Evasio, vino pronto a caer en las redes del hechizo del santo y poco después ingresó

en el colegio de Mirabello, trasladado luego a Borgo San Martino; de donde viene a pasar más tarde al Oratorio de Turín. Es este el primer eslabón que viene a unir indisolublemente esta familia excepcional a la familia salesiana. Después de él, Eugenio, Silvestre y Pablo vienen sucesivamente a dar su nombre entre los hijos del santo de Valdocco a lo que se añade el ingreso de una hermana: Clementina, al instituto de las Hijas de María Auxiliadora. Y es así como viene a realizarse el vaticinio del santo, hecho en una ocasión evocada por el mismo padre Evasio el día en que Silvestre cantaba su primera misa en la iglesia del Carmen de Bogotá. Para que la descripción de esta escena no pierda nada de su calor, emplearemos las palabras textuales de don Evasio: “Recuerdas tú, hermano mío, el día en que nuestros padres presentaron a don Bosco el último de nuestros hermanos? Estábamos todos allí, los cinco varones y la hermanita. Pablito, que aun no contaba un año de vida, en brazos de mamá. Los demás, haciendo corona a don Bosco. Ya para despedirnos, caímos todos de rodillas pidiendo la bendición del hombre de Dios. Yo debía partir para la República Argentina; tú con Eugenio, estabas en el oratorio estudiando. Todos estábamos conmovidos. Don Bosco alzó los ojos al cielo, e iluminado el rostro pronunció estas palabras: “En el nombre de Dios y de María Auxiliadora bendigo a cuatro sacerdotes salesianos y a una hija de María Auxiliadora”.

Este es pues el campo donde apunta la figura amable del padre Silvestre Rabagliati. El niño que hizo las delicias y alegró las fiestas del Oratorio de Turín con su maravillosa voz. El que llamó la atención de todos con su canto el día de los funerales de don Bosco. El que, muy joven, casi un niño, llegó a las playas de Colombia con una consigna expresa de trabajar por las vocaciones salesianas en nuestra patria; consigna dada personalmente por ese otro santo sucesor y heredero espiritual de don Bosco que se llamó Miguel Rua. Así se explica la tenacidad con que el joven salesiano encauza sus esfuer-

zos hacia esta meta desde su llegada entre nosotros. Ni sus ocupaciones como asistente del colegio de León XIII, profesor de las escuelas nocturnas y maestro de canto, ni las dificultades del nuevo idioma, ni el tener que atender contemporáneamente a sus estudios de teología para prepararse al sacerdocio, logran distraerlo de esta específica misión suya: las vocaciones! Ojo experto de formador, a base de intuición y estudio va descubriendo entre sus alumnos aquellos que pueden dar esperanzas de éxito. No son muchos pues el elemento con que cuenta el plantel en aquellos primeros años de existencia no suele provenir de los medios más aptos para las elevaciones de la vida religiosa. Sin embargo, llama, habla, aconseja, encamina, sugiere..., y en el término de sólo dos años, logra preparar el primero aunque pequeño contingente de salesianos colombianos. Son cuatro, y esa primera recepción de sotana que constituye un triunfo, se realiza el 23 de mayo de 1893. El noviciado debe funcionar en el mismo colegio con las consiguientes dificultades y desventajas. La labor se hace más y más complicada. Debe seguir formando a los ya encaminados y simultáneamente continuar en la conquista de nuevos elementos. Al año siguiente el número de los que deciden recibir las insignias salesianas sube a diecisiete. Todos creen soñar. Es preciso enjamburar. Hay que trasladarse a un sitio más apto para el retiro que exige toda formación seria, y al día siguiente de esta segunda toma de sotana, se funda el noviciado en la casa cural de Fontibón. Allí los locales son estrechos e incómodos, pero los espíritus son amplios y alegres. El joven Silvestre, que hacía sólo cinco meses había recibido la unción sacerdotal, recibe efectivamente el cargo de maestro de novicios por carta del mismo don Miguel Rua. El prestigio del joven sacerdote aumenta. Parece a todos ahora más venerable, más ascético y al mismo tiempo más amable. Hay muchas personas extrañas a la casa que quieren tenerlo por director espiritual; entre ellas muchos jóvenes. También empieza a adquirir fama

de magnífico orador. Pero él es ante todo para sus novicios. Las prácticas de piedad, las conferencias diarias, las charlas familiares, todo va dirigido a empaparlos del espíritu salesiano y a enamorarlos de todas nuestras glorias de familia. Y luego, hay que formarlos en el espíritu de sacrificio porque nuestra vida lo exige como la que más; en el amor al estudio porque nuestra misión pide una gran cultura.... En el amor al trabajo, característica de don Bosco.

Pero las dificultades crecen y se multiplican: Hay ingratitudes, desilusiones, desconfianzas.... La casa resulta cada vez más incómoda y desprovista de lo más esencial, se piensa en una gran construcción en otra población de la Sabana, pero los técnicos fallan y con los muros medio apuntalados vienen a derrumbarse también muchas esperanzas. Hay que volver al colegio de León XIII. Entonces estalla la guerra civil, la más violenta y larga de cuantas han asolado nuestra tierra, y esto trae el desconcierto en todos los órdenes. La economía se resiente con visos de catástrofe; las ideas se extravían; el nivel moral baja.... Se llega a hablar de ineptitud racial de nuestras gentes para la seriedad de la vida religiosa. Muchos se desalientan. El terrible veredicto de los cobardes pone a prueba la opinión de quienes aun esperan.... Y en medio de todo, el padre Silvestre, como el patriarca a quien se prometió descendencia tan larga como las constelaciones, sigue esperando contra toda esperanza. Llega el año de 1902 y brilla un nuevo destello. Ante todo, la aurora de la paz que luce por fin en nuestros sangrientos horizontes. Y luego, la simpática figura de don Lorenzo Fonseca que trae a la comunidad la donación magnífica de su casa solariega. La primera idea es la de aprovechar su producto a favor de los lazaretos, pero sale al paso don Silvestre con una argumentación irresistible: "Si venden la casa, su utilidad se evaporará bien pronto. Si la dedican a la formación de personal, de allí saldrá un interés humano, mucho más valioso, que luego rendirá su fruto en los

lazaretos, en los colegios, en los talleres y granjas".

En medio de tantas desconfianzas, a pesar de tantos fracasos, la voz tan razonable del padre viene a triunfar, se resuelve intentar otra prueba y Mosquera viene así a ser el emporio salesiano de Colombia!



**D. Antonio y D. Ricardo Fonseca
sobrinos de D. Lorenzo.**

Tiene pues explicación la tristeza con que se le vio partir? en la conciencia de todos estaba lo rudo de la batalla dada y lo resonante del triunfo obtenido. Sacudía el sentimiento universal, el ver que el autor de tan grande obra no habría de ver de cerca los frutos.

Es que a esos seres grandes en la prueba, parece que Dios se complaciera, por sus secretos designios, en retirarles siempre a tiempo, la copa del éxito. Será quizá para no empañar desde acá abajo, el brillo de la corona que les reserva allá arriba!

Años más tarde, una triste noche de febrero de 1940, en esas tierras legendarias de California, un anciano achacoso escribe una carta a uno de los salesianos colombianos de la primera hora. La mano tiembla sobre el papel bajo el peso de los años y bajo la emoción de los recuerdos. La pluma es torpe, pero el espíritu se mantiene ágil: "A despecho de mi edad y de mis largas y penosas enfermedades, me sentiría feliz si lograra volver, por pocos días al menos, a esa adorada tierra"....

Es el último adiós a Colombia, la patria de sus afanes y premuras. Cuatro meses después, un lacónico despacho era portador de una triste noticia: el Padre Silvestre Rabagliati ha muerto! Y de los labios de quienes lo conocieron se elevó una plegaria, y de sus ojos descendió una lágrima.

Al lado de esta semblanza titánica, es preciso evocar hoy otra no menos admirable: Don Lorenzo Fonseca, el hombre bueno que practicó la virtud con ese silencio modesto y desinteresado que alaba el evangelio. El anciano amable que conocieron nuestros novicios allá por los años de 1903 a 1911, y a quien con cariño llamaban "papá". Y es que lo fue realmente para nuestra comunidad y la deuda contraída con él solo Dios podrá saldarla.

Oriundo de Choachí, esa tierra tan rica en frutos y en valores del espíritu, hacía mucho tiempo había venido a establecerse en esta encrucijada de la altiplanicie, desde que contrajo matrimonio con la ya nombrada señora doña Concepción Rico. Matrimonio feliz aunque sin esa dulce bendición del cielo que son los hijos, vio deslizarse la vida de su hogar, en la apacible administración de sus propiedades y en el trabajo por el bien de los demás y cumplimiento de las propias obligaciones religiosas. Profundamente católico, no podía ver con indiferencia el que la población viviera sin los servicios constantes del sacerdote y así, él mismo procuraba la venida de alguno en ciertos días festivos y había logrado habilitar como capilla una casita de su propiedad, situada en el

costado occidental de la plaza. Allí, desde la rústica espadaña, llamaba de cuando en cuando la campana a los vecinos para recordarles su condición de cristianos. Muerta la esposa de don Lorenzo, no varió este gran cosa sus hábitos morigerados y hondamente cristianos. Como de su esposa había heredado la casa principal de la plaza, con el fin de que la destinara a alguna obra buena, acertó a dar con don Evasio Rabagliati que andaba recolectando limosnas para los leprosos, oprimidos como nunca a causa del flagelo de la guerra. Queda ya dicho cómo, por la oportuna intervención del padre Silvestre, dicha casa vino a ser destinada para la formación del personal salesiano.

El 19 de enero de 1903, la población recibe triunfalmente a los hijos de don Bosco, y don Lorenzo los pone en posesión de la casa. El se reserva unas habitaciones de la planta baja y una casita adyacente, en la misma manzana, pero su vida empieza desde entonces a correr paralela a la de la comunidad de la que ha venido a ser tan insigne benefactor. Cada vez piensa menos en sus intereses materiales y más en los espirituales: El culto en la capillita pública, el esplendor de las festividades religiosas, el cariño de la comunidad, una vida interior que se va haciendo más y más acendrada.... La proximidad del sagrario va enardecendo su espíritu y convirtiéndose en un centro de atracciones inefables. Sus comuniones se van haciendo más frecuentes hasta llegar a ser diarias.

Dos frases tuyas nos hacen ver bien a las claras su criterio y la delicadeza de sus sentimientos: El día en que el Padre Evasio vino a él con la propuesta de hacer de la casa un semillero de vocaciones, exclamó humildemente: "Cómo; el Señor cree digna de honor tan grande mi pobre morada? Cuándo podía yo imaginarme tal dignación?" Y luego, el propio día de la entrada de los salesianos a esta casa, hablando con uno de los sacerdotes recién llegados, le explicaba: "Murió mi esposa sin dejarme fruto alguno de nuestro tierno amor: Qué mejor destino podía yo dar a mi casa? Yo no he menester dinero; siem-

pre he aborrecido el lujo; ahora me basta una pequeña habitación donde vivir recogido el tiempo que aun plazca al Señor concederme. Muchos me ofrecieron cuantiosas sumas por esta casa; para qué quería yo plata? Más vale asegurarse un galardón allá arriba donde nada perece. Ustedes aquí moralizarán la población y rogarán por mí"

Ni fue la congregación salesiana la única beneficiada por la caridad de don Lorenzo: otras asociaciones también supieron de sus larguezas, entre otras la sociedad de San Vicente de Paul que recibió la donación de una rica dehesa, y luego una multitud incontable de pobres que sólo sabían corresponder a su generosidad, dándole el nombre de padre.

Aquí como siempre, el amor a Dios y al prójimo han estado unidos en una sola llamada. La humilde capillita doméstica de aquel entonces lo veía pasar largas horas abstraído en la meditación, en el rezo del santo rosario o en la lectura de libros piadosos. Sin imaginarlo siquiera, vino a ser un ejemplo vivo de piedad para nuestros novicios que miraban corridos, cómo eran con tanta ventaja superados por este buen anciano que el caudal de los años iba haciendo cada vez más del cielo y cada vez menos de la tierra. Amable siempre y dulce en su trato, iba sin embargo perdiendo paulatinamente el afecto a lo externo hasta llegar a vivir en todo y por todo perfecta vida de comunidad como el mejor religioso.

Como todo aquel a quien Dios ama, tenía necesidad de superar las pruebas del dolor que valoriza y purifica el amor, y bien pronto empezó a sentir las, cuando el grave fardo de los años empezó a agobiarlo y consumirlo con una penosísima enfermedad. Fue entonces cuando quedó más de manifiesto, para la admiración de todos los que lo trataban, la fortaleza de su espíritu. Son éstos, rasgos del alma imposibles de ponderar ni apreciar en su justa medida. Son amargos calvarios de los que solo Dios es testigo perfecto. Acudo al testimonio personal de quienes alguna vez han sabido sufrir con ese penar hondo

y callado que es el más acepto al Señor.

Por eso, al inaugurarse el año de 1911 todos notan al pobre anciano, muy achacoso y desmejorado. Se le rodea de cuidados pero el mal avanza inexorable. Se le aconseja el cambio de clima, pero regresa pronto más desfallecido y doliente. Todo presagia el final. Con todo, el enfermo no se queja ni da muestras de impaciencia. Su modesta habitación se convierte en capilla en la que la celebración del santo sacrificio llena de consuelo el corazón del paciente. A comienzos de junio el sacramento de la extremaunción es un nuevo alivio para el pobre enfermo. Los asuntos temporales han sido arreglados y el alma está dispuesta al gran paso. Los parientes desean llevarlo consigo pero él sólo desea acabar bajo el amparo de María Auxiliadora y don Bosco en esa casa que le habla de tantas cosas. La bendición papal, a la que se agrega otra enviada por el señor Herrera Restrepo arzobispo de Bogotá, vienen a levantar más su espíritu y piensa que todo está dispuesto. Son más de setenta años bien vividos y ahora quiere mirar de frente el final.

El día 10 el director de la casa asiste a una escena impresionante. El enfermo ha hecho llamar a un buen número de sus parientes y en presencia de aquel, con voz débil pero segura van brotando de esos labios moribundos palabras admirables que penetran hasta el fondo de los ánimos. Toda la celestial sabiduría acumulada en tantos años de retiro cristaliza allí como un testamento espiritual de valores imprevistos. Al día siguiente, fiesta de la Santísima Trinidad, la devoción predilecta de don Lorenzo, con las últimas luces del atardecer, tan apacible y llena de nostalgia como ellas, declina y se apaga esta vida tan meritoria en su silencio y tan fecunda en su abnegación.

Felices de los pobres de espíritu porque suyo es el reino de los cielos! He aquí un secreto que no quiere conocer nuestro siglo! Renunciar a las posesiones de la materia sea por el voto del religioso que deja patria y afectos, prebendas y tesoros por entregarse del todo a sus hermanos, sea por el constante desprendimiento con que el que más tiene socorre al que menos tiene, son manifestaciones tales de efectivo amor a ese Dios hoy más desconocido que nunca, que para la generación actual resultan actitudes incomprensibles. Todos quisiéramos generosidad de parte de los demás en beneficio propio, pero tenemos miedo de mostrar generosidad de parte nuestra en beneficio de los demás. Por eso el mundo languidece desesperado.

Y sin embargo, la renuncia habrá de hacerse! De grado o por fuerza!

El rugido de la fiera humana, cada vez más bronco y amenazante nos hace presentir catástrofes que sólo puede conjurar la caridad entendida en sus más sublimes acepciones. La caridad que hace de cada cristiano un redentor! La caridad que llevó a Cristo al Calvario para hacer de él altar, sacerdote y víctima! La caridad evangélica, cuyo fuego es el único capaz de dominar los incendios del odio! La caridad que es ante todo justicia y total entrega!

Cuando se piensa en el final inexorable. Cuando nos miramos como simples pasajeros de este mundo, el desprendimiento nos parece razonable y fácil.

Porque pensamos en el ángel exterminador de la muerte que al hacinarnos en un montón de ruinas y cadáveres, se aleja sobre su pálido caballo triunfador llevándose para siempre nuestros despojos.

Francisco González Patiño.
Salesiano.

Concluida la solemne ceremonia religiosa, se pasó al patio de entrada del aspirantado, para proceder al descubrimiento de la lápida conmemorativa, cuya inscripción es como sigue:

PARA PERPETUA MEMORIA
DE QUIENES ECHARON LOS FUNDAMENTOS
DE ESTE SEMILLERO DE VOCACIONES
SALESIANAS EN COLOMBIA
DON LORENZO FONSECA
Y DOÑA CONCEPCION RICO DE FONSECA
Y LOS REVERENDOS PADRES
EVASIO Y SILVESTRE RABAGLIATI
LA COMUNIDAD SALESIANA
GRABA EN PIEDRA SUS NOMBRES
EN EL AÑO CINCUENTENARIO
DE LA FUNDACION DE ESTA CASA
MCMIII - MOSQUERA - MCMLIII

Hecho el descubrimiento por mano del Excelentísimo Señor Caicedo, el coadjutor salesiano Señor Luis José Del Real pronunció el siguiente discurso:

Galante e inmerecida invitación me ha traído aquí, en esta hora de gratas memoranzas. Labor onerosa al par que comprometedor se ha colocado sobre estos hombros, y osado parece haya aceptado venir de tan lejos para defraudar esperanzas y hacer que muchos ayes y muchos malhayas se escapen de labios de todos. Culpad al instrumento principal del descalabro, y arrojad las piedras contra vuestro ilustrado Director que insistió una y muchas veces en querer deslucir uno de los actos primeros con que conmemoráis este cincuentenario ilustre.

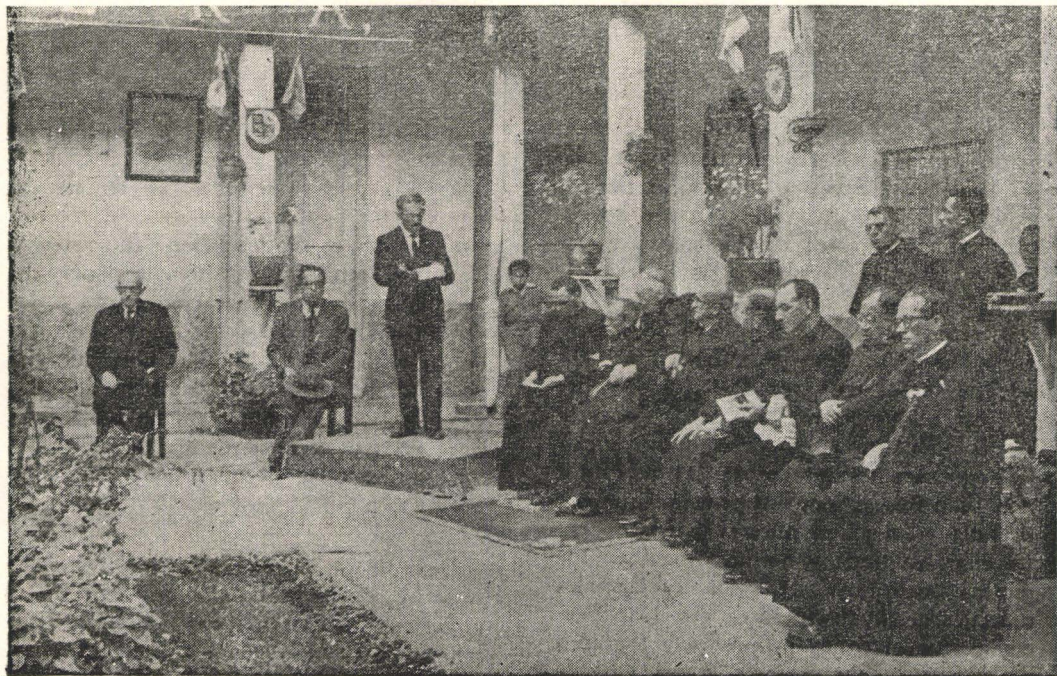
Cuán inescrutables son los designios del Omnipotente en sus obras y cómo va encañilando los acontecimientos para el logro de sus fines admirables.

Sobre arena, cabe la comparación, edifica soberbias catedrales, y de miserables criaturas forma conductores sagaces y diestros. Ahí tenéis un tartamudeante hebreo convertido en el brazo fuerte de Jehová marcando derroteros a Israel y perorando con énfasis la causa del pueblo escogido. A un débil esclavo de los palacios faraónicos en el descifrador de sueños, en el salvador de sus hermanos, en el almacenador de las riquezas egipcias.

De la diminuta casita de los Becchi, perdida allá en los Alpes, mirad qué de construcciones se han desprendido... se cuentan por cientos, por miles, y sus techos matizan de colores múltiples el universo. Oíd el canto armonioso que de ellas se eleva en acción de gracias a quien puso bases y sacó de tamaña pequeñez, esas

edificaciones robustas y esbeltas. Cuánta diferencia del modelo! Oscurecido queda el patrón, perdido en medio de ese bosque de rascacielos que lo hacen aparecer más diminuto, más pobre y humilde cuanto más glorioso.

nuncia que lo ha despojado de lo caduco; que a este hogar, debe su infancia religiosa, y ya sabéis que, como decía Dupanloup, "toda la vida del hombre está en la infancia, como todo el fruto del árbol en la flor". De aquí, de esta Becchi, han par-



Habla Don Luis del Real en el descubrimiento de la lápida.

Ya me comprendéis: este viejo casarón, lugar de veraneo familiar ha sido para nosotros aquí en Colombia, lo que la casita de los Becchi para la Congregación en el mundo entero. Nuestra Belén religiosa, la casita del Pan en esta Inspección. Arrojad una mirada al mapa nacional, y tropezaréis con veintitantos mojones demarcadores que señalan colegios, escuelas, talleres, asilos, parroquias, seminarios, leprocomios, orfanatos, granjas agrícolas en los que la casita de Mosquera tiene un cantor, un activo individuo que aquí dio los primeros pasos en seguimiento de Don Bosco; que aquí comenzó a deletrear en ese libro voluminoso de la ciencia; que aquí se ligó indisolublemente a Dios con la triple re-

tido caravanas múltiples a colgar sus nidos en otros lares y bajo otros cielos.

¡Cuántos frutos ubérrimos cosechados en cincuenta años de existencia! Y la tierra, lejos de agostarse se ha ido mostrando más feraz a medida que los años crecen y recibe cuidados y mimos.

Observad: un prelado allá en la lejana Venezuela, se empara para contemplar su hogar formador, y nos acompaña en esta hora de recuerdos pues guarda de Mosquera como Mosquera guarda de él memorias perfumadas que el tiempo no evapora, antes bien concentra y aquilata (1). ¡Cómo no, si en ellos se bebieron hieles y se libaron dulzores, y nada tan placentero añorar como los sitios donde las lá-

(1) El Excelentísimo Señor Francisco José Iturriza, obispo de Coro.

grimas se mezclaron con las risas si de allí arranca el actual bienestar! Y con el otros que allá también en colegios y escuelas, como en los bosques del Orinoco riegan la semilla que aquí en estas aulas almacenaron diligentes. Que nos lo digan los padres Ojeda y Rott, Alterio y Juan Pablo y muchos más....

Otra mitra emerge tanto más patente cuanto más intenta ocultarse que aquí también pasó sus años como jefe de disciplina y director, y a quien los estudios deben en parte máxima haberse encauzado por vías de estabilidad. Sabéis a quien me refiero.... Ahí lo tenéis.... callo cuanto debería decir; su presencia habla más y mejor que mis burdas y enrevesadas frases (2).

Por aquí pasó, no como meteoro de fugaz presencia, sino como astro de magnitud y luz permanente, pues estuvo de 1911 a 1922, dos lustros largos, el Rvmo. Padre D. José María Bertola, más tarde inspector en Colombia, a quien correspondió iniciar las edificaciones encargadas al coadjutor don Juan Buscaglione, las primeras que emprendía el viejo en nuestra patria, y entre ellas esa linda y hermosa capillita que guarda como joya de valor los despojos mortales de un discípulo de san Juan Bosco, al que el Santo pronosticara los años de su vivir: Don Antonio Aime. Para el Padre Bertola el recuerdo cariñoso en este momento de remembranzas agradecidas.

Todavía parece que transita cabizbajo, breviario en mano camino de la capilla, un pío sacerdote, cargado de espaldas; de baja estatura; magro; cetrino de tez; de carácter recio; alma de oro y corazón de niño que derramaba lágrimas ante las desgracias como un rapazuelo; pronto al perdón; que fustigaba con dureza la falta mas se rendía de inmediato ante la acusación sincera; merecedor del título de santo que los mortales otorgamos a quienes prodigan el bien. Ese varón, ya lo estáis nombrando, fue el padre Mauricio Arato que vivió en este Mosquera casi toda su permanencia en Colombia, con excepción de un lustro escaso pasado en Bogotá.... Había nacido para maestro de novicios, y ejerciendo

ese cargo lo alcanzó la muerte en dilatada ancianidad un diciembre de 1934 en el lejano Perú.

Paso por alto el recuerdo del P. César M. Cesari que impulsó la obra de la iglesia demolida y en cuya construcción por poco pierde la vida, como el nombre del padre Maximiliano Burger que, aguijada en mano, ancho sombrero de jipa, sotana remangada, conducía perezosa carreta tirada por bueyes con la piedra y la arena para la edificación del templo. Era todo un germano: incansable, tenaz, el cual, dejados los arreos carreteriles, se sentaba al armonio para acompañar con su robusta voz de tenor la Bendición Eucarística. Tiempos heroicos que conviene poner ante la vista de las generaciones que se levantan para hacerles ver que nada se pierde en el olvido. Que si la hoja que cae del árbol llevada por el viento se sepulta, va a dar vida a robusta encina o a lozana flor. Todavía se recuerda a quienes rindieron su jornada, porque, como canta el poeta:

*Dejaron su terrena vestidura
y ya lauro inmortal radia en sus frentes;
y aunque partieron para excelsa altura,
con nosotros están.... no están ausentes.*

INMORTALIDAD — I. E. Arciniegas.

Mas, ¿cómo no señalar de paso siquiera, a quien hará unos 38 años, herido por el mal que no perdona contraído en la *Semana Negra de Barcelona*, vino a morir aquí después de hacer reír y llorar en la escena, pues era todo un artista a fuer de español? Fue él quien acondicionó ese salón que ahí véis y en el que pasáis tantas horas felices, y olvidáis tantos sinsabores, y en el cual os ejercitáis para el púlpito y la cátedra.... Antonio González, bondadoso y simpático como pocos; guasón, festivo como unas castañuelas; tras un ensayo para la fiesta del Director, caía herido por la muerte que lo tomó apretando el santo crucifijo que dejó tinto en sangre la madrugada del 17 de marzo de 1915.

(2) El Excelentísimo Señor Julio Caicedo Téllez, obispo de Cali

Hora es de recordar, y por eso me váis a permitir evoque los nombres del Padre Medardo Charry, cuya memoria está fresca todavía en este ambiente, y el cual desde su llegada de Méjico no salió del reducido mundo de este hogar. ¡Cuánto le deben sus discípulos y sus dirigidos! Era un sabio, un santo, un excelente sacerdote, un gran salesiano.

Don Ricardo Aguilera, virtuoso levita que dejando las dignidades contra el querer de su prelado que quería retenerlo, se ligó a don Bosco y fue luz en la Comunidad en la que ocupó diversos cargos.

Y el otro, don Pachito Rodríguez, el que fue abogado titulado y ya proveyecto, después de ser en el mundo el ídolo de los salones por sus gracejos, pospuso cargos, abandonó el trato con los grandes y letrados y se ató a una Regla que practicaba con escrupulosidad pasmosa. Modesto, dejó nombre en su comunidad por su sencillez franciscana y su hermoso corazón plegable a servir al prójimo siempre que podía. Con ancho sombrero de jipijapa, esclavina desteñida ya, por lo que se le motejaba, se iba el bueno de don Pachito por esos campos sabaneros en busca de cooperación, o repartiendo el BOLETÍN SALESIANO, o ganando amigos, o ventilando pleitos, pues los códigos le sonrieron siempre. Finca raíz de esta casa se mejava el anciano hasta que el Padre Bertola lo llamó a Bogotá por allá en 1923 para encargarlo del oficio mismo que desempeñaba en Mosquera. ¡Cuánto bien haría una biografía del viejo Pacho, como le placía le llamaran superiores y alumnos, pues don Pachito, pese a sus grandes excentricidades, fue un gran religioso, un salesiano cabal! Sin él y el señor Rojitas, para quienes vivimos por años en el León XIII, el colegio es caja vacía sin resonancias. Excusad.

En 1909 llegábamos entumecidos de frío, a este rincón sabanero desde las cálidas tierras que baña el mar y el Magdalena besa y refresca. Encabezaba la comitiva el P. Ernesto Briata, fundador de la parroquia de San Roque; el Padre Emilio Rico,

tonsurado entonces; el Padre Alejandro Garbari, capellán del leprocomio de Contratación, alma blanca; de porte señorial; gran caballero y eximio sacerdote; bondadoso y sufrido, por algunos años huésped de este colegio, y el señor Nicolás Cremona, sencillo como un ave, sin doblez, ajeno a la malicia y a quien la muerte le salió al encuentro ese año mismo. Venía enfermo.

Ahí estaba el comedor que nos brindó refrigerio, y donde está el portón que da a la plaza, existía una clase. Allí tuve mi primer encuentro con un joven sacerdote que el año anterior había visto en Barranquilla en viaje para su ciudad natal. —Usted, le dije, fue el que nos hizo una Bendición en San Roque. — Les hizo, replicó él recalcando el verbo por mí tan pésimamente empleado. . . . Era él, el mismo a quien había contemplado sin tonsura y de riguroso negro a la usanza estadinense. ¡Quién había de pronosticar que 34 años más tarde, allá mismo, en aquella iglesita, vestiría sus arreos pontificales para bendecir la sede primera de sus cuidados de pastor que aún lo añora cargada de cariño!

Conocí entonces al donador de esta mansión que habitaba la parte de ese tramo que da a la plaza. Alto, blanco de tez, robusto, no había perdido con los años el porte señorial del santaferño de cepa, arrebujaado en grueso bayetón, llevando vida salesiana en el hogar que siguió siendo suyo. . . .

Ya la rica mansión había cambiado algo del aspecto primitivo en seis años de traspaso. Era natural: albergue de una familia escasa, matrimonio sin prole, para una familia religiosa necesitaba transformaciones. En el patio de María Auxiliadora había una amplia casita pajiza, y, fronteriza a ella los antiguos locales del telégrafo al cuidado de las señoritas Abondanos. La capilla, locales acondicionados, en el sitio mismo de la actual, acariciada por un pino corpulento que se mecía a impulsos de la brisa, como rindiendo pleitesía al Dueño Eucarístico allí oculto.

Jamás, supongo, pudo imaginar doña

Conchita Rico de Fonseca que su familia adoptiva crecería en proporción tan pasmosa, y pudiera propagar renuevos tan fértiles que cubrieran el suelo patrio.

La mencionada señora, al morir, dueña de este solar, lo dejó al esposo con la condición de que a su vez lo donara a una institución piadosa. La Providencia interpuso al Padre Silvestre Rabagliati, el plasmador de las vocaciones nacionales para que pasara a la Congregación y sirviera de noviciado, carente de árbol donde construir su nido. Y fue noviciado por varios años. Aquí al abrigo de esos nombres que restarán indelebiles en el corazón más que en el mármol consagradorio, se levantaron las nuevas generaciones salesianas que han aumentado con vertiginosa rapidez, y de aquí han emigrado los fundadores de las otras casas que componen la ya respetable Inspectoría de San Pedro Claver.

¡Qué pródigo ha sido el Señor con los dos generosos donantes! Si su solar hubiera quedado en manos de su familia, Mosquera sería una de tantas poblaciones sabaneras más o menos conocida. En poder de la Congregación, traspasó los lindes nacionales y su nombre se pronuncia con cariño en otras zonas y en otras lenguas. Y los nombres de don Lorenzo Fonseca y doña Conchita Rico de Fonseca son para todo salesiano que pisa esta casa solariega, algo así como el de dos hermanos en el Señor. Por eso hemos venido en peregrinación de gratitud a traer la flor de la siempreviva a quienes fueron causa de que tantos religiosos sean actualmente sacerdotes y educadores; de que tantos jóvenes se acojan bajo las banderas bosconianas; de que tantas mentes se inicien en el saber; de que tantos corazones bendigan al Eterno y le hagan conocer y le atraigan servidores, y sean portaestandartes de bien, de cultura, de patriotismo.... ¡Matrimonio ideal, de cuántos beneficios ha sido fuente!.... ¡Cómo exultarán los dos buenos conyuges en las regiones de los vivientes contemplando este sencillito pero significativo festival de reverencia a su memoria!

Pero no: no han fenecido. Viven en el

recuerdo agradecido de sus beneficiados y vivirán en esa losa recordatoria como viven en el seno del Creador. Bien podemos repetir con el poeta mencionado ya:

*A nuestro lado van. Son luz y egida
de nuestros pasos débiles e inciertos.
No hay muerte.... todo alienta, todo es
[vida,
y los muertos queridos no están muertos.*
INMORTALIDAD — I. E. Arciniegas.

Reparad: voy a terminar por donde hubiera debido empezar, por la fundación de esta casa noviciado-aspirantado, trayendo los nombres de los primeros religiosos que pisaron estas losas sagradas todavía con las huellas de sus plantas evangelizadoras, dignas de veneración, como lo anota la escritura santa. Si parece percibirse las siluetas de aquellos a los que conocimos deambular por patios y corredores o entretenerse en la huerta cultivando hortalizas o arrancando de la tosca piedra la imagen de la Auxiliadora que sonríe a pesar de su ruda expresión y burda factura. Así y todo presidió por años recreos y diversiones y recibió ofrendas de veneración y amor.

Ese que se pasea nervioso con inquietud desconcertante, sumido en meditación como si a todas horas estuviera estudiando, es don Rodolfo Fierro Torres, recién ordenado, soñando con escribir; ya está delineando sus novelitas; ya ha entrado a trasegar por los amenos "Campos Sociológicos", y entrevé su próximo viaje al Viejo Continente en busca de conocimientos mayores; ha sido nombrado Consejero de estudios del reducido grupo que se guarece a la sombra del nuevo hogar salesiano. Vosotros todos lo conocisteis hace poco.... Es el mismo de ahora cincuenta años, con más experiencia, andar más reposado, pero el mismo de fisonomía, idéntico gracejo e igual bondad.... si parece que los años no hagan mella en su persona. Aquí empezó sus escarceos literarios, y se dio a la poesía, y desplegó sus alas anheloso de remontar muy alto, pero siempre en pos del ideal salesiano, con ansias de descubrir nuevos horizontes,

de adentrarse más y mejor en el espíritu del Fundador para luego darlo a beber a raudales a sus alumnos y en sus numerosos escritos. Las perspectivas mismas que admiramos le sirvieron para sus inspiraciones primeras; esta fue su cuna intelectual como lo ha sido de otros tantos.

El otro, el prefecto, es un bogotanita descendiente de hidalgas familias santafereñas que dejaron nombre en la historia por sus hechos en pro de la independencia; que manejaron la pluma y la espada y con ambas dieron lustre a la nación. Sin embargo, el joven levita ni por entendido se da de ello. Su pasión única es seguir las huellas del santo Fundador pobre y humilde. Su anhelo, darse a la misión sacerdotal, y todo lo deja sin importársele una higa cuanto digan en contrario. Se abrazó a la cruz, vistió la sotana religiosa y fue *salesiano*. ¿A qué más gloria? Ese título sólo le bastaba para llamarse grande y serlo de veras.

La primera misión del Padre Jorge Herrán Caicedo, fue la prefectura de esta cásita, incipiente en aquella ocasión. Poquísimos caudales habría para administrar, y cuán reducida caja, si no exhausta, la que se abriría ante la vista del novel sacerdote, gozoso al verse pobre, como pobre lo fue su padre Don Bosco.

Muchos de vosotros, si no todos, lo recordáis.... Se constituyó en el confesor de Bogotá, en el confesor doquiera iba, y confesando agotó su existencia. "Anhelé —comunicaba al que os habla en una de sus últimas entrevistas antes de morir— anhelé estudiar idiomas, lo que me fascinaba; viajar al exterior.... pero, una vez ordenado, me di al ministerio y olvidé todo lo demás".... Feliz olvido, podemos repetir, que lo hizo peregrinar en pos de almas a quienes consolar, repartiendo la gracia. Desde el 27 de octubre de 1950 espera en el camposanto de su ciudad natal, la voz del arcángel que lo despierte al juicio definitivo.

Callemos los nombres de ese número no pequeño de religiosos ocultos empeñados como la abeja en fabricar su colmena en

plena oscuridad, satisfechos de brindar miel escogida a todos sin reservar nada para sí propios, cada uno de los cuales podría repetirnos:

*Yo he sido rey, oh hermano,
en mi pequeño rincón;
reyes los que viven son
del trabajo de su mano;
rey es quien con pecho sano
descansa sin ver al rey
obedeciendo su ley.*

Ordoño de León.

Superiores; hermanos; amigos: ¡qué de omisiones en este recuento! ¡Cuántos nombres olvidados de cooperadores generosos de la primera hora, y de seguidores fieles del santo Fundador! Mas, si los hemos callado por olvido, por brevedad; si esa lápida que acabáis de descubrir es reducida para contenerlos a todos, escritos quedan en el Corazón de Cristo quien no deja sin recompensa ni un suspiro leve ofrecido por su amor. ¡Cómo habrá recompensado él a quienes coadyuvaron a sostener esta casa, educadora de los salesianos que trabajan en esta Inspectoría! Cuando paséis ante esa losa —ara de reconocimiento de una Sociedad Religiosa que no olvida nunca— leed entre renglones los nombres de los benefactores y salesianos que si ahí no figuran, sí fulgen con luz esplendente en las regiones eternas. Deteneos un momento, si podéis, y escuchad sus voces:

*Son ellos.... Y aunque circuya
luz eterna a sus almas donde moran,
en el placer nuestra alegría es suya,
y en el dolor con nuestro llanto lloran.*

INMORTALIDAD — I. E. Arciniegas.

He concluido.

Luis J. Del Real
Salesiano.

Medellín, 31 de julio de 1953.



Novicios del año cincuentenario. — 1953.

El acto de la tarde, con sobria elegancia, resultó grandioso y artístico. Durante ella hablaron, ante todo, el Reverendísimo Padre Inspector, quien hizo uso de la palabra en la siguiente forma:

Excelentísimos Señores Obispos,
Excelentísimo Señor Embajador de Italia,
Reverendísimos Padres,
Señoras,
Señores:

Es para mí una satisfacción muy viva dirigir, ante todo, nuestro saludo, que es también sincera gratitud, a los Excelentísimos Señores Obispos, Monseñor Julio Caicedo y Monseñor Luis A. Díaz, quienes dejaron sus múltiples ocupaciones para honrarnos con su presencia.

Asimismo lleguen las gracias más sentidas de todos los Salesianos presentes y ausentes al Excelentísimo Señor Embajador de Italia, Doctor Pascual Natali y a su dignísima Señora, que con tanta bondad se dignaron aceptar nuestra humilde invitación.

En seguida después, en circunstancia tan solemne, no sólo para la Casa de Formación de Mosquera, sino también para todos los Salesianos de Colombia, nuestro espíritu con todas sus facultades, nuestro corazón con todos sus afectos, suban al trono de Dios con el más profundo agradecimiento.

La celebración de las Bodas de Oro de esta Casa de Formación, significa un cúmulo de gracias y de favores divinos que no podemos enumerar.

En este Instituto cultivaron su inteligencia y educaron su corazón centenares de sacerdotes y centenares de coadjutores, quienes con su espíritu de piedad, con su inmenso amor al

trabajo, con sus sacrificios no raramente heroicos, con su delicada caridad, dejaron en nuestros Oratorios Festivos, en nuestras Escuelas de Artes y Oficios y de Agricultura, en los Hospicios, en los Colegios, en los Lazaretos, una chispa de la Bondad y de la Belleza del Corazón de Jesús.

Sus nombres están escritos con caracteres de oro en la historia de nuestra Inspectoría, y, lo que más importa, en el libro de la eterna vida.

Ojalá que pronto se escriban breves biografías de estos Salesianos tan beneméritos, y que sus ejemplos, en la práctica de las virtudes cristianas y religiosas, produzcan, en nuestra juventud, abundantes frutos de santidad.

Es también muy justo recordar, en esta fecha tan memorable, a los Rev. Señores Inspectores P. Evasio Rabagliatti, P. Antonio Aime, P. Jacinto Bassignana, P. José Bertola, que, en todo momento, demostraron su ardiente amor a San Juan Bosco con la observancia de la santa Regla, con la práctica del Sistema Preventivo y con un sincero afecto a las Tradiciones Salesianas.

Bendita sea su memoria y bendita sea la memoria de San Juan Bosco y del Venerable D. Rúa, quienes supieron edificar en roca muy firme enviando a las Repúblicas americanas Superiores que resultaron verdaderos apóstoles.

Pero, más aún se cante el himno de gloria y de triunfo a esa Religión que, en todas partes, donde planta su cruz, hace brotar, crecer y desarrollar

a los héroes de la más sublime caridad.

Termino deseando vivamente que estos solemnes festejos, ya iniciados,

Luego, el reverendo Padre Roberto Pardo Murcia, a quien por derecho correspondía hablar, como testigo y actor de aquellos tiempos de la fundación, pronunció una aplaudidísima oración académica, cuyo texto es:

Un veinte de enero, de mil novecientos tres, se abrían las puertas de esta casa a un grupo afortunado de aspirantes, novicios, clérigos, que con sus superiores venían del Colegio de León XIII de Bogotá, y con quienes se iniciaba jubilosamente una nueva era y más propicia, para la vida de perfección religiosa salesiana. Todo era juventud. El Director, Don Silvestre Rabagliati, creador y formador de los primeros salesianos de Colombia, y a quien en un todo se debía para la Congregación, la valiosa adquisición de esta casa, apenas pasaba los treinta años: el Padre Jorge Herrán, Prefecto, el Padre Rodolfo Fierro, Catequista y Consejero, con el perfume de la unción sacerdotal aún en sus manos; de veintiséis años el primero y no aun cumplidos los veinticuatro el segundo.

Fue aquello en un atardecer de serena grandeza, como los solemos contemplar en los majestuosos ocasos del sol, en nuestra magnífica sabana: Al frente y en la lejanía, nubes que se tiñen de rojo; las cumbres de las no muy distantes colinas, ardían como altares encendidos, la tranquilidad y la paz de las dehesas, a la vez que imponían olvido a las miserias y turbulencias del mundo, nos hablaban de inmarcesibles cielos que no pasan, ni mueren.

No ha tenido ni tendrá la población de Mosquera, momento más trascendental y cargado de fuerza latente y misteriosa que aquel, en que llegaban a sus lares, los obreros evangélicos, los educadores de Don Bosco, los que iban a transformarla en seminario de apóstoles y de sencillo e incipiente pueblo, la "Cuatro Esquinas" de otrora, en la salesiana Jerusalén de Colombia.

Y a fe que sus habitantes lo supieron

tengan el mejor de los éxitos, y sea todo para la mayor gloria de Dios y la santificación de las almas.

apreciar ya desde ese instante. Mientras la locomotora veloz daba su último silbido y las campanas de lo que entonces hacía de capilla, casi se rompían enloquecidas de contento y detonaciones vibraban en el aire, adelantándose de entre la multitud, presentaban su saludo cordial y efusivo, los dueños de haciendas y señores principales de la población. Los Vargas, siempre tan generosos e hidalgos, los Rochas, los Sayers, los Wills, el muy activo alcalde don Pedro Bernal, los Beltranes, los Ricos, los Jiménez, se me pasan nombres. En representación de todas las señoras, Doña Dolores Groot de Rico, de familia patricia, interesada como de cosa propia en la donación de esta casa, y con sus niños que aplaudían y vitoreaban y que no podían faltar en esa hora, la maestra de escuela en ese entonces, y siempre activa y amante propagandista de las obras salesianas, Doña Sergia Morales de Olaya.

Y entramos. En el gran portalón, la figura patriarcal y procera de Don Lorenzo Fonseca: los cabellos emblanquecidos, rasurado el mentón, sombreándole las mejillas, las abultadas patillas de nuestros viejos militares; la ruana terciada al hombro, su bastón en la mano y bajo el brazo. Con la satisfacción de una alta obra cumplida, aunque para ello hubiese debido menospreciar inconvenientes arduos, se desprendía feliz de su heredad, y la entregaba a los nuevos habitantes de ella, sin ningún derecho a nada, en toda su integridad, como el religioso que al hacer sus votos al Señor, se desprende de cuanto posee y entrega no sólo los frutos sino el árbol de su vida, con todas las raíces. El se convertía en nuestro huésped, y pedía sólo se le die-

se una habitación para en ella vivir, mientras Dios lo llamase en su bondad. Y con nosotros vivió y entre nosotros murió. La ancianidad tiene siempre algo de misterioso y venerable: sobre ella se refleja

Nuestro insigne donador había sido también soldado de Don Julio Arboleda, de aquel trágico militar y épico cantor, caído como Sucre en las montañas de Bermeque y en cuyos actos, al decir de sus



*El Padre Pardo pronuncia su discurso
en la academia conmemorativa*

el resplandor de una aurora que avanza y sin ocasos. Por ello, en aquella tarde, la figura de Don Lorenzo quedó imborrable en la retina de mis ojos y del alma.

biógrafos, se veían rasgos del Libertador. La casona que se entregaba, uno de los bellos modelos de las haciendas de esta altiplanicie, construida por uno de los terra-

tenientes más acaudalados de la Sabana, Don Ciriaco Rico, había sido inaugurada con suntuoso baile al gran General y Presidente Tomás Cipriano de Mosquera. Se conjugaban pues en esta mansión, los nombres de los dos grandes caudillos rivales en la historia de nuestros partidos políticos. Es que debían ser sus definitivos habitantes y formarse aquí, los que ni en parte ni en nación alguna, cuando se trata de hacer el bien, nos fijamos en los colores parciales del cielo, sino en la pureza del blanco que los encierra a todos; los que según el dulce mandato de Don Bosco, venido a la vida activa en época de difícil situación y ardua lucha social en Italia, fuimos enseñados, a no tener más política que la de Aquél que en los cielos está, a quien todos llamamos Padre Nuestro, y hace caer beneficosa lluvia sobre justos y sobre pecadores.

Como dueño y Señor de nuestra casa, sobre el altar eucarístico, colocábamos la imagen del Corazón de Jesús. Este mismo cuadro que está hoy en sitio de honor, huésped en casa propia y el más amado fundador y compañero en todo momento de nuestros noviciados. Parecíanos tener sus ojos una expresión a la vez que de pesar también del más hondo consuelo. La República en fratricida lucha, de mil días, se había dirigido a El, como única esperanza y había sido oída. A El se había consagrado oficialmente con voto y con ley, segunda en el ejemplo que a las naciones del mundo diera el Presidente mártir del Ecuador, García Moreno; para ir siempre por los caminos de la paz y de la gloria, habíamos puesto en sus manos el tricolor emblema. Va pues la fundación del Instituto al compás de una época de paz, en día feliz surgida para la República, y desde entonces nunca interrumpida, salvada sí, qué de ocasiones, por el mismo Jesús y no por otro, de torrente avasallador que la llevaba a sepultarla en el abismo.

Oh Jesús, luz y verbo en el camino de Pablo, fuego y sangre en la cueva de Francisco, amor y sufrimiento hasta el delirio en la celda de Teresita del Niño Jesús: tus ojos están hinchados y tristes,

porque has llorado mucho; quieres hablarnos, pero más bien guardas silencio: qué de historias tristes sabes, pero oye, *in visceribus*, en sus entrañas muchos guardaron su ley: almas inmaculadas como la de Gonzaga se arrodillaron ante su altar y no recibieron en sus corazones otro nombre más que el tuyo.

Yo Señor, en mi debilidad, me atrevo también a amarte y alego en mi favor que aquí montando guardia ante tu presencia, durante cincuenta años, y sin faltar un solo día en mi lealtad y en mi amor, tengo la dicha y satisfacción de decir que en este Noviciado de Mosquera, fui el primero en recibir el santo hábito del religioso salesiano. Tantos recuerdos se congelan en mi lengua, porque las emociones como las penas aman el callar. Era un adolescente que no cumplía aún los dieciséis años. Para esa iniciación sagrada, había sido recibido por el Visitador Santo y que dejó en toda la América, estela luminosa, Don Pablo Albera. Y me dio el espaldarazo y me cubrió de la librea de caballero del Señor, Monseñor Ismael Perdomo. Iba en viaje para Roma, para recibir allí la consagración episcopal que lo ponía al frente de la diócesis de Ibagué, recientemente establecida; era el obispo más joven del mundo; cumplía apenas los treintaidos años de edad. En el Colegio Pío Latino americano, en la Ciudad Eterna, inaugura él la serie augusta de Prelados, pasados por aquellas aulas. Al salir de la ceremonia, me dijo con acento de experimentada amonestación y señalándome el negro hábito: "Luto al mundo". En su bondad, jamás él me olvidó y me dio muestras de señalado cariño. En su lecho de muerte, ya al final, inaccesible para casi todos, me recibió y me bendijo cuando el que habla, se dirigía a Roma en la delicada empresa de reunir allí, cabe el Pontífice la asamblea de los educadores católicos de las Américas. Fue una bendición del cielo. Pocos días después, el Vaticano anunciaba su muerte. Este al tratarse de santos no habla sino *ex cathedra*. Yo *ex corde*, desde aquel momento y siempre, con la seguridad de ser oído, oro con confianza: "Santo Arzobispo

Perdomo, ruega por tu novicio amado”.

Pero me engolfo en recuerdos, el turbión de ellos me envuelve, y temo no salir a flote. Una rápida mención de los que fueron superiores de esta bendita casa, nos sirva de hilo conductor. Su primer Director y Maestro de novicios, el Padre Silvestre: hermano era del padre Evasio Rabagliati, fundador de la obra salesiana en Colombia, y en el año del novecientos tres, todavía Inspector. No pretendamos hacer memoria de él, que ello exige voluminosos capítulos de historia, o mejor, vibrantes cantos de epopeya. El era la obra encarnada que al salir al exterior, no retornaba vacía: no era sólo llamarada que abrasa, sino saeta disparada por brazo robusto, que atravesaba pechos de presidentes de República o corazones de arzobispos ilustres, listos para secundarlo en sus proezas redentoras y santas; su verbo encendido, enseñado no tanto por la ciencia cuanto por la conciencia, no por la erudición sino por la unción, arrastraba al pecador empedernido a los pies del confesor, o inflamaba en el ardor religioso, y en lo que vale más, en el genuino y tradicional espíritu de Don Bosco, a las huestes propias suyas, sus hijos, y que la Providencia le confiaba. En bien de los leprosos, qué hubieran sido sin él durante la guerra nuestros lazaretos? con el entusiasmo de Pedro el ermitaño, llamaba a todos a una cruzada salvadora. Hipnotizados, todos lo seguían: organizaba con ese fin bazares, en que las hidalgas familias santafereñas, se desprendían de artísticos y coloniales cuadros: resplandecientes anillos nupciales se convertían en cordial que refrescaba las amarguras del enfermo; el general Próspero Pinzón regalaba con igual fin, la mula negra, alta, cabalgando en la cual, había dado la última carga triunfadora en la batalla de Palonegro. Contagiado de igual fervor, Don Lorenzo Fonseca, y en ello secundando también los deseos de la que había sido su esposa, la noble matrona Doña Concepción Rico de Fonseca, ofrecía la casa solariega, para bien de los lazaretos. Fue entonces cuando el Padre Silvestre dijo a su hermano: “Pero Padre Inspector,

obtenga de Don Lorenzo que regale su casa más bien para el Noviciado. De ahí saldrán indefinidamente apóstoles para los leprosos, para las misiones, los colegios, los oratorios festivos, las granjas agrícolas”. Le pareció bien la propuesta al Padre Inspector y la llevó a Don Lorenzo. “Cómo exclamó éste aceptándola conmovido. El Señor cree digna de honor tan grande, mi pobre morada? Cuándo imaginarme yo tal dignación!”

Ido el Padre Silvestre para más no volver a nuestra Patria, tomó las riendas de esta casa, el Padre Rodolfo Fierro, frizando apenas en los veinticinco años. Joven ardoroso, emprendedor, de altos ideales, amante del estudio, sostuvo un incipiente y simpático colegio que sirvió de palestra a los que aun éramos novicios y estudiantes de primer año de filosofía: De ahí salió un buen número que como los ingenieros Diego Tobar Borda, Carlos Velandia y el Coronel Manuel Tobar son honra y prez de la Nación. Alma de este Colegio, fue el clérigo Luis Salvador Romero. Como el amado de los dioses murió tempranamente y descansa allí, bajo el pavimento de nuestro templo parroquial. Era poeta, músico, pintor, teólogo, escritor. Todo lo poseía menos su salud corporal. El peso de la Inspectoría había podido gravitar sobre sus hombros. Era al igual de nuestros árboles tropicales que adornados aún de flores primaverales, caen sus ramas al peso de maduros frutos.

El Padre Fierro, el caballero siempre comprensivo y delicado, dejó los lares patrios donde tanta falta hizo y tanto bien hubiera podido realizar. Las miras de la Providencia son distintas de las de los hombres. En Italia, España, Venezuela sostuvo y ha sostenido brillantemente nuestro nombre, con su decir elocuente, su áurea pluma y el acervo de su ciencia pedagógica. Como una cosa que parecía para él un sueño, pero era para todos una justa realidad, fue recibido en septiembre del pasado año en Bogotá, como académico de la lengua y sobre su pecho fue colocada la gloriosa Cruz de Boyacá.

Y ábrese ahora si se quiere, una etapa

de más fuerza constructiva para el noviciado, cosa natural pues en las sociedades y entidades morales, el avance de los años, debe significar siempre un paso hacia adelante.

Ya desde fines del novecientos tres había arribado a nuestras playas en reemplazo de Don Rabagliati para que éste se pudiera entregar más de lleno a su gran misión, nuestro segundo Inspector, el recordado Don Antonio Aime. Venía de Barcelona de España. "No se imaginan, escribían los Superiores Mayores al anunciar su nombramiento, el inmenso sacrificio que hacemos al despedirnos de él". Los que lo conocieron saben de su caridad y de su amor. Había bebido cabe el torrente de Don Bosco durante no pocos años y en su juventud sacerdotal, y por eso de él también se dijo que tenía un corazón tan ancho como la arena que sirve de lindero a los mares. Sus funerales fueron una ovación espontánea de veneración y de amor, especie de canonización popular, con muy pocos antecedentes en la historia de nuestro país, escribió quien se gloriaba siempre de su amistad, Monseñor Carrasquilla. Sus restos, como los de ángel tutelar y eucarístico, reposan cabe el comulgatorio de la capilla de esta afortunada casa.

Consciente de la sagrada obligación que según nuestras constituciones compete al Inspector, la vigilancia y cuidado de las casas de formación, cómo se esmeró en poner al frente de ellas, hombres de alto ejemplo de santidad y actividad salesiana. Ahí Don Mauricio Arato: formaba bello contraste su ascetismo perfecto con el salero español que adquirió en Andalucía y que era cuando la formación religiosa lo exigía, sonrisa aplastante a la vanidad y al orgullo. Horas enteras, lleno de celo y sin cansar, solía hablar de nuestro Fundador, incitando a la imitación de sus virtudes; era su castidad, virginal, y como la de Don Bosco, tomaba en ocasiones el matiz de áspera y salvaje. En sus facciones y recogimiento había mucho del semblante austero del venerable Miguel Rua, y en lo que se refiere al espíritu de trabajo y virtud de la pobreza, su perfecto imi-

tador. Cuando a fines del novecientos cuatro, como regalo preciado de los superiores a esta Inspectoría, de la dirección de la interesante casa de Sevilla, en España, fue enviado a Colombia, se nos presenta, como quería Cristo a los heraldos evangélicos, *sine pera, sine calceamento*, sin dos túnicas un sencillo reloj de bolsillo y el breviario, era todo su bagaje. Cuando se retiró de entre nosotros, porque destinado había sido a las tierras del Sur, en una gaceta, envolvió una indispensable prenda de vestir y dijo adiós. Bienaventurados los pobres! De ellos es el reino de los cielos.

Después el P. César. Esbelto joven, nativo de la Romaña, tierra dominadora y ardiente; en el colegio de Faenza, compañero había sido de Mussolini; llena y armoniosa su voz de barítono, hubiera sobresalido en cualquiera de las academias artísticas de Europa. Mas huyó siempre la música profana. Las armonías gregorianas, tenían en su garganta ondulación especial y comenzó Bogotá a apreciar lo que vale en nuestros templos, la música de Dios. Las melodías de Cagliero, de De Vecchi y Mercadante, daban paso según el querer de Pío X, a las de Pagella, Palestrina y Perosi. Fue el Padre César en este Aspirantado, la encarnación del trabajo emprendedor y activo; comenzaron a derruirse viejas paredes y a transformarse en moradas de Dios lo que eran graneros. La población ya no tuvo como iglesia, la pequeña casa que aun existe al costado occidental de la plaza: se erigió con esfuerzos mil, el primer templo que consagró Mosquera a María Auxiliadora. Cuánto estimó esta población agradecida al Padre César, lo demuestra la recepción que en coche descubierto y contra su voluntad se le hizo, cuando un día retornaba de Bogotá a su amado Mosquera, salvado ya y curado del mortal golpe recibido en la cabeza y en la frente, cuando desde los embovedados donde observaba los trabajos, vínose al suelo.

Y cómo no mencionar al que era su brazo derecho, y después en Ibagué, en Agua de Dios, en Contratación, el pecho siempre afuera, fue el constructor de tem-

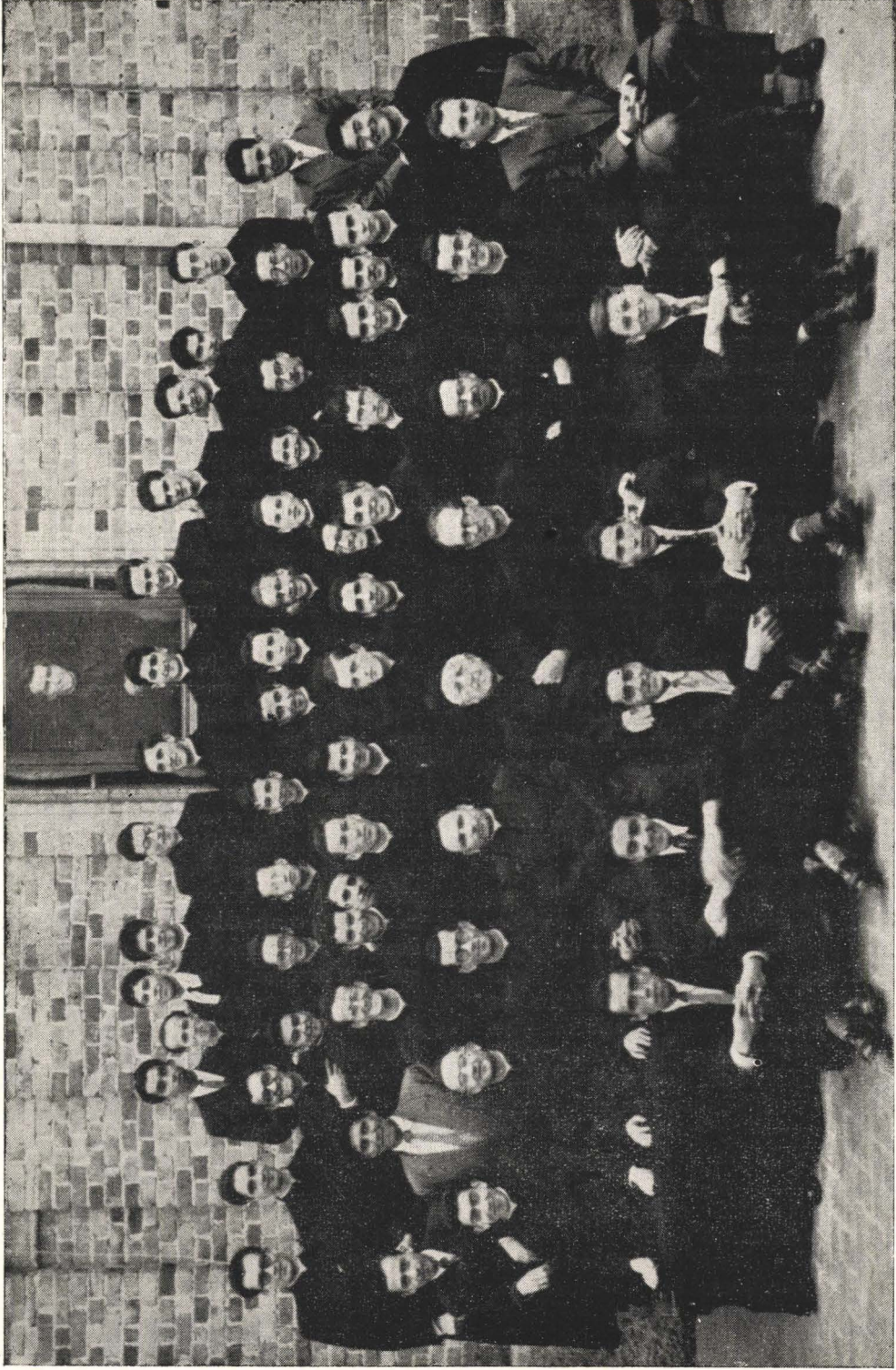
plos, el levantador de carreteras, el heraldo de la altura y del adelanto cristiano? el Padre Maximiliano Burger. Tudesco, de ojos azules pálidos y cabellos rubios, te veo manejar yuntas de bueyes, acarrear las piedras y levantar las vigas. Oigo tus silbidos y cantares de boyero. La sinfonía celestial empezada por estos constructores y conservándose el siempre mismo *life motiv*, la continuó otro sacerdote, hijo también de la Germania, que renovando los prodigios del taumaturgo turinés, y empezando sin centavos erigió en muy pocos años a nuestra Reina y Madre Auxiliadora, ese templo, el más bello de la Sabana, sus torres siempre en vela aunque sus hijos duerman, y en donde año por año, se tienden nuestros jóvenes levitas, para recibir junto con la gracia del Espíritu Santo, la unción del sacerdocio eterno. Grandes señores, he nombrado al Reverendo Padre Miguel Müller. Para él más que la estatua de bronce, *aere perennius*, las inmaculadas y santas costumbres, la religión cristiana de un pueblo agradecido y culto.

Padre Aguilera Ricardo, benemérito religioso, compañero mío en el Noviciado, venido a la Congregación ya sacerdote, de prácticos y preciosos conocimientos normalistas, predicador enjundioso y correcto, que huíste de prebendas y dignidades eclesiásticas que te ofrecía tu Diócesis! Eras el maestro de Ascética y sabías del inquietante ascenso en la perfección religiosa. Y contigo, aquella teoría de sacerdotes venerables, venidos de la Diócesis de Tunja! Padres Moreno, de ortodoxa intransigencia, Gama, de singulares dotes de economista a la vez que de rigidez franciscana, Báez que anciano, pasaba horas enteras de rodillas, ante la portezuela del tabernáculo! Y una pregunta. Por qué aquellos sacerdotes que parecía, por su continente austero y recogido, hubiesen debido, para su mayor perfección en la vida espiritual, escoger más bien un monasterio u alguna otra congregación de mayor rigidez, dirigieron sus pisadas hacia las moradas de don Bosco? Comprendieron el verdadero significado de la santidad. La

unión con Dios. Y esta la hallaron y practicaron viva y pujante en la ejemplar vida de nuestro Fundador. Para éste el orar y pensar en Dios era una cosa tan natural y necesaria como el respirar.

Y ahora un nombre que desde algunos instantes, estoy seguro, asoma a vuestros labios. José María Bertola, que permaneciste entre nosotros, cuarenta años, que al despedirte de este Noviciado, no tuviste más palabra que tus lágrimas, mientras otras más quemantes caían como gotas de plomo sobre tu corazón! Fue él, el segundo fundador de este Noviciado y con esta frase, lo quiero decir todo. Fundiánse en él, lo nuevo y lo viejo, el desarrollarse y la santa novedad de una Congregación que avanzaba y reverdecía en sus ramas con nueva vida, pero firmes las raíces de su incorruptible tronco, hasta las entrañas de la tierra. Fue en todas partes, a la vez que un rehacerse en vida intelectual salesiana, un despertar de actividad constructora, y el levantar planos y agitarse de un ingeniero artístico, muy digno de ser recordado en esta fausta solemnidad. El coadjutor salesiano, Juan Buscaglione. Data de aquel tiempo nuestra preciosa capilla, testigo mudo de hostias vivas que se inmolan por Cristo, como receptor también de adioses, de los que tristes en momentos del cual pendía una eternidad, no tuvieron valor y se alejaron del cielo.

Quién, Padre Bertola, fue tu compañero de acción, el David podemos decir con propiedad, que atesoraba recursos, y traía maderas y contrataba artistas para la edificación del templo? Ese hermano solícito que nos preparaba la mesa y la cubría de blanco pan y generoso vino? Vibra mi voz al pronunciar tu nombre, antiguo compañero mío, pero tú siempre anciano en tu prudencia, en tu virtud y en tu saber. El Padre Egidio Savio! El supo adquirir las amplias posesiones, cuyo inmenso espacio vital, es solución sencilla al creciente y afortunado desarrollo de nuestra congregación aquí en Colombia. Néstor y previsor atento de nuestros Consejos inspectoriales, decías siempre la palabra afortunada. Inválido hoy, viviendo el martirio,



Personal en formación y superiores del año cincuentenario – 1953

eres con todo sin desmayar, fanal que alumbra al joven caminante, y a quien le gritas y le lloras cuando peligros hay.

Y al hablar de progresos, aquí también un nombre, y más que un nombre, un hombre y un varón. El Reverendo Padre Juan Soleri. Inspector era de Colombia el Reverendo Padre Jacinto Bassignana y al mismo tiempo, Director de Mosquera, cuando enviados fueron hijos de Colombia a las misiones de Oriente y en escasez de personal estaba la Inspectoría. Cuando se dice Bassignana, excelentísimos señores, amados salesianos, se habla de un cumplido caballero, de un gran colombiano venido de Italia a los veintinueve años, sin haber querido dejarnos jamás, qué honda huella dejó en el León XIII, nuestra casa Madre y madre que nutría este Noviciado, convirtiendo aquel colegio en otro par del Oratorio de Valdocco; noble señor que si tenía la grandeza estática del manso Magdalena; llegado el momento mostraba la fuerza imponente de sus olas al hundirse en el Océano.

—Padre Soleri, le dijo Don Bassignana con su gentileza acostumbrada, al veterano de los lazaretos: ayúdeme en la edificación de nuestra casa de formación: insuficiente es su espacio ya para aspirantes, teólogos, filósofos, novicios. El sacerdote le tendió la mano. Ellos vivirían con más economías, jamás los viajes sin justificarse, no ya al exterior, mas ni siquiera a las ciudades donde tenemos otros colegios; descansarían en el Paraíso, mientras los hijos y netezuelos de hoy, saltan y se regocijan y aprenden en la heredad que consiguieron sus mayores. Don Soleri es de los aguerridos veteranos de nuestra Congregación que se codea con los Fagnanos, Lasagnas y Caglieros. Para realizar lo que el Gobierno sabía enunciar, pero no llevar a cabo, fundó la población de San Juan del Guacamayo, donde los niños sanos, hijos de enfermos, atendidos en escuelas técnicas de agricultura y artes desde sus años infantiles, salen a los dieciocho años, preparados para la vida, miembros ya activos y seguros de la Patria. Y abrió caminos. Y por entre aquellas abruptas bre-

ñas santandereanas, en donde todos nuestros hermanos renuevan con frecuencia su partida de bautismo, pero con gotas de sangre, a los setenta años, cabalgaba casi ciego, amarrado a su mula, confiado en el instinto y cariño del bruto, pero más que todo en el brazo misterioso del Señor. Salve generosa tierra del Piamonte, tierra de los Unias, de los Ruas y de los Rabagliatis, tierras de olivares y castillos, de cascadas sonantes y de hierro en las arterias de sus hijos y en las entrañas de sus montes, Salve!

Pasaste por estos claustros amados como Superior y haciendo violencia a tu humildad, tú veneradísimo Padre Heredia, y antes que él ya desde la fundación de este aspirantado, mas no como superior, siempre humilde clérigo, en la vida familiar de nuestra comunidad, Don Pachito, en el mundo, el abogado Doctor Francisco Rodríguez, compañero en la Universidad de Miguel Abadía Méndez. Atica pluma y bien tajada, trazó ya entre nosotros, los rasgos de la vida genial y singular del inteligente y chispeante Don Pacho, que pudo ser genio de la ciencia pero a quien la debilidad cerebral se le interpuso, sin impedirle eso sí, serlo de la alegría y de la resignación. “O Cortés Lee o la elocuencia” se dijo de esa cúspide, la más alta de la oratoria sagrada en Colombia. “O la humildad, (Perdóneme Doctor Heredia laureado *amplissimis verbis* en la Universidad gregoriana y no se ofenda conmigo) “O la humildad o Enrique Heredia y Francisco Rodríguez”. Y con la humildad, el celo y la obediencia, y con la obediencia los triunfos. Su obra, ese orgullo de la capital, el santuario de Nuestra Señora del Carmen, que como el ciprés de Virgilio sobresalía sobre los demás árboles, levanta él su torre sobre los otros templos. Cuando en el cuarentaisiete, en la intimidad del hogar salesiano, les festejábamos sus bodas de oro de profesión religiosa, pidiendo ellos a Dios y a sus hermanos que nadie les alabase, parecíamos ver a estos dos ángeles arrodillados sobre la techumbre del santuario como aquellos dos querubines que extendidas las alas y

en actitud reverente, miraban sólo el propiciatorio del Arca del Señor.

Regalo de nuestra madre España, fue para nosotros la estadía en esta casa, del observante y severo guardián de la Constitución y de las tradiciones, el Reverendo Padre José Celma. el padre Maestro se le llamaba por antonomasia en la provincia Bética y con el ejemplo y con la persuasión y santa intransigencia, continuó siéndolo entre nosotros. Exquisito su cuidado en el decoro de las funciones litúrgicas.

Un joven sacerdote con el polvo aún de la Universidad turinés salesiana, le sucedió, Rafael Alvarez Flégel. Dejó allí un nombre: *Primus inter primos*. Tenía en su discurrir la elegancia y la soltura de sus contemporáneos, los pensadores venezolanos. Y eran sus apreciaciones teológicas, juristas, a la vez que precisas, amplias, característica ésta de los que saben. Matemático y científico también por vocación, deja entre nosotros un recuerdo, el tanque de purificación de un agua que nos había arrebatado tan preciosas víctimas. La población se animó con su ejemplo. Entre nosotros es la Iglesia siempre la avanzada de la civilización en todo sentido.

Y ahora ya próximo a terminar este catálogo brillante, casi me trabo. Es que además los ojos se encandilan con el reflejo de un pectoral. Lo estáis viendo. Ilustre, inolvidable superior de este Instituto, fue el Monseñor Julio Caicedo Téllez. El es nuestro Obispo, nuestro primer Obispo colombiano, y ello su gloria y nuestra gloria. Fue de Barranquilla y allí levantó su seminario poniéndolo bajo la dirección de los Hijos de Don Bosco, quienes transportando allá nuestros mismos reglamentos, nuestros mismos métodos, formando un dichoso ambiente salesiano, van llenando ya con magníficos sacerdotes, las iglesias y parroquias del Atlántico. Es hoy el pastor de Cali y allí en plácida colina se ostenta también amplio, magnífico, cómodo, otro seminario, levantado por él, digno de la sonriente y progresista capital del Valle. Hubo allí un Congreso Eucarístico, llamado y por primera vez, bolivariano. Presidido estuvo por el legado Pontificio, Pre-

fecto de Religiosos, Cardenal Clemente Mícaro; presentes se hicieron el Presidente de la República, sus Ministros y el Comando supremo del ejército; los Excelentísimos obispos pasaban del medio centenar; volcó la elocuencia y la poesía de la América, el cofre de sus galas; una noche, las estrellas habían desaparecido del firmamento, pero brillaban en las antorchas de millares y millares de hombres; clavados los ojos en la Hostia Santa, se acercaban a recibir la Eucaristía. El centro nuclear de aquel apoteósico acontecimiento, lo era nuestro sencillo Obispo, libre del deseo de toda alabanza, y apartado de todo honor. Monseñor Caicedo estuvo a la altura de la excepcional efemérides y cumplió todo a cabalidad y con gloria, para bien de la Iglesia y de la Patria. Puede y tiene derecho a sentarse cerca del solio Pontificio, desde donde el Pastor Supremo, proclama sus enseñanzas infalibles.

Mas no lo contemplemos allá y veámoslo más bien, paseando por estos huertos con su compañero egregio, que sin despedirse de nadie, voló una mañana hacia los cielos. Lo conocisteis; no se evapora aun el perfume de su modestia y sus virtudes. Era el Padre y Doctor Medardo Charry. Filósofos ellos, matemáticos, teólogos, lingüistas, llenábanse con su presencia las aulas, de efluvios de ciencia, Mosquera, semillero de vocaciones, tornóse también en el de brillantes estudiantes bachilleres. Evocan hoy sus nombres, profesores nuestros universitarios que siguen sus luminosas huellas, jóvenes sacerdotes inquietos apasionados del saber, maestros conductores, a quienes, presente el ejemplo de sus sabios y llanos profesores, la ciencia no hincha, sino que reaviva y fortifica.

Y tras Monseñor Caicedo, otro compañero suyo. El Padre Emilio Rico. El exponente de la ortodoxia y el carácter. Cuando en asambleas pedagógicas o sociales, en medio de complacencia general y aplausos vivos, he debido abogar por nosotros y protestar contra el epíteto de ligereza, que malamente y contra toda verdad, se nos quiere imputar, fácil me ha sido la defensa y el triunfo, teniendo ante mis

ojos la rigidez ascética, la constancia sufrida de ese sacerdote salesiano; su entereza segura, su varonil y castizo decir, su recio temple, que bien puede ser el acero que se rompe pero jamás se encurva o también el fuerte y flexible cable que pres-tándose a todas las disposiciones, pero sin quebrarse, resiste el recio sacudón de poderoso buque. La pluma del Padre Rico es de impecable corrección y su escribir tiene la difícil facilidad, que es la desesperación de los escritores cursis. Como otro de los muchos nuestros, es también él, un publicista enamorado de las ciencias pedagógicas.

Qué bella no es verdad, señores, esta galería de superiores y religiosos ilustres, que en conjunto armónico ha traído cada cual no un grano de arena, sino sillar bien labrado, para la edificación de esta nuestra torre de formación y estructura salesiana, bella y solemne? Nada falta, y para su complemento puso un bloque de diamante, aburilado por el dolor, el Padre Juan Francisco Bonilla. Y sobre su cúspide, canta vibrante y jubiloso un ángel: con el plumón de sus alas barre toda nube, para que al igual de él, no sean las almas sino cielo azul, anuncian días venturosos y paz a todos los combatientes de buena voluntad. Es el actual Director de esta casa, Angelo Bianco, un ángel blanco, el activo y feliz organizador de este cincuentenario.

No olvidemos tampoco y recordemos con fruición sentida, a personaje ilustre que en años pasados, aspirante y novicio fue de esta mansión. Recorría sus patios con alegría infantil; era ingenuo, era piadoso, era un gentil joven de la aristocrática Valencia de Carabobo: lejos de aquí, Obispo allá en la legendaria ciudad de Coro, está con todo en medio de nosotros: Saludemos a Monseñor Francisco Ituriza. Estrella alfa es de una constelación brillante. Ojedas, Alterios, González, Gómez y otros más. Mantienen en la gloriosa y heroica Venezuela, levantado el espíritu salesiano. Norte de sus enseñanzas, ésta su cuna de Mosquera.

Y evocaremos sin nombrarlos, porque

centenares son, e injusticia sería no mencionarlos a todos, ese nuestro querido escuadrón de coadjutores, de aquí salidos, creación genial y divina de Don Bosco, los caballeros santos, la diferencia específica de la sociedad salesiana, gloria envidiada de nuestra Inspectoría. Vosotros sois sal, pan y luz de nuestros colegios; gustosos entretejéis la corona, para que las rosas ordenen las sienes de sacerdotes; para vosotros el escondido y áspero mimbres, donde se anidan las espinas.

Y una última interesante y trascendental evocación. Fue por el año de mil novecientos cuarenta y cinco. Director de esta casa, el Padre Juan Francisco Bonilla. Era un venir de juventudes de muchos y variados lugares; era un continuo interrogar al porvenir, era un cruzarse de adolescentes inquietos, ansiosos de amor, henchidos de aspiraciones suavisimas, pero en cierto modo indefinidas, temerosos de que su vida fuera, una obra trunca y apenas esbozada.

Se trataba del primer Congreso Vocacional que se llevaba a efecto en Colombia. Ninguna otra comunidad religiosa lo había ideado antes. Y en medio de aquel vivir bullidor, el iniciador de todo, el agitador incansable, un Chiquito gigante, con amplio capuchón y convertido en maravilloso Brujo, repartía a todos su hoja fácil y persuasiva, y clavando excrutadores ojos, gritaba con ardor: "¿Quieres ser apóstol?" Su nombre está en vuestras sonrisas: Padre Tomás Martínez! Don Bosco le sonreía desde el cielo.

El fruto de ese primer congreso de vocaciones, jamás pudo morir. Las ideas re-dentoras una vez lanzadas, vuelan en alas de su propia importancia. Hoy, las revistas vocacionales son muchas; los congresos se han repetido, siempre con juveniles bríos y generosas conclusiones y resueña decisión; los noviciados de todas las comunidades religiosas, llenan sus divinas trojes. El Padre Martínez no es ya sólo el Brujo animador de la Sabana. Es el Maestro amado de novicios, es el porvenir de la Congregación.

Y bien o mal, ilustradísimo auditorio,

hemos salido del turbión. Si nombres preciosos quedaron ahogados en el remolino, culpa no es nuestra, pero tampoco ellos necesitan de alabanza humana. Para los que viven y mueren en el Señor, El sólo es su recompensa y eso basta.

Mas jóvenes que con paciencia suma habéis escuchado este fárrago de palabras. "La gloria del hombre, decía Pitágoras, no consiste en haber nacido en una ciudad ilustre, sino en hacer ilustre la ciudad en que se nace". Deber vuestro es glorificar a esta nuestra Alma Mater, con el acervo de vuestras virtudes, agitar perennemente viva y sin que muera la antorcha que luciente habéis recibido de vuestros mayores, y en alto siempre y respetada tremolar la bandera salesiana, santa, flote en las manos que flotare!

Como célula madre que se divide y subdivide y crea nuevos organismos, un día de aquí se separó el Teologado, otro el Noviciado, buscará nueva sombra el filosofado, y gritan los hornos, los yunques, los rodillos, que se edifique la casa de perfeccionamiento técnico y religioso para el Coadjutor. Bien ¡Que se formen los nuevos organismos. Allí el cerebro; acá, el músculo potente; allá las concavidades, donde se elabora el alimento para los varones fuertes y heroicos y que no pueden digerir los bárbaros. Vosotros, alumnos del Aspirantado de Mosquera, la ardorosa y dulce primavera de la Congregación, sed siempre y continuadlo siendo, esa viscera sagrada que se llama el corazón, de donde ha de venir la sangre y la vida y ha de palpar siempre, nuestra inagotable y divina juventud.

Cincuenta años! Cuando de nuevo, y quiera Dios también ininterrumpido el sol de la paz que hoy nos alumbra, la rueda del tiempo haya recorrido otros tantos, uno de vosotros, acaso como ahora el que fue más inquieto y bullicioso, celebrará el Centenario del Noviciado de Mosquera. Recuerde entonces emocionado esta tarde brillante, donde hemos contemplado y vivido horas tan felices y consoladoras. Evoque, pero inflamado el pecho, la figura noble y paternal del que hasta ahora no he

señalado, pero que vive siempre en el latir de nuestros corazones. Nuestro dignísimo Inspector, el Reverendo Padre Gaudencio Manachino, el decano, el orgullo de los Inspectores de la Congregación, como nos decía el Reverendo Padre Visitador Jorge Serié, al presentárnoslo. No es en discursos públicos, donde se puede apreciar la bondad, comprensión y generosidad de su alma grande. Es en la efusión cordial y privada, cuando no tanto el cuerpo sino el espíritu, escucha la palabra ardiente. El nos ama y nos aprecia. Sabe del valor de nuestras energías, de la inteligencia y talento de los colombianos, de lo intrépido y generoso de nuestros corazones, Por ello uno solo es su afán afortunado, una sola su preocupación: las casas de formación y perfección religiosa; las vocaciones!

Nadie lo ha dicho. Pero el número de este cincuentenario, él lo dará. No con palabras. Con la realización de un hecho: la total conclusión arquitectónica del Aspirantado de Mosquera. No sentís ya el frotar de los cables que van encalleciendo vuestras manos de adolescentes? No tenéis ya preparados los brazos para subir la piedra? Qué es lo que miran esos jóvenes que ostenta la artística portada del programa de nuestras bodas de oro? Amigos, el grandioso edificio concluido, cuerpo místico de nuestra visión beatífica.

Añore también aquel joven, la presencia aquí de dos venerables Hijas de María Auxiliadora, perfectas religiosas, hermanas respectivamente del Excelentísimo Señor Julio Caicedo y del Reverendo Padre Rodolfo Fierro. Y brazo y corazón con ellas, las de las hijas de los Sagrados Corazones, las nuevas Hermanas nuestras, fundadas por el Reverendo Padre Luis Variara hijo glorioso de nuestra Congregación, y en surcos de abnegación y de dolor. Por él, por ellas orábamos nosotros tantas veces, la Sagrada Eucaristía solemnemente expuesta, para que esta congregación, su tormento pero su gloria inmarcescible, tuviese vida impeccedera y hermosa! Con él, también de paso a Agua de Dios pero entonces por caliginosos cielos y soles de justicia salu-

dábamos aquí al Padre Rafael Crippa nuestro heroico Claver, primer civil y primer sacerdote condecorado en Colombia con la épica Cruz de Boyacá.

Las Hijas de los Sagrados Corazones, acaban de recibir el rescripto de Roma que aprueba con derecho Pontificio sus reglas y sus constituciones. Va pues unido a nuestro cincuentenario, el fausto acontecimiento más glorioso para su Congregación.

Cincuenta años! el que os habla, ya mucho antes, habrá cerrado los ojos para siempre y habrá sido juzgado. No temo.

María Auxiliadora, mi Madre, vuestra Madre, me habrá lavado y relavado, en la sangre del Cordero, antes de presentarme a juicio y engalanádome cariñosa con la túnica inconsútil del Hijo de Don Bosco, la que medio siglo hace vestí por primera vez, ⁷delante de tí, oh Corazón Santo, juré llevarla hasta la muerte! Madre Congregación, de tus entrañas soy pedazo!

Roberto Pardo Murcia
S. D. B.

Mosquera, agosto 5 de 1953.

Bellos sobremanera se ofrecieron también los otros números del brillante acto: Declamación del Padre León Fabio Rojas, y los coros, imponentes bajo la dirección de nuestro maestro de canto, señor Alberto Benjumea, De manera particular el coro escénico «El arte musical» tuvo el cumplido éxito de las obras de arte auténtico.

El día seis, destinado a ser el de la «acción de gracias» tuvo como momentos culminantes, la solemne pontifical de la mañana en la iglesia parroquial, oficiada por el señor Caicedo, y el acto dramático de la tarde, concurridísimo y aleccionador.

En la pontifical, pronunció la oración gratulatoria el inestimable amigo nuestro e insigne orador sagrado, presbítero Alvaro Sánchez, quien habló de esta manera:

Excelentísimo Señor Julio Caicedo,
obispo de Cali;
reverendos padres,
venerables religiosos:

No comenzó este siglo para Colombia bajo el signo bendecido de la paz. La contienda que ardía desde noviembre de 1899, solo extinguió sus fuegos en octubre de 1902. Durante tres años, de norte a sur y de oriente a occidente sobre toda la extensión de la patria corrió sangre de hermanos. La quietud eglógica de los campos fue desgarrada por los ecos de la fusilería y la agria llamada de los clarines de guerra. No se vio en tres años, como alegría y corona de las jornadas campesinas, la odorante guirnalda de las cosechas. Las manos que empuñaban las azadas, disparaban fusiles. A las amenazas de muerte, añadiase la tortura del hambre, sangre y miseria, dolor y lágrimas, despojos y muerte: ta-

les son las mieses que siega en sus campos la guerra. Cuando por fin llegó la paz, fue silencio de luto y triste reposo de pasiones acalladas a poder de dolores, el ambiente que envolvía los horizontes nacionales.

Había que empezar a reparar las ruinas causadas por la lucha, a resembrar los campos y, más que todo eso, a recrear el alma nacional, envenenada de odio, cargada de resentimientos, desposeída de ideales, entenebrecida por la desesperanza. Había que encender sobre la cuna de las generaciones nuevas, una estrella que, al igual de la fulgurante guiadora en días remotos de la caravana de los reyes ante la cuna del Dios Niño, las condujera a oír el himno de la paz y a obedecer el apremio a la unión de las buenas voluntades. Había que empezar la cruzada por la comprensión y la bondad; dictar sobre los campos devastados, en medio de los hogares huérfanos y de los talleres sin acti-

vidad, y de las escuelas sin rumores, la redentora lección del trabajo.

Por dicha, el máximo sociólogo de nuestro siglo, que a la clara visión de los problemas humanos añadía el divino amor del apóstol, supo también lo que es guerra y sus hijos y discípulos heredaron su espíritu, su celo y su inagotable bondad. Fue para Italia el año de 1848, año de prueba y de guerra y de muerte. En marzo, Carlos Alberto decretó la guerra a Austria. Todo el Piemonte vibró de entusiasmo. Al trabajo amable y fecundo que Don Bosco amaba, santificado con la oración, sucedieron los aprestos bélicos. La gente moza hacía ejercicios militares en las plazas de las ciudades, o se adiestraba para las marchas en los campos aledaños; los ya avezados, en largas columnas, al hombro los fusiles y los equipos de campaña, cantando himnos marciales al compás de las cajas y cornetas, desfilaban hacia los puntos indicados por los comandos. Después las noticias de los éxitos o de los desastres, la llegada de los heridos..... Hacia el final del año citado, la revolución obligó al Papa, a Pío IX a exilarse. Qué hacía el sociólogo santo? Oraba y hacía orar. Con su bondad infatigable ungía a las almas quebrantadas y defendía de la amargura de los resentimientos, los corazones juveniles. Sobre los desastres bélicos enseñaba la fuerza salvadora de la bondad y la merced benéfica del trabajo santificado por el espíritu de Cristo.

Sus hijos que trabajaban en Colombia, de años atrás, predicaban que había necesidad de cumplir más ampliamente la misión que para con su nueva patria tenían contraída. Era un imperativo tener en Colombia una casa de formación. Quiénes experimentarían con más viva ansiedad la sed de apostolado entre las almas y los niños, sino aquellos que habían visto los campos despoblados y los talleres sin calor de forja, ni el acompasado girar de los volantes y los ejes?

Al año siguiente, finalizada la guerra,

se inició la labor para levantar un noviciado, una casa de formación con perspectiva para las aulas, para los altos estudios de filosofía y teología. Advierto en este brote de sorprendente energía el aliento de Dios. Cómo pensar en empresa que tantos recursos exigía en tiempos que la guerra, como sobre hoguera fatídica los había consumido casi todos? Hay en este empeño generoso y heroico la dignificante y salvadora lección del espíritu. Ante el problema de una nación económicamente arruinada, espiritualmente deshecha, el sentido cristiano de la vida decía a los operarios salesianos: Es fuerza comenzar ya a remediar en lo posible lo pasado y echar las bases para el futuro.

La prudencia de la carne aconsejaba esperar mientras se despejaba el horizonte, mientras se allegaban recursos para iniciar la obra. El espíritu de Dios, no permitía tardanza. La prudencia humana advertía: Mejor es esperar unos pocos años que ir al fracaso. La voz del Maestro divino amonestaba: Cuando os envié sin bolsa y sin abrigo y sin calzado, por ventura carecisteis de algo? La prudencia humana es calculadora y mira al éxito. La fe contempla la necesidad apremiante y se arroja en los brazos de la providencia.

Don Bosco no se preguntaba jamás: Tenemos reservas suficientes para empezar la obra; sino, la quiere Dios, la necesita el prójimo? Y así surgieron talleres, escuelas, imprentas, templos. Con qué dinero contaba el modesto sacerdote que con rauda sotana y pobre atuendo emprendiera obras gigantescas? Con el tesoro del padre celestial que dijo: Buscad primero el Reino de Dios y su justicia y lo demás os será dado por añadidura. Con la misma fe en el providente misericordioso Señor que viste los lirios de magnificencia y da sustento a las aves del cielo, con que su santo fundador inició y llevó a término las más locas empresas según el parecer del mundo, el padre Silvestre Rabagliati, hermano de Evasio, superior a todo elogio,

consagró sus energías a la casa de formación de Mosquera.

La ciudad de Dios que por desusados caminos lleva a feliz término sus designios, suscitó un alma generosa que, sin familiares cercanos, a cuya sustentación proveer, dueño de algunos haberes y prendado del noble proyecto, hizo donación a los reverendos padres salesianos de la amplia casa vecina a la que hoy nos congrega.

Quién era don Lorenzo Fonseca? No

tora, todos los viajes se hacían a lomo de pacientes cabalgaduras o en alguna pesada diligencia, pareceme ver asomar la silueta de alguna entre una nube de polvo, viajera ya a boca de noche ora en dirección hacia la capital o bien de la capital hacia alguna de las poblaciones sabaneras. Donde pasar la noche para reanudar el día siguiente la jornada? En la hospedería de Don Lorenzo Fonseca. -Aquí camas aseadas, mesa campesina sana y abundante; y, para las



En la pontifical del día 6 de agosto

hace a nuestro propósito averiguar su genealogía, puntualizar sus datos biográficos, trazar por menudo los pasos de su vida: bástenos saber cuán fiel y prontamente captó la necesidad de la obra salesiana y con cuán pronta voluntad ofreció su concurso. Paréceme que la casa servía de venta o cosa semejante. En aquellas lejanas calendas, cuando ni sobre las carreteras asfaltadas rodaban veloces los vehículos automotores, ni sobre los rieles devoraba distancias la locomo-

cabalgaduras, pienso sin tasa. La acogida cordial, las buenas maneras del dueño de casa, las comodidades ofrecidas hacían que fueran muchos los que aquí se acogían, y que fueran así mismo de significación los proventos que dejaban en el arca de Don Lorenzo. Mas algo más importante había que hacer en la vida. Los años aceleraban su carrera y el cordial hospederero dio su casa para casa de formación.

Cuántas fatigas para acondicionarla,

cuántas incomodidades en los primeros años, soportado todo con alegría y en amor de la Santa Hermana Pobreza. De los que por aquellos lustros lucharon e imprimieron en esta obra el sello de sus virtudes, aun para dichosa ventura sobreviven algunos. Rodolfo Fierro Torres, educador incomparable, escritor de finos quilates, varón cuyos méritos le han valido renombre y admiración entre propios y extraños. José Bertola cuya actividad y espíritu eminentemente salesianos se prodigan en una república hermana y cuya memoria vive entre nosotros por sus ejemplos. Egidio Savio, a quien solo faltaba la corona del dolor y de la enfermedad para aquilatar sus méritos y duplicarle la corona. Padre Heredia, cuya silueta menudita y cenceña es asidua allí donde haya trabajo. Al verlo así descarnado, nos preguntamos cómo tan leve cantidad de materia soporta tal montaña de trabajo. Bonilla el incansable, el modesto, el sencillo, el manso siervo de Dios. El excelentísimo señor obispo de Cali, gloria de la congregación salesiana, colombiano eminente, prelado de la Iglesia, padre de los pobres y modelo de preclaras virtudes.

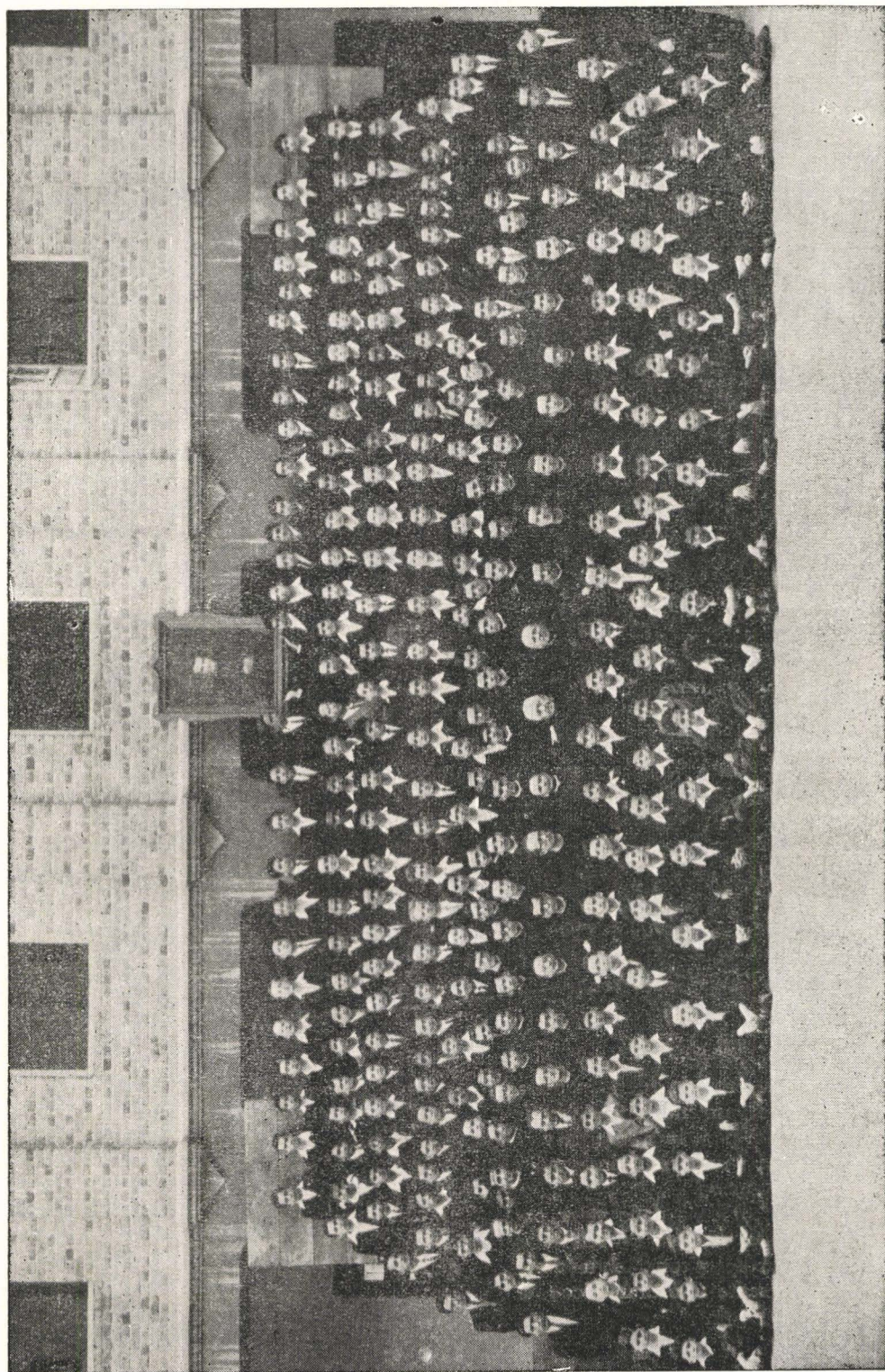
Se ha dicho con mucha verdad que nuestra era, pese a su mucha cultura a su pretendido humanismo y, dolor da decirlo, no obstante veinte siglos de predicación evangélica, hase tornado por entero positivista, mecanizó la vida. Esa, sin duda, la raíz de la pobreza en las artes, de la absoluta superficialidad de sus pensamientos, de la carencia cada día más alarmante de recias y auténticas personalidades. Una casa en donde se vive la vida del espíritu, es por lo tanto una fortaleza en donde se defienden los grandes valores que levantan y dignifican al hombre; y cuando no solo se rinde culto a los valores del espíritu sino que se busca ansiosamente el camino de lo ultraterreno, entonces ese lugar bendito es punto de contacto de la tierra con el cielo, es la iniciación de la escala de Jacob, senda de luz que conduce deseos y aporta gracias, lleva ple-

garias y trae el reino de la verdad, la paz de Dios y celestiales esperanzas.

Quién pudiera hacer a cada día una reseña pormenorizada de las gracias innumerables de que ha sido arcaduz e instrumento esta casa? La atmósfera de santidad que ha creado en la feligresía, las almas de niños en que ha depositado simientes de lealtad y hombría de bien, las conciencias religiosas y sacerdotales que ha formado en cincuenta años! Y cómo no ofrecer esta fecha al padre de las luces y fuente de todo don perfecto, el himno del agradecimiento por las mercedes recibidas?

Que el alma del generoso donante, de los benefactores y de los celosos fundadores, reciban, si nos es dado expresarnos así, aumento de gloria, pues su obra en plena lozanía, ha rendido frutos opimos de santidad y de justicia, y aumentará sus cosechas en los años venturos.

Vimos el origen de esta casa, a grandes rasgos; sus benéficos resultados; qué espera la Iglesia, la patria y la sociedad salesiana? Casa de formación, aula de altos estudios teológicos y filosóficos; aquí, acogidos los niños en quienes apuntan las señales del divino llamamiento, la experiencia y el celo de ejemplares formadores de corazones, les van poniendo de presente cuánto va de servir a Dios más bien que al mundo; labor admirable y divina que hace pensar en la realizada por el Maestro Jesús en el primer año de su predicación: invitó a unos cuantos selectos a seguirlo y les dejó entrever la gloria de consagrarse a su causa. La niñez y la juventud, toda nobleza y hermoso idealismo abraza con gozo la senda del elegido. Allí adelante va la flotante y cándida bandera de su ensueño: servir a Dios es reinar. En la conservación de su inocencia recibe la impronta de los predestinados y abraza, serena el alma y rebosante de gozo el corazón, la cruz de futuras inmoluciones. De regreso de los años de noviciado, emprende los estudios de la filosofía y la teología es la preparación inmediata y



Personal del año cincuentenario — 1953

científica, necesaria, amén de la preparación espiritual, para recibir, merced inefable de Dios, el carácter sacerdotal, para ser henchido de los celestiales poderes de ministros suyos.

Cuántos votos heroicos de entregas sin reservas, inmolaciones que los mismos ángeles envidiarían habrá presenciado Jesús desde ese velado tabernáculo. Oh inefables comunicaciones de las almas sacerdotales con el Corazón del eterno sacerdote! Y cómo no sereis para la congregación y para la patria y para la universal Iglesia, plegaria de eficacia suma, bendición, oración semejante a aquella de la noche eucarística, preludio de redención y de victoria?

La patria espera de esta casa de formación y de estudio contemplar la salida de un ininterrumpido ejército de sacerdotes, que en las clases de los colegios, en las casas de formación para las juveniles almas, en todos los campos confiados a vuestro celo, forméis al ciudadano del mañana, libreis las almas juveniles del veneno de pérfidas doctrinas disociado-

ras. La sociedad salesiana espera de estas aulas la perfección del espíritu de Don Bosco. La Iglesia aguarda al sacerdote.

Por un instante imaginad que cuanto nos rodea desaparece quedando vosotros y el Maestro en el Sacramento, y que os va hablar en nombre y por autoridad del sacerdote eterno, el divino soñador, el que vio en sueño profético los campos de América entregados al laboreo de sus hijos. Qué os pedirá? Os dirá sin duda las palabras del evangelio: *Estote ergo vos perfecti sicut et Pater vester perfectus est*. Las bondades del cielo sobre esta casa son prenda de nuevos favores; la virtud de los fundadores y directores de estos claustros en los diez lustros que lleva de existir son un compromiso para vosotros, apuestos jóvenes; para vosotros que debeis llenaros más que de ciencias especulativas, de la única sabiduría codiciable, la ciencia de los santos.

Que el Maestro y el Sacerdote Jesucristo viva entre vosotros para siempre.

En el acto vespertino, se puso en las tablas el celeberrimo drama de José María Pemán, «El divino impaciente», una de aquellas piezas teatrales que ponen a prueba los recursos escénicos y el arte más puro, y hay que afirmar que sus intérpretes salieron rotundamente airoso.

Al comenzar la representación hizo uso de la palabra el consejero de estudios Reverendo Padre Jesús M. Coronado:

Excelentísimo Monseñor Julio Caicedo Téllez,
muy Reverendo Padre Inspector,
Salesianos,
Señores.

En los antiguos edificios conventuales solía usarse que la entrada fuera modesta e insignificante; el esplendor y magnificencia se reservaban para la biblioteca y el santuario, moradas interiores, consagradas al estudio y a la oración.

Este pensamiento me ha dado valor para presentarme ante vosotros a decir unas pocas palabras que sean como el modesto preámbulo del presente acto dramático-mu-

sical, parte muy importante de los festejos con los cuales los salesianos y alumnos de las casas de formación conmemoran el primer cincuentenario de la llegada de la Comunidad a la acogedora población de Mosquera.

Ante la realidad de que oradores elocuentes y escritores muy bien documentados elaboraron ya la historia de estos claustros, y lejos de embarcarme en la arriesgada empresa de perfilar la personalidad literaria del insigne dramaturgo José María Pemán, cuya conceptuosa obra «El Divino Impaciente» veremos en escena, me propongo, teniendo en cuenta el audi-

torio, valorar el significado que las casas de formación tienen para una institución religiosa.

Estudiando el progresivo desarrollo de las múltiples actividades humanas de los individuos y de los pueblos, hallamos que corre pareja con la vitalidad y empuje de ciertos organismos, que son como los resortes poderosos que los lanzan en pos de un ideal, de una conquista.

La historia nos enseña que los dos siglos que median entre Solón y Alejandro Magno, cuentan mucho más en el progreso de la humanidad que los milenarios reinos de Egipto y Asiria, pues durante aquel período histórico las ideas expuestas en la Academia y en las ágoras atenienses, los conceptos divulgados por los sabios de la docta Alejandría, formaron una cultura filosófica, artística y científica, que constituyó el granítico substrato de la civilización apellidada occidental.

Siglos más tarde cuando esa fulgurante cultura helénica parecía sepultada para siempre por el alud de barbarie que oprimía al mundo greco-romano, un emperador inteligente fundó la Escuela Palatina, célula inicial de las futuras universidades que, como faros luminosos, orientaron a la Europa medioeval. Qué sería de la cultura germánica sin esas "Alma Mater" de Heildelberg, Colonia y Leipzig? Qué de la cultura inglesa sin Cambridge y Oxford? Y qué de la cultura propiamente latina, sin esos centros rectores del pensamiento humano que se apellidaron Universidades de Bolonia, Padua y Milán; París, Lyon y Montpellier; Salamanca, Valladolid y Valencia?

En esas cimas del saber, más que en los estrados reales, se estructuraron las grandes naciones modernas; la vitalidad y empuje de estos organismos, más que la raza y la topografía, señalaron el rumbo de la historia de los pueblos.

Estas realidades que son evidentes en el campo puramente humano, político y social, no lo son menos en el campo religioso y monástico. El árbol secular de la vida monástica hunde sus raíces en terrenos ubé-

rrimos espiritualmente como Monte Casino y Fulda; Claraval, Cister y Cluny; y en tal forma se robusteció, que abrigó con su sombra y alimentó con sus frutos sazonados a muchas generaciones. El espíritu religioso, apostólico y aun científico de aquellos centros monacales, se comunicó callada pero eficazmente a cuantos por allí pasaron o de ellos en alguna forma tuvieron dependencia. Estas observaciones históricas nos dan pie para afirmar la preeminencia que en la vida de las instituciones tienen determinados organismos, organismos que en los institutos religiosos se apellidan significativamente casas de formación. Ellas son verdaderas células de cuyo desarrollo y bondad depende el porvenir de una comunidad religiosa; canteras preciosas de las cuales los superiores extraen el material humano para sus empresas; montes cercanos a Dios, hacia los cuales muchos, espiritual y materialmente menesterosos, levantan los ojos en espera del auxilio oportuno.

Centros tan vitales de las instituciones religiosas no pueden ni deben estar aislados en el organismo de una comunidad y cuanto mayor contacto exista con ellos, cuanto mayor afecto se sienta por ellos, mayores serán también los beneficios devengados por todos los asociados; y, recíprocamente, todo alejamiento espiritual de ellos causará un menoscabo en el espíritu tradicionalista, para adherir a modalidades nuevas y peligrosas, cumpliéndose así la palabra divina: todo sarmiento desgarrado de la vid morirá, porque no recibe la savia vivificadora.

Para fortuna nuestra en la comunidad salesiana son tradicionales el recuerdo cariñoso y el amor casi filial por aquellas casas a cuya sombra un espíritu nuevo y un ideal específico de apostolado se fueron apoderando de nuestro ser, hasta llevarnos a dar un rumbo definitivo y excelso a nuestra vida. Muy lógico, pues, que los acontecimientos prósperos que afecten a estas casas nos llenen de regocijo familiar.

Esta la causa por la cual las campanas de la añoranza y de la alegría han repicado a fiesta en el corazón de los salesia-

nos de Colombia. Los claustros venerandos en donde acariciamos un ideal y nos preparamos para hacerlo vida de nuestra vida y sangre de nuestra sangre, esos claustros cumplen cincuenta años de existencia.

Para conmemorar tan glorioso aniversario se hacen presentes cuantos laboraron en la faena de cimentar espiritual y materialmente estas casas de formación y también cuantos en ellas hemos nacido a la

vicario de Jesucristo, justipreciando sus méritos y capacidades, lo elevó a la dignidad episcopal separándolo físicamente de la familia salesiana, pero en su bondad él no nos ha abandonado, participa en nuestras alegrías y tristezas y hoy nos acompaña realzando con su presencia estas festividades; su nombre brota espontáneo y familiar de nuestros labios: es Monseñor Julio Caicedo.



Una de las escenas culminantes del drama – Día 6 de Agosto.

vida salesiana. Los más están ausentes con el cuerpo, o porque la mano de la muerte derribó ya el tabique de arcilla que les impedía ver a Dios o porque de ellos nos separan montañas y mares, pero su espíritu y su afecto nos acompañan.

Mas no todo debía ser ausencia; para alegría nuestra y honor de esta casa, están aquí algunos de los que con su virtud, ciencia y acción orientaron la marcha ascendente de estos organismos; y entre ellos está quien a estas casas de formación dedicó lo mejor de su juventud y ya en la plenitud de su personalidad hubo de dirigirlas por muchos años. Es cierto que el

He insinuado anteriormente que las casas de formación desempeñan en un instituto religioso funciones vitales indispensables para su conservación y progreso. A ellas incumbe el delicado oficio de seleccionar del abundante material humano que les llega, aquellos elementos que física, moral e intelectualmente dan fundadas esperanzas de resultado. Pero a más de este trabajo puramente negativo se impone la labor constructiva de instilar en aquellas almas el espíritu peculiar de la comunidad, observando atentamente su capacidad de asimilación y las reacciones que en ellos despiertan esas modalidades peculiares que

sé les quieren infundir. Trabajo es este que se ha de realizar en forma graduada e individual para que sus resultados den base a un juicio verdadero sobre la personalidad del educando.

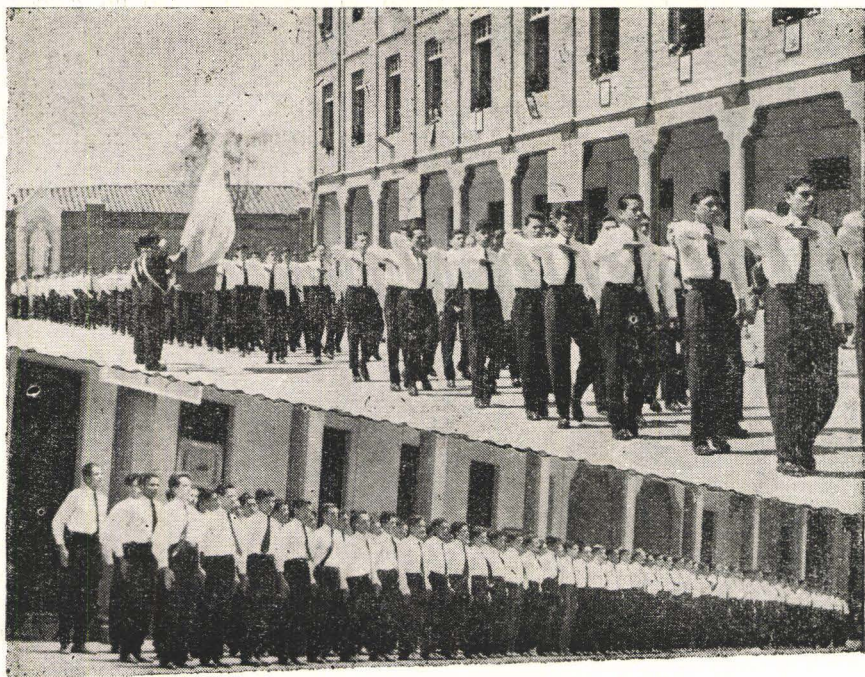
En toda esta obra han de aunarse la gracia de Dios y la firme voluntad del candidato, la serenidad del medio ambiente y la activa y organizada cooperación de los encargados de esta labor formativa.

Realizado a cabalidad lo anterior, el joven religioso ha de pensar que lo hecho durante los años de aprendizaje es tan sólo el esquema de una vida que completará después; no ha de olvidar que en la perfección religiosa vale también la ley de la persistencia indefinida de la educación. Nuestra existencia no está dividida en dos etapas: la una para atesorar conocimientos y la otra exclusivamente para brindar lo aprendido. No. Mientras vivamos, nuestra personalidad está sobre el yunque, mientras vivamos nada debe haber en nosotros que no sufra retoque y complemento; el sol de cada día ha de arrancar nuevos destellos de nuestro corazón, ha de

poner en nuestra vida humana, en nuestra vida intelectual, en nuestra vida religiosa nuevas y más elevadas perfecciones.

Cómo estas casas de formación hayan cumplido durante sus cincuenta años de vida su función específica de formar el personal de la Inspectoría, lo están diciendo el progreso ascendente de todas sus obras y el cariño con que todos los que por aquí pasamos, volvemos los ojos a esta Alma Mater de la comunidad Salesiana en nuestra patria.

Por la obra magnífica realizada aquí en medio siglo, gracias sean dadas al Corazón de Cristo a cuya gloria estos claustros están consagrados; llegue un tributo de amor hasta el trono de la amable Auxiliadora y del buen padre don Bosco, cuyas bendiciones siempre hemos experimentado; honor y gratitud a los heroicos fundadores de estas casas y también una cordial llamada a todos los salesianos de Colombia y al personal en formación, a cerrar filas en torno a los principios de salesianidad aprendidos al abrigo de estos venerandos recintos de las casas de formación.



Dos aspectos de la revista gimnástica. — Agosto 7 1953

Por último el día siete, destinado a reunir con nuestras conmemoraciones cincuentenarias el homenaje a la patria, se cantó el Te Deum y acto seguido, la multitud que ocupó el patio de aspirantes y sus corredores altos, pudo gozar del magnífico espectáculo de la revista gimnástica, esmeradamente preparada por el señor Juan Escobar, estudiante de teología.

Durante estos días, nuestra casa recibió la honrosa visita de multitud de hermanos y amigos que quisieron venir a compartir con nosotros las dulces alegrías del triunfo jubilar y otros muchos que, imposibilitados para venir, se hicieron presentes con sus cariñosas comunicaciones de congratulación. En la imposibilidad de publicar la enorme cantidad de estas, llegadas en dichos días, nos limitaremos a transcribir solo algunas. En primer lugar, la del eminentísimo señor cardenal arzobispo de Bogotá:

«Muy Reverendo Padre Inspector de la Congregación Salesiana:

Por haber estado fuera de la ciudad y por alguna indisposición de salud, le llega tarde, pero no por ello menos cordial y efusiva, la expresión de mis parabienes por el cincuentenario de la fundación de la Casa de Formación de Mosquera. Reciba Su Reverencia para toda la comunidad, junto con mi bendición, mis votos porque de esa casa cincuentenaria continúen saliendo dignos hijos de Don Bosco.

Su afectísimo en Cristo

✠ El Cardenal Crisanto Luque, Arzobispo de Bogotá.

Bogotá, agosto 14 de 1953».

El Excelentísimo señor Nuncio apostólico de Su Santidad, envió un saludo telegráfico así:

«Bogotá, 6 de agosto de 1953.

Reverendo Padre Gaudencio Manachino, Inspector Provincial de Padres Salesianos. Mosquera.

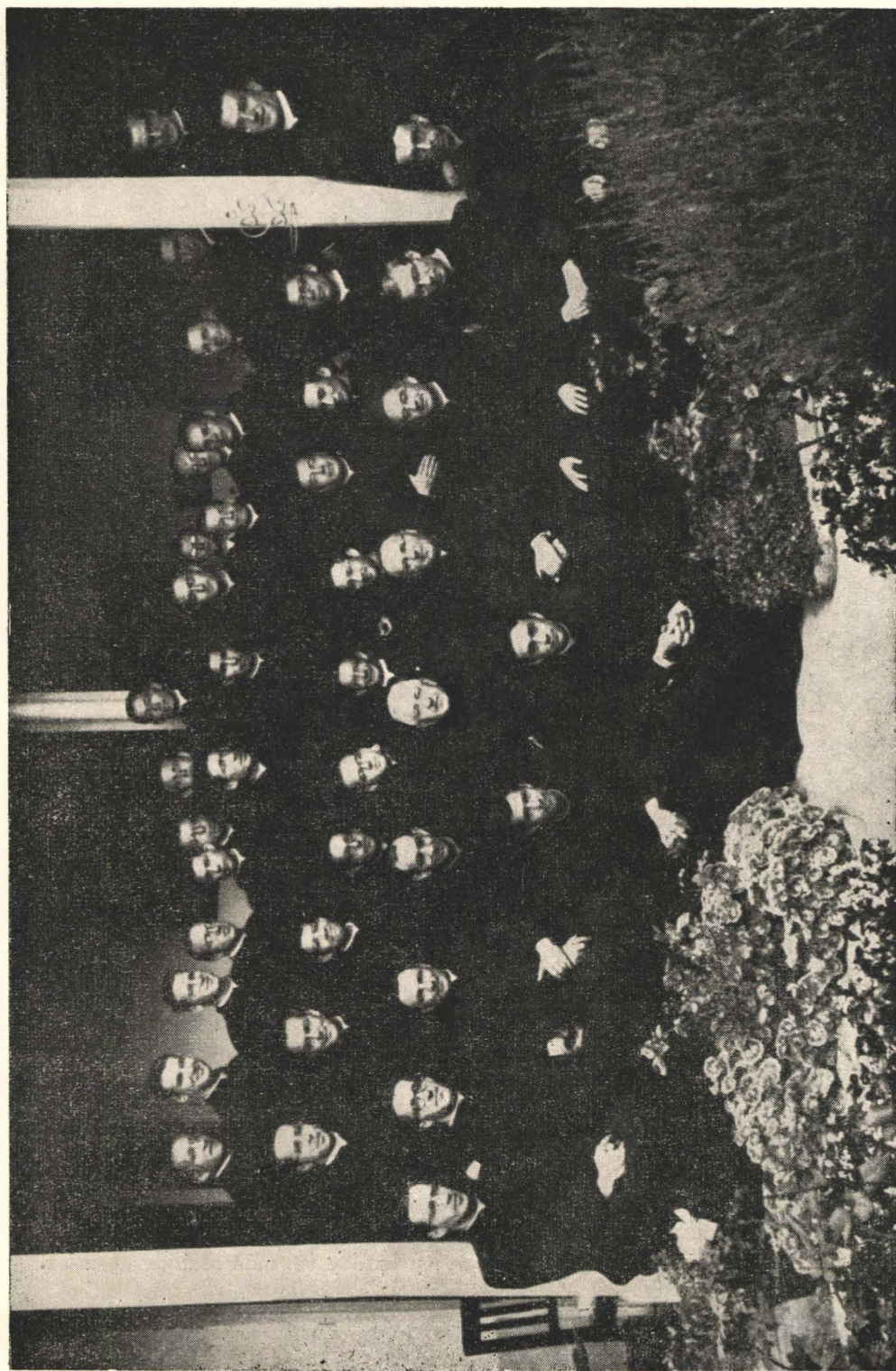
Cincuentenario fundación aspirantado salesiano complázcome cordialísimos motivos fiesta implorando abundantes bendiciones celestiales fin ese Seminario crezca copiosamente abundantes gracias sacerdotales para gloria comunidad salesiana Iglesia Católica colombiana.

✠ Bertoli, nuncio apostólico».

Como adhesión oficial, se recibió una fina tarjeta del señor ministro de Comunicaciones:

«Teniente Coronel Manuel Agudelo, ministro de comunicaciones:

Presenta un atento saludo a la benemérita comunidad Salesiana, les agradece la gentil invitación a los festejos que se celebrarán en los días 5, 6 y 7 del mes en curso, con motivo del cincuentenario de la fundación de su casa de formación en Mos-



Estudiantes de teología del año cincuentenario. — 1953.

quera, al mismo tiempo que les expresa sus rendidas excusas por no asistir a los actos, por hacer parte de la comitiva Presidencial que irá a Tunja.

El ministro hace votos porque la Congregación salesiana siga cosechando merecidos triunfos».

Bogotá, agosto 5 de 1953».

También nuestros superiores mayores se hicieron presentes paternalmente, por dos comunicaciones de nuestro Reverendísimo Rector Mayor: En la primera, dirigida personalmente al padre Bianco, dice en el aparte pertinente:

«Torino, 6 luglio - 1953.

Carissimo Direttore:

Sono lieto della notizia che presto celebrerete il cinquantesimo di fondazione della vostra casa: alle vostre voci esultanti e riconoscenti unirò in quei giorni anche la mia preghiera di ringraziamento a Dio per il bene che nel nome del S. Cuore di Gesù si è fatto costì in questi cinquanta anni e di propiziazione per quello che intendete fare ancora seguendo le orme del nostro Santo Fondatore e Padre..... Ti benedico di cuore.

Tuo affezmo. in Corde Jesu;

Sac. R. Ziggiotti».

La segunda es'á dirigida a la comunidad en general:

«Torino, 30 luglio 1953.

Ai carissimi confratelli e aspiranti di Mosquera, che celebrano festanti il cinquantesimo della fondazione della ccsa, giungo da Torino, dal Santuario di Maria Ausiliatrice, cuore e sorgente viva d'ogni opera salesiana, dal Padre nostro S. Giovanni Bosco e da tutti i nostri Santi e Servi di Dio, una benedizione solenne e universale per tutti coloro che hanno lavorato in codesta casa nei cinquanta anni di vita, per i benefattori, g'i ex-allievi, vivi e defunti. E tale benedizione si estenda pure al prossimo cinquantennio e sia feconda di vocazioni sante e di un incremento mirabile alle opere della Colombia Salesiana.

Questo é l'augurio e la preghiera del vostro affmo.

Sac. R. Ziggiotti».

El Excmo. Señor Domingo Comín, envió esta amable carta:

«Vicariato Apostólico de Méndez.

Cuenca, 7 de julio de 1953.

M. R. P. Angel Bianco.

Mosquera.

Mi estimado padre Bianco:

He recibido muy gratamente su atenta carta y le doy las más rendidas gracias.

Mucho me alegro por las próximas y solemnes celebraciones cincuentenarias de esa importante casa de formación.

La gentil invitación que se digna hacerme me gusta enormemente y le quedo muy agradecido, pero con pena me veo obligado a renunciar a asistir a tan fausta efemérides, pues el ciclo de festejos coincide con los Ejercicios Espirituales de mis misioneros.

Naturalmente mi espíritu estará allí presente con su cálido mensaje de oraciones y enhorabuenas, y con la más cordial bendición.

Que esa floreciente casa siga en su exuberante apostolado creador y sea para toda la Inspectoría la robusta palestra en que se forjan largas series de generaciones salesianas. Dios quiera que, antes que termine el año jubilar, me sea posible irme por allá. Quedo con este vivo anhelo.

Mientras tanto, vuelvo a agradecerle su bondadosa invitación. Hago extensivo mi reconocimiento y parabienes a mi recordadísimo padre Manachino y a cuantos forman en esa noble República la gran Familia salesiana.

Afectuosamente: Monseñor Domingo Comin, S. D. B. Vicario Apostólico de Méndez. ECUADOR.

Hay igualmente un obligante mensaje del Excelentísimo Señor Buenaventura Jáuregui, obispo auxiliar de Medellín:

«Medellín, 5 de agosto de 1953.

Reverendo Padre Bianco.

Mosquera.

Asóciome cordialmente cincuentenario con mis oraciones, parabienes y aplausos. Bendígoslos efusivamente.

✠ Obispo auxiliar».

No podía faltar la presencia, al menos espiritual del Padre Bertola, quien se asoció en cartas que decían:

Santiago, abril 7 de 1953.

Rvmo. P. Angel M. Bianco.

Mosquera.

Carísimo:

Me pides unas palabras para publicar en una monografía de la casa de Mosquera con ocasión del cincuentenario de su fundación,

Imposible negarme. Para mí la casa de Mosquera es mi casa solariega, donde pasé los mejores días de mi vida.

Ahi comencé en 1910 mi vida salesiana de América, la vi crecer en su personal, en sus edificios, en sus obras. Cooperé de cerca a su desarrollo en los once años que permanecí en ella como superior: durante los seis que fui director de Bogotá

(1922 - 1927) no aparté mi mirada de ella y en los veintitrés años que me tocó actuar como inspector, no ahorré esfuerzo para engrandecerla material e intelectualmente. Ahí están mis cuarenta años de Colombia!

Cuántos recuerdos acuden a mi memoria desde el lejano 1910 al 1950! Don Lorenzo Fonseca, gran cooperador salesiano, que nos donó la casa en 1903 y terminó plácidamente sus días con nosotros en 1911; el Padre Mauricio Arato, santo director y maestro de novicios por muchos años, forjador insigne de falanges de salesianos; el R. D. Jorge Herrán distinguido y activo capellán del primer templo de María Auxiliadora; Don Francisco Rodríguez veterano profesor; el R. P. Ricardo Aguilera, maestro de novicios y confesor iluminado; los directores R. P. Egidio Savio, R. P. Julio Caicedo, hoy ilustre obispo de Cali, el R. P. Emilio Rico, insigne pedagogo, el actual Don Angel M. Bianco, hasta el R. P. Miguel Müller, el milagroso párroco y constructor del nuevo templo. Estas y muchas más son las figuras que guardaron y valorizaron esa querida casa de Mosquera que en 1938 daba vida al teologado.

Teneis razón de celebrar el cincuentenario de una casa que vio pasar figuras tan importantes, que se desvivieron por formar centenares de salesianos hoy esparcidos en todo Colombia y Venezuela, quienes miran a Mosquera como la cuna de su vida religiosa e intelectual, que forjó generaciones de jóvenes aspirantes quienes hoy, de todos los ambientes sociales, bendicen la memoria de sus maestros y preceptores.

Desde este lejano Chile, llegue, pues, mi fervorosa y entusiasta adhesión a los festejos, ya que no me es posible asistir personalmente a ellos.

Tu affmo. en San Juan Bosco:

Pbro. José María Bertola.

«Santiago, 8 de mayo de 1953.»

Carísimo Padre Bianco:

Espero hayas recibido oportunamente mi adhesión a los festejos del cincuentenario de la fundación de esa inolvidable casa.

Con cuánto gusto los acompañaría, pero con tres congresos a la vista y todo lo demás, no puedo moverme. Volaré en espíritu, ya que no puedo con el cuerpo.

A todos los salesianos y niños mis saludos. María Auxiliadora cubra siempre con su manto a esa casa y a todos sus moradores.

Como siempre affmo. in C. J.:

Pbro. José M. Bertola.

Muchísimas familias religiosas, por la voz de sus superiores mayores, nos hicieron llegar también su aplauso y su saludo en esas fechas: En especial, hay que mencionar los de las Hijas de María Auxiliadora y los de las hermanas de los Sagrados Corazones; la superiora general de esta congregación, a más de acompañarnos en los festejos, envió por escrito el saludo de toda su comunidad:

«Viva Jesús.

La superiora general y las hijas de los Sagrados Corazones, con todo respeto

saludan y felicitan al Rvdo. Padre Director ANGEL BIANCO y comunidad salesiana de Mosquera en el fausto y glorioso cincuentenario de la fundación del aspirantado salesiano en esta ciudad. De todo corazón se unen a los fervientes regocijos con que la comunidad celebra esta gloriosa fecha.

Mosquera, Julio 5 de 1953».

Con cariño conservamos además, las felicitaciones augurales de los directores de la casas salesianas y de una incontable multitud de amigos. Pero, se nos permitirá para finalizar, la trascripción de dos cartas cuyas firmas evocan gratísimos recuerdos. Es la primera esta:

«Seminario teológico salesiano. CARABANCHEL ALTO (Madrid.)

R. P. A. Bianco.

Mosquera.

Queridísimo:

Con cuánto gusto pasaría con ustedes este año jubilar! Cuántos recuerdos, dulces la mayor parte, tristes algunos, pero todos, embalsamados con el perfume del tiempo! Como recuerdo publicaremos en el Boletín español un medalloncito literario de Don Lorito. Pero.....no tengo el retrato. El que él me dio al partir, se quedó en Turín.

Dios ha bendecido tan palpablemente la obra salesiana en Colombia, que arranca himnos de gratitud. Uno, debiera ser la división de Inspectorías como lo han hecho las Hermanas, para el mejor gobierno y proliferación. Aquí en España, con tantos medios de comunicación y tanta facilidad de visitar, hay tres inspectorías y se van a crear otras dos, por lo menos. Las hermanas, desde que las separaron, han duplicado y más, su personal:

El filosofado y más el teologado, si deben unificarse, para asegurar la unidad de espíritu, y la unidad nacional y para ahorrar personal, que así puede estar mejor preparado.

Bueno, Blanquito: Muchas felicidades! Que hagais fiestas dignas del acontecimiento y que os sirvan para extender más y más el conocimiento de lo salesiano y atraigais muchas y buenas vocaciones!

A todos, mil y mil recuerdos. Os prometo especiales oraciones. Espero no me olvideis en las vuestras.

In C. J.:

Rodolfo Fierro Torres, S. D. B».

La segunda nos recuerda vínculos de sangre que excitan mucho cariño en Colombia:

«Concepción, 18 de marzo de 1953.

Pablo Rabagliati U. Pbro. salesiano, saluda muy atentamente y con todo afecto al M. Rvdo. P. Director, comunidad y alumnos de la casa salesiana de Mosquera, y

les presenta los más sinceros agradecimientos por el alto honor que le han dispensado en ocasión de la celebración de las BODAS DE ORO de esa casa. Esta fineza me obliga a tenerlos muy presentes en mis oraciones diarias a fin de que San Juan Bosco los colme de bendiciones privilegiadas y salga de Mosquera un ejército formidable de salesianos para la santificación de toda la juventud Colombiana.

Aprovecha la oportunidad para comunicarles que el 31 de mayo del presente año, este amigo cumplirá los 78 años de edad y solicita dos favores. El primero es que le ayuden a dar infinitas gracias al Señor por haberle conservado hasta ahora. El segundo favor, es que no lo olviden en sus oraciones, cuando llegue la noticia de su defunción. Llegando al cielo, sin duda pedirá con mucha frecuencia al Señor, lluvias de favores privilegiados, de bendiciones y centenares de miles de buenas vocaciones para la casa salesiana de Mosquera.

Para que el recuerdo sea duradero, su agradecido se permite enviarles un modesto recuerdo.

Envía también un afectuoso saludo al Rvmo. P. Gaudencio Manachino y al Muy Rvdo, Padre Roberto Pardo.

Se despidе nuevamente con un afectuoso abrazo y dispongan de este

S. S. y HNO. en C. I.:

Pbro. Pablo Rabagliati U.»

D. M. A. C. T.

INDICE

	páginas
En vez de introducción - - - - -	5
Una charla fecunda de dos hermanos dignos de memoria - -	7
Primeros golpes de pala - - - - -	13
Casa nueva, esperanzas nuevas - - - - -	16
Retoques al cuadro: Dos grandes figuras - - - - -	22
Avances en la brecha - - - - -	33
Por rumbos definidos - - - - -	57
Aquí está mi casa: De aquí saldrá mi gloria - - - - -	67
Gente nueva, tiempos nuevos - - - - -	74
Hechos luctuosos - - - - -	87
Refuerzos y revelos - - - - -	100
Esfuerzos, proyectos y realidades - - - - -	117
Vicisitudes y adelantos - - - - -	123
Algo para sonreír y llorar - - - - -	135
Rumbos de conquista - - - - -	152
Golpes de timón - - - - -	162
Cruzando las alturas - - - - -	196
Oro de cosechas - - - - -	228
Paralipómenon - - - - -	237
Apéndice - - - - -	247



ESCUELA TIPOGRAFICA DEL ASPIRANTADO SALESIANO
MOSQUERA - (CUNDINAMARCA) - COLOMBIA